

Eça de Queirós
El misterio
de la carretera de Sintra

TRADUCCIÓN DE CARMEN MARTÍN GAITE



El día 23 de julio de 1870, el Diario de Noticias de Lisboa insertaba una nota de última hora que decía así: «A punto de cerrar nuestra edición, hemos recibido un escrito singular. Se trata de una carta sin firma enviada por correo a nuestra redacción. En ella se inicia una narración estupenda acerca de un horrible y misterioso suceso. El interés que despierta y su calidad literaria nos determinan a transcribir íntegro tan interesante documento, cosa que haremos mañana domingo». Y efectivamente, al día siguiente, 24 de julio, el pueblo de Lisboa, que se disponía alegremente a presenciar un desfile conmemorando la entrada del Ejército liberal, vio sobresaltada su habitual modorra con la lectura de aquella primera noticia aportada por un incógnito doctor X, al parecer testigo, y en parte protagonista, del sensacional misterio que ya desde aquel mismo día se empezó a conocer como El misterio de la carretera de Sintra.



José Maria de Eça de Queirós

El misterio de la carretera de Sintra

ePub r1.3

Meddle 22.12.2015

Título original: *O misterio da estrada de Sintra*

José Maria de Eça de Queirós, 1870

Traducción: Carmen Martín Gaité

Retoque de portada: Meddle

Editor digital: Meddle

Corrección de erratas: IbnKhalidun y chungalitos

ePub base r1.2



Prólogo

El día 23 de julio de 1870, el «Diario de Noticias» de Lisboa insertaba una nota de última hora que decía así: «A punto de cerrar nuestra edición, hemos recibido un escrito singular. Se trata de una carta sin firma enviada por correo a nuestra Redacción. En ella se inicia una narración estupenda acerca de un horrible y misterioso suceso. El interés que despierta y su calidad literaria nos determinan a transcribir íntegro tan interesante documento, cosa que haremos mañana domingo.»

Y, efectivamente, al día siguiente, 24 de julio, el pueblo de Lisboa, que se disponía alegremente a presenciar un desfile conmemorando la entrada del Ejército liberal, vio sobresaltada su habitual modorra con la lectura de aquella primera noticia aportada por un incógnito doctor X, al parecer testigo, y en parte protagonista, del sensacional misterio que ya desde aquel mismo día se empezó a conocer como «El misterio de la carretera de Sintra», pues en mitad de dicha carretera, entre São Pedro y Cacém había tenido lugar ese primer episodio. Aquella entrega iba acompañada de una nota de la Redacción donde decía: «Publicamos hoy la carta anunciada. La persona que nos la ha dirigido promete seguir.»

El martes 26 se publicó la segunda carta del doctor X, acerca de aquel caso «que tanto está prendiendo —comentaba el periódico— la atención de nuestros lectores».

De hecho, ya el día 27 la expectación del público y su curiosidad por el caso eran tan grandes que el periódico, al insertar en la sección correspondiente la tercera entrega, se vio obligado a puntualizar: «Se nos han dirigido verbalmente y por escrito innumerables preguntas acerca del insólito misterio que esta relación encierra. Desgraciadamente, ninguna aclaración podemos añadir a la mera transcripción de las cartas que vamos recibiendo, pues no sabemos nada más que lo que ellas mismas dicen.»

Progresivamente, la narración se fue ramificando y engrosando con la adición de cartas enviadas por nuevos personajes implicados, cuyas declaraciones no hacían más que desorientar acerca de la posible verosimilitud y alcance de aquel caso. Sin embargo, mucha gente tardó en darse cuenta —y algunos no se la llegaron a dar— de que se trataba de una novela, hasta el punto de que, junto a las cartas apócrifas que se iban publicando y que componen la trama de la narración, se recibieron también otras de personas de carne y hueso obsesionadas por la lectura, como la de un tal João Viegas Ferraz, quien declaraba haber visto parado cerca de Cacém un coche de caballos que bien pudiera ser el de los enmascarados que asaltaron al doctor X, y haber encontrado tirado por el suelo un objeto de oro que describía por si acaso pudiera pertenecer a algunos de los personajes envueltos en aquel misterio. También hubo gente que, recelosa de posibles emboscadas, dejó de ir a Sintra por aquellas fechas; y se corrió la voz de que el gobernador civil de Lisboa había llegado a enviar al Ayuntamiento de Sintra una orden para que se procediera a las averiguaciones policíacas pertinentes. Aunque, según parece, esta última noticia no pasaba de ser una patraña como otras varias que propalaban ingeniosamente a troche y moche, con el fin de enmarañar aún más las cosas, los propios autores de todo aquel tinglado

narrativo que por espacio de dos meses mantuvo en jaque a cuantos portugueses leían el periódico y que, después de muchos tumbos, desmesuras, quiebras e inexactitudes, vino a concluirse aportando definitivos testimonios de culpabilidad y a ser firmado en 27 de septiembre de 1870 por quienes gustosamente salían del anonimato y, como esos actores que, a disfraz depuesto, se adelantan de la mano a saludar desde las candilejas, declaraban con sonrisa benévola ser los artífices de aquella broma, así como, por fin, sus nombres verdaderos: José María Eça de Queiroz y José Duarte Ramalho Ortigão.

Estos dos escritores, el primero de los cuales —como es sabido— llegó a ser el novelista más importante en lengua portuguesa, mientras su compañero no pasó nunca de una discreta medianía, alimentaban a la sazón juveniles sueños de gloria literaria y, a través de estas ilusiones compartidas y mutuamente confesadas en charlas sobre libros, viajes y política, habían anudado una íntima amistad que estaba llamada a durar tanto como sus vidas.

Ramalho Ortigão, a pesar de que en el entusiasmo y en las ansias de renovación literaria no le iba en zaga a Eça, era bastante más viejo que él, se había formado como crítico literario y periodista en el «Jornal do Porto» y, a pesar de un cierto aire de dandismo ligeramente enciclopédico que sacó en limpio de un viaje a París en 1867, sus preferencias estaban ancladas en el primer romanticismo y su estilo, presidido por criterios positivistas y de eficacia social, adolecía de cierto tono moralista y didáctico, posiblemente residuo de su labor como profesor en un colegio de Porto, de donde hacía un año que acababa de llegar a Lisboa con, un puesto en la Real Academia de Ciencias.

Eça de Queiroz, abogado reciente por la Universidad de Coimbra, delicado, imaginativo, sensible y fascinado por las literaturas extranjeras, de cuyas novedades estaba bastante al tanto, acababa de regresar a Lisboa a los veinticuatro años, de un largo viaje por Oriente, del cual traía muchas ganas de contar cosas y cierto halo de prestigio cosmopolita que, ya de entrada, suponía un privilegio para destacar en el seno de la mortecina sociedad lisboeta, aparte de que a él le ayudaran particularmente la audacia de su ingenio y cierta pose de dandy escéptico y mordaz.

A lo largo de la correspondencia que en años posteriores habían de mantener regularmente los dos amigos, cuando a Eça le alejaron del país sus cargos diplomáticos, se descubre que Ramalho sin Eça no sabía por dónde se andaba y que desde que se conocieron —a pesar de la diferencia de edad— en Ramalho, robusto provinciano, eterno nostálgico de su región del Minho, amante de la caza y de la pesca y, en definitiva, hombre de buen sentido, a pesar de sus toilettes un tanto llamativas, se había encendido de manera fulminante la admiración, las capacidades de renovación literaria, el talento y el buen gusto de Eça, que juzgaba, con tanta modestia como justicia, superiores a los suyos. Esta admiración no hizo más que acrecentarse con los años, lo mismo que la generosidad de Ramalho para proclamar sin ambages, sobre todo después de que la tuberculosis viniera a arrebatarse a su enfermizo amigo, tan decimonónico él que sólo de refilón se quiso asomar al siglo XX. Así cuando en noviembre de 1903, tres años después de la muerte de Eça, fue inaugurado en la plaza de Quintela de Lisboa el monumento en su memoria, cincelado

por Teixeira Lopes, Ramalho, dominando su inveterada repugnancia para intervenir en actos públicos, hizo un panegírico emocionado del amigo que tanto le influyera y a quien tanto había querido. «Nací bajo su mismo signo del zodiaco —dijo, como si gustara de atribuir sus afinidades a esas coincidencias—, justo un día antes que él; pero esa fue la única cosa en que logré aventajarle nunca.»

En efecto, Ramalho le llevaba a Eça nueve años casi cabales, ya que habían nacido, respectivamente, el 24 y el 25 de noviembre de los años 1836 y 1845. Es decir, tenían uno treinta y cuatro y el otro veinticinco aquel verano de 1870 cuando, sentados una noche en el Paseo Público frente a sendas tazas de café, decidieron reaccionar contra el estancamiento del entorno y empezaron a pergeñar la idea de escribir en colaboración aquella misteriosa novela por entregas. De momento, ni uno ni otro tenían nada mejor que hacer y Eça hasta unos días después no salía para Leiría, donde luego tomó posesión del cargo de alcalde. Pero entonces no calcularon lo que esta inminente separación veraniega —el uno escribiendo sus entregas en Leiría y el otro en Lisboa— iba a dificultar la colaboración (no habiendo, como no había, ferrocarril ni mucho menos teléfono para poder ponerse de acuerdo en los detalles y dificultades que surgieran), ni pensaron tampoco en que la novela que posteriormente resultase de aquel proyecto nocturno podría adolecer de las imperfecciones en gran medida achacables a esa dificultad de acompasarse que se derivó de la separación veraniega. No, no pensaron en nada porque eran inconscientes y audaces y porque se querían divertir; se les ocurrió simplemente dar pasto al público para el día siguiente, se les ocurrió en un raptó de entusiasmo, de repente, y pusieron manos a la obra sin más. «No se trataba de que nos premiasen con la Encomienda de Santiago ni con el ingreso en la Academia —cuenta Ramalho en una ocasión, como acometido por el afán que también tuvo Eça a veces de justificar esta empresa de juventud, de la cual, sin embargo, les había quedado a ambos tan buen recuerdo—. Simplemente queríamos que la gente leyese aquello. Llegar desde nuestra oscuridad a un público entumecido, obligarle a hacer un esfuerzo para sacudir su modorra y ayudarle a que él llegase también a nosotros, lanzarle aquel cable desusado y extraño, herir su atención. Uno de nosotros —ya no me acuerdo cuál— empezó a tomar notas sobre la marcha. Luego le pasó la pluma al otro... Escribíamos de un día para el siguiente, improvisando, obligados a sacar adelante como fuera aquello que habíamos iniciado.»

Resulta comprensible que una obra concebida y emprendida en semejantes términos resulte incongruente, desordenada, híbrida, plagada de inexactitudes y repeticiones, desorbitada e inverosímil. Pero ya queda dicho que ninguno de los portugueses que leyó la primera entrega pudo abandonar la lectura hasta el final. Y el hecho de que hoy siga ocurriendo lo mismo es un tanto a favor de la innegable calidad de la obra, que fue imprimida en volumen al poco tiempo de su publicación por entregas y obtuvo un gran éxito. En el prólogo que escribió Eça para la segunda edición, en 1884, cuando ya era un escritor famoso, a pesar de juzgar con severidad la novela y llegar a decir que es «execrable», reconoce que significó un acto de rebeldía e independencia que puede considerarse como positivo. «En el Arte —dice— la indisciplina de los jóvenes, su resistencia a la imitación de las corrientes tradicionales, resulta indispensable para fortalecer la inventiva, el poder creador y la originalidad. Para ser ponderados, correctos e

inmóviles, de sobra nos queda tiempo en la madurez.»

Pero, además, es que en «El misterio de la carretera de Sintra» hay otro tipo de aciertos, a mi entender todos debidos a la pluma de Eça de Queiroz, y que resplandecen a través del desmaño aparente de las apresuradas informaciones. Me atrevería a decir que no sólo es una buena novela policíaca, sino que en algunos pasajes pueden rastrearse importantes gérmenes de una buena novela psicológica. Por ejemplo, en el tipo de la condesa —que, además, también se llama Luisa— hay un claro boceto de uno de los tipos femeninos mejor tratados posteriormente por la pluma de Eça de Queiroz, la Luisa de «El primo Basilio». Y hay también una intención de satirizar la novela folletinesca que hacía furor en la época, sin dejar de conservar, por ello, el esquema folletinesco, desdoblamiento que revela una madurez poco común.

No en vano Camilo Castelo Branco habría de decir en 1886 de esta novela que fue «pionera de la reforma de las letras indígenas hasta el punto de poder afirmar que la revolución estilística de Portugal arranca de ella».

He querido respetar en la traducción, la frescura que tiene de apuntes o crónicas de urgencia para el público voraz que las esperaba, y sólo en algunos casos me he atrevido a limar un poco los defectos del lenguaje. En cuanto al tono sombrío y postromántico de alguna de las descripciones finales, también lo he conservado lo mejor que he podido en mi versión al español, pensando que puede tener, cuando menos, un valor documental.

Carmen Martín Gaité

Julio de 1974.

Relación del Doctor

I

Señor director del «Diario de Noticias».

Quiero someter a su consideración un caso realmente extraordinario en el que me he visto implicado como médico, con el ruego de que el relato que voy a confiarle, al menos resumido o de la forma que considere usted más oportuna, vea la luz en las páginas de su periódico.

Los acontecimientos a que voy a hacer referencia son de tal envergadura y están rodeados de tanto misterio, revestidos de una tal apariencia de crimen que estimo importantísima la publicidad de mis declaraciones como posible clave para el esclarecimiento de un drama, que adivino terrible, aun cuando no conozca más que uno de sus actos e ignore por completo tanto las escenas que lo provocaron como las que haya podido desencadenar.

Hace tres días, mi amigo F. y yo regresábamos a caballo de una finca que tiene él en los alrededores de Sintra. Los caballos que montábamos eran de esa finca, donde habíamos pasado juntos unos días, y de devolverlos a ella se tenía que encargar cierto criado suyo que nos estaba aguardando desde la víspera en Lisboa.

Al atardecer nos habíamos metido por un descampado. La melancolía de la hora y del paraje aquél se nos había contagiado y cabalgábamos al paso, silenciosos, embebidos en la contemplación del paisaje.

Más o menos a mitad del camino entre São Pedro y Cacém, en un lugar desierto, como todos los puntos del descampado que atravesábamos, y cuyo nombre desconozco porque he ido poco por esa carretera, vimos parado un carruaje. Era un «coupé» pintado de oscuro, verde y negro, tirado por dos caballos castaños. El cochero, que no llevaba librea, estaba apeado de cara a ellos y de espaldas a nosotros. Había otros dos individuos en cuclillas, con el aire de estar examinando atentamente aquellas ruedas que entorpecían un poco el paso por allí; y algo más apartado, también de espaldas a nosotros, un cuarto personaje que parecía afanado en buscar algo junto al muro de enfrente, tal vez una piedra para poder calzar el coche.

—Claro —comentó mi amigo—, con tantos baches como hay, seguramente se les habrá desencajado alguna rueda o puede que se les haya roto el eje.

Nos disponíamos a pasar en ese momento por entre los tres bultos que he dicho antes, y apenas había tenido tiempo mi amigo de terminar su frase, cuando mi caballo se encabritó, dio media vuelta repentinamente y cayó al suelo de bruces. El hombre que estaba junto al muro y en el cual casi no había yo reparado, entretenido como estaba mirando para el coche, había sido el causante de tal incidente al agarrar de improviso y con desusada fuerza las riendas que quedaban colgando hacia aquella parte, al tiempo que, de una patada en el flanco del caballo, nos despedía en dirección opuesta. Así que al animal, un potro de pocos arrestos y por añadidura mal montado, le fallaron las patas, como consecuencia de aquel viraje forzoso e inesperado, y dio con sus huesos y conmigo en

tierra.

El desconocido, empuñando vigorosamente las riendas, lo volvió a incorporar y, mientras me ayudaba también a mí a levantarme del suelo, me preguntaba con el mayor interés si me había hecho daño en la pierna que el caballo en su caída me pillara debajo. Su voz tenía esa entonación característica de las personas de esmerada educación y también la mano que me ofreció era una mano fina. El rostro lo llevaba oculto bajo un antifaz de satén negro. Creo recordar que en el sombrero le vi una cinta de luto. La maniobra que había hecho para derribar mi caballo dejaba bien de manifiesto que se trataba de un hombre fuerte y ágil en extremo.

Me levanté agitadamente y, antes de haber tenido ocasión de decir una palabra, me di cuenta de que, coincidiendo con nuestra caída, se había trabado una pelea entre mi compañero y los otros dos individuos que fingían estar examinando las ruedas del coche y que, por cierto, también llevaban el rostro tapado por antifaces.

—¡Ponson du Terrail puro!^[1] —dirá usted, señor director.

Y efectivamente es así. Hasta en plena carretera de Sintra parece como si a veces la vida se permitiera el capricho de mostrar una faz más novelesca incluso de lo que exigen los límites de la verosimilitud literaria. Pero aquí no se trata de hacer literatura, sino de narrar estricta y llanamente unos hechos.

Mi amigo F., al darse cuenta de que uno de aquellos desconocidos le había sujetado de improviso el caballo por las cinchas, le obligó a soltar su presa descargándole un latigazo en la cabeza con la punta de la fusta, pero el otro enmascarado se apresuró inmediatamente a arrebatársela de las manos. Ninguno de nosotros dos venía armado; pero mi amigo, en el entretanto, se había sacado del bolsillo una llave grande de su casa de Sintra y la esgrimía, mientras espoleaba al caballo y se adelantaba sobre su pescuezo, con el propósito de darle en la cabeza al otro enmascarado que lo estaba agarrando ahora por las cinchas. El cual, sin soltarlas, con una de sus manos, apuntó un revólver con la otra hacia la cabeza de mi amigo, al tiempo que le decía con toda serenidad:

—¡Calma, calma, no se acalore!

A todas estas, el que recibió el latigazo, que se había quedado por unos instantes apoyado contra la portezuela del coche, más atontado que herido porque la fusta era de ballena rematada por una simple trenza de crin, ya se había incorporado y recogido del suelo su sombrero. El otro, o sea el que me tiró a mí y luego me ayudó a levantar, había dejado ver que llevaba al cinto un par de pistolas pequeñas con culatas de plata, de esas que en Francia se llaman *coups de poing* y que atraviesan una puerta a treinta pasos. Luego me ofreció cortésmente el brazo, al tiempo que me decía con amabilidad:

—Creo que le será más cómodo aceptar un sitio en nuestro coche que volver a montar a caballo o que ir renqueando de aquí a la farmacia de Portacalhota con la pierna magullada.

No soy de los que se achantan fácilmente a la mera vista de un arma porque ya se sabe que de

amenazar con un tiro a descerrajarlo, va un abismo. Yo la pierna, aunque la tenía resentida, la podía mover, y mi amigo montaba un caballo brioso; los dos somos fuertes; podríamos resistir por lo menos diez minutos o un cuarto de hora y en ese tiempo malo habría de ser que, por una carretera tan frecuentada como lo es por ese trecho la de Sintra, no pasase alguien que nos pudiera prestar auxilio. Pero tengo que confesar que, en el fondo, lo imprevisto de aquella aventura me estaba atrayendo mucho.

Ningún suceso ni avatar de nuestra vida pasada permitían, por otra parte, suponer que alguien pudiera tener interés en ejercer violencia de ningún tipo contra nosotros. Tampoco me daba la impresión de que la conducta de aquella gente denotara móviles de robo y menos de homicidio, aunque en aquel momento no hubiera podido razonar el por qué de esta intuición. No había tenido tiempo para observarlos por separado ni por menor, apenas si les había oído pronunciar fugazmente unas palabras sueltas, y, sin embargo, parecían gente fina. Ahora que paso revista con distancia y serenidad a todo lo acontecido, comprendo que mi suposición se basaba en varios detalles aislados que, aunque fuera de pasada y sin ánimo de análisis, no escaparon a mi atención. Me acuerdo, por ejemplo, que el forro del sombrero que se le cayó a uno de los enmascarados que lucharon con mi amigo era de satén gris perla; el otro, el que le apuntó con el revólver, llevaba una mano enguantada y el guante era de color plomo, con dos botones. El que se las había habido conmigo tenía un pie fino y calzaba botas de charol; llevaba unos pantalones de cachemir color avellana muy ajustados, con hebillas y espuelas.

A pesar de que yo me inclinaba a no seguir ofreciendo resistencia y a subir al coche, le pregunté a mi amigo en alemán si él era de la misma opinión o prefería continuar la pelea.

—¡Mejor que se rindan, ríndanse, así nos ahorrarán un tiempo que nos es precioso! —dijo uno de los desconocidos, muy serio—. Por lo que más quieran, ¡vengan con nosotros! Algún día sabrán la razón que hemos tenido para montar esta escena. Les damos palabra de devolverlos mañana sanos y salvos a sus casas de Lisboa, y de que los caballos estarán en Sintra dentro de dos horas.

Después de una breve oposición, de la que logré disuadirle, mi amigo se avino al fin a apearse y entró en el «coupé». Yo le seguí. Nos dejaron los mejores asientos. El hombre que estaba de espaldas se hizo cargo de nuestros caballos; el que me había hecho caer, se subió al pescante y tomó las riendas; los otros dos entraron en el coche y se sentaron enfrente de nosotros. Luego cerraron los postigos de las portezuelas y corrieron una cortina de seda verde que cubría por dentro los cristales de delante. Cuando ya estábamos a punto de arrancar, el que iba al pescante llamó por estos cristales y pidió un cigarro; le pasaron una cigarrera de paja de Java. Por la misma rendija que se la habían pasado, tiró al interior del coche el antifaz que le tapaba el rostro y acto seguido partimos a todo galope.

Al entrar en el coche me pareció divisar a lo lejos el bulto de un autobús que venía de Lisboa, o no sé si sería una carretela. Si no vi visiones, la persona o personas que vinieran en ese coche que digo habrán tenido ocasión de ver nuestros caballos, uno de los cuales es bayo y el otro castaño, y seguramente podrán dar señas del carruaje en que viajábamos y del cocher. Era un «coupé» verde y negro, como antes dije, con postigos de caoba bruñida, y en su parte alta tenían cuatro hendiduras

estrechas y alargadas formando una cruz.

No tengo tiempo de terminar mi narración, a pesar de las muchas cosas que me quedan todavía en el tintero, porque quiero mandar esta carta lo más pronto posible por la posta interior.

Seguiré escribiéndole. Y, si no ha sospechado aún los motivos que puedo tener para ocultar mi nombre y el de mi amigo, se los diré entonces, en la continuación del relato.

II

24 de julio de 1870.

Acabo de leer, publicada en la columna que su periódico dedica a los folletines, la carta íntegra que le mandé. En vista del lugar que ha asignado a mi escrito, haré lo posible por continuarlo sin salirme del tono ni de los límites a que esa sección obliga.

Me olvidé de fechar la carta anterior, con lo cual no quedó claro el día que fuimos asaltados en la carretera de Sintra: fue el miércoles pasado, el día 20.

Y, reemprendiendo mi narración, paso en seguida a contarle con todo pormenor lo que ocurrió en el coche, tratando de reconstruir minuciosamente el diálogo que se entabló, incluso con las mismas palabras que se dijeron, cuando me sea posible recordarlas.

El coche salió en dirección a Sintra. Sospecho, sin embargo, que debió dar, a lo largo del camino, varias vueltas amplias y bien descritas, porque casi no se notaron debido a la irregularidad del trote de los caballos. Me llevaron a suponerlo, en primer lugar, los desniveles del terreno, circulando como circulábamos por una carretera lisa y asfaltada; en segundo lugar, ciertas ligeras alteraciones en la luz que entraba al «coupé», filtrándose a través de la cortina de seda verde, lo cual me indicaba que el coche iba cambiando sucesivamente de posición con respecto al sol, que se hundía en el horizonte. En una palabra, había un evidente designio de desorientarnos en cuanto al rumbo definitivo que se pretendía tomar.

Lo cierto es que a los pocos minutos de habernos puesto en marcha ya me habría resultado absolutamente imposible discernir si íbamos de Lisboa a Sintra o veníamos de Sintra a Lisboa.

En el coche reinaba una claridad amortiguada que, sin embargo, nos permitía distinguir los objetos. Pude mirar la hora de mi reloj. Eran las siete y cuarto. Uno de los desconocidos que iba frente a mí también miró la hora. El reloj, que no metió bien en el bolsillo del chaleco y que poco después se le cayó y quedó unos instantes a la vista, colgando de la cadena, era un reloj bastante singular, difícil de confundir y que no dejará de ser reconocido, después de las señas que voy a dar de él, por las personas que alguna vez hayan tenido ocasión de verlo. La tapa, por su cara externa, era de esmalte negro y liso y tenía en el centro, debajo de un casco, un escudo de armas de cobre sobredorado y bruñido.

Hacia poco que habíamos arrancado a andar cuando el individuo que iba sentado frente a F., el que nos había instado más vivamente para que les acompañásemos, nos dijo:

—Creo inútil asegurarles que pueden estar completamente tranquilos en lo que a sus personas se

refiere.

—Ya ve usted que sí —respondió mi amigo—; estamos perfectamente tranquilos en todos los aspectos. Espero que nos harán la justicia de reconocer que no han conseguido coaccionarnos por el terror. Ninguno de nosotros es tan niño como para aterrorizarse a la mera vista de sus antifaces y de sus armas de fuego. Ustedes acaban de tener la bondad de garantizarnos que no pretenden hacernos ningún daño; nosotros, por nuestra parte, debemos avisarles de que, desde el momento en que su compañía empezase a hacérsenos enojosa, nada nos sería más fácil que arrancarles los antifaces, echar abajo las portezuelas, invitarles en presencia del primer coche que pasase a que nos entregasen sus pistolas y dejarlos seguidamente encomendados en el primer Ayuntamiento por donde pasásemos, a los desvelos policiales del alcalde. Me parece, por lo tanto, bastante puesto en razón que empecemos por rendir el debido culto al más elemental sentido de la cortesía que nos ha reunido aquí. De lo contrario, resultaríamos tan grotescos nosotros por amedrentados como ustedes por terroríficos.

A pesar de que F. pronunció esta frase en un tono de condescendencia risueña, nuestro interlocutor daba muestras de irse alterando progresivamente, a medida que le escuchaba. Movía nerviosamente una pierna, apoyaba el codo en la rodilla, se mesaba la barba con los dedos, y todo sin dejar de mirar fijamente a mi amigo. Hasta que, por fin, retrepándose en el asiento, dijo, como si hubiera mudado de parecer:

—En el fondo tiene usted razón, y tengo que reconocer que yo, si me encontrase en su situación, seguramente me comportaría igual y hablaría lo mismo.

Luego, después de meditar unos instantes, continuó:

—Y sin embargo, ¿qué dirían ustedes si les demostrase que este disfraz del que sólo captan el aspecto grotesco, garantiza, en cambio, la seriedad del asunto que nos ha traído hasta aquí? Piensen por un momento en el argumento de cualquiera de esas muchas novelas que se escriben hoy en día: Una señora casada, pongamos por ejemplo, cuyo marido está ausente desde hace un año. Esa señora, de sobra conocida en la buena sociedad de Lisboa, se queda embarazada. ¿Qué partido podría tomar?

Hubo un silencio. Yo aproveché aquella pequeña tregua que sucedía al enunciado un tanto brusco del problema para responder:

—Mandarle al marido un documento solicitando la separación en toda regla. Luego, si era rica, irse a vivir con su amante a cualquier punto de América o de Suiza; si pobre, comprarse una máquina de coser y meterse en una buhardilla a ganarse el sustento trabajando para afuera. No hay otra alternativa, ni para las pobres ni para las ricas. Pero, dadas esas circunstancias, no creo que ni a una ni a otra la muerte tardase en llegarles; para el caso lo mismo me da un *cottage* a orillas del lago de Ginebra que un cuartucho de ocho reales al mes en la calle de los Vinagres^[2]. Igual mata la tisis que el tedio, el agotamiento del trabajo que la náusea del idilio.

—¿Y el hijo, qué?

—El hijo nada, desde el momento en que ha nacido fuera de la familia y de la ley, es un desdichado de cuya desgracia es responsable en gran medida la sociedad, que aún no ha sido capaz de definir los deberes de un padre clandestino. Si tanto los padres como las leyes se ven en el aprieto de salir a buscar gente a la carretera de Sintra para preguntarle qué es lo que tienen que hacer, lo mejor para el hijo será que lo echen al hospicio.

—El señor doctor discurre muy bien como filósofo insigne. En cambio, como simple médico tal vez se le escapa que en la coyuntura de que estamos tratando, antes de pensar en echar un hijo al hospicio, hay que cumplir una pequeña formalidad, la de echarlo al mundo.

—¡Ah!, bueno, eso para los especialistas. No creo que yo me encuentre aquí en calidad de tal.

—Pues se equivoca. Es precisamente como médico y a título de tal por lo que se encuentra aquí y por lo que hemos salido a sorprender su paso por la carretera de Sintra; por ello lo llevamos furtivamente, para que preste auxilio a una persona que necesita de sus servicios.

—Pero si yo no tengo abierta consulta.

—Da igual; incluso es mejor, porque así no abandona a sus enfermos por unas horas para seguirnos en esta aventura. Pero además ha estudiado en París y tiene publicada una tesis de cirugía de la que se ha hablado mucho y que mereció los plácemes de la Universidad. Con que hágase a la idea de que va a asistir a un parto.

Mi amigo F. se echó a reír y comentó:

—Pero bueno, y yo que no tengo estudios de Medicina ni soy reo de tesis alguna, ¿me pueden ustedes decir qué pinto en todo esto?

—¿Tiene interés en saberlo?... Pues se lo voy a decir.

Pero en este momento el coche se paró en seco y nuestros compañeros se incorporaron sobresaltados.

* * *

III

Se oyó cómo el cochero saltaba del pescante, abría sucesivamente la tapa de los dos faroles y encendía un fósforo contra la rueda. Luego sonó el muelle de las tapas cerradas tras haber encendido las bujías, y un rechinar metálico como si los faroles estuvieran siendo enderezados por su base. No me pareció en aquel momento que semejante propósito fuera una razón de fuste para motivar detención tan brusca, yendo por buen camino como íbamos y no habiendo caído aún la noche. Pero ahora pienso que puede explicarse por un exceso de precaución. El tipo que nos servía de cochero no tendría interés ninguno en hacer aquella parada donde pudiese encontrarse con gente. Si habíamos de atravesar un pueblo, las luces que empezasen a encenderse y que forzosamente tendríamos que ver a través de la cortina o de las rendijas de las portezuelas podrían darnos alguna pista del lugar donde nos encontrásemos. Así desaparecía esa posible pista. Al pasar cerca de fincas o de altas paredes, el reflejo de la potente luz de los faroles contra esas paredes, al

proyectarse en el interior del coche, nos haría imposible discernir si estábamos pasando por una aldea o por una calle bien iluminada.

En cuanto el coche, una vez encendidos los faroles, reemprendió ruta, aquel de nuestros compañeros que había prometido a F. darle una explicación acerca de su presencia allí, prosiguió:

—Imagínese que soy yo mismo el amante de esa señora a que me refiero; que lo saben únicamente en este mundo tres amigos íntimos, compañeros míos de infancia y de estudios, con los que he vivido siempre, dispuestos incondicionalmente a hacer cualquier cosa unos por otros, a los últimos sacrificios que puede exigir una buena amistad. Pues bien, ninguno de esos amigos es médico. Había que procurarse uno y era también indispensable que no trascendiese un secreto en el que están implicados el amor de un hombre y el honor de una señora. Mi hijo nacerá probablemente esta misma noche o mañana por la mañana; para que nadie sepa quién es su madre ni pueda tener el más leve indicio el día de mañana, es preciso que el doctor no conozca la identidad de las personas con quienes está hablando ni el aspecto de la casa en que va a entrar. Tal pudiera ser el motivo de nuestros antifaces; tal el motivo en nombre del cual nos han de permitir ustedes que sigamos teniendo el coche absolutamente cerrado y que les vendemos los ojos antes de detenernos junto a la casa donde vamos. Ahora comprenderá usted, continuó dirigiéndose a F., la razón por la cual está aquí. No podíamos evitar que viniese hoy de Sintra con su amigo; por otra parte, no podíamos tampoco aplazar esta visita, y tampoco podíamos dejarlo en el sitio donde cogimos al doctor. No le habría sido difícil seguirnos y descubrir nuestra identidad.

—La idea —comenté yo— es muy ingeniosa, pero un poco ofensiva para mi discreción.

—La confianza en la discreción ajena puede suponer una traición para un secreto que no nos pertenece.

F. estaba totalmente de acuerdo con tal punto de vista y así lo dijo, encomiando el espíritu romántico de los enmascarados.

Las palabras de F. y el acento afectuoso y sincero con que fueron pronunciadas me dieron la impresión de que perturbaban un poco al desconocido. Me parece que esperaba tener que discutir más tiempo para convencernos y que le desconcertaba y sorprendía no muy gratamente aquel corte inesperado. Aunque era hombre de réplica pronta y de palabra fácil, no debió encontrar nada que objetar a aquella confianza con que lo trataba y observó desde aquel momento hasta el de nuestra llegada, un silencio bastante reñido con su carácter expansivo y charlatán. También es verdad que poco después de este diálogo el coche dejó la carretera asfaltada que había traído hasta entonces y debió meterse por un camino vecinal o por un atajo. El suelo era pedregoso, tenía muchos baches; los tumbos que daba el coche, sin cesar en su galope, y el estrépito de las ventanillas y de las portezuelas contra los goznes, malamente permitían conversar.

Por fin volvimos a entrar en camino liso. El coche volvió a parar por segunda vez y se oyó decir al cochero, mientras se apeaba rápidamente:

—¡Ya voy, ya!

Volvió al poco y se oyó decir a alguien fuera:

—Van a Lisboa con unas chicas.

El coche volvió a ponerse en marcha.

¿Sería un fielato? ¿Habría inventado aquel pretexto para que no nos abriesen las portezuelas? ¿O se trataría de una contraseña acordada con sus compañeros? No lo puedo precisar.

El coche entró luego por un pavimento enlosado y a los dos o tres minutos se detuvo. El cochero llamó por los cristales y dijo:

—Ya hemos llegado.

El enmascarado, que no había vuelto a abrir la boca desde el momento que he dicho, sacó un gran pañuelo del bolsillo y dijo con cierta emoción:

—Me tendrán que perdonar. No puede ser por menos.

F. acercó él mismo la cara y se dejó vendar los ojos. A mí me vendó el otro que estaba enfrente. Nos bajamos acto seguido y entramos en un pasillo llevados de la mano por ellos. Era un pasillo estrecho, según pude deducir de la forma en que nos topamos y dejamos pasar a alguien que salía. El que fuera dijo:

—¿Me llevo el coche?

—Sí, llévatelo —respondió la voz del que nos guiaba.

Nos paramos un momento. La puerta por donde habíamos entrado fue cerrada con llave y el que nos había servido de cochero pasó delante, mientras decía:

—En marcha.

Dimos unos pasos, subimos dos escalones de piedra, torcimos a la derecha y empezamos a subir una escalera. Era de madera, muy empinada y vieja, cubierta por una alfombra estrecha. Los peldaños estaban desgastados por el uso, arqueados y carcomidos. A lo largo de la pared, de mi parte, corría un cordón a modo de pasamanos; era de seda y al tacto no parecía denotar mucho uso. Olía a humedad, ese olor tan típico de las casas cerradas y deshabitadas. Subimos ocho o diez escalones, torcimos a la izquierda en un descansillo, subimos aún otro poco y nos detuvimos a la altura de un primer piso.

Nadie había dicho una sola palabra y en aquel silencio se traslucía un no sé qué de lúgubre, como una nube de tristeza.

En ese momento oí el ruido de nuestro coche que se alejaba y tuve un sobresalto pueril, sentí una especie de opresión.

Luego chirrió una cerradura y traspusimos el umbral de una puerta que en cuanto entramos fue cerrada con llave.

—Pueden quitarse los pañuelos —nos dijo uno de los desconocidos.

Nos destapamos los ojos. Era de noche.

Uno de los enmascarados encendió con una cerilla las cinco velas de un candelabro de bronce, cogió el candelabro, se acercó a un diván que estaba cubierto por una manta de viaje y tiró de la manta.

No pude contener la emoción que sentí y se me escapó un grito de horror. Lo que tenía delante de mis ojos era el cadáver de un hombre.

* * *

IV

Hoy le escribo cansado y muy nervioso. Todo este confuso asunto en que me veo envuelto, el peligro que vagamente me ronda, la misma tensión de espíritu en que me debato para tratar de desvelar la secreta verdad de toda esta aventura, las costumbres de mi vida ordenada quebradas súbitamente, todo esto me tiene sumido en un estado de morbosa y agotadora irritación.

En cuanto vi el cadáver pregunté violentamente:

—¿Pero esto qué quiere decir, señores míos?

Uno de los enmascarados, el más alto, contestó:

—No podemos perder tiempo en explicaciones. Perdonen que les hayamos engañado. Pero por el amor de Dios, doctor, examine a ese hombre. ¿Qué le pasa? ¿Está muerto? ¿Narcotizado quizá?

Pronunciaba estas palabras con una voz tan suplicante, tan dolorosamente inquisitiva, que yo, llevado por lo imprevisto de la situación, no pude por menos de acercarme al cadáver y examinarlo.

Estaba echado en una *chaise-longue* con la cabeza apoyada en una almohada, las piernas cruzadas ligeramente, uno de los brazos doblados sobre el pecho y el otro colgando, rozando el suelo con su mano inerte. No presentaba señales de golpe, herida, contusión ni pérdida alguna de sangre; tampoco tenía síntomas de congestión ni vestigios de haber sido estrangulado. La expresión de su rostro no denotaba tensión ni sufrimiento. Los ojos tenuemente entornados parecían dormir un leve sueño. Estaba lívido y frío.

No pretendo hacer aquí la historia clínica de aquel cadáver. Sería entorpecer este relato con digresiones técnicas. Pero incluso sin contar con los datos ni los elementos de juicio que sólo pueden proporcionar un análisis o una autopsia, me pareció que aquel hombre estaba bajo el influjo mortal de un narcótico y que ya no llegábamos a tiempo de hacer nada.

—¿Qué ha ingerido? —pregunté con una curiosidad exclusivamente médica.

Se me habían olvidado el crimen y la misteriosa aventura que me arrastrara hasta allí; lo único que quería era conocer el proceso de los hechos que habían motivado el envenenamiento.

Uno de los enmascarados me enseñó una copa que estaba junto a la *chaise-longue* encima de una silla tapizada.

—No sé —dijo—, puede que eso.

En la copa había evidentes residuos de opio.

—Este hombre está muerto —dije.

—¿Muerto? —repitió uno de ellos temblando.

Levanté los párpados del cadáver, los ojos tenían una dilatación fija, horrible. Los miré a ellos fijamente uno por uno y dije con toda serenidad:

—Desconozco el motivo por el cual me han traído aquí; como médico resulto inútil, como testigo puedo resultar peligroso.

Uno de los enmascarados se dirigió a mí y me preguntó con voz insinuante y grave:

—Oiga, por favor, dígame la verdad, ¿realmente cree que ese hombre está muerto?

—Sin género de dudas.

—¿Y a qué achaca su muerte?

—Al opio. Pero me parece que mejor que yo deberían saberlo quienes se dedican a salir a la carretera de Sintra con antifaces para asaltar a la gente.

Estaba irritado, quería provocar algún incidente decisivo para acabar de una vez con aquella situación tan embarazosa.

—Perdone —intervino otro de ellos—; ¿cuánto tiempo calcula que puede llevar muerto?

No contesté. Me puse el sombrero y luego los guantes. F., que estaba junto a la ventana, daba golpecitos de impaciencia con el pie en el suelo. Hubo un silencio. Aquel cuarto recargado de cortinas, aquel cadáver con reflejos lívidos en el rostro, las figuras de los enmascarados, la calma lúgubre del escenario, las luces, todo contribuía a dar un cariz profundamente siniestro a aquella situación.

—Señores míos —dijo lentamente el más alto de los desconocidos, el que venía guiando el coche—; se darán perfecta cuenta de que si hubiéramos matado nosotros a ese hombre ya se nos habría ocurrido que un médico era inútil y un testigo inoportuno. Sospechábamos, naturalmente, que se hallaba bajo los efectos de un narcótico, pero de su muerte no estábamos seguros. Por eso fue el traerlos a ustedes aquí. Pero con relación al crimen estamos sumidos todos en la misma ignorancia. Si no hemos avisado a la Policía y hemos forzado y rodeado de misterio su visita a esta casa, si les hemos vendado los ojos y todo lo demás ha sido por miedo a que cualquier posible investigación lleve a descubrir como cómplice o hasta criminal a alguien cuya fama tenemos el deber de dejar a salvo, y si les estamos dando estas explicaciones...

—¡Estoy harto de explicaciones absurdas! —estalló F.—. Aquí se ha producido un crimen; ustedes no dan la cara y ese hombre está muerto; nos han traído por la fuerza a una casa que parece estar deshabitada, son todas ellas, creo yo, circunstancias tan turbias y desagradables, de un aspecto tan sospechoso, que no estamos dispuestos ni con la más leve participación ni siquiera como testigos involuntarios a mezclarnos para nada en este asunto. No estamos pintando nada aquí; tengan

la bondad de abrirnos la puerta.

Al ver la grandilocuencia de sus gestos, uno de los enmascarados se echó a reír.

—¡Es el colmo! —exclamó F.—. ¡Encima se burlan!

Y, precipitándose violentamente contra la ventana, se disponía a forzar el cierre cuando dos de los enmascarados se arrojaron sobre él con decisión, lo redujeron y lo arrastraron hasta una butaca, donde se dejó caer jadeante y temblando de rabia.

Yo miraba la escena impasible.

—Caballeros —dije al fin—, se habrán dado cuenta de que mi amigo reacciona dominado por la cólera; a mí, en cambio, lo que me domina es el aburrimiento.

Y me puse a encender un cigarro.

—¡Válgame todos los diablos! —exclamó uno de ellos acaloradamente—, nos están tomando por vulgares asesinos. Ni el honor ni la palabra de un hombre merecen crédito alguno, por lo que veo. ¡Pues si vosotros no os quitáis el antifaz, yo, desde luego, me lo quito! ¡Nos tienen que ver! ¡No estoy dispuesto a pasar por un asesino ni siquiera camuflado detrás de un trozo de cartón forrado! Basta, señores, ¡yo les doy mi palabra de honor de que no sé ni remotamente quién mató a ese hombre!

Y remató sus palabras con un gesto tan violento que el antifaz debió aflojarse y le resbaló por la cara. Se volvió bruscamente de espaldas al tiempo que se cubría el semblante con las dos manos abiertas. Había sido un ataque de furor instintivo e insensato. Los demás le rodearon sin dejar de mirar a F., que les miraba, a su vez, impasible. Uno de los desconocidos, el que venía en el coche sentado frente a mí y que todavía no había dicho nada, era el que menos perdía de vista a mi amigo y en su mirada se reflejaban el temor y la sospecha. Siguió un silencio prolongado, interrumpido únicamente por los cuchicheos de aquellos hombres en un rincón, y yo lo aproveché para examinar detenidamente la habitación.

Era pequeña y estaba tapizada de seda plisada con el suelo cubierto por una alfombra mullida y suave, ideal para andar descalzo. El tapizado de los muebles era de seda roja con una sola raya verde estampada transversalmente, como las antiguas barras heráldicas de los bastardos. Las cortinas de las ventanas caían en pliegues amplios y suaves. Había jarrones de jaspe y se percibía un aroma tibio y penetrante a verbena y a perfume de «marechala». El muerto era un hombre joven, de perfil agradable y fino, con bigote rubio. El chaleco y la chaqueta los tenía desabrochados y en la pechera de la camisa le brillaban unos botones de perlas, llevaba pantalones ceñidos, bien cortados, de color claro. Sólo tenía calzado uno de los pies con zapato de charol, los calcetines eran de seda a cuadros blancos y grises. Por la constitución, la fisonomía, el peinado y el color del pelo, aquel hombre habría podido tenerse por un inglés. Al fondo de la estancia se veía un cortinaje grande y pesado corrido cuidadosamente. Pensé que podría dar a una alcoba. Me llamó la atención que, a pesar del lujo que reinaba allí, de aquel olor que se percibía en el aire y de una especial sensación de tibieza característica de los lugares donde se suele estar, conversar y hacer vida, aquella estancia

daba al mismo tiempo impresión de deshabitada; no había un solo libro ni, por ejemplo, una chaqueta en el respaldo de una silla o un guante tirado por la alfombra; en fin, alguno de esos pequeños y vagos detalles que dan fe de triviales incidentes cotidianos.

F. se había acercado a mí. Le pregunté:

—Oye, ¿conoces a ése que se le ha caído el antifaz?

—De nada. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero hay uno que todavía no ha abierto la boca y que no te quita los ojos de encima. Puede ser algún conocido o incluso amigo tuyo. No lo pierdas de vista.

Vino uno de los enmascarados y preguntó:

—¿Cree que podrá resistir mucho el cadáver ahí, en la *chaise-longue*?

No me digné contestar y él tuvo un amago de rabia, pero se contuvo. En ese momento entraba el más alto, que había salido unos instantes, y les dijo:

—Eso está ya.

Hubo una pausa. No se oía más que el péndulo del reloj y los pasos de F., que se había puesto a pasear nerviosamente con el entrecejo fruncido, mientras se retorció el bigote.

—Caballeros —dijo luego el enmascarado dirigiéndose a nosotros—, les hemos dado nuestra palabra de honor de que somos totalmente ajenos a este asunto, pero no nos es posible entrar en más explicaciones. Desde este momento quedan ustedes detenidos aquí. Pueden pensar que somos ladrones, asesinos o falsificadores de moneda, lo que les venga en gana. Digan que hemos empleado la astucia y las malas artes para forzarles, que hemos atropellado la Ley, digan lo que quieran, están en su derecho. El caso es que se quedan aquí hasta mañana. Su cuarto —me dijo— es esa alcoba de ahí; el de usted —se dirigía a F.—, otro de dentro adonde le acompañará uno de mis amigos y le servirá de criado. Yo, doctor, me quedo con usted y dormiré en este sofá. Mañana nos despediremos amistosamente y pueden dar parte a la Policía o enviar información a los periódicos.

Había hablado con total serenidad y no le respondimos nada. Hubo un silencio. Ellos se habían juntado en un rincón de la estancia, junto a la alcoba, y cuchicheaban visiblemente violentos. Yo me puse a pasear y en una de mis idas y venidas vi por casualidad junto a una de las butacas caída una cosa blanca que me pareció un pañuelo. Pasé por delante, dejé caer a propósito mi propio pañuelo y luego, al agacharme a recogerlo, cogí también de paso disimuladamente el objeto caído que era, en efecto, un pañuelo. Me lo guardé y lo palpé dentro del bolsillo con todo detalle; era fino al tacto, con encajes, un pañuelo de mujer. Parecía tener bordadas una inicial y una corona. En ese momento dieron las nueve. Uno de los desconocidos se dirigió a F. y le dijo:

—Voy a llevarle a su cuarto. Lo siento, pero le tengo que vendar los ojos.

F. le quitó el pañuelo de las manos con un gesto de altivez, se vendó los ojos por sí mismo y acto seguido salieron.

Me quedé solo con el enmascarado alto, que tenía una voz agradable y atractiva. Me preguntó si quería cenar algo y, a pesar de que le dije que no, abrió una mesa y puso sobre ella una cesta de merienda con fiambres. Yo me limité a beber un vaso de agua. Él se puso a comer.

Poco a poco nos fuimos enredando en una conversación que casi acabó por hacerse amistosa. A mí, que soy de natural expansivo, tanto silencio se me empezaba a hacer insoportable, y él, por otra parte, era una persona cultivada que había viajado y leído mucho.

De repente —creo que sería poco más de la una— se oyeron unos pasos rápidos y sigilosos por la escalera, seguidos poco después por la llamada que alguien hacía desde fuera a la puerta del salón. Esta puerta estaba cerrada con una llave que el enmascarado había retirado de la cerradura y se había guardado en el bolsillo. Nos incorporamos con sobresalto. El cadáver estaba tapado. Mi compañero apagó las luces.

Sentí mucho miedo. El silencio era profundo, tan sólo interrumpido por el chirrido que hacía desde fuera una llave que debía estar probando la persona que intentaba entrar en la estancia. Nosotros permanecíamos inmóviles sin atrevernos casi ni a respirar.

Por fin la puerta se abrió y la persona que había entrado, después de cerrarla tras de sí, encendió una cerilla y miró en torno suyo. Al vernos, dejó escapar un grito y se desplomó con los brazos abiertos.

Mañana, más sereno y con la memoria despejada, le seguiré contando lo que pasó.

P.S. Un detalle que puede dar alguna pista sobre la calle y el emplazamiento de esta casa: Alrededor de medianoche oí pasar a dos personas, una iba tocando la guitarra y otra cantando un fado que decía:

«He escrito carta a Cupido
y en ella le preguntaba
si a un corazón ofendido...»

Del final no me acuerdo. Si alguna de esas dos personas llega a leer esta carta y pudiera acordarse de la calle por donde pasaban y de la fachada delante de la cual cantaron esta copla, creo que supondría una colaboración muy valiosa.

* * *

V

Hoy, ya más descansado y tranquilo, me creo capaz de contarle con realismo y precisión, reconstruyendo nítidamente palabras y miradas, cuanto siguió a la irrupción imprevista de aquella persona en el cuarto donde estaba el cadáver.

Acudimos al hombre que había caído al suelo sin sentido, le mojamos la cabeza y le hicimos respirar vinagre de tocador. En cuanto volvió en sí, aún pálido y trémulo, su primer movimiento instintivo fue precipitarse hacia la ventana. Pero el enmascarado, que lo había cogido por los

brazos, le sujetó fuertemente y le obligó a sentarse en una silla que había al fondo de la estancia. Luego, al tiempo que sacaba del pecho un puñal, le dijo con voz fría y firme:

—Un solo gesto que haga, un grito que dé, un movimiento que intente y ¡se lo clavo en el corazón!

—Vamos, vamos —intervine yo—, responda en seguida. ¿Qué pretende? ¿Qué es lo que ha venido a hacer aquí?

No respondió. Tenía la cabeza entre las manos y se limitaba a repetir maquinalmente:

—Está todo perdido. ¡Todo perdido!

—Hable de una vez —le conminó el enmascarado mientras lo cogía violentamente por un brazo—. ¿Qué venía a hacer aquí? ¿Qué significa todo esto? ¿Quién le ha dicho...?

Era presa de extrema agitación: le relucían los ojos por entre el raso del antifaz.

—¿Qué venía a hacer aquí? —repetía agarrándolo por los hombros y sacudiéndolo como a un mimbre.

—Verá... —murmuró el hombre convulsivamente—. Quería saber... me habían dicho... No sé... Creí que ya estaba aquí la Policía... Me quería enterar de la verdad, averiguar quién lo había asesinado... Vine en busca de informes.

—¡Lo sabe todo! —exclamó el enmascarado presa de consternación, dejando caer los brazos.

Yo no salía de mi asombro. Así que aquel hombre tenía noticia del crimen, sabía que allí había un cadáver. Y seguramente nadie más que él lo sabía, porque aquellos sucesos lúgubres parecían ciertamente yacer en la más completa ignorancia. Por consiguiente, quien sabía dónde estaba el cadáver, quien tenía una llave de la casa y se personaba en el lugar del asesinato a altas horas de la noche, quien había caído al suelo sin sentido al verse descubierto por otras personas, era evidente que estaba complicado en aquel crimen.

—¿La llave quién se la dio? —preguntó el enmascarado.

El hombre guardó silencio.

—¿Quién le ha contado lo que sabe?

Silencio.

—¿Qué venía a hacer a esta casa furtivamente y a deshora?

Nuevo silencio.

—Pero si es que no entiendo. ¿Cómo se ha podido enterar de un secreto tan absoluto que sólo lo conocemos nosotros?...

Y, volviéndose hacia mí como para darme noticia con un gesto apenas perceptible del recurso que se le acababa de ocurrir, añadió:

—... nosotros y el señor comisario.

El desconocido no dijo nada. El enmascarado cogió su abrigo y rebuscó en los bolsillos. Encontró un martillo pequeño y un puñado de clavos.

—¿Por qué traía esto?

—Eso... nada, ni me había dado cuenta, es que quería arreglar en casa no sé qué, un cajón.

El enmascarado cogió el candelabro, se acercó al sofá y, tirando de la manta de viaje con un gesto rápido, dejó el cuerpo al descubierto; la luz cayó de plano sobre la lívida faz del cadáver.

—¿Conoce a este hombre?

El desconocido se estremeció levemente y echó una larga mirada, minuciosa y atenta, sobre el muerto. Yo clavé mis ojos en los suyos sin pérdida de tiempo, con una insistencia implacable, y una vez que lo tenía dominado, le apreté la mano y le susurré en voz baja:

—Diga, ¿por qué lo mató?

—¿Yo? Pero usted está loco —dijo él.

Era una respuesta clara, sincera, espontánea, inocente.

—¿Pero entonces por qué ha venido? —insistió el enmascarado—. ¿Cómo fue enterarse del crimen? ¿Quién le dio la llave? ¿Y este martillo? ¿Y quién es usted? O se explica claramente o dentro de una hora está en el calabozo y dentro de un mes en las galeras. Llame usted a los otros —me dijo a mí.

—Un momento, señores —gritó el desconocido—, confesaré, lo diré todo.

Esperamos; al fin, conteniendo la voz y en un tono lento, como si estuviese dictando un texto, prosiguió:

—La verdad es ésta: hoy por la tarde me encontré con un desconocido que me dio una llave y me dijo: «Sé que es usted Fulano de Tal y que es intrépido; mire, vaya a la calle tal número tantos...

Tuve un movimiento ávido de curiosidad. Menos mal; por fin me iba a enterar de dónde estábamos. Pero el enmascarado, con un ademán impetuoso, le tapó la boca apretándosela con la mano abierta, al tiempo que decía con voz sorda y terrible:

—Si dice usted el lugar donde estamos, dese por muerto.

El hombre nos miró escrutadoramente, se dio cuenta sin duda de que allí había un misterio, de que yo tampoco sabía dónde estaba y de que los motivos de nuestra presencia allí eran turbios: en una palabra, que no éramos ninguno de los dos de la Policía. Permaneció unos instantes callado, y por fin añadió:

—Caballeros, yo fui quien mató a ese hombre. ¿Qué más quieren saber? Ahora díganme qué hacen ustedes aquí.

—Queda usted detenido —exclamó el enmascarado—. Doctor, vaya a avisar a los demás. Ha

aparecido el asesino.

—No, no, por favor, esperen —gritó él—. ¡No entiendo nada! ¿Ustedes quiénes son? Creí que eran de la Policía... Puede que lo sean... que se hayan disfrazado para desorientarme. No, no conozco a ese hombre, nunca lo he visto. Déjenme marchar... ¡Qué horror!

—Es un miserable —vociferó el enmascarado—, y tiene que hablar porque lo sabe todo.

Yo me había sentado junto a aquel individuo, decidido a emplear la dulzura y la astucia con él. Se había calmado un poco y había empezado a hablar fluidamente y con lucidez. Dijo que se llamaba A. M. C., que estudiaba medicina y que era de Viseo. El enmascarado nos miraba atenta y silenciosamente. Yo contestaba en voz baja a las palabras del desconocido, le había puesto una mano sobre la rodilla y él me empezó a llamar amigo, a pedirme que lo salvase. Me pareció un muchacho exaltado y muy propenso a dejarse llevar por la imaginación. No era difícil sonsacarle la verdad. En un tono confidencial y persuasivo fui haciéndole preguntas aparentemente simples y directas, pero cargadas de intención, y él, llevado de su inexperiencia y buena fe, a cada momento quedaba al descubierto.

—Pues fijese —le dije, por ejemplo—; hay una cosa en todo esto que es la que más me llama la atención.

—¿Cuál es? —preguntó él.

—Que el arsénico no haya dejado vestigios.

—Es que fue opio —confesó él con una ingenuidad infantil.

Me incorporé de un salto. Si aquel hombre no era el asesino, por lo menos estaba al tanto de todos los detalles del crimen.

—Lo sabe todo —dije.

—Es que ha sido él —aseguró el enmascarado con absoluto convencimiento.

Yo entonces me lo llevé aparte y le dije con sencillez y franqueza:

—Amigo mío, la comedia ha terminado, fuera caretas, démonos la mano y avisemos a la Policía, ¿no cree? La persona a quien mi amigo temía implicar en este asunto es evidente que no tiene nada que ver con él.

—Nada en absoluto. El asesino es este individuo.

Y volviéndose a mirarle a través del antifaz con un fulgor terrible le increpó:

—¿Y por qué lo mató usted?

—Lo maté... —balbuceó el hombre.

—Se lo voy a decir yo —pronunció el enmascarado con una voz tan lenta que me aterró—. Lo maté para robarle 2.300 libras en billetes que llevaba en el bolsillo, sí, dentro de un billetero con las iniciales de su nombre grabadas en plata.

—¿Yo?... ¿Robarle yo? ¡Qué infamia! ¡Mentira! ¡Yo no conozco a ese hombre de nada! ¡Nunca lo había visto! ¡No lo maté!

—¡Ya está bien de contradicciones, maldita sea! —se exaltó el enmascarado.

Al llegar a este punto, A. M. C. arguyó con parsimonia:

—Perdone, pero usted, me refiero al caballero enmascarado... ¿no era amigo suyo, el único amigo que tenía él en Lisboa?

—¿Y usted cómo sabe eso? —exclamó el enmascarado bruscamente al tiempo que lo agarraba por un brazo—. Hable ya, diga lo que sepa.

—Por motivos que no puedo desvelar —continuó aquel hombre— yo sé que ese señor es extranjero, que no conocía a nadie en Lisboa, que llegó hace pocas semanas, que vino a esta casa...

—Es cierto —le interrumpió el enmascarado.

—Y que aquí tenía citas con una persona...

—Es verdad —dijo el enmascarado.

Yo, mudo de asombro, los miraba alternativamente, sintiendo trastornadas mis ideas, presintiendo nuevos motivos pavorosos e imprevisibles.

—Y además —continuó el desconocido— la vida de este infeliz estaba presidida por un enorme secreto.

—Verdad, muy verdad —repetía el enmascarado absorto.

—Pues bien, ayer una persona a quien era imposible salir de casa me pidió que viniese a saber de él...

Esperábamos absolutamente inmóviles el epílogo de aquellas confesiones.

—Lo encontré muerto al llegar. En la mano tenía este papel.

Y sacó del bolsillo medio pliego de carta doblado.

—Lea —le dijo al enmascarado alargándoselo.

Este acercó el papel a la luz, dejó escapar un grito y se desplomó sobre una silla con los brazos caídos y los ojos cerrados.

I declare that I have killed myself with opium. (Declaro que me he suicidado tomando opio.)

El enmascarado, como en sueños, repetía con una voz trastornada:

—Pero si no puede ser. Es su letra, la letra de él. ¡Qué confusión, Dios mío, qué confusión tan grande!

Empezaba a clarear el alba.

Pero perdone, estoy agotado. Quiero poner en orden mis recuerdos. Mañana seguiré. Hasta

mañana.

* * *

VI

Le pido que haga hoy un esfuerzo de concentración para atender bien a todo lo que tengo que contarle.

Amaneció. Se oían ya los ruidos de la ciudad que despierta. La calle no estaba asfaltada, porque se sentían las ruedas de los carros sobre el pavimento. Tampoco debía ser una calle ancha, porque el eco de los carros al pasar llegaba intenso y cercano, en toda su plenitud. Oí algunos pregones. Coches, no.

El enmascarado permanecía sentado, inmóvil, con la cabeza entre las manos, dando muestras de una postración extrema. El que había dicho llamarse A. M. C. se había recostado en el sofá, había entornado los ojos y parecía adormecido. Abrí las contraventanas; ya era de día. Los visillos y las persianas estaban echados. El cristal de las ventanas era esmerilado como el de los globos de los quinqués. Se filtraba una claridad triste y verdosa.

—Amigo mío —le dije al enmascarado—, se ha hecho de día. ¡Ánimo! Hay que hacer un inventario de la habitación mueble por mueble.

Se puso de pie, fue hacia el cortinaje del fondo y lo descorrió. Apareció una alcoba con su cama y junto a la cabecera de ésta una mesilla redonda cubierta con un tapete de terciopelo verde. La cama estaba sin deshacer y sobre ella había un edredón de raso encarnado. Tenía una sola almohada ancha, alta y blanda, no como las que se suelen usar en Portugal. Encima de la mesa había un cofre vacío y un florero con flores mustias. Había también un lavabo con cepillos, jabones, esponjas, toallas dobladas y dos frascos alargados de violetas de Parma. En un rincón de la alcoba se veía un bastón con estoque.

En cuanto a la disposición de los objetos en el salón, no me pareció descubrir ninguna particularidad significativa. Después de examinarlo daba la impresión de que no se trataba realmente de un interior cotidianamente vivido, sino habitado raramente, visitado a lo sumo de cuando en cuando. La chaqueta y el cuello postizo del muerto estaban encima de una silla, uno de los zapatos yacía en el suelo junto a la *chaise-longue* y el sombrero en un rincón de la alfombra, como si alguien lo hubiera tirado allí. El abrigo, caído a los pies de la cama.

Se registraron los bolsillos de toda la ropa; no apareció cartera ni billetes ni papel ninguno. En el bolsillo del chaleco se le encontró el reloj, de oro mate, sin iniciales, y un monedero de mallas doradas con moneda suelta. Pañuelo no tenía. Ni tampoco era posible averiguar en qué recipiente habría traído el opio de fuera; no se encontró frasco, botella ni papel ni cajita con rastros de haberlo contenido en líquido ni en polvo, y aquella fue la primera objeción que surgió en mi mente contra la posibilidad de suicidio. Pregunté si no había otros aposentos que comunicasen con aquél y si no los deberíamos visitar.

—Sí, los hay —repuso el enmascarado—, pero esta casa tiene dos entradas y dos escaleras. Y

la puerta que comunica con el resto de las habitaciones la encontramos cerrada por el otro lado al llegar aquí. Así que este hombre, después de llegar de la calle y de morir o de que lo mataran no salió de este salón.

¿Y cómo había traído entonces el opio? Aun cuando lo tuviese ya antes en la habitación tenía que aparecer el frasco o cualquier tipo de envoltorio con rastros del narcótico. No resultaba lógico que lo hubiera hecho desaparecer. Sólo estaba allí la copa con los residuos de agua opiada. Otro indicio bastante grave tendía a hacer que se desvaneciera la hipótesis del suicidio; la corbata del muerto no aparecía por ninguna parte. Tampoco la iba a haber hecho desaparecer ni la iba a haber tirado, ni parecía puesto en razón que habiendo llegado a aquel cuarto vestido de una forma tan esmerada, como para acudir a una cita de cierta ceremonia, se presentase sin corbata. De manera que alguien había estado en la casa poco antes de la muerte o al tiempo de ocurrir ésta. Y esa persona era la que, por algún motivo determinado, le había quitado la corbata al muerto.

Nos acercamos a la ventana y examinamos con atención el papel donde se leía la declaración de suicidio.

—La letra es suya, no me parece que haya duda —dijo el enmascarado—, y sin embargo no sé, hay algo, y no sé lo que es, que me la hace un poco diferente.

Observamos escrupulosamente el papel, que era una hoja de carta partida por la mitad. En el ángulo de arriba pude distinguir la marca apenas perceptible de una inicial con escudo que debía venir grabada en la otra parte que se había arrancado. Era, pues, un papel timbrado. Se lo hice advertir al enmascarado y pareció quedarse confuso y sorprendido. En la habitación no había papel ni pluma ni tintero. Parecía, pues, evidente que aquella declaración había sido escrita y preparada en otra parte.

—Yo conozco bien el papel que usaba él siempre —dijo el enmascarado—, y no era así; no tenía iniciales ni escudo. Y no usaba otro.

No se distinguía claramente el escudo ni qué letra era la de la inicial. Pero quedaba descartada la posibilidad de que aquello hubiera sido escrito en casa del muerto, que usaba otro papel, ni en la habitación donde estábamos, totalmente carente de libros y papeles, así como de tintero, papel secante o lápiz alguno. ¿Habría sido escrita en la calle, a la buena de Dios? ¿O en casa de alguien? Esto parecía menos probable porque él no tenía relaciones íntimas en Lisboa ni conocía a nadie que pudiera usar un papel timbrado así. ¿Lo habría comprado en una papelería? Pero tampoco, porque ¿en qué papelería se venden pliegos con un escudo? También podía haber aprovechado media hoja de alguna carta antigua recibida por él. Tampoco parecía porque el papel estaba doblado por la mitad y no presentaba esas otras dobleces propias de haber estado metido en un sobre. Además de que guardaba un aroma de polvos de «mariscal», el mismo que se percibía impregnando ligeramente el aire del cuarto en que estábamos.

Y, por si fuera poco, mirando el papel al trasluz, pude ver la huella de un pulgar que al apoyarse allí debía estar sudoroso y había dejado una marca muy precisa en la superficie blanca y satinada del papel. Parecía un dedo pequeño y delgado, femenino. Era un detalle vago e insignificante, pero

en el entretanto, el enmascarado parecía haber encontrado uno mucho más definitivo y eficaz.

—Este hombre —advirtió— tenía la costumbre inveterada y mecánica de escribir la palabra «that» con dos TT separadas por un trazo. Esta abreviatura era una cosa de su invención, exclusiva suya, y nadie la conocía. En esta declaración, no muy inglesa, por otra parte, la palabra «that» se encuentra escrita íntegramente.

Y volviéndose a A. M. C. le preguntó:

—¿Y usted por qué no presentó este papel en seguida? Se trata de una declaración falsificada.

—¡Falsificada! —exclamó el otro incorporándose, no se sabía si a instancias de la sorpresa o del sobresalto.

—Falsificada, sí, amañada para encubrir un asesinato; tiene todo el aspecto de ello. Pero, aparte de eso, existe un indicio de más peso y consistencia; ¿dónde han ido a parar las dos mil trescientas libras en billetes de la Banca inglesa que este hombre llevaba en el bolsillo?

A. M. C. le miró pasmado, como si saliera de un sueño.

—No aparecen por ninguna parte porque las robó usted. Y para poder robarlas le mató. Y para encubrir el crimen falsificó esta nota.

—Caballero —dijo A. M. C. gravemente—, me está usted hablando de dos mil trescientas libras: le doy mi palabra de honor que no tengo la menor idea de a qué libras se refiere.

Al llegar a ese punto, sin dejar de escudriñar con ojos atentos el rostro del joven, dije yo con toda pausa:

—Bueno, no tiene duda alguna que la declaración es falsa; ignoro la significación de este nuevo asunto de las dos mil trescientas libras que se saca ahora a colación; lo único que veo con claridad es que ese hombre ha sido envenenado, si lo mató este señor o fue otra persona, no lo puedo decir. Lo que sí afirmo en cambio con certeza es que el cómplice fue una mujer.

—¡No puede ser, doctor! —estalló el enmascarado—. Se trata de una suposición absurda.

—¿Absurda? ¿Y entonces este aposento tapizado de seda, oliendo a perfume, cargado de cortinajes, esta claridad difusa que se tamiza por cristales esmerilados; la escalera alfombrada, el cordón de seda del pasamanos; esa alfombra de piel de oso junto al sillón que parece conservar la imagen de un hombre arrodillado sobre ella; todo esto no deja traslucir la presencia de una mujer? ¿O es que esta casa puede negarse que estaba destinada a entrevistas de amor?

—O a cualquier otro tipo de entrevistas.

—¿Y qué me dice del papel? ¿De este papel timbrado en pequeñito, que es el que compran las señoras en la casa Maquet de París y que se llama papel Emperatriz?

—También lo usan algunos hombres.

—Sí, pero no lo guardan, como éste se guardó, en un *sachet*^[3] perfumado con el mismo aroma

que se respira en toda esta casa. Ese papel pertenecía a una mujer que examinó la declaración falsa contenida en él, que estuvo presente y se interesó en la perfección con que la realizaron, que tenía los dedos húmedos y que por eso dejó una huella tan visible en el papel.

El enmascarado guardaba silencio.

—¿Y el ramo de flores mustias de ahí dentro, qué? Me fijé muy bien en él, es un ramillete de unas pocas rosas, atadas con una cinta de terciopelo; pues bien, la cinta está impregnada del mismo perfume y tiene en medio una doblez profunda, como hecha con las uñas, y está rematada en cada una de las puntas por un agujerito... ¡Señal flagrante dejada en el terciopelo por una horquilla del peinado!

—Podían haberle regalado el ramillete, traerlo él mismo así desde fuera.

—¿Y este pañuelo que ayer encontré debajo de una silla?

Y, diciendo esto, eché el pañuelo encima de la mesa. El enmascarado se precipitó a cogerlo, y, después de examinarlo, se lo guardó. A. M. C. me miraba perplejo, como abrumado ante la lógica implacable de mis palabras. El enmascarado siguió en silencio durante unos instantes; luego, con una voz humilde, casi suplicante, exclamó:

—¡Por Dios, doctor, escuche, por lo que más quiera! Esos indicios no prueban sustancialmente nada. Este pañuelo de mujer es seguramente el mismo que el difunto traía en el bolsillo, estoy convencido. De verdad. ¿No se acuerda que no le encontramos encima ningún pañuelo?

—Sí, pero acuérdesse usted de que tampoco le encontramos corbata.

El enmascarado se quedó como aniquilado, sin saber qué responder.

—Pero a fin de cuentas —resumí— yo aquí no tengo arte ni parte. Lamento vivamente lo ocurrido, en nombre, sobre todo, del horror y el pesar que me inspira esta muerte. El que este joven se suicidase o que lo asesinasen, el que ese asesino fuera un hombre o una mujer, son detalles que en definitiva me tienen sin cuidado. Lo único que digo es que este cadáver no puede permanecer mucho tiempo sin sepultura: lo tienen que enterrar hoy mismo sin falta. Y eso es todo. Se ha hecho de día. Y yo quiero marcharme.

—Tiene usted razón —me atajó el enmascarado—; ahora mismo se irá.

Y acto seguido añadió, al tiempo que cogía a A. M. C. por el brazo:

—Perdone un momento. Vuelvo enseguida.

Tras lo cual salieron ambos por la puerta que daba al interior de la casa y oí que cerraban con llave del otro lado.

Al quedarme solo, me puse a pasear agitadamente. La luz del día había hecho nacer en mi espíritu un enjambre de pensamientos totalmente nuevos y dispares de los que me habían agitado por la noche. Hay pensamientos que sólo cobran vida en la sombra y en el silencio y que el día apaga y desvanece; otros que no son capaces de surgir más que a la luz de sol. Sentía mi cerebro invadido

por una turba de ideas anquilosadas, que a la luz repentina de la mañana tomaban cuerpo y se ponían a revolotear cual bandada de palomas que alza el vuelo ante el estampido de un disparo.

Entré maquinalmente en la alcoba, me senté encima de la cama y apoyé un codo en la almohada. En ese momento, no sé cómo, se me ocurrió mirar por casualidad y poseído de una extraña emoción descubrí allí mismo, enredado en uno de los botones de nácar de la almohada, un cabello rubio y largo; un cabello de mujer. Me quedé contemplándolo fija y detenidamente, con avidez, sin atreverme a tocarlo.

—Conque sí, ¿eh?, conque estás ahí. ¡Vaya, por fin apareces, era cierto entonces! Me conmueve la ingenuidad con que te quedaste ahí, bien a la vista, pobre cabello perezoso, descuidado e inerte. Serás malvado, pero careces de astucia. Aquí te tengo, en mis manos, delante de mis ojos, y no veo que huyas, tiembles ni te sonrojes; tú mismo te dejas sorprender y te entregas dulce y confiadamente... Y, a pesar de ello, formas parte, aunque sea tenue, exigua y microscópica, de la mujer que yo presentía y columbraba, de la que busco. ¿Es autora del crimen, sólo cómplice o totalmente inocente? Es lo que no sé ni tú me lo podrás decir.

De pronto, sin transición, mientras seguía mirando el cabello, y a causa de un proceso mental que no puedo explicarme, tuve la certeza de estar reconociendo aquel hilo dorado, reconociéndolo del todo; en su color, en su matiz^[4] especial, en el aspecto que ofrecía. Es decir, se me apareció súbitamente la mujer a la cual pertenecía, me acordé de ella. Pero en el momento en que insensiblemente su nombre estaba a punto de venírseme a los labios, reaccioné y me dije:

—¡Por un simple cabello! Por favor... ¡Qué locura!

Y no pude contener la risa.

Pero esta carta veo que se está alargando demasiado. Mañana la seguiré.

* * *

VII

Ayer me quedé en la narración de cómo me había encontrado inesperadamente con un cabello rubio en la almohada.

Mi angustiada perplejidad se prolongó todavía un buen rato. Así que aquel cabello de tono luminoso, serpenteando al descuido con languidez y casi podría decirse que con castidad, significaba la prueba de un asesinato o por lo menos de una complicidad. Y allí inmóvil, sin poder dejar de mirar el cabello desprendido, me perdía en profusas conjeturas. La persona a quien pertenecía era rubia, pequeña y frágil, porque se trataba de una hebra delgadísima, extraordinariamente pura, y de su blanca raíz podía conjeturarse que se unía a los tegumentos del cráneo por una ligadura sutil, delicada. Y el carácter de la persona sería dulce, sin duda, abnegado, sencillo, cariñoso, porque el cabello no ofrecía al tacto esa aspereza propia de los cabellos hirsutos, pertenecientes a personas de temperamento violento, egoísta o altivo. Y su dueña tendría gustos sencillos, elegantes en su modestia no sólo por el casi imperceptible perfume que conservaba, sino porque no presentaba señales de haber sido rizado ni sometido a caprichosos

peinados de fantasía. Tal vez habría sido educada en Inglaterra, porque el cabello aparecía despuntado y las mujeres del Norte suelen cortarse el pelo por las puntas, costumbre, en cambio, completamente extraña a las mujeres meridionales, que prefieren abandonar sus cabellos a su abundante y natural espesura.

Aquella mujer, en suma, que yo me complacía en reconstruir a partir del análisis de su cabello, y que resultaba ser educada, dulce, sencilla y distinguida, ¿cómo se explica que hubiera podido protagonizar alevosamente aquella encubierta tragedia? Pero, ¿alguien puede jactarse de conocer, por ventura, el intrincado proceso de las pasiones?

De lo que estaba absolutamente convencido era de que aquel crimen se había llevado a cabo con la complicidad de una mujer. Y de que no se trataba de un suicidio. Aquel hombre, en el momento de ingerir el opio, no se hallaba solo, de eso no me cabía duda. Se le había suministrado el narcótico sin violencia, desde luego, por medio de la persuasión o la astucia, ofreciéndoselo en una copa de agua. La ausencia del pañuelo y de la corbata, la particular disposición de las ropas, aquel cabello, el hueco reciente de una cabeza en la almohada, todo indicaba la presencia de alguien en la casa la noche del siniestro. Por consiguiente descartaba el suicidio; todas las apariencias eran verosímilmente de crimen.

El hallazgo del pañuelo y del cabello, la disposición de la casa, pensada con evidentes miras de tipo galante, aquel lujo, la alfombra que se empeñaba en cubrir el deterioro de la escalera, el cordón de seda que había palpado yo al subir... todo hablaba de una mujer. ¿Cuál era su participación en aquel asunto? Eso era lo que estaba por saber. Lo mismo que el grado de responsabilidad que concernía a A. M. C. ¿Asesino, cómplice, simple encubridor del cadáver? Imposible asegurarlo, aun cuando se podía conjeturar que no pasaría de cómplice eventual. Para suministrar una dosis de opio en vaso de agua no hace falta pagar a nadie. La mujer y A. M. C. debían tener intereses en común. ¿Les uniría el amor? ¿O el afán de lucro? Se me volvía a venir a las mientes aquella brusca referencia a dos mil trescientas libras, surgida como un nuevo misterio a añadir a los demás. Todo eran conjeturas fugaces. No tiene sentido reconstruir aquí todas las ideas que tomaban cuerpo en mi mente y se desbarataban luego a modo de nubes barridas por el viento.

Bien se me alcanza que mis hipótesis están plagadas de ambigüedades, de contradicciones y de puntos débiles y que los indicios que pude recoger adolecen de lagunas e incoherencias. Se me debieron escapar muchos detalles significativos, mientras que otros de menor interés pugnaban por grabarse en mi memoria; pero hay que tener en cuenta que me hallaba presa de una morbosa agitación, en un estado de total trastorno, provocado por aquel extraordinario asunto que, con su secuela de enigmas y sobresaltos, había irrumpido de hoz y coz en mi vida.

Espero del juicio desapasionado del señor director, y de cuantos lectores sigan desde su casa la lectura de esta carta con ánimo tranquilo, que me ayuden a combinar mejor los datos y a establecer deducciones más exactas para acercarnos entre todos, por medio de la reflexión y la lógica, a desentrañar la verdad.

Haría poco más o menos una hora que estaba solo cuando el enmascarado alto entró con el sombrero puesto y trayendo al brazo una capa blanquecina de cachemira.

—Vámonos —dijo.

Cogí mi sombrero sin replicar.

—Una cosa, antes de nada —me dijo él—. En primer lugar, me tiene que dar su palabra de honor de que ahora, al subir al carruaje, no se resistirá, que no gritará ni hará movimiento alguno que pueda delatarme.

Se lo prometí.

—Está bien —prosiguió—. Queda otra cuestión: he sabido apreciar la dignidad y delicadeza de su carácter y me resultaría muy doloroso que pudieran surgir nunca entre nosotros motivos de desprecio o de venganza. Por eso quiero dejar claro una vez más que soy completamente ajeno a este suceso. Más adelante quizá entregue el asunto en manos de la Policía; por ahora yo mismo soy el policía, el juez y quién sabe si el verdugo; o sea, que esta casa puede tomarse como tribunal y cárcel. He visto que usted, doctor, se lleva de aquí la impresión de que en este crimen se vio envuelta una mujer: no lo suponga porque es imposible. Pero quiero hacerle una advertencia: si, una vez fuera, se le ocurre hablar de este caso y dar el nombre de alguna persona concreta y conocida, le juro, doctor, que lo mato, sin el menor escrúpulo ni remordimiento, con toda tranquilidad, se lo juro, como quien se corta las uñas lo mato. Y ahora, por favor, deme el brazo. ¡Ah!, olvidaba, querido amigo, que sus ojos están condenados a llevar estas gafas de batista.

Y, sonriendo, me vendó los ojos con el pañuelo.

Bajamos la escalera y entramos en el coche, que tenía las cortinillas echadas. No me fue posible ver quién iba al pescante, porque sólo me quitaron la venda cuando ya estábamos dentro. El enmascarado se sentó enfrente de mí. Le veía solamente una pequeña porción del rostro, donde le daba un poco la luz. Tenía la piel fina y pálida, el cabello castaño, ligeramente ondulado.

El coche se puso en movimiento, que poco a poco fui reconociendo como el mismo que habíamos traído el día anterior, debido a los cambios de velocidad, a los accidentes y baches del terreno y a las alternancias entre empedrado y asfalto. Por fin entramos en una carretera mejor y más ancha.

—Por cierto, doctor —dijo el enmascarado con desenvoltura—. Lo siento muchísimo, pero voy a tener que dejarle dentro de un rato en plena carretera. No tengo más remedio. Pero no se preocupe; Cacém queda muy cerca y ya verá cómo enseguida encuentra medios de llegar a Lisboa.

Dichas estas palabras, me ofreció unos cigarrros.

El coche marchaba ahora a toda velocidad y así siguió un trecho, al cabo del cual, por fin, se detuvo.

—Hemos llegado —dijo el enmascarado—. Usted siga bien, doctor.

Y abrió la portezuela, mientras añadía:

—Le estoy muy agradecido y créame que le estimo. Algún día sabrá usted quién soy. Ojalá que Dios nos conceda a ambos asistir con la conciencia tranquila y la complacencia del deber cumplido

al desenlace final de la aventura en que ha participado. Queda usted en la más completa libertad. Adiós.

Nos estrechamos la mano y yo salté a tierra. Ya había cerrado él la portezuela cuando descorrió la cortinilla y me alargó un trozo de cartulina:

—Tome —dijo—, guarde eso como recuerdo. Es una fotografía mía.

Cogí la fotografía y allí de pie en la carretera, junto a las ruedas del coche, la miré con avidez. ¡El individuo de la fotografía aparecía también enmascarado!

—Un capricho que tuve el año pasado, ¿sabe?, por Carnaval —gritó él asomando la cabeza por la ventanilla, mientras el coche emprendía el trote nuevamente.

Lo vi alejarse por la carretera. El cochero llevaba calado el sombrero y una capa terciada embozándole el rostro. Si quiere que le diga la verdad, los miré irse con melancolía. Aquel coche se llevaba un secreto sin desvelar. Nunca volvería a hablar con aquel hombre. Se había acabado la aventura, todo desvanecido. Y me acordé del muerto, ése era el único que se quedaba allí quieto, el pobre, tendido en el sofá como en una sepultura.

Estaba solo en la carretera. Hacía una mañana nublada, serena, melancólica. Todavía, a lo lejos, se divisaba un poco el coche. Por el lado opuesto a aquel en que estaba a punto de desaparecer, vi llegar un campesino y le pregunté si sabía dónde quedaba Cacém.

—Sí, señor; de allí vengo yo. A medio cuarto de legua, todo seguido por esta carretera.

O sea, que el coche había tomado la dirección de Sintra.

Llegué a Cacém muy cansado; mandé a un hombre a Sintra, a la finca de F..., para que se enterara si habían llegado los caballos, pedí un coche a Lisboa y me senté a hacer tiempo detrás de los cristales de un local mirando con tristeza los árboles y el campo. A eso de la media hora vi pasar un caballo fogoso que iba a todo galope. Apenas si se podía divisar entre la nube de polvo que levantaban los cascos el bulto del jinete. Pero sí vi que se dirigía hacia Lisboa y que iba envuelto en una capa de color claro.

Pedí algunos informes del carruaje que nos había llevado la víspera y saqué poco en limpio. Sobre el color de los caballos había diferentes versiones.

El hombre que mandé a Sintra volvió con la noticia de que los caballos habían sido devueltos allí por un mozo de granja, el cual había dicho que nos habíamos encontrado cerca de Cacém a un amigo que iba en calesa y qué nos acompañó hasta Lisboa.

A poco llegó el carruaje que yo había mandado llamar. Lo tomé, y apenas llegado a Lisboa me dirigí en derechura a casa de F... Su criado había recibido una esquila escrita a lápiz, donde se podía leer: «No me esperen en unos días. Estoy bien. Si alguien pregunta por mí, díganle que me he ido a Madrid.»

Le busqué por todo Lisboa, pero fue en vano. Empezaba a intranquilizarme. A F... no cabía duda que lo habían secuestrado. Pero tenía miedo. Me acordaba de las amenazas imprecisas, pero

rotundas del enmascarado alto, y, además, a la noche siguiente, al volver a mi casa, me pareció que me seguían.

Dar parte a la Policía de un asunto tan vago e incompleto como éste sería tanto como denunciar una quimera. De resultas de unas primeras noticias que le di, sé que el Gobernador civil de Lisboa presionó sobre el alcalde de Sintra invitándole a investigar este crimen, pero todo quedó en agua de borrajas, como era de esperar. El asunto que sirve de base a estas cartas queda, por su misma naturaleza, fuera del alcance de las pesquisas policíacas. Por eso, en vez de acudir a las autoridades, he preferido valerme de la opinión pública, razón por la cual he elegido las columnas de su popular diario. Había decidido desdibujarme yo, no quería ser víctima de alguna emboscada.

Creo, después de esto, que las razones por las cuales oculto mi nombre resultan obvias: pretendiendo, como pretendo, ocultarme, no se me puede ocurrir firmar estas líneas. Así que le dirijo esta carta desde mi impenetrable retiro. Es por la mañana. Veo alzarse la luz del sol a través de la persiana y oigo los pregones matinales de los vendedores, el cencerro de las vacas, el rodar de los carruajes, el alegre rumor de la ciudad que despierta tras un sueño confiado y tranquilo. Envidio a la gente que se pasea por la calle, que conversa y se afana, sin sentir pesar sobre sí la fatalidad de secretas aventuras. Yo me siento, ¡desdichado de mí!, aherrojado y secuestrado por un enigma.

P. S. —Acabo de recibir una larga carta de F... Está escrita hace días, pero hasta hoy no ha llegado a mis manos. Me la mandó por correo, pero como me ausenté de la casa en que vivía y no dejé las nuevas señas, hasta hoy no han podido localizarme. Ahí le mando, copiada de mi puño y letra, la primera parte de la carta para que la publique, si quiere. Pasado mañana le enviaré el resto. Supone, a mi entender, algo más que un esclarecimiento; deja un rastro luminoso e indeleble. Mi amigo es un escritor muy conocido, y descubrir a un escritor por su estilo resulta aún más fácil que recomponer la figura de una mujer partiendo de uno de sus cabellos. Comprenda que la situación de mi amigo es gravísima. Yo, consternado, hundido en un mar de dudas, cauteloso, no sabiendo qué partido tomar, ni fiándome, por otra parte, de mis deliberaciones, me entrego al azar y me limito a eliminar la letra de mi amigo, así como las dos palabras que componen la firma con que remata esta larga carta. Ni puedo ni debo ni me atrevo a añadir nada más. Ahórrenme una última declaración que repugna a mis principios. Adivinen lo que puedan y como puedan. Adiós.

Intervención de Z

NOTA DEL DIARIO DE NOTICIAS: En el original de la carta que publicábamos ayer había unas cuantas palabras escritas a lápiz en las que no nos fijamos hasta después de hecha la tirada del periódico. Dicen así: «La fotografía del enmascarado está hecha en casa de Enrique Núñez, en la calle de las Llagas, Lisboa. Quizá allí puedan dar algún informe del individuo retratado.»

Antes de publicar la larga carta de F., cuya primera parte nos remitió ayer el doctor, creemos un deber dar a conocer otra muy importante que recibimos por el correo interior firmada por un tal Z. y que obra en nuestro poder hace ya tres días. Esta carta, estrechamente vinculada a los sucesos que forman el asunto del presente relato, dice lo siguiente:

Señor director del «Diario de Noticias».

Lisboa, 30 de julio de 1870.

Estoy profundamente indignado. He venido siguiendo, como todo el mundo en Lisboa, las cartas insertas en su periódico y en las que ese doctor anónimo relata ese caso que ustedes han tenido a bien titular «El misterio de la carretera de Sintra». Me sentí interesado por sus vicisitudes y seguí el relato con la curiosidad despreocupada que suele prestarse a un *canard* amañado con ingenio, a una novela del tipo de los «Thugs» y otras por el estilo con que la vena fantasiosa de los folletinistas franceses y americanos vienen de cuando en cuando a reclamar la atención europea presentándoles un tema sensacional. La narración de su periódico tenía para mí la original ventaja sobre otras del mismo tipo que he leído de que ocurrieran los sucesos simultáneamente con la lectura, de que los personajes fueran anónimos y de mantener el meollo sustancial del enredo tan secretamente encubierto que ningún lector podría ser capaz de aducir pruebas contra la veracidad de este caso portentosamente novelesco que el autor ha tenido a bien lanzar en medio de la rutina y la prosa de esta sociedad sosa y honesta en que vivimos. Me venía pareciendo el tipo más puro y redomado del «roman feuilleton», cuando he aquí que inesperadamente, en la entrega publicada hoy, me vengo a topar con las iniciales de un nombre masculino, A. M. C., dándose a continuación la noticia de que la persona que responde a ese nombre es natural de Viseo y estudiante de Medicina. Yo tengo un amigo íntimo que es de Viseo, estudia Medicina y cuyo nombre tiene esas mismas iniciales. Es demasiada casualidad, ¿no? Así que pensé que ya empezaban las alusiones personales, las cobardes e infames insinuaciones, cosa que no tiene porqué tolerársele a ningún novelista. Y del interés pasé a sentir náusea y tedio. Al salir a la calle fui a buscar lo primero a mi amigo por si no había leído el periódico para enseñarle el párrafo donde se le mencionaba y ponerme a su disposición en el caso de que quisiera que fuéramos a pedir a la Redacción de ese periódico la satisfacción que unos ciudadanos educados y dignos no podrían por menos de conceder a un agravio semejante.

Pero en casa de mi amigo acabo de enterarme, con la consternación y sorpresa consiguientes, de que ha desaparecido y se ignora completamente su paradero. Esta desaparición y la coincidencia de los informes del doctor me inducen a pensar que tal vez por desgracia, y en aras de alguna extraña fatalidad, mi amigo se encuentre realmente mezclado en asunto tan tenebroso. La fecha de su

desaparición coincide exactamente con la que se da en la carta publicada. Parece, pues, evidente que en torno a la persona de A. M. C. se ha urdido alguna intriga o emboscada.

Aparte de empezar a asañarme la triste obligación de prestar crédito —sea total o parcial— al relato de su periódico, juzgo un deber asegurarle lo siguiente:

Ignoro lo que mi amigo A. M. C. iría a hacer a altas horas de la noche provisto de clavos y martillo a una casa desconocida de la cual tenía llave. Ignoro, asimismo, las razones que pudiera tener para declararse autor del crimen y negarlo acto seguido. La intrincada verdad de estas contradicciones no se me alcanza. Pero lo que sí sé, en cambio, y no sólo yo, sino numerosos amigos podemos dar testimonio cumplido de ello, es que la noche en que, según parece, se cometió el asesinato él estuvo en mi casa hasta la madrugada charlando, bromeando y bebiendo cerveza. Saldría a eso de las tres. Asimismo declaro —y esto puede ser corroborado por testigos dignos de todo crédito— que a las nueve de la mañana del día siguiente fui a verle a su casa y dormía a pierna suelta. Se despertó sobresaltado, pero al ver que era yo volvió a dormirse, mientras yo buscaba entre sus libros uno de Taine que necesitaba. Las patronas de la casa de huéspedes me dijeron que había vuelto de madrugada, les parecía que a eso de las tres y media.

Pues bien, la media hora que va de las tres a las tres y media no la pudo ocupar más que en hacer el camino, bastante largo, que media entre mi casa y la suya. Así que ya me dirán cuándo tuvo tiempo para cometer el crimen. No lo tuvo: el empleo de su tiempo está perfectamente especificado. De las nueve de la noche hasta la madrugada estuvo en mi casa entregado a propósitos joviales y amistosos discursos; desde la madrugada hasta las nueve de la mañana siguiente, durmiendo en su casa como un bendito. No queda más que la media hora de camino, para la cual no puedo presentar testigos. ¿Pero en qué cabeza cabe que en media hora pudiese ir a esa casa, preparar un vaso con opio, hacérselo tomar a ese hombre, falsificar un documento y volverse tranquilamente a la cama a dormir? Es algo totalmente inconcebible. Esto sin contar con que, dado que el crimen fue cometido en una casa, el opio suministrado traicioneramente y que el cadáver estaba a medio desnudar, parece deducirse que entre el asesino y aquel desdichado tuvieron que mediar otras escenas, comentarios, bastante charla. Posiblemente el que luego había de morir sintió calor, por eso se puso cómodo y se quitó la chaqueta, posiblemente mientras lo hacía estaban riéndose, contándose sucedidos, y llegado el momento en que tuvo sed, el otro le ofrecería el opio desleído en un vaso de agua. ¡Y todo esto en media hora! ¡En media hora, señores! Teniendo que descontar, además, el tiempo que empleó A. M. C. en hacer el trayecto de mi casa a la suya. ¡Es materialmente imposible!

Aparte de que hay otro argumento de más peso: conozco perfectamente a A. M. C. y puedo dar fe de sus buenos sentimientos, de su vida laboriosa y recoleta, en la que no caben enigmas, truculencias ni aventuras. Estaba a punto de casarse, pero sin alharacas ni novelorías, de la manera más normal. Yo estoy al tanto de todos sus pasos y conozco bien la gente a quien trata. Es imposible que tuviera trato ninguno con ese hombre que acaba de morir, que, según testimonio del doctor, era extranjero, vivía hacía poco en Portugal y no conocía aquí a casi nadie. Ni tampoco puede tratarse de un encuentro casual o de una contienda imprevista, dadas las circunstancias que concurren en ese envenenamiento, que parece premeditado. También me parece inaceptable la conjetura de que

podrían haberle pagado para que cometiera el crimen. Resulta disparatado imaginar tal cosa en un hombre de su inteligencia, de sus prendas y de su elevación de espíritu. Aparte de que el papel de homicida a sueldo está reñido con nuestras costumbres y principios.

Y luego hay otra cosa: ¿Cabe concebir que un hombre que está premeditando un crimen sea capaz de estar bebiendo cerveza tranquilamente con sus amigos hasta la hora justa, entretenido, ocurrente, diciendo chistes? ¿Ni que, una vez cumplido su designio, se vaya tan tranquilo a dormir y que el amigo que va a despertarle a la mañana siguiente encuentre en su mesilla una taza de té y un libro de Historia? Y más tratándose, como digo, de un hombre apocado y de costumbres sencillas, eminentemente sincero y enemigo de peleas, lo contrario de un hombre de acción, vamos, un intelectual. Claro que si me pregunta usted que por qué entonces apareció esa noche en la casa provisto de clavos y martillo a declararse culpable de asesinato, desde luego que no soy capaz de darle respuesta satisfactoria alguna.

Puedo conjeturar, sin embargo, que se halle bajo el influjo poderoso de alguna persona que le haya sugestionado, vaya usted a saber por qué medios, hasta el punto de que se haya visto obligado a declararse autor del crimen. ¿Pero qué persona sería capaz de recabar de A. M. C. semejante sacrificio? No tengo la más remota idea. Pero tiene todo el aire de un sacrificio en aras de alguien, sin comprender en su ingenuidad que este tipo de abnegaciones para salvar a otro nunca son eximentes ante la Policía, sino menospreciadas. Y, además, no se me alcanza qué tipo de seducciones habrán podido presionar su conciencia, pues se trata de una persona de costumbres rectas y totalmente indiferente al dinero.

Pero, en fin, admito, con todo, que A. M. C. se sacrificase por alguien. Lo pudo hacer. Nosotros, sus amigos, no podemos, en cambio, consentirlo ni estamos dispuestos a ello. Su cuerpo le pertenece en exclusiva y es muy dueño de entregarlo a un virus canceroso o a la condena de unos grilletes. Pero su alma, su fama y su honor nos pertenecen también a nosotros y esa parte que nos toca la sabremos defender valerosamente ante la justicia.

¡No, señores! A. M. C. no fue el asesino. Es una suposición que desafía a la evidencia, al proceso lógico e irreversible de los hechos, a la implacable matemática del tiempo, al examen, en fin, de su propio temperamento, ya que también es dato válido la coherencia de los temperamentos, verdad objetiva estudiada y proclamada por las ciencias fisiológicas.

¡No! No pudo ser el asesino. Si lo sostiene, es que se ha vuelto loco, es que miente. Sí, me atrevo a afirmarlo rotundamente mirándole a la cara: «¡Si te declaras autor del crimen, estás mintiendo!» Oh, si me fuera dado hablar con él. Porque debe estar trastocado, haber perdido los estribos. Despejen, por amor de Dios, esa razón suya ofuscada por oscuros nubarrones de obsesión y tormento. Es un dolor que este hombre se haya olvidado así de su honor, de su familia, de sus amigos, de todas sus ilusiones. Pero que se acuerde de que no está solo en el mundo, de que tal vez a estas horas al rincón provinciano donde viven su madre y sus hermanas ha llegado ya la noticia de que se le acusa de un crimen. Que piense en su deshonor, en su carrera malograda, en la soledad del calabozo, en el eco que deja en el alma el ruido de los grilletes, en la vergüenza de los interrogatorios.

No quiero firmar esta carta con mi nombre, porque intuyo vagamente que el curso fatal y misterioso de los sucesos que concurren en este crimen es capaz de arrollar y aniquilar cualquier tipo de impedimento que se interponga entre esa ciega marcha y la consecución de su designio. La publicidad de mi nombre podría impulsar bien a los cómplices del crimen, bien a la Policía a estorbar la participación espontánea con que desde ahora me dispongo a colaborar en el descubrimiento de los reos. No cuento más que con mis propios recursos, pero para ponerlos en práctica necesito contar con la más completa libertad.

Suyo affmo. s. s.

Z.

De F... al Doctor

I

21 de julio, una de la madrugada.

Mi querido amigo: No sé si estarás ya en tu casa, adonde te dirijo esta carta, o continuarás como yo, secuestrado. En cualquier caso, recibidas ahora o más tarde, estas líneas servirán para dejar la constancia pertinente de unas horas extraordinarias en nuestras vidas y dignas, creo, de recuerdo.

Te escribo más para coordinar y fijar en mi memoria estos momentos que pensando en el destino, más bien hipotético, de la presente carta. Es una página de confidencias que entrego al azar del correo y, confiando en tu discreción, me reservo el derecho de pedirte que algún día me la restituyas.

No he vuelto a tener noticias tuyas desde que nos separamos anoche, poco después de haber entrado en la estancia del cadáver. El enmascarado que me acompañó al cuarto donde estoy me ofreció su brazo y, acercándose a mi oído, me susurró un nombre de mujer, las señas de una calle con su número. ¡Era el nombre de quien tú sabes y las señas de la casa donde vive! Me parece que tuve un ligero estremecimiento, pero procuré recobrar la serenidad y le dije:

—No le entiendo.

Recordarás que se trata del individuo que no abrió la boca en todo el viaje, el mismo que en el salón no dejaba de observarme con atención y recelo. Ni su porte ni sus ademanes ni el tono de su voz, aun cuando casi imperceptible a mi oído, me parecieron desconocidos. Me respondió todavía más bajo:

—No podrá salir de aquí en dos o tres días. Mire a ver si tiene que escribir a alguien o mandar algún recado.

Se me pasó por la cabeza como un vislumbre de sospecha... Mira que si fuese... Y se me ocurrió que tenía un medio de comprobar si aquel hombre que tenía al lado era o no mi amigo íntimo: quitarle el reloj. Vendado y todo como estaba, me bastaría con palparlo para reconocer a su dueño. Lo reconocería inmediatamente al tacto por la lisura del esmalte con el relieve del blasón en medio.

—Sí, me gustaría poner dos líneas —le dije—. ¿Podría facilitarme un lápiz?

Habíamos llegado al cuarto que me destinaban y me quité la venda al mismo tiempo que él desaparecía en busca de recado de escribir para mí. Pero ya no fue él mismo quien me lo trajo, sino otro individuo. Así que perdí la ocasión de haber confirmado mi sospecha o desvanecido mi duda.

De todas maneras le puse dos líneas a mi criado tranquilizándolo con respecto a mi desaparición.

—¿Nada más? —preguntó el desconocido mientras cogía la esquila.

—No, nada más.

Por delicadeza y también por una sombra de recelo no me determiné a escribir a la persona a quien el enmascarado había aludido.

Cerraron la puerta y me quedé solo. Estaba en una habitación interior bastante espaciosa, pero carente de ventanas. A un lado había un lavabo y más allá, amontonadas contra un rincón, tres maletas de cuero de Varsovia claveteadas y cuajadas de etiquetas de trenes, de hoteles y de barcos; en la que estaba encima de todas decía en letras grandes y negras: Grand Hotel. París; otra de las etiquetas era de un barco inglés de los que hacen el pasaje a la India. En el otro lado de la habitación había una cama. Completaba el sencillo mobiliario un sofá forrado de seda verde y colocado en medio de la pieza con una mesa delante, donde habían dejado mi cena a la luz resplandeciente de una lámpara grande con *abat-jour*.

Si quieres que te confiese la verdad, después de la sobreexcitación padecida, aquel sosiego y soledad me fueron gratos. Me tumbé en el sofá y me puse a mirar maquinalmente el círculo de luz brillante proyectada en el techo y contorneada por los bordes del *abat-jour*, y poco a poco la opresión de mi corazón se aflojó y trocó sus espasmos en bostezos largos acompañados de estremecimientos nerviosos que me incitaban solapadamente al sueño. Mi imaginación en el entretanto iba tejiendo de un modo inconsciente, como en sueños, una urdimbre absurda y fantástica en torno al suceso que acababa de presenciar. Las imágenes de cuanto nos había acontecido desde la carretera de Sintra hasta la entrada mía en este cuarto se me presentaban arremolinadas en el aire de forma convulsa, como un enorme y falaz enigma cuyos argumentos se atropellaban a merced de los puntapiés de unos diablillos burlones que me sacaban sus lengüecillas de fuego.

Fui cayendo en una inercia lánguida hasta que el sopor cerró mis ojos.

Al despertarme de un sueño breve, pero tranquilo y reparador, la cena fue lo primero que se destacó ante mis ojos. Había un panecillo, una lata de sardinas de Nantes, una terrina de foie-gras, una rebanada de queso, una perdiz, tres botellas de vino de Borgoña lacradas en verde y cuatro de soda. Al aro de plata de la servilleta venía prendido el sacacorchos. Sobre una bandeja metálica se destacaba un mazo de puros achocolatados, gordos y hermosos, atados por los extremos con dos hebras de seda carmesí. Las sardinas traían su correspondiente abrelatas encima de la caja. La copa era de cristal finísimo, el tenedor de plata sobredorada, los platos de porcelana blanca ribeteada de verde y oro y el cuchillo tenía mango de concha. Me levanté sin más pérdida de tiempo. Me senté en el sofá y sentía el hambre cabalgándome por la espalda, humillándome la cabeza hacia las viandas, ciñéndome el talle con sus flacas pantorrillas, clavándome las espuelas de la gula en el estómago vacío.

Pero simultáneamente se irguió al otro lado de la mesa el fantasma del miedo y me clavó sus ojos, mientras me tendía la mano flaca y trémula por encima de los manjares con un gesto solemne de prohibición. Me quedé cohibido y perplejo y me pareció escuchar en mi interior un diálogo semejante a aquellos que entablaba a veces con su «bestia» Xavier de Maistre, en aquel viajar suyo alrededor de su cuarto. Y así una voz grave y lenta me decía:

—Pero mira lo que haces, insensato. Abre los ojos, mortal irresponsable. Esa perdiz cuya pechuga insidiosa y pérfida cabrilla ante tus ojos está salpimentada con arsénico. Ese Chambertin que te espera como una ola de la laguna Estigia agazapada detrás de su letrero satinado y tan inocente en apariencia, tan elegante, tan llamativo, pero en realidad tenebroso y fatídico como el dístico del festín de Baltasar, ese vino, en fin, que te tienta con un beso traicionero y falso, está adulterado con ácido prúsico. Las trufas licenciosas, lúbricas, venales, que encierra ese hígado de un pobre pato están embebidas de los condimentos letales de la cocina de los Borgias.

La otra voz, en cambio, insinuante y melodiosa como voz de sirena, replicaba dulcemente:

—Pero no seas tonto, si tienes hambre, come. ¿Qué pasa, tienes miedo del coco? Fíjate en el lacre ése, ¿no es garantía suficiente de la afamada marca de ese vino? Y la lata de sardinas, ¿qué?, ¿no viene herméticamente cerrada, di, y ese esmero no garantiza el estado de las sardinas pescadas en las costas francesas y aderezadas en Marsella hace seis meses? ¿Y no ves también religiosamente sellada con las etiquetas irreprochables de la prestigiosa casa Chevet esa terrina de foie-gras? Vamos, no seas fanfarrón, ¿qué te crees, que se ha conjurado medio mundo para atentar contra tu vida inútil? Venga ya, come, duerme y bebe; échate en brazos del buen sentido y sácale partido a las gratas horas de soledad que el azar te brinda. Solázate luego en diálogo contigo mismo y descansando en el seno de la melancolía, esa deliciosa hada madrina que sólo acude a la llamada de los enamorados y los solitarios, la hermana menor de la tristeza sobre la tierra, la hermana más mimada y feliz.

A todo esto yo ya había empezado a abrir la lata de sardinas y la terrina de foie-gras, a continuación de lo cual descorché una botella de vino y otra de soda y mezclé los líquidos en una copa. Finalmente me puse a comer con buen apetito, con decisión y deleite, con una especie de animalidad voluptuosa, y me parecía sentir aletear vagamente en torno los mismos espíritus benéficos que tutelaron en la cárcel a Silvio Pellico. Y, cosa rara, me encontraba muy a gusto.

Después de cenar encendí un puro, me puse a pasear y me dije:

—Exploremos el territorio.

En la pared que estaba junto a la puerta de entrada vi que había otra segunda puerta. La examiné. No estaba cerrada más que con pestillo. Separé la cama, que tapaba a medias la puerta, y la abrí. Era de un armario empotrado bastante ancho y hondo, dividido a media altura por un anaquel. Se me ocurrió pensar que por el tabique del fondo de este armario, que tal vez no fuera muy grueso, tal vez podrían llegar rumores o noticias de la habitación contigua. Así que me metí en el armario, quité la tabla que formaba el anaquel y apliqué el oído al tabique. Se percibía un ruido intenso y continuo, como si estuvieran arrastrando algún mueble de peso.

Se trataba, en efecto, de un tabique bastante fino. Posiblemente la puerta del armario habría sido anteriormente la de la habitación. A cierta altura había un desconchado en el lucido que dejaba al descubierto una viga transversal. Cogí el sacacorchos y me puse a agujerear con toda paciencia y cuidado en aquel punto, hasta que conseguí abrir un orificio casi imperceptible, pero suficiente para poder ver y oír a su través lo que estaba ocurriendo del otro lado.

Y lo que estaba ocurriendo en la estancia contigua a la que me sirve de prisión, justo a las once y media de la noche, era lo siguiente:

* * *

II

En la estancia se hallaban dos hombres ocupados en arrastrar una gran cama de madera desde el sitio donde estaba hacia la pared medianera con la mía, exactamente hacia el sitio en que acababa yo de practicar el agujero que me servía de ojo y de oreja.

Uno de los hombres decía:

—Usted dirá lo que quiera, pero a mí es la última vez que me pillan para venir aquí a trasegar muebles a media noche.

—Pues sí que se puede usted quejar —replicaba el otro—. Le pago una libra por que me ayude, no sé qué quiere. Preferirá estar allí, junto al pesebre, mano sobre mano, esperando a que llegue el coche para cuidar los caballos y fatigarse sin ganar un céntimo.

El que había hablado el último, aunque se expresaba correctamente, dejaba traslucir ese acento tan típico de los extranjeros cuando hablan portugués. Por como aspiraba ciertas vocales y una especial contracción al pronunciar las *ae*s concretamente, podría tomársele por alemán. El otro dijo:

—No es mal negocio... Parece que no es malo, vaya, pero yo paso. Y una cosa le voy a decir, no se crea que encontraría ni seis hombres por la calle capaces de entrar en esta casa de noche, ni aunque los pagara a peso de oro.

—Total para arrastrar una cama.

—Para lo que sea. No es por la cama, es por la casa.

—¿Y qué tiene la casa si se puede saber?

—No tiene nada. Es una ganga. Figúrese de qué clase tan especial será que el dueño estuvo cuatro años sin ser capaz de alquilarla; fue bajando la renta más y más y a lo último ya la daba de balde, y ni por esas, nadie la quería. Los últimos que estuvieron no aguantaron más que dos noches y se marcharon más muertos que vivos de las apariciones que vieron y de las cosas que oyeron. Calle usted, ¡Jesús María!

—Patrañas. Bobadas que cuenta la gente.

—¿Bobadas? Sí, sí, bobadas, a mí me lo va a decir, que estuve con la familia esa. Se escaparon en plena noche, a la segunda de estar, muertos de miedo.

—¿Pero y qué vieron?

—Ver no vieron nada.

—Pues entonces...

—No vieron, pero oyeron.

—Vaya cosas terribles que oirían.

—Las oyeron, sí, señor, las oyeron. Y no sólo ellos, les pasó lo mismo a todos los que han vivido aquí. Gente honrada que no mentía ni tenía por qué mentir, que habían pagado un alquiler y lo perdían al irse.

—Pero bueno ¿y qué oían?

—Pues ya se lo puede figurar... Cosas raras, golpes en las puertas sin que nadie estuviera llamando, chisporrotear de lumbre y crepitar de carbones cuando la cocina estaba apagada, aleteos de aves que empezaban a revolotear por los cuartos en cuanto se apagaba la luz, aves que jadeaban y resoplaban cerniéndose cada vez más cerca de las camas, tan cerca que los que estaban acostados sentían materialmente encima de ellos el temblor de las alas, un frío como de nieve que levantaban al batirse y un aliento de fuego que exhalaban por el pico.

—¡Vaya todo por Dios! Les parecería oírlo porque habrían oído hablar de ello a los inquilinos anteriores, y éstos a su vez lo contarían porque también lo habrían oído contar, total que nadie lo llegaría a oír realmente.

—¿Entonces es que no está usted enterado de por qué se fueron los últimos inquilinos que vivieron aquí, ahora va a hacer cuatro años?

—Algo he oído de eso, pero no me acuerdo bien de los detalles.

—¡Ah!, no se acuerda, por eso habla así. Pues la cosa es que era una familia pobre, pero muy honrada: el marido, la mujer y una niña de seis años. Dormían juntos en la misma habitación los tres. La niña tenía su camita al lado de la de ellos y nunca le habían dicho nada de estas cosas para que no cogiera miedo. Dejaban una lamparita encendida, y como llegaban a la cama rendidos de trabajar todo el día, a pesar del chisporroteo del fogón y de las puertas que se batían, el sueño les agarraba igual. Pero a la segunda noche de estar les despertaron los gritos de la niña. Se había apagado la luz y la encendieron otra vez corriendo. La puerta de la habitación estaba cerrada por dentro y las fallebas de las ventanas cerradas. Nadie había entrado en el cuarto. Pero las ropas de la camita de la niña estaban revueltas y tiradas por el suelo, y la pequeña destapada, desnuda y temblando de miedo, blanca como el papel, contó cuando pudo recobrar el habla —porque la tuvo perdida un rato— que había sentido posarse encima de su cama algo así como las patas de una gallina muy grande y que de pronto se encontró destapada y que un pecho cubierto de plumas se estrechaba contra el suyo desnudo y que sentía suspiros y sollozos y que le daban besos y le hacían unas caricias terribles. Y la madre, al oír esto, la vistió a toda prisa, la envolvió en un mantón, la cogió en brazos y, sin dejar de besarla y de calentarla con su aliento, salió a la calle espantada, como alma que lleva el diablo. El marido, que era valiente e intrépido, se puso a recorrer toda la casa con luz y a oscuras, metiéndose por todos los rincones, con los dientes apretados de rabia, clavando furioso en las paredes una navaja que llevaba. Como si no, no apareció nadie. Ni nadie tenía tiempo de haber salido ni nadie pudo entrar. Al día siguiente fue a devolverle la llave al dueño y le dijo que cuando tuviera dinero vendría a comprarle la casa para derribarla él mismo a golpe de piqueta y echar al fuego todo lo que fuera capaz de arder, para pisotear después el montón de

cenizas que quedasen y cubrirlo de sal.

—Pues fijese, yo no he oído nada de todo eso y es ya la segunda noche que duermo aquí.

—Pues también son ganas. ¿Y no tiene miedo?

—Yo, no.

—Claro, por eso dicen por ahí de usted lo que dicen.

—¿Qué es lo que dicen?

—Perdone usted, pero dicen que es un alemán judío y que tiene hecho un pacto con el diablo.

—¡Dele un poco más para atrás, que ya empujo yo! —dijo el extranjero cambiando de tono.

—¿Así?

—Un poquito más y ya... otro poquito hasta que la cabecera toque contra la puerta... Así. ¡Ya!

—¿No necesita nada más?

—No, nada más. Ahí tiene usted su libra y coja una de esas velas, hombre, no se le vaya a aparecer el avechucho ése por las escaleras y se lo lleve con él.

—No bromeé con esas cosas, señor, que a mí me hacen bien poca gracia. Si se la hacen a usted...

—Pues sí, la verdad.

—Pues que le aproveche. Y mire, cuando se aburra de los espíritus de este lado de acá, vea a ver lo que pasa en la casa de al lado.

—¡Ah! ¿Es que también pasan cosas en la casa de al lado? Ya decía yo.

—¿Ahí? Ahí es el diablo, el diablo en persona el que vive.

Y diciendo estas palabras el hombre que había venido a ayudar a correr la cama encendió la luz y se marchó por la escalera. El alemán, al quedarse solo, cerró la puerta y empezó a desnudarse para meterse en la cama.

El diálogo que acababa de oír me había impresionado de manera singular y me había despertado la más viva curiosidad.

Sin haber intentado indagar directamente cosa ninguna, he aquí que del modo más extraño había entrado en el conocimiento de una serie de hechos que, aun cuando desorbitados por la superstición o la incultura, podrían, sin duda, contribuir a desenredar la madeja de los acontecimientos y a explicar la presencia de aquel cadáver en el salón.

¡Así que ahora nos ha tocado a nosotros, mi interesante e inapreciable vecino!

* * *

La cama del alemán, como ya he dicho, había quedado colocada justo bajo el campo de observación que abarcaba mi agujero. Mi vecino se metió en ella y apagó la vela. El cuarto se quedó a oscuras y se oyó crujir el somier bajo el peso del cuerpo, que buscaba acomodo para dormir.

—¡Vaya! Con que te divierte el susurro de los espíritus invisibles —dije para mí, pero dirigiéndome mentalmente al filósofo que estaba pared por medio—. Y te gusta percibir las vibraciones sonoras de las moléculas que vagan dispersas por el espacio en espera del soplo misterioso que tenga a bien condensarlas y hacerlas entrar en la corriente de los seres animados. ¿Te gustaría que tu espíritu sirviera de eslabón entre el mundo de las cosas conocidas y el de los seres ignotos? Pues vamos a ver si tienes condiciones de médium.

Y, a vueltas con estos pensamientos, golpeé en la pared con los nudillos tres veces con golpecitos secos y espaciados metódicamente, como los de las consignas masónicas. Sentí su mano palpando el papel que cubría la pared, como si pretendiera coger el rastro de la señal que acababa de oír. Entonces me puse a repetir sucesivamente en distintos puntos de la pared el mismo redoble del principio.

Me di cuenta de que se sentaba en la cama y oí el ruido de una cerilla. Encendió la luz. Dejé de golpear. Hubo una pausa. Mi vecino acabó por apagar la luz después de unos instantes y yo volví a la carga de golpear suave y espaciadamente en la pared. Aguantó otro poco a oscuras y luego volvió a encender la luz y se puso a examinar todo el trozo de pared que quedaba junto a la cama. Cuando la llama de la vela estaba pasando por delante de mi agujero di un soplido repentino y la apagué. El alemán, que estaba de rodillas encima de la cama para mejor revisar la pared, emitió un grito breve que más parecía de asombro que de terror, aunque acompañado de un ruido bastante estruendoso y significativo: el de su propio cuerpo al caerse de la cama y golpear contra el suelo. Poco después pude escuchar su voz, que preguntaba con decisión y firmeza:

—¿Quién anda ahí?

—Yo —le contesté.

—¿Quién eres?

—¿Y quién eres tú?

—Yo soy Federico Friedlann, ciudadano prusiano.

—¡Ah, ya!

—Viajo por cuenta de la primera fábrica de productos químicos de Budapest y mi misión es darlos a conocer a las principales industrias europeas.

—Muy bien —comenté.

—Un judío amigo mío —continuó impasible— me contó que él sabía de tres casas en Lisboa que estaban deshabitadas y la gente se negaba a vivir en ellas porque decían que tenían fantasmas. Con que me dije: «Pues vamos a verlo», y ésta es la primera de las tres en que me alojo, luego iré a

las otras. Es que estoy escribiendo un libro sobre cosas de espiritismo, ¿sabe usted? Por cierto, ¿podría saber a quién me estoy dirigiendo?

Le dije cómo me llamo y que vivo de mis rentas, unas veces en Lisboa y otras haciendo diversos viajes, y que cuando no tengo cosa mejor que hacer para ocupar mi tedio me dedico a la política y a la literatura. También le dije que no soy espiritista.

—Pues mal hecho —dijo él—. El espiritismo es un sistema y no sería difícil que llegara a convertirse en una religión.

—No me diga —comenté sonriendo.

—Y tanto —continuó él—. El materialismo, apoyado de una parte por los avances de las ciencias físicas y naturales y de otra por el relajamiento de las costumbres modernas y por el alarmante y progresivo deterioro de la moral, va invadiendo en el campo de la filosofía el reducto, ya no demasiado vasto, donde se refugiaba la fe. Nuevas creencias y nuevas doctrinas habrán de venir a sustituir sucesivamente a aquellas por las que se regía el mundo de lo sobrenatural. Y el hombre, que, según todas las probabilidades, no parece que pueda llegar a prescindir nunca de lo maravilloso, de esa fascinación suprema de la imaginación, ¿qué cosa más natural que vaya a buscar en el espiritismo, modificado y perfeccionado por futuros estudios, teorías y supervivencias que le consuelen, correlaciones —aún hoy no descubiertas— entre los seres existentes y los que los precedieron y los que los han de suceder? Créame, entre todos los filósofos contemporáneos que se niegan a aceptar el dogma estéril y desolador de la omnipotencia de la materia, los espiritistas quedarán, ellos son los filósofos del futuro.

—Perdone —le interrumpí—. Me gustaría preguntarle una cosa.

—Diga, estoy a su disposición.

—No quisiera ofender con ello sus convicciones.

—No, por favor, cualquiera que sea la naturaleza de su curiosidad me verá muy honrado de poderla satisfacer.

—¿Cree usted en algo de lo que le dijo el hombre ése que le vino a ayudar antes a trasladar la cama?

Era una pregunta capciosa, hecha con el ánimo de descubrir a ciencia cierta si estaba hablando con un loco maniático o simplemente con un hombre un poco extravagante y excéntrico.

—Yo nunca creo ni niego nada de lo que oigo —repuso—. Tengo por costumbre admitir todo cuanto esté por probar y dudar de lo que me presenten como verdad inconclusa. Es el único sistema discreto para no apartarse excesivamente de la verdad. Si ha oído usted nuestra conversación de antes, ya estará un poco al tanto de la historia de esta casa. Le llevé la contraria en todo al hombre ése porque me he comprometido con el dueño de la casa a desvanecer por medio de mis informaciones el sambenito que pesa sobre su finca. Pero la verdad es que llevo dos noches oyendo claramente un ruido continuo como de estallidos de carbón cuando lo atizan y un busto de Allan Kardec que tengo aquí encima de la mesa es evidente que se mueve sin que nadie lo toque ni yo

pueda explicarme el porqué, se mueve del centro, donde lo coloqué, hacia un extremo. El polvo que hay en la mesa alrededor del busto y que me cuidó muy mucho de no limpiar, va dejando al desplazarse claras huellas de ese movimiento, que es lento y casi imperceptible, pero progresivo y continuo. En esta puerta, junto a la cual he colocado ahora la cama, dan todas las noches por dos o tres veces una vuelta desde fuera al pestillo, un ruido inconfundible. Abra y no hay nadie al otro lado; precisamente he trasladado la cama para poder abrir sin tenerme que levantar: no entiendo cómo puede moverse el pestillo solo.

El tono con que el prusiano afirmaba todas estas cosas era enfático, sincero y convencido.

—Y de esta casa de aquí —le dije—, ¿ha oído algo? ¿Qué es lo que sabe? ¿Qué ha notado usted?

—¿Quiere que se lo diga?

—Claro, con toda libertad.

—Pues yo mismo personalmente no he oído nada. El inquilino que estuvo antes cuenta que oía murmullo de risas y de voces y como un tintinear de dinero. Los vecinos parece que han visto entrar bultos misteriosos. Pero esos datos pueden explicarse por una razón natural.

—¿Cuál es, a su juicio?

—Hombre, yo creo...

—Diga, diga.

—Vamos, es una simple conjetura.

—Pero dígamela, dígalo sin rodeos.

—Una de dos: o hay ahí una logia masónica o una casa de juego.

* * *

IV

Las palabras del alemán acababan de arrojar sobre mis ideas la luz súbita de una revelación muy digna de ser meditada.

Pero ni de lo que se me ocurría ni del cadáver ni de la sospecha —aunque vaga— de que uno o más amigos míos podían estar envueltos en todo aquel misterio me atrevía a decirle nada al desconocido que el azar me deparaba por vecino, tan grave y extraordinario me parecía.

Una cosa tenía ya clara: que estaba en Lisboa. Ardía en ansias, como es natural, de saber en qué calle y en qué casa, pero no se me ocurría un pretexto verosímil para preguntárselo al alemán; cualquier pregunta de tipo ambiguo que pudiera hacerle era fácil que suscitara sospechas comprometedoras para la gente implicada en este asunto. Así que me limité a decirle que estaba muy incómodo en aquella postura tan forzada que tenía que mantener para hablar con él y le di las buenas noches. Él, a modo de despedida, dio en la pared tres golpecitos espaciados iguales a los que di yo al principio. Pensé si sería masón; caso de que fuera así sería una buena idea pedirle protección en

nombre de una serie de promesas y compromisos recíprocos. Le dije una letra, me respondió él con otra, y así llegamos a formar entre los dos una palabra de contraseña.

—*Salut, mon frère* —dijo él.

—Estoy en el secreto —contesté yo bajito, haciendo con los dedos contra la pared la misma señal que él había hecho.

Acto seguido cerré el armario, corrí la cama a su primitiva posición y me acosté sin desnudarme. No podía dormirme ni dejar de darle vueltas a la cabeza y me empezaron a entrar ideas tristes.

De repente tomaba relieve en mi imaginación el recuerdo de que bajo mi mismo techo había un hombre muerto, un joven elegante y atractivo que seguramente había entrado en aquella casa confiado y alegre, lleno de esperanzas y proyectos y que había acabado sus días envenenado por manos misteriosas, ignorado y solo, lejos del calor de quienes lo cuidaran de niño, de la mujer amada que tal vez a aquellas horas lo estuviera esperando, de la tierra querida que lo viera nacer, sin una madre que llorase por él y le cerrase los ojos, sin un sacerdote a su cabecera para darle la postrera bendición.

Antes de dejarnos aquí tu cuerpo inerte, impasible y mudo como un enigma, como un interrogante dibujado por mano anónima en medio de una página en blanco, ¡cuántas torturas, desventurado muchacho, no agitarían tu espíritu a punto de desprenderse de este mundo mortal! ¡Sabe Dios los pensamientos que abortaría la muerte en tu cerebro! ¡Las posibilidades que congelaría en tu corazón, aún ayer rebosante de una savia de juventud hoy irremisiblemente extinguida! ¡Desdichado joven!, tan digno de ser llorado como sin duda eres, yaces ahí en un sofá, vestido de etiqueta, tapado con una manta de viaje, insensible ya para siempre a las penas y alegrías de esta vida, y nadie derrama una sola lágrima en memoria de tu fugaz paso por la tierra, melancólico homenaje en este plazo que los vivos dispensan a los muertos a quienes amaron antes de entregarles, como supremo y postrer favor, a la tumba donde reside el olvido. No, los ojos de quienes te quieren aún no están llorando por ti, están cerrados por un sueño apacible y dulce por el cual quién sabe si no se paseará tu imagen, tal vez estén esperándote al cabo de algún camino que tú habitualmente recorrieras, pendientes de oír que llegas con paso acompasado, risueño y feliz, tarareando acaso el último vals que bailaste. Pero tus pasos, los pasos de ése que les dijo adiós y a quien esperan, ya nunca medirán el camino de su casa, ni esa voz responderá a las que le llamen, ni esos ojos se hundirán en aquellos que le miraban, ni se acercarán sus labios a los que solían unirse a los suyos. Y yo, aunque no pueda llorar tu recuerdo porque no existe en mí, porque no sé quién eres ni nos vimos nunca en vida, me niego a profanar el dolor que se incubaba sobre tu muerte, entregándome insensiblemente al sueño en la misma casa donde, en el mismo momento en que aún alguien espera verte llegar vivo, yaces de cuerpo presente.

Agitado, mi querido amigo, por tales pensamientos, acabé levantándome de la cama en que me tendiera con ánimo de conciliar el sueño y, apoyándome sobre la mesa en que había cenado, me puse a escribirte esta larga carta que posiblemente algún día, en una disposición de ánimo diferente a la que hoy nos embarga, nos pueda gustar leer.

Llevaba más o menos mediado el relato que te vengo haciendo cuando el silencio en torno mío, solamente turbado hasta entonces por el rasguear de mi pluma sobre el papel, vino a verse turbado por un cuchicheo de voces en el aposento vecino, aquel que habíamos cruzado antes de llegar a éste en que estoy ahora. Había terminado de escribir lo que antecede cuando el rumor se repitió y me picó la curiosidad por saber lo que decían, ya que había reconocido las voces de los enmascarados. Me acerqué a la puerta y pegué el oído al agujero de la cerradura, después de haber aplicado el ojo y comprobado que no se veía absolutamente nada. Como no me parece probable que a mis carceleros les dé por hablar a oscuras, supongo que es que hay un pasillito o algún cuarto pequeño entre este mío y donde están ellos. No entendía al principio nada de lo que decían, sólo lograba pillar alguna palabra suelta que pronunciaban en voz alta, así que casi estaba ya a punto de volverme a la mesa a terminar mi carta, cuando he aquí que uno de ellos levantó la voz y le oí distintamente la frase siguiente:

—¿Pero y las dos mil trescientas libras en billetes? ¿No has dicho que las traía?

—Me consta que las traía —dijo el otro.

—¡Entonces es horrible!

Ya no volví a oír nada más, pero estas frases me dejaron muy impresionado, como podrás comprender. Estoy cada vez más convencido de que esta casa a la que nos trajeron no es un simple nido de amor, como me pareció al principio. Ya lo dijo el alemán: una de dos, o casa de juego o logia masónica. En un nido de amor no se oyen las risotadas ni el tintineo de dinero que se oían desde el piso de al lado. Y luego está la alusión de los vecinos a aquellos bultos misteriosos que veían entrar. Y, por si era poco, lo que acabo de oírles decir a éstos. Ya te digo, esto es un antro de orgía, de juego o de reuniones secretas. Y ahora se me ocurre pensar si al desdichado que está ahí en el sofá no lo habrán matado para robarle ese dinero que parece que llevaba encima. Claro que, en tal caso, ¿qué explicación tiene que fueran a buscar a un médico? Puede ser que si, según se desprende de lo que acabo de oír, le dieron el opio con intención de robarle y luego se sintieron defraudados al no encontrarle el dinero, se les ocurriera el recurso de buscar a un médico al cual mostrar el opio y ante quien alardear de inocencia y celo, y así, mediante esta coartada, urdir un enigma y desviar posibles sospechas. Es posible que esté desbarrando, pero lo que en cambio no tiene duda es que la desaparición ya comprobada de esa suma de dinero que el muerto traía encima está reñida en el marco de esta casa con todo lo que huelga a honradez.

Creo que, después de lo que llevo expuesto, huelga decir la determinación que he elegido. Mi vecino el alemán tiene una punta de estrafalario, pero me parece una persona honrada y de buena fe. Así que cerraré esta carta y le pediré que me la eche él al correo. Ya veré cómo se la hago pasar a su cuarto. Puede que logre quitar sin hacer ruido el fondo del armario, y en ese caso podría pasar yo mismo. Si no, estoy dispuesto, en cuanto se abra la puerta, a echarme encima de la persona o personas que intenten cerrarme el paso y a pasar por encima de media docena de miserables que nada podrán contra la conciencia de un hombre de bien.

Si sigues secuestrado en esta casa, como yo, te juro por Dios que nos hemos de ver mañana. Si, estando en libertad, recibes esta carta y, pasadas veinticuatro horas, no has vuelto a saber nada de

mí, escribe a Federico Friedlann, Lista de Correos, Lisboa, que él irá al lugar donde le cites y te dirá dónde me encuentro yo. Adiós.

F...

* * *

NOTA

Juntamente con la carta publicada ayer venían unas hojas sueltas escritas con la misma letra que las cartas del doctor, anteriormente publicadas en nuestro periódico. Decían así:

No he vuelto a saber nada de F. El mismo día y durante los dos o tres que siguieron a la carta cuya primera parte envié en seguida a esa redacción y su continuación luego, intenté por todos los medios tener noticias suyas. Fue inútil. Escribí a Federico Friedlann, pero no obtuve respuesta. Fui a Correos a preguntar y me enteré de que la carta mía en que le pedía una entrevista seguía allí sin que nadie hubiera ido a recogerla. Me encuentro sobreexcitado, sumido en la mayor incertidumbre. Tengo miedo por F. Es un hombre impulsivo, irascible y puntilloso hasta grados increíbles. De ese carácter suyo cabe temer cualquier reacción violenta, cualquier decisión que pueda serle fatal.

No obstante, lo primero que quiero decirle, señor Director, es que difiero totalmente de él con respecto a la opinión que le merece la catadura moral de las personas con las que estuvimos en la casa aquella. F. estuvo menos rato que yo con esos individuos y apenas tuvo tiempo de fijarse en ellos; habla bajo los efectos de una frase que le resulta inexplicable —tanto como a mí— y que es la que ha desencadenado su indignación y su odio. Pero el enmascarado alto, por ejemplo, con quien yo tuve ocasión de hablar sin cesar durante toda la noche, no puede ser un vil asesino. Su fisonomía se me hurtaba, pero veía sus ojos grandes, luminosos y brillantes y podía oír su voz limpia, vibrante, bien modulada y a través de cuyas inflexiones se revelaba el flujo y reflujo de los sentimientos. A través de todo lo que hablamos, de los diversos incidentes que tuvieron lugar con ocasión del interrogatorio a A. M. C., me prendió y llamó la atención la facilidad, sencillez y espontaneidad de su palabra, elocuente sin ser retórica, original sin intención de serlo, claro reflejo de un espíritu sensible, íntegro y perspicaz. Tan pronto se dejaba arrebatarse por el entusiasmo o la indignación como caía en ensimismamientos melancólicos que parecían surgir de ese pozo de lágrimas inherente a la esencia más íntima de las naturalezas escogidas y nobles. Me pareció, en una palabra, que se trataba de un corazón digno y leal, y teniendo en cuenta no sólo la situación tan delicada y extraordinaria por que atravesábamos, sino también mi experiencia del mundo y de los desengaños y ficciones de los hombres, permítame que le diga que es muy difícil que me engañe en esto. Éstos son los principales motivos que me impidieron desde un principio hacer público el nombre de mi amigo F., a pesar del atropello que supone su secuestro. F. es un hombre muy conocido, puede decirse que célebre; nadie habrá en Lisboa que no sitúe su nombre entre el de los escritores más famosos, nadie a quien alguna vez no haya llamado la atención su figura distinguida y prócer destacándose en los paseos, los salones y los teatros entre la masa y uniforme de las demás. Si doy parte a la Policía de la desaparición de mi amigo, le localizarían casi con toda seguridad; pero esto supondría obviamente la consiguiente denuncia como criminales del enmascarado alto y de sus compañeros, a quienes, a pesar de todas las apariencias, sigo considerando inocentes. La importante revelación

que hace F. en su carta sobre la desaparición de las dos mil trescientas libras no hace sino confirmar en cierta manera la convicción en que estoy. Recuerde usted aquella frase de la carta donde F. dice: «Se me ocurrió que tenía una manera de comprobar si aquel hombre que tenía al lado era o no mi amigo íntimo: quitarle el reloj. Vendado y todo como estaba, me bastaría con palparlo para reconocer a su dueño. Lo reconocería inmediatamente al tacto por la lisura del esmalte con el relieve del blasón en medio.»

Pues bueno, recordará usted también que el reloj al que alude mi amigo en esa frase es exactamente el mismo que se le salió del bolsillo del chaleco al enmascarado que iba sentado enfrente de mí durante el viaje y que se le quedó durante unos instantes colgando de su cadena, razón por la cual lo pude ver bien y tuve ocasión de describírselo a usted en mi segunda carta. Luego el enmascarado que acompañó a F. a su cuarto es, efectivamente, ese amigo suyo a quien él se refiere. ¿Cómo puedo yo, sin exponerme a sembrar en mi alma unos remordimientos que más tarde habrían de ensombrecerla para siempre, denunciar a la Policía con pelos y señales una serie de circunstancias concretas que puedan ponerla sobre la pista de este crimen y de un número determinado de personas tal vez inocentes que en fatal remolino se han visto arremolinadas en torno de él? Ya sólo con las noticias que le llevo dadas en las cartas que precipitadamente comencé a escribirle y que, aunque sea conservando el anónimo, me veo precisado a continuar y llevar hasta su desenlace, ¿no estaré cometiendo, al exponerlas a la consideración fría, despiadada y severa de los hombres justicieros, una traición contra los deberes inexcusables de la amistad, un agravio contra la inviolabilidad del secreto, una ofensa a ese culto, casi religión, debido a la intimidad del carácter y que se basa en la discreción y en la delicadeza?

Pero, por otra parte, tampoco puedo callar. ¿Quién podría permanecer impasible y asistir sin inmutarse, mudo, inerte, a este turbio y horrible suceso? ¿Cómo asumir en silencio la grave responsabilidad de tan siniestro homicidio, siendo como soy el único testigo con libertad de movimientos e iniciativas capaz de hablar de él?

Júzguenlo quienes, por un momento, sean capaces de ponerse en mi caso e imaginar las circunstancias excepcionales por las que atravieso.

A mí, a merced del oleaje de conjeturas, decisiones e impedimentos, cuyo vaivén amenazadoramente me cercaba, a solas, a escondidas, nervioso e inquieto, sin tiempo que perder, una sola idea clara y definitiva se me vino a la mente como viable: publicar bajo el manto del anónimo todo cuanto me fuera acontecido con relación a este asunto, como lo vengo haciendo, y así, dando noticia de mi propia situación, me cabría esperar del público, es decir, de la opinión ajena, lo que la mía no era capaz de resolver por sí sola. Pero estoy muy decepcionado y abatido: ¡ni una palabra de consejo o de crítica! No me encuentro bien, ya no puedo más, necesito aire, libertad. No se puede aguantar esta situación de parálisis, de condena, siempre con el grillete de un secreto amarrado al pie.

Dos días después de que la presente carta, señor director, obre en su poder, ya habré salido del país. Las ambulancias del ejército francés precisan de cirujanos; he decidido alistarme como médico. Mi país se puede pasar sin mí, y yo, como le pasaría a cualquiera en presencia de graves

infortunios, siento el dulce deber de ser útil. Así que ya sabe mi paradero. Algún día tal vez pueda saber también mi nombre.

Como despedida —posiblemente definitiva— de los lectores de su periódico cuya atención he mantenido en vilo mediante el relato de este caso siniestro, permítame añadir unas últimas palabras: A. M. C., cuyo nombre no me atrevo a desvelar escribiéndolo completo y al que yo no he acusado de nada, a pesar de cuanto pretende alegar en contra ese amigo suyo que se firma Z., estoy seguro de que, cualquiera que sean los motivos de su intervención en este crimen, lo conoce al detalle y tiene en su poder los hilos de su trama que yo he venido afanándome en vano por buscar.

Si estas líneas llegaran a ser leídas por ese joven, le pido una sola cosa en nombre de su honor y del de las personas implicadas en tan extraño caso. Que vaya a Correos a buscar una carta que le envíe con fecha de hoy; en ella podrá enterarse de mi nombre y de mis señas y podrá así escribirme o venir a verme si quiere. Si por su edad, su posición, intereses de su carrera o preocupaciones por su familia, su insolvencia o cualquier otra razón del tipo que sea, se ve imposibilitado de llevar este asunto hasta sus últimas consecuencias sacando a la luz la más íntima verdad de este misterio, que se dirija a mí, que yo le garantizo una colaboración en semejante labor por estimarla justa y digna. Me atengo clara y rotundamente a las consecuencias y responsabilidades que ello me pueda acarrear y ya encontraré la manera de que su nombre y su persona queden a salvo de cualquier sospecha que pudiera empañarlos.

En cuanto a ti, mi querido y cabal F., no puedo creer que estés siendo víctima de una vil emboscada. Lo único que puede perderte, a mi juicio, es tu irritabilidad, tu carácter impulsivo y susceptible, tu falta de aguante y, en una palabra, tu bravura. Que te hayan asesinado vilmente en ese encierro clandestino que vivificabas con tu serenidad y tu alegría, eso lo descarto. Pero que, como presunto agravio a tu honor, te hayas creído obligado a jugarte la vida con la pistola o el acero frente a alguno de tus misteriosos comensales, eso ya cabría en lo posible.

De pronto, mi pobre F., me asalta como una vaga corazonada de malos presagios. ¿Nos volveremos a ver? ¿Quién nos iba a decir el día que volvíamos de Sintra tan alegres y despreocupados, contándonos entre suspiros y sonrisas nuestros mutuos infortunios y venturas, que acaso podría ser ésa la última vez que ejercitábamos tan incondicional amistad?

Y lo peor es que hayan de venir a ser amarguras y desgracias ajenas las que nos impliquen y arrastren en el remolino implacable de la cruda solidaridad humana. Pero, en fin, qué le vamos a hacer. Hay que aceptar valerosamente la vida tal como es y seguir adelante. La única manera segura de llegar a ser felices es acostumbrarnos a la desgracia.

Segunda carta de Z

Señor Director: Acabo de ver publicada en su periódico la última carta del doctor X., donde con tenacidad perversa vuelve a insistir en señalar como cómplice de ese atentado, del cual él se erige en cronista voluntario, a mi pobre amigo A. M. C.

Ya le advertí, señor Director, en mi primera carta que, poniendo al servicio de la información general las solas armas de mi ingenio y mi valor, estaba decidido a tratar de desentrañar la tenebrosa historia que hace más de una semana viene apareciendo a diario en su periódico y componiendo paulatinamente un cuadro misterioso y siniestro a los ojos atónitos del público. Pero no he sido capaz de lograr mi propósito: pesquisas, interrogatorios, visitas a los sitios, todo ha resultado inútil. La historia se desvanece cada día más, perdiéndose entre una niebla que la enmascara, y a todas estas mi pobre amigo A. M. C. sigue allí recluido sea en retiro voluntario o en obligado secuestro.

Vista la imposibilidad de descubrir mediante datos reales y por esas calles de Dios la última verdad de este caso, se me ocurrió venir a indagarla dentro de las propias cartas del médico. Y empecé a hundirme en su análisis, a descomponerlas palabra por palabra. Le voy a ahorrar las minucias del proceso para limitarme a presentarle sus conclusiones.

«El misterio de la carretera de Sintra» es una invención. No una mera invención literaria, como había supuesto desde un principio, no; una patraña criminal que alberga designios concretos. Y paso a poner en su conocimiento lo que he podido conjeturar sobre tales designios:

En primer lugar hay un crimen. Eso resulta palmario y evidente. Y uno de los cómplices de él es el propio doctor X. Como él ha quedado siempre envuelto en el anónimo, no tengo el menor escrúpulo en formular esta acusación formal contra él. Si hubiese dado a conocer su nombre o sus cartas viniesen firmadas, solamente en el caso de que obraran en mi poder pruebas fehacientes, me atrevería yo a mantener una afirmación tan grave. Sí, el doctor X. está implicado en el crimen: mi pobre amigo no pasa de ser en todo esto un infeliz incauto sobre quien se pretenden hacer caer las sospechas que ya se puedan tener y las pruebas que hayan de venir a añadirse a ellas. Ahora bien, este crimen, aunque existente, se nos presenta envuelto en un ropaje literario, en un misterio teatral. Las cartas del doctor X. son de una novelería pueril. Vamos a verlo:

¿Cómo puede ser admisible que en una ciudad pequeña como es Lisboa, donde todos se conocen y son amigos cuando no están emparentados, el doctor X., a quien se nos presenta como un hombre influyente y de sociedad que frecuenta salones y teatros, no reconociese a ninguno de esos cuatro enmascarados que, a juzgar por sus propios datos, pertenecen a esa misma sociedad en la que él se mueve como pez en el agua, se sientan en las mismas butacas, van a los mismos locales y oyen la misma música? Un antifaz de terciopelo negro no parece disfraz suficiente para encubrir una fisonomía conocida. Está el pelo, la estatura, los movimientos y ademanes, la voz, los andares, las manos, la forma de vestir, circunstancias más que sobrantes para traicionar al individuo que pretende esconderse. ¿O es que el doctor X. no los habría visto nunca antes? Pero ¿y cómo puede

ser eso? Con lo mundanos y lo distinguidos que eran, con lo bien que hablaban y lo diestramente que guiaban su tronco de caballos, con lo ricos que parecían, y siendo como es el doctor X. un profesional conocido y relacionado, antiguo dilettante del San Carlos, ¿en una ciudad donde toda la vida se aglutina en los doce palmos del barrio del Chiado! Y encima F. tiene un amigo íntimo entre los enmascarados, que va sentado en el coche enfrente de él rodilla contra rodilla, y no es capaz de reconocerlo ni por las manos ni por la mirada ni por el tipo, y ni siquiera, al menos, por su mismo silencio. ¡Pamplinas! Pero si es en Carnavales y el último mono de los lisboetas, por muy disfrazado que vaya de turco barbudo, por mucho que se cubra de plumas o se vista de Mefistófeles o de petimetre de la Revolución o de Melón, no consigue que nadie en toda la sala del San Carlos deje de decir cuando él pasa: «Mira, ahí va Fulano», y eso siendo de noche, aturdidos entre las luces eléctricas y las miradas de las mujeres, y no a plena luz del día, en la carretera de Sintra. Hasta tal punto nos conocemos todos en Lisboa. ¡Pamplina, pamplina pura!

Y luego esos enmascarados tan ingenuos que salen a buscar en el momento más álgido de peligro justamente a la persona que por su posición social, sus relaciones y su inteligente penetración, parece hecha de encargo para reconocerlos. Si no querían ser descubiertos, ¿por qué razón se les iba a ocurrir buscar a ese hombre? Y si les daba igual que les descubrieran o no, ¿por qué se enmascaraban? Además, ¿un médico para qué lo querían? Una de dos, o para que levantara acta de la defunción o para que prestara rápidos auxilios. Pero en cualquiera de los casos, ¿qué clase de gente es esa que, en vez de correr a la farmacia más próxima o a casa de un médico se entretienen en su cuarto vistiéndose de máscaras para luego esperar al anochecer y salir a un páramo a dos leguas de distancia para representar las consabidas escenas del bosque que salen en los dramas de Soulié?

Y si por ventura suponían que estaba muerto, ¿para qué un médico? Y si no tenían nada que temer ni que encubrir, ¿a qué ocultarse bajo un antifaz y taparles los ojos a sus detenidos con pañuelos de batista? Pamplina y más pamplina.

Veamos ahora al doctor frente al cadáver. No aparece una sola palabra científica en la descripción de los síntomas; desde la serenidad de las facciones a la dilatación de las pupilas, todo suena a falso.

Y además tanto el doctor X. como su amigo F., ¿qué clase de hombres son para, en plena carretera frecuentada o dentro de la casa que sea, no arrancar aquellos antifaces, teniendo como tenían las manos libres? ¿Cómo iban a soportar tantas humillaciones siendo nobles y valientes? ¿Cómo iban a aceptar sin que su dignidad quedara malparada la parte de complicidad que se derivaba de esa actitud de condescendencia?

Y no digo nada del retrato que hace de A. M. C. Lo presenta encogido, apocado y nervioso como un niño o un retrasado mental, cuando se trata de un ser altanero, enérgico y dueño de sí mismo, incapaz de esa especie de cazurrería pueril que el doctor le atribuye.

—¿Lo que más me llama la atención es que el arsénico no dejara vestigios!

—Es que fue opio.

Tal es la respuesta que el doctor X. atribuye a A. M. C. ¡Qué necia simplicidad! ¿Quién va a

contestar así?

Y por último, ¿qué mujer es ésa que se quiere dejar entrever? ¿Y en nombre de qué pretende defenderla el enmascarado? ¿Y cómo se explica el robo ése de las dos mil trescientas libras? Seamos consecuentes, por favor. Si al enmascarado nos lo quieren hacer pasar por un tipo digno y caballeroso, es imposible que pueda tener consideraciones con una mujer de la que sospecha que ha matado para robar. Y además, si de verdad sospechaba eso y estaba tan ligado a ella como para querer salvarla a toda costa, ¿por qué no se apresuró a buscarla y a interrogarla en lugar de echarse a las carreteras y reunir gente en torno de un cadáver para exclamar *¡tableau!*?

¡Qué historia más artificiosa, por Dios, qué falsa, qué falsa, qué burdamente amañada! Esos carruajes a galope misterioso por las calles de Lisboa, esos enmascarados fumando al atardecer en el recodo de un camino, esos caminos fabulosos sin fielatos, esos jinetes que cruzan al anochecer como una exhalación envueltos en una capa clara. Vamos, ni una novela de la época del ministerio Villele. Y para qué vamos a hablar de las cartas de F., que nada explican, que nada descubren ni significan, como no sea la necesidad que acucia a un ladrón asesino de infestar con su prosa huera las columnas de un periódico honrado.

Resumiendo: que el doctor X. es cómplice de un crimen, que sabe que alguien está en el secreto y le puede delatar, que tiene miedo a la Policía porque tal vez tiene noticia de algún soplo. Ésas son las razones de que levante toda esta polvareda: quiere desorientar, confundir las pesquisas, enredar, complicar, oscurecer. Y una vez que ha dejado al público sumido en un mar de confusiones hace sus maletas y se marcha tan tranquilo a Francia, dejando un crimen a su espalda.

Lo único que ignoro es el papel que juega en todo este embrollo mi amigo A. M. C.

Pero lo que sí le ruego, señor Director, es que extirpe de las columnas de su diario lo más pronto que pueda toda esa sarta de inventos inverosímiles.

Z.

Relato del enmascarado alto

I

Señor director:

El que suscribe esta carta es el mismo que en esa aventura de la carretera de Sintra, divulgada por medio de las cartas del doctor X., iba guiando el coche que los llevó a Lisboa. Ya soy conocido por mi antifaz de raso negro y mi alta estatura para todo el sector del público que haya seguido con interés la progresiva sucesión de estas singulares revelaciones. Se me daba en ellas el sobrenombre de «el enmascarado más alto»; ése soy. Lo último que me imaginaba es que iba a verme obligado, como me veo, a comparecer también yo en su periódico a aportar mi declaración. Pero es que cuando he visto las inesperadas acusaciones que, totalmente improvisadas y carentes de lógica, se acumulan contra el doctor X. y contra mí, no tengo más remedio, por respeto a mi propia persona y por la consideración que me merece la intachable integridad del doctor X., que embarcarme en la tarea de desvirtuar ese cúmulo de hipótesis gratuitas, improvisadas y contradictorias, y venir a mostrar a la luz la verdad indiscutible. Sólo me detenía un escrúpulo, pero de los mayores que pueden frenar a un espíritu caballeroso: había que sacar a relucir un nombre de mujer y arrastrar por las páginas de un periódico los más recónditos y profundos repliegues de la historia de esa alma femenina. Pero hoy ya no me detienen esas consideraciones: tengo delante de los ojos, junto al papel en que escribo, una nota concebida en términos nobles y sencillos. Dice así: «He visto las acusaciones que se han formulado contra usted y sus amigos y contra ese abnegado doctor X. Le ruego que proclame en los periódicos toda la verdad, ocultando apenas mi nombre, si lo tiene a bien, bajo una inicial. Da lo mismo, yo ya no pertenezco al mundo ni sus juicios ni sus críticas me pueden afectar. Si no hace lo que le pido, yo misma me entregaré a la Policía.»

A pesar del ruego contenido en esta carta y de la sinceridad de las palabras con que venía expresado, yo he decidido prescindir del crimen y limitarme a revelar una serie de circunstancias anteriores a él relativas a mi amistad con ese desdichado joven a quien la fatalidad ha arrancado la vida y a los motivos de su presencia en Lisboa, determinantes de ese desenlace junto a un ramo de flores mustias y a la lánguida luz de una vela en el escenario fortuito de una alcoba solitaria. Otros, los que los conozcan, que cuenten los detalles de esa noche. Yo no lo pienso hacer. No quiero oír pregonados por boca de un vendedor de periódicos los más íntimos sentimientos de un corazón que estimo en mucho.

Hace tres años, señor Director, la casa que yo más frecuentaba de todo Lisboa, aquella donde siempre me ponían cubierto a la mesa y donde tenía mi baraja de «whist», donde compartían mis alegrías y recibían mis confidencias, era la casa del conde de W. La condesa era prima mía.

Se trataba de una mujer de singular atractivo; no era propiamente guapa, era peor, tenía gracia. Sus cabellos rubios y espesos eran de admirar; cuando se los trenzaba y recogía desprendían tan suaves reflejos dorados que parecían un nido de luz. Un cabello suyo estirado a modo de cuerda de instrumento y mirado a la luz vibraba y resplandecía con tal carga de vida que parecía una fibra del

mismo núcleo solar. Sus ojos eran de un azul intenso, como el de las aguas del mar Mediterráneo. Anidaba en ellos el imperio suficiente para dominar al corazón más rebelde y también la brujería y el misterio necesarios para que quien los mirase albergase inmediatamente el sueño de anegarse en aquellas pupilas. Era lo bastante alta como para resultar distinguida, pero no tanto como para que su cabeza no pudiese recostarse a gusto sobre el pecho de un hombre amado. Sus movimientos tenían el cadencioso serpenteo que se atribuye a las sirenas al deslizarse por el mar.

Era, por lo demás, candorosa y sencilla.

Si le dijera que mis ojos nunca se detuvieron con complacencia en la pureza incomparable de su cabeza o en la curva de su pecho estaría pecando de fatuidad. Tengo que confesar, por el contrario, que al principio de ir por su casa aquella dulce criatura me despertaba un amor indefinible, una tendencia a las vagas fantasías, un deseo, en fin, aunque trascendente. Incluso llegué a decírselo una vez: se sonrió y yo también me reí; luego nos apretamos la mano con seriedad. Esa misma noche jugamos al «ecarté» y ella acabó haciendo en un folio mi caricatura. Desde entonces no se habló más y empezamos a ser amigos: no volví a fijarme tanto en su belleza; me sentía contento de ser un buen chico, digno de su amistad. Le hablaba de mis amores, de mis deudas, de mis tristezas; ella sabía escuchar, tenía siempre a punto la palabra adecuada y eficaz, el bálsamo del consuelo. Y luego a veces también ella me hablaba de su estado de ánimo, me decía si estaba nerviosa o melancólica. Por ejemplo, decía:

—Hoy tengo los *blue devils*^[5].

Hacíamos té, hablábamos en voz baja al amor de la chimenea. Ella no era feliz en su matrimonio. Su marido era un hombre indiferente, vulgar y libertino, perezoso, de ideas estrechas y, por otra parte, de moral relajada. Tenía amantes de lo más ordinario, fumaba en pipa sin tregua, escupiendo de vez en cuando en el suelo, escribía con faltas de ortografía. Pero sus defectos tampoco eran nada del otro mundo, ni en eso resaltaba.

—Es curioso —decía de él Lord Grenley—, no tiene talento ni dominio ni buena facha, no sabe hablar ni vestirse y, a pesar de todo, no resulta tan desagradable.

Pero a la naturaleza exquisita de la condesa le repugnaba ocultamente la continua presencia a su lado de aquella persona monótona y vulgar. Él, a su manera, no la dejaba de estimar; a veces le regalaba una joya o le traía un ramo de flores; pero lo hacía sin entusiasmo, maquinalmente, como si estuviera guiando su «dogcar»^[6].

El conde sentía por mí una marcada predilección: me encontraba el más simpático de todos, el más listo, el más valiente; se sentía orgulloso entrando en los sitios de mi brazo, citaba frases mías, se vanagloriaba de mis aventuras, me imitaba las corbatas.

Un buen día la condesa empezó a languidecer y a ponerse cada vez más pálida y más delgada. Los médicos le aconsejaron que hiciera un viaje a algún lugar del Mediterráneo, a Niza, a Cádiz, a Nápoles. Un amigo de ellos que había estado de diplomático en la India y acababa de volver les habló de Malta en términos muy ponderativos. Había tenido que permanecer allí cinco días a causa de una avería que sufrió el barco, y le habían enamorado sus calles, la belleza de su ensenada, sus

palacios románticos, la viveza descarada de las maltesas de grandes ojos morunos.

—¿Te gustaría ir a Malta? —le preguntó una noche el conde a su mujer.

—Bueno, me da igual cualquier sitio. Pero Malta me apetece, sí, no sé por qué. ¿Por qué no vienes tú también con nosotros, primo?

—Ya lo creo que vendrá, eso es cosa hecha —decidió el conde.

Y declaró a renglón seguido que él sin mí el viaje no lo hacía, que yo era su compañero de ajedrez, su alegría, el inventor de sus corbatas, que me raptaba en un barco, que me iba a dejar por heredero y no sé cuantas cosas más. Terminé accediendo. La condesa estaba encantada con la idea del viaje, ojalá hubiera una tempestad, quería ir luego a Alejandría, a Grecia, a beber agua del Nilo; teníamos que organizar una caza de chacales, que llegar hasta la Meca disfrazados; se puso, en fin, a divagar acariciando mil planes incoherentes que nos divirtieron mucho.

Salimos en un barco francés rumbo a Gibraltar, donde pensábamos embarcar para la India. Cruzamos ante el cabo de San Vicente con una luna maravillosa que se elevaba por detrás de él haciendo resaltar los ásperos y negros perfiles de aquel saliente de tierra y venía a propagarse como una red luminosa sobre la vasta superficie del agua. El mar está siempre por allí muy agitado. La condesa, sentada sobre cubierta en un sillón de mimbre, medio adormecida, con los ojos y las manos en sosiego, presentaba en el rostro una expresión beatífica. De repente, en voz baja, me dijo:

—¿Sabes? Tengo una impresión de plenitud, de felicidad, de deseos satisfechos...

Y tras una pausa susurró:

—... y como un presentimiento de amor... ¿Te lo explicas?

Estábamos los dos solos en alta mar bajo la luz serena de la luna; el conde se había ido a dormir; la ondulada extensión del agua palpitaba a la luz aquella como un seno; ya se presentía el calor magnético de África. Le cogí las manos y le dije en un susurro:

—¡Si supieras lo guapa que estás!

—Pero, primo, por favor —interrumpió ella riendo—, estás loco. Nosotros somos amigos demasiado viejos. Hablar de amor a la luz de la luna es una cosa muy seria. Y afortunadamente, mi querido amigo, lo que acabo de sentir, a pesar de ser tan inexplicable, sí sé que no eres tú quien me lo ha despertado. Me lo ha hecho sentir alguien que no conozco, no sé, una persona a la que todavía no he visto nunca, a la que tal vez encuentre. Ha sido como una especie de presentimiento, ¿entiendes?, eso ha sido exactamente. ¡Ay, Dios, qué traicionera es la luna! ¡Y qué vieja me siento!

Iba a contestarle algo, tal vez a sonreír, pero en ese momento se acercó a nosotros el capitán. A lo lejos, a través de la bruma de la noche, se divisaba una luz:

—¿Saben qué luz es aquella?

—No, capitán —respondí—, es la primera vez que viajo por estos mares.

—Pues es la luz del faro de Ceuta... ¿Portugueses, verdad?

Era una luz precaria y melancólica. A nosotros Ceuta nos traía sin cuidado.

A poco bajamos a nuestros camarotes. Me habían impresionado las palabras de mi prima, nunca como en ese momento me había dejado traslucir tan abiertamente las zozobras de su corazón. Comprendí que se encontraba en uno de esos trances propicios para que cualquier amor haga presa en nuestra vida para siempre. Si apareciese un desconocido joven, noble y gallardo dispuesto a arrodillarse junto a ella a la luz de la luna y a desgranarle apasionadas retahílas, sólo Dios sabe lo que podría pasar.

A la mañana siguiente avistamos la punta de Gibraltar y tomamos tierra. A la entrada de la ciudad, en una plaza, un regimiento inglés uniformado de rojo hacía maniobras a los sones del himno del general Boum.

—Detesto a los ingleses —comentó la condesa.

—¿Qué detestas a los ingleses? —exclamó el conde con indignada sorpresa—. ¡A los ingleses! ¡Qué detestas a los ingleses!

Y luego, volviéndose a mí en un tono entre perplejo y compungido añadió:

—¡Qué le vamos a hacer, chico, detesta a los ingleses!

II

En Gibraltar, señor Director, nos hospedamos en el Club House-Hotel. Las habitaciones daban a la escollera; enfrente, inmersa en una luz maravillosa, teníamos una línea de montañas, y más allá, por la parte del Estrecho, entre brumas difusas, se columbraba la tierra africana.

Salimos a pasear en un coche de los que hay en Gibraltar que consisten en dos bancos corridos, respaldo contra respaldo, con dos ruedas enormes y tirados por uno de esos caballos ingleses veloces y robustos que además han adquirido ya la tenacidad de las razas españolas.

El paseo de Gibraltar, realmente hermoso, es una carretera que bordea la montaña dominando la ciudad desde media altura entre *cottages*, huertos y jardines, en los que ya abundan las exóticas y opulentas floraciones orientales, áloes, nopales, cactus, palmeras; y a través del follaje, allá al fondo, la perenne luminosidad inmóvil del Mediterráneo.

La condesa estaba encantada; la luz amplia y magnífica, el agua densa de sol, aquel silencio sagrado del espacio azul, la bruma evanescente y rojiza que envolvía las montañas, el empuje y opulencia de la vegetación, todo contribuía a que aquella pobre alma reprimida se esponjase y dilatase inesperadamente. Continuamente corría, sentía ganas de correr, le brillaba una luz inédita en los ojos y no paraba de hablar.

Nos sentamos un rato en el jardín de Gibraltar. Los ingleses habían exagerado la nota en cuanto al ornato bélico. Han sustituido las fuentes por estatuas de generales, las pirámides de municiones apenas logran ser encubiertas por los rosales y la estólida impassibilidad de los cañones se asienta bajo los magnolios. Y a pesar de todo, ¡qué serenidad! ¡qué impalpable y divino silencio! ¡Qué aire de eternidad! Se diría que los objetos, las plantas, la tierra, la luz, todo está detenido y suspenso, a

la expectativa, absorto ante aquello que contempla, como si se esforzara por no hacer ruido al respirar. Y allá abajo se descubre el Mediterráneo como de raso, liso, luminoso, leve, con los duros contornos del Atlas al fondo, suavemente dulcificados por una neblina azul. Todo está inmóvil; sólo a veces una paloma pasa volando con inefable serenidad. Hubo un momento en que debía estar desfilando un regimiento de *Highlanders* y nos llegó desde abajo un aire melancólico de gaitas escocesas, cuyos sonos subían hasta nosotros adelgazados, etéreos, como huéspedes sonoros del aire.

La condesa permanecía sentada en silencio, inmóvil, como penetrada por aquella admirable serenidad de las cosas que la rodeaban, por la belleza de la luz, del sueño del agua, de los vivos aromas.

—¿A ti no te darían ganas —me dijo de repente— de morirte aquí mismo, a solas, dulcemente...?

—¿A solas? —me extrañé.

Ella dejó vagar sus ojos por el horizonte luminoso y esbozó una sonrisa.

—Bueno... ¡a solas, no!

—¡Ay, ay, ay, querida prima! —la amonesté—, cuidado, mucho cuidado. Se empieza con esas vagas ensoñaciones, luego viene un sueño concreto, minúsculo e inocente, acampa en nuestro corazón, empieza a excavar y a excavar, querida mía, y luego ya nada, luego...

—Luego, ¡a comer! —interrumpió el conde que llegaba en ese momento a nuestro lado y venía muy contento de haber encontrado un cactus rojo y de haberle estrechado la mano a un coronel inglés.

Bajamos los tres hacia el hotel. Por la noche nos dimos un paseo por el Martillo. Era la hora de retreta; una charanga inglesa nos regalaba con una melopea melancólica. Un cañonazo atronó el mar.

—Acaba de llegar el barco de la India —nos dijo nuestro guía.

Y en aquel momento, otro cañonazo respondió con un eco rotundo y potente desde lo alto de la punta.

—¿Desembarcan los pasajeros el mismo día que llegan? —pregunté.

—Los militares casi siempre, señor. Tienen permiso del gobernador para ir a desembarcar allí abajo.

De vuelta, por la noche, cuando, después de habernos paseado por las explanadas a la luz de la luna, entramos en el Club-House, oímos ruido en uno de sus salones, voces animadas, risas, estallar de tapones, el alboroto típico de una cena de hombres solos. Eran unos oficiales ingleses que acababan de llegar de Southampton y estaban cenando.

Nos habíamos sentado a tomar una cerveza y, con ocasión de acercarle la mostaza a uno de los ingleses que estaba sentado cerca, se produjo un pequeño incidente que propició nuestro

conocimiento: el tarro de mostaza se me cayó encima y me puso perdido, yo lo eché a broma y su amable sonrisa de respuesta dio pie a una conversación tan amistosa que acabamos la noche paseando del brazo por la explanada que había bajo las ventanas delanteras del hotel, de cara al mar. La luz profusa y callada de la luna daba un maravilloso aire de irrealidad a aquel fondo de montañas, al agua quieta. Ya desde el principio me cayó simpático aquel oficial no sé si por su perfil fino y altanero, por sus ideas originales o por una especie de gravedad triste que emanaba de todo su talante. Tenía el grado de capitán de artillería y había luchado en la India, era muy joven, rubio, blanco de piel, pero los soles del Indostán habían curtido la claridad y fresca de aquella tez haciendo también más profunda la luz de sus ojos y dando un tono dorado y ardiente a sus cabellos.

En un determinado momento, cuando estábamos paseando y conversando por la explanada, una de las ventanas del hotel se abrió de improviso y una mujer en peinador blanco se acodó delicadamente en el antepecho y se quedó mirando hacia el mar y el horizonte traspasados por aquella luz lunar. Era la condesa. Nimbada por la luna, su rostro parecía más pálido y su figura se estilizaba adquiriendo toda ella el aire irreal de un antiguo personaje de leyenda. El peinador le caía en amplios pliegues ondulados que se quebraban en torno a su cuerpo. El oficial se detuvo y se quedó mirándola intensamente, con ojos absortos.

—¡Qué belleza! —murmuró—. ¿Quién podrá ser?

—Es medio prima mía —le dije sonriendo—. Está casada. Es la condesa de W. Mañana salimos para Malta en el mismo barco que usted. Ya se la presentaré a bordo para que la entretenga contándole historias de la India. Se muere por lo novelesco la pobre condesa. Por todo lo que no encuentra ni en las novelas ni en Portugal. Usted, capitán, ¿ha cazado tigres?

—Alguno ha caído. Oiga, ¿su prima, qué tal habla el inglés?

—Mal, como buena portuguesa, pero sabe escuchar con los ojos y acierta siempre.

Con aquellas palabras nos separamos.

—Ya te tengo preparado un romance, prima, y bien bonito —le dije al volver al salón donde el conde estaba escribiendo unas cartas sin dejar de fumar su sempiterna pipa—; un romance con tigres, rajás, bayaderas, palmares, guerras coloniales y elefantes.

—¿Cómo se llama?

—Se llama capitán Rytmel, tiene veintiocho años, es oficial de artillería, se dirige a Malta, bigote rubio, una pizca de India en los ojos, un mucho de Inglaterra en la excentricidad, un perfecto *gentleman*, vaya.

—Sí, ya, ¡un bebedor de cerveza! —comentó ella mientras se entretenía en deshojar una flor de cactus.

—¿Un bebedor de cerveza? —intervino el conde con acento de cómica indignación al tiempo que alzaba los ojos de su tarea—. Mira, querida, no hagas, por lo menos delante de mí, semejantes comentarios, si no quieres que me salgan canas. Los ingleses cuentan con toda mi estimación y la cerveza con todos mis respetos. ¡Vamos, llamar bebedor de cerveza a un joven de semejantes

prendas! —murmuraba mientras seguía haciendo rasgurar su pluma.

Al día siguiente zarpábamos para la India. Subimos a nuestro barco, el Ceilán, a las siete de la mañana. El morro de Gibraltar, recién despierto, no se había quitado aún su gorro de dormir tejido con neblina. Ya había algunos pasajeros y oficiales sobre cubierta. El suelo estaba húmedo, había por doquier un guirigay de equipajes, de jaulas con aves, de cestos de fruta y por la escala de servicio pululaban los vendedores gibraltareños. La condesa se recogió a su camarote con ánimo de dormir un rato.

A las nueve ya estaban a bordo todos los pasajeros de Gibraltar y de Southampton, el barco había empezado a humear y se levantaban las escalas; la niebla se había disipado, el sol pintaba de rosa las casas blancas de Algeciras y San Roque y se oía en tierra un redoblar de tambores. La condesa, sentada en una hamaca, contemplaba los pueblecitos españoles diseminados por la bahía. Un poco más allá, el capitán Rytmel había trabado conversación con el conde, prendado ya de su figura cautivadora, de sus historias y del corte original de su sombrero, que llevaba puesto con graciosa y audaz distinción. Rytmel tenía en la mano un lápiz y un álbum de dibujo. Me acerqué y le cogí del brazo.

—Capitán —le dije—, le voy a presentar a mi prima. Pero guarde sus dibujos; ella hace caricaturas y es implacable.

La condesa alargó al inglés su manita fina y tersa rematada por unas uñas bruñidas como de marfil de Dieppe.

—Mi primo me ha dicho, capitán, que sabe usted muchas historias. Me las tiene que contar todas, le advierto que no le pienso perdonar ni un tigre ni un paisaje. ¡Lo quiero todo! Adoro la India, la de los indios, claro, no la de los señoritos ingleses. ¿Ha estado alguna vez en Malta? ¿Qué tal es?

—Malta, condesa, es mitad Italia, mitad Oriente. Es por lo que más llama la atención. Y porque tiene un encanto extraño, singular. Lo demás, nada, es una simple roca.

—¿Se va a quedar mucho allí?

—Una semana.

La condesa daba vueltas a uno de sus guantes; de pronto alzó los ojos, los posó en los del oficial, tosió ligeramente y tuvo un ademán repentino:

—A ver, déjeme ver su álbum.

—Pero si está en blanco, condesa, casi completamente en blanco; sólo tiene unos dibujos lineales, nada, unos apuntes topográficos.

—No lo puedo creer. Tendrá seguramente apuntes de la India, algún tigre, eso por lo menos, y quién sabe si una bayadera.

Y con un gracioso gesto de triunfo, le arrancó el álbum de las manos.

El capitán se ruborizó. También a ella, que se había puesto a hojear el álbum, se le subieron los colores de repente, al tiempo que ahogaba una exclamación de sorpresa y, sosteniendo en las manos el álbum, se quedaba con los labios entreabiertos y una luz risueña humedecía sus ojos. Me acerqué a mirar: en aquella página del álbum había dibujada una mujer en peinador blanco que miraba a lo lejos, desde una ventana, los montes y el mar. Era un fiel retrato de la condesa tal como la había visto él la noche anterior a la luz de la luna, asomada a la ventana del Club House. El conde se acercó también.

—Pero bueno, ¡si eres tú, Luisa! ¡Qué talento, capitán! Es usted sencillamente adorable. ¡Qué realismo el de ese dibujo!

—Pero que no —negaba él—. Si es que anoche estaba yo en mi cuarto del hotel, tenía el álbum abierto delante y sin saber cómo, instintivamente, me salió ese dibujo. Fue cosa del lápiz; habrá que castigarlo.

—Nada de eso —dijo el conde—. Es un lápiz mágico. En cuanto llegemos a Malta está usted invitado a comer. Nada, no quiero en Malta otro cicerone, querido amigo, ya no le suelto. ¡Pero qué talento y qué realismo más increíble!

Y dirigiéndose en portugués a la condesa:

—¿Con que un bebedor de cerveza, eh?

En aquel momento sonaba el gong para el almuerzo.

III

Puede que le extrañe, señor director, la rigurosa minuciosidad con que le transcribo todos estos sucesos, sin omitir diálogo, gesto ni paisaje y con toda la palpitación vital del momento en que se produjeron. Pero no le extrañe. Ni estoy fantaseando ni tengo tampoco una memoria excepcional. Lo que pasa sencillamente es que siempre, por las noches, al quedarme solo, suelo apuntar las ideas, imágenes y palabras más salientes del día, tanto las que han ido surgiendo dentro de mi cerebro como aquellas que la realidad del vivir me ha ido deparando. Y de esas notas estoy echando mano ahora.

En el comedor se habían reunido ya los pasajeros para el almuerzo. Teníamos asiento junto al capitán. El comandante del barco era un hombre flaco y larguirucho con una piel muy roja de la que brotaban las patillas blancas con esa hostil aspereza con que las matas nacen de la tierra. A su lado estaban dos tipos muy curiosos de a bordo: uno, el *purser* o comisario, cuya misión era velar por la buena instalación de los pasajeros y por la regularidad de los servicios y otro mister Colney, funcionario del Correo de Londres. El *purser* era tan gordo que parecía un manojo de hombres robustos en un uniforme de la Marina Mercante. Mister Colney era alto y enjuto, con una nariz aguileña que sostenía en su extremo con aire pedagógico el aro dorado de sus lentes de burócrata.

El *purser* estaba empeñado en demostrar lo bien que hablaba el brasileño; era su punto débil. Había viajado mucho por el Brasil y admiraba el Marañón, el Pará y los grandes recursos del Imperio. A cada momento estaba encontrando pretextos para discutir conmigo tal o cual sutileza de

la pronunciación brasileña. En cuanto a míster Colney, que era tartamudo, tenía otra manía: le daba por entonar canciones cómicas. El resto de los pasajeros estaba compuesto por oficiales destinados a la India, algunas *misses* alegres y rubias, un *clergyman* con sus doce hijos y dos viejas filántropas que pertenecían a una sociedad educativa para niños de la Patagonia.

Acababa de entrar en el comedor el capitán Rytmel detrás de la condesa, cuando un comensal, que se debatía ansiosamente contra la anatomía del ave que tenía en su plato, se quedó mirándolo, se levantó al punto y exclamó dirigiéndose a él con algarabía:

—¡Vive Dios! ¡Pero si es el capitán Rytmel! ¡A mis brazos! ¿Qué tal, hombre? Ha engordado, le encuentro más gordo.

Le estrechaba entre sus robustos brazos, le miraba cariñosamente con sus grandes ojos negros. El capitán Rytmel, tras una primera reacción de sorpresa que le hizo palidecer, se apresuró a estrechar la mano de la bellísima dama que acompañaba a aquel tipo tan glotón y expansivo, el cual resultó ser un comerciante español en sedas llamado don Nicasio Puebla. Estaba casado en segundas nupcias con aquella señora que se llamaba Carmen y era oriunda de Cuba: era alta, tenía un cuerpo espléndido y una tez como de mármol, los ojos negros parecían de raso mojado y los cabellos eran ensortijados y abundantes, de esos que Baudelaire llamaba «tenebrosos». Iba vestida de seda negra y llevaba mantilla.

—¿Estaban ustedes en Gibraltar?

—No, querido, llegamos anoche de Cádiz —dijo don Nicasio—. Y ahora nos dirigimos a Malta. ¿Qué, piensa volver usted por la India? Si supiera, capitán, cuánto echo de menos Calcuta. ¿Se acuerda usted?

—El capitán Rytmel —dijo Carmen con una sonrisa fría— se da buena maña para olvidar aprisa.

Nosotros, desde nuestra mesa, no podíamos dejar de mirar a Carmen Puebla. El conde dijo que la encontraba sublime y a mí también me tenía fascinado.

—Pero ¿has visto qué hermosura de mujer? —le dije a la condesa en voz baja.

—Ya la he visto —contestó ella secamente—. Parece una estatua maleducada.

La miré sonriendo:

—Por favor, prima, es una mujer adorable, no digas. Da pena no tener una miniatura suya para hacerse un dije y llevarlo siempre colgado del reloj; yo, desde luego, a esa mujer la raptó en alta mar y me la llevo en una lancha. ¡Cómo se mueve, es puro ritmo! En serio, prima, reconoce que es perfecta. Chico —añadí dirigiéndome al conde—, pásame la soda, necesito un calmante.

A todo esto, el capitán Rytmel había tomado asiento junto a Carmen y se habían puesto a hablar de la India, de amigos comunes dejados en Calcuta, de recuerdos de sus viajes. La condesa daba muestras de nerviosismo. No comía nada.

—Me voy para arriba —dijo de pronto—. Que me lleven allí el té.

Al verla desaparecer por la escalera, Rytmel vino hacia nosotros y le preguntó al conde si su señora se encontraba indispuesta.

—Ligeramente. Le vendrá bien tomar un poco el aire. ¿Por qué no sube a hacerle un ratito de compañía y a hablarle de la India? A mí ahora me es imposible dejar este *cari*^[7].

Yo me apliqué a mi plato; no tenía el menor interés en perder de vista a la deslumbrante Carmen. Ella, cuando vio que el capitán cogía su sombrero indio adornado de velos blancos y salía en seguimiento de la condesa, se puso pálida. No tardó mucho rato en levantarse también ella. Se envolvió en una capa de seda blanca, una especie de albornoz moruno, y subió a cubierta apoyándose en un alto bastón con puño de marfil.

Habíamos acabado de comer. La conversación versaba ahora sobre la India, sobre el teatro de Malta, sobre lord Derby...; me aburría, me fui arriba a saludar al comandante y a fumar un puro sintiendo la brisa fresca del mar.

La condesa estaba sentada en un banco a popa, y a su lado el capitán Rytmel, en una silla plegable de mimbre. Carmen paseaba agitadamente a lo largo de la cubierta; de vez en cuando, agarrándose a los cordajes, se subía al escalón interior de la borda, se quedaba mirando al mar, y entonces su mantilla y su capa, hinchidas por el viento, le daban el aspecto de una divinidad ondulante de esas que los escultores antiguos colocaban en la proa de los galeones.

IV

Don Nicasio Puebla, a quien el *purser* ya me había presentado, se vino a fumar un cigarro conmigo.

—¿Conoce la India? —le pregunté.

—Sí, he estado dos años en Calcuta; allí es donde conocí al capitán Rytmel. Tuvimos mucho trato; raro era el día que no comíamos juntos. Fui con él a una cacería de tigres. No deje de ver Calcuta, es una maravilla. ¡Qué palacios! ¡Qué edificios!

—El capitán parece un hombre muy valiente.

—Y alegre, no sabe usted lo que nos reíamos con él. Y de valiente, para qué le voy a contar. No le digo más que a mí me salvó la vida.

—¿En una cacería?

—Sí, se lo voy a contar.

Nos habíamos acercado a popa mientras hablábamos. En ese momento vi cómo la española se dirigía resueltamente hacia el sitio donde la condesa estaba sentada con Rytmel y le decía con actitud provocativa y voz altanera:

—Capitán, haga el favor de venir un momento.

La condesa se puso muy pálida. El capitán, reprimiendo un gesto de cólera, se levantó y siguió a Carmen.

Yo me acerqué a la condesa.

—Pero bueno, ¿qué clase de mujer es ésa?, ¿qué pretende? —me dijo entrecortadamente.

Traté de sosegarla y volví a reunirme con Don Nicasio.

—¿Ha visto la salida de tono de su mujer?

—Ya he visto.

—Es una inconveniencia, y supongo que usted responderá de los caprichos y usos de su señora.

—¿Yo? —exclamó él—. Yo no respondo de nada, estaría bueno. Es un monstruo, ¿qué quiere que le diga más? Que me libre de ella, si es capaz de hacerlo. De verdad, ¿le gusta a usted? Pues se la regalo para siempre. Estas escenas son el pan nuestro de cada día. ¡Y cualquiera le dice nada! Es una fiera, lleva navaja.

Fui a explicárselo a la condesa.

—Esa mujer —le dije— carece de principios y de dignidad, al parecer. No la hagas caso ninguno, ni la mires, ni le tomes en cuenta lo que diga. Si se propasa ya protestaré yo al comandante, como si se tratara de un grumete insolente. Y es una lástima, porque ¡es endiabladamente guapa!

La española, en el entretanto, hablaba junto a la borda agitadamente con el capitán Rytmel, que la escuchaba en un silencio frío e impasible, sin levantar los ojos del suelo.

Subió el conde; llegaron también otras señoras y se empezaron a formar corrillos y tertulias, a organizarse el juego del «buey», otras personas se pusieron a leer o a hacer labor. Me volví a acercar a don Nicasio:

—Así que tiene usted conflictos con su señora —le dije como sin darle importancia.

—Sí, además es que le ha dado por el capitán. Desde la cacería de tigres ésa que le dije antes. ¿Quiere que se lo cuente?

—Sí, sí, cuente.

Me senté en la toldilla, encendí un puro y, mecido por el vaivén del barco, con los ojos entornados y las piernas cruzadas, me dispuse a escuchar.

—Estábamos un día en Calcuta —empezó el español—, era un día de mucho calor...

Pero no, señor director. Mejor es que esta historia la conozca de boca del propio capitán. Le incluyo traducida una de las más brillantes páginas de su cuaderno de impresiones de viaje.

* * *

«... Ya sabes —le escribía a un amigo— que el sueño de todo comerciante que llega a la India es ir a cazar tigres. Y don Nicasio Puebla quiso ir a cazar tigres. Carmen, su mujer, decidió que le acompañaría. ¡Ella sí que tenía el valor, el arrojo y el gusto por el peligro de un viejo explorador Hundodo! Como yo me había hecho amigo suyo, les organicé una cacería con algunos oficiales que conocía y que estaban entonces en Calcuta. Dijeron los ojeadores que a dos leguas de la ciudad se

había visto un tigre. Había llegado a saltar, hacía dos noches, una empalizada de bambú en la finca de un médico inglés, antiguo colono, y había devorado a la hija de un malayo. Decían que era un tigre enorme, a rayas, muy hermoso.

Salimos a caballo de madrugada. Un elefante con su palanquín servía de transporte a Carmen. El agua la llevaba a lomos un buey en cántaros forrados de mimbre. La expedición estaba formada por unos cuantos oficiales de artillería, varios cipayos, tres malayos y un viejo y experimentado cazador, un antiguo brahamán degenerado y disoluto que vivía en Calcuta de limosnas que le daban los *nababs* y los oficiales ingleses. Era muy intrépido y estaba medio loco; cantaba extrañas melodías del Indostán, adoraba el Ganges y siempre se subía a dormir a una palmera. Llevábamos espingardas de las mejores, puñales curvos, espadas de dos filos cortas, al estilo romano, y ese terrible tridente de hierro que es la mejor arma para luchar contra el tigre. Llevábamos también una jauría de perros robustos y bien adiestrados, de toda la confianza de los malayos.

A las once de la mañana nos internamos en la selva. Al tigre contábamos con encontrarlo en un determinado claro, y avanzábamos en silencio, agobiados por el peso implacable del sol, abriéndonos camino entre palmeras, tamarindos y tupida espesura, en medio de un aire sofocante, cargado de aromas acres. Toda la naturaleza denotaba la modorra y el torpor de la calina: los pájaros volaban pesada y silenciosamente, sus plumas variopintas, negras, rojas, doradas, resplandecían entre el follaje verdinegro. El cielo tenía un color de cobre ardiente; los caballos iban al paso con el pescuezo colgante, los perros jadeaban, el buey portador del agua mugía lamentosamente; sólo el elefante avanzaba con impasible majestad, al son de las lentas y monótonas cantinelas de Bombay que entonaban los malayos para paliar la fatiga.

Todavía no había señales que detectaran al tigre; ni habían relinchado los caballos, ni el tigre había lanzado su quejumbroso y dulce rugido. Y, sin embargo, ya estábamos cerca del claro de bosque.

Me acerqué al palanquín de Carmen, di unos golpecitos y ella entreabrió las cortinas. Estaba pálida de cansancio, anhelante de peligro, los ojos le relucían extraordinariamente. Parecía ansiar la pelea, los tiros, el encuentro con la fiera. Me pidió un cigarrillo y un poco de coñac con agua. Desde que nos conocíamos yo había detenido muchas veces con insistencia mis ojos en los suyos y siempre había tenido la respuesta de su mirada negra, envolvente y acariciadora. Alguna vez le había mandado flores y una noche que estábamos mirando desde una terraza de Calcuta el cielo pulverizado de constelaciones luminosas ella había abandonado su mano en la mía. Su belleza me trastornaba como una bebida fuerte. Y en aquel momento, en plena selva, bajo el cielo ardiente, me di cuenta de que era imposible escapar al hechizo ni al influjo de aquella belleza tentadora.

—¡Ay, Carmen! —suspiré—. Sólo Dios sabe quién de nosotros volverá a Calcuta y quién no.

—No haga esas bromas, capitán.

—No son bromas. En una cacería de tigres hay razones de sobra para hablar así: el tigre es muy listo y tiene un instinto especial para adivinar dónde está el enemigo más valiente, aquel cuya pérdida sería más llorada.

—Ninguna pérdida sería más llorada hoy aquí que la suya, capitán.

—¿Sólo hoy?

—Hoy y siempre. Y ya sabe usted por qué.

De repente mi caballo se paró en seco.

—¡El tigre! ¡El tigre! —rompieron a gritar los malayos.

Los caballos que iban en cabeza recularon; los cipayos entraron en las filas de la caravana. Ladraban los perros, los malayos proferían gritos guturales y el elefante extendía silenciosamente su trompa. De repente se hizo como una pausa solemne y triste y un viento muy cálido atravesó el follaje.

Nos hallábamos ante un claro del bosque inundado de sol centelleante. Al otro lado había un bosque de tamarindos: seguramente allí tenía su guarida la fiera. Me volví hacia don Nicasio y pude ver que se mostraba pálido e inquieto.

—¡Vamos, don Nicasio! Dispare usted el primer tiro, la señal de alarma.

Don Nicasio espoleó bruscamente a su caballo hacia mí y murmuró con voz sofocada:

—¡Tengo que subir al elefante! Carmen no puede estar sola; puede correr peligro...

Se lo dije a los malayos y desplegaron la estrecha escalerilla de bambú por la que se trepaba al lomo del elefante. El conductor dormitaba agazapado en el ancho cuello del animal. D. Nicasio se encaramó con avidez, se precipitó al interior del palanquín y, una vez allí, por la rendija de las cortinas espiaba con ojos brillantes y medrosos. Pero entonces fue Carmen la que se negó a seguir dentro del palanquín: se puso a llamarnos, a gritar que quería salir, montar a caballo, oler la fiera.

—¡Sáquenme de aquí, por favor, sáquenme! No he hecho un viaje tan largo para quedarme metida en una jaula.

No había monturas de mujer ni caballos lo suficientemente mansos; no se la podía dejar bajar. Pero de pronto me asaltó una idea arriesgada, estafalaria y tentadora: ponerla a mi grupa. Se lo propuse.

Ella reaccionó con inmenso júbilo, casi se dejó resbalar, agarrándose a las cuerdas del palanquín por el vientre del elefante; una vez en tierra echó a correr, puso el pie en mi estribo, me cogió por la cintura y de un gracioso salto se acomodó en la grupa. Los oficiales gritaban que era una imprudencia, pero ella insistía que no y apretaba contra mí la curva de su pecho, riendo, jurando que ni las mismas garras del tigre serían capaces de arrancarla de allí.

Los malayos preparaban los tridentes, disponían la jauría. Yo, como llevaba a Carmen a la grupa, me había quedado rezagado detrás del grupo, defendido, con los pies bien apretados al estribo, vigilante, sin apartar los ojos de la espesura de los tamarindos. Pero ni se oía rugido alguno ni se movía el follaje. Carmen se ceñía a mí exaltadamente:

—¡Venga, venga! —me susurró— ¡al tigre, al tigre! Dé la señal.

Levanté el revólver y disparé. El eco fue amplio y poderoso. Y en seguida se oyó un rugido sordo, ronco y lúgubre, la respuesta del tigre. Estaba cerca, por los primeros tamarindos. La jauría rompió a ladrar.

—¡Que nadie se aleje! —dijo el viejo Brahamán que había trepado a una palmera y avizoraba desde allí, dando órdenes.

Todos tenían la espada o el tridente en ristre a la espera del salto del tigre. Le di un cuchillo a Carmen; yo tenía en la mano de las riendas un revólver grueso, y en la otra, un puñal curvo.

De repente se estremeció la maleza, las altas hierbas se doblegaron y vino una vaharada caliente, un olor a sangre, al tiempo que el tigre venía a caer con un rugido, delante de los cazadores, en mitad del claro, tenso e inmóvil.

Era muy largo, de patas cortas y robustas, la cabeza huesuda, los ojos rojizos y feroces en movimiento continuo y convulso, y la lengua, roja como de sangre coagulada, le colgaba fuera de la boca. Durante unos instantes se deslizó golpeándose los ijares con la cola. Después, emitiendo un gemido profundo, inició el salto. Pero los perros, arrojándose sobre él, lo cogieron en el aire por las orejas, por la gruesa piel del pescuezo, por las patas, cubriéndolo de mordiscos, de rasguños, ladrando, tapándolo por completo. Algunos quedaron destrozados en el acto.

En el mismo instante en que la fiera, después de haber logrado desprenderse de todos los perros, se quedaba sola y majestuosa con la cabeza en alto, el Brahamán hizo una señal. Sonaron dos disparos. El tigre rugió, revolcándose frenético por el suelo. Estaba herido. Inmediatamente se levantó y se arrojó sobre los hombres. Todos tenían el tridente y los puñales en ristre y la fiera se rasgó el vientre contra aquellas hojas afiladas. Pero le había dado tiempo, sin embargo, a apresar entre sus garras a un malayo y le estaba despedazando el pecho. Todos a una se lanzaban a hundir sus armas en el cuerpo del animal, mientras que él, a punto de sucumbir a efectos de aquel peso y de las heridas y atravesado por una bala, se debatía aún ferozmente desgarrando en su agonía los miembros de aquel pobre malayo.

—¡Basta de balas! ¡Basta de balas! —gritaba el Brahamán. Yo estaba fascinado. Carmen, abrazada convulsivamente a mí, con los ojos en llamas y el cuerpo vibrante, emitía sordos gritos de excitación. El tigre había caído a tierra y empezaba a desangrarse. Yo le devoraba con los ojos, siguiendo hasta la más mínima contracción de sus músculos. De pronto lo vi cómo se arqueaba y se arrojaba sobre mí y sobre Carmen de un salto vertiginoso. Con súbita decisión disparé mi revólver en la oreja del caballo que montábamos. El animal cayó de rodillas y nosotros rodamos por el suelo. El tigre, que había saltado muy alto sobre nuestras cabezas, fue a caer lejos y se revolcó en tierra. Me levanté y, arrojándome sobre él, le clavé el puñal entre las patas delanteras con un movimiento rápido y eficaz que le alcanzó el corazón. El tigre quedó muerto. Me incliné y, con el puñal malayo que llevaba, corté una de sus patas y se la llevé a Carmen.

—¡Hurra! —gritaban todos, y el eco de este grito se propagaba por la selva.

Carmen se había acercado al tigre muerto, le acariciaba la piel aterciopelada y las puntas de sus dedos se manchaban con la sangre que le fluía.

—¡Hurra, hurra! —seguían exclamando los cazadores.

Entonces Carmen, echándose en mis brazos, me estrechó la cabeza y me la besó con entusiasmo diciendo en voz alta:

—¡Me ha salvado la vida! ¡Le debo la vida!

Y más bajo me susurró al oído:

—Te quiero.

Caía la tarde. Nos flaqueaban los brazos y no podíamos más de sed. Iniciamos el regreso a Calcuta. Descansamos por el camino en una plantación de añil. Y al caer la noche, entre hachones encendidos y canciones, emprendimos alegremente la vuelta a la ciudad por una ruta conocida y segura. La luz de las hachas confería a la maleza un aspecto fantástico; los pájaros revoloteaban al ser despertados y se oía huir a los chacales. Era como el regreso de una cacería bárbara, sacada de alguna vieja leyenda de la India. Carmen iba en el palanquín del elefante con las cortinas descorridas. Yo caminaba a su lado montando el caballo del malayo muerto.

—Te juro —me dijo inclinándose hacia mí con voz sofocada— que te quiero como sólo se sabe querer en mi país. Te juro que siempre, en cualquier circunstancia, estaré dispuesta a dar mi vida por la tuya, compartiré cualquier peligro contigo, podrás hacer de mí lo que quieras, y sólo te pido una cosa a cambio.

—¿Qué es?

—Que de vez en cuando, cuando no tengas nada mejor que hacer, te acuerdes un poco de mí.

El instante, el lugar, los acres aromas, las sombras fantásticas de la selva, la maravillosa y fatal belleza de Carmen, los disparos, el sonido de las trompetas, los relinchos, los aullidos de los chacales, todo me tenía sobreexcitado y trastornado, y deponiendo todo rastro de sentido común, le dije:

—Yo también te juro que te quiero y que siempre te seré fiel. El día que veas que te he olvidado, mátame, te lo pido.

Ella me cogió la mano que le tendí y con una caricia sumisa, como el ademán de una fiera que se arrastra, se dobló hacia fuera del palanquín y alcanzó a besarme los dedos.

La noche se llenaba de inmensas estrellas centelleantes.

V

Al tercer día de viaje del Ceilán, uno antes de avistar Malta, un oficial inglés comentó a la hora del almuerzo que el príncipe de Gales cumplía aquel día veintiocho años. Muchos oficiales de los que iban a bordo le conocían y les era simpático por su carácter y maneras de estilo byroniano. Pidieron permiso al comandante, y él se lo concedió, para celebrar la fecha con un baile de noche sobre cubierta, a la luz de un *punch* colosal^[8].

Ya la cena transcurrió en medio de gran algazara; el champán brillaba en las copas talladas

como ópalo líquido, también espumeó la densa *pale ale*^[9] y el jerez hirvió en el *soda-water*. Carmen, a causa de su belleza y de su peculiar y locuaz excitación, dio una nota de alegría a aquel interminable banquete en honor del cumpleaños del príncipe. Hubo brindis por la reina y los príncipes de la Gran Bretaña, por el lord almirante, por la compañía P. and O., y un millonario inglés lanzó un *speech* en honor de los extranjeros conde y condesa de W.

—¡Yo también voy a hacer un brindis! —exclamó Carmen de repente.

Tintinearón las copas y se oyeron taponazos.

—¡Por la caza del tigre! ¡Por los palanquines de cortinilla blanca! ¡Por los cazadores que salvan la vida a la dama que llevan a su grupa!

La mayor parte de los presentes no entendieron nada, pero como se trataba de un brindis excéntrico, arrancó risas y aplausos.

—¡Oh, *Shocking!*^[10] —comentó a mi lado una vieja irlandesa a quien la enorme barriga del *purser* parecía tenerla fascinada.

—*Not at all, madam*^[11] —le respondí yo—. Es cosa de la sangre meridional. Lo mismo que su vivacidad y sus ojos brillantes: si ahora le diera por empezar a romper botellas contra el techo, sería por lo mismo, porque le hierva la sangre meridional.

La irlandesa me escuchaba atentamente, como enterándose de una lección.

—... y si se agarrase de repente a la rueda del timón y nos estrellase contra una roca, pues lo mismo, por la sangre meridional, y si se decidiese a venir a arrancarle a usted, *milady*, con sus manos impías los anteojos...

—¡Ouh! —exclamó ella.

—... pues igual, sería la sangre meridional que le bulle.

—¡Oh, *very shocking the sangre meridional!*

Los oficiales ingleses, en cambio, estaban entusiasmados con Carmen. Las señoras ya se habían levantado de la mesa y en torno del conde se había reunido un grupo de bebedores concienzudos y responsables. Se empezó a servir coñac y otros licores. Carmen se había quedado en medio de los hombres bebiendo licor con ellos, bromeando y fumando cigarrillos.

La condesa subió a cubierta del brazo del capitán Rytmel, mientras don Nicasio se demoraba impasible saboreando su queso aderezado con mostaza, ensalada, vinagre, sal, rábanos y un polvo de pimienta de Ceilán.

No sé cómo la conversación derivó sobre mujeres y sobre el carácter femenino.

—Yo —dijo Carmen— paso por la pacata gravedad de las *misses*, y por su típica educación de señoras inglesas; están destinadas desde la cuna a ser frías, correctas y rubias, perennes lectoras de la Revista de Edimburgo. Es su carácter, ya se sabe, un poco más vivaz y se pondrían en evidencia, un poco menos y se volverían de *biscuit*, pero lo que no puedo, en cambio, soportar es la ingenuidad

de tipo germánico, esas maneras candorosas de las criaturas que, debido al clima y al sol de su país, sólo conservan de la vivacidad lo que ésta tiene de más pretencioso. Una meridional, sea italiana, española o portuguesa, cuando cae en el «missismo» y se empieza a dar aires vaporosos y devotos, es pura hipocresía, siempre está ocultando a un amante detrás de todo eso, cuando no a dos.

Se adivinaba en aquellas palabras una clara y cruel alusión a las maneras recatadas de la condesa que, tan rubia, discreta y delicada, contrastaba poderosamente con la imagen de aquella española bronceada y alborotadora.

—Perdone, señora —le dije en español—; hoy en día un comportamiento cabal no está asentado en el *salero*^[12], sino en la seriedad. El *salero* se queda para el teatro, para la zarzuela, para los bailarines, para las ilustraciones de un libro de viajes por España, pero en cualquier salón resulta totalmente inconveniente.

Ella palideció levemente y se me quedó mirando de hito en hito.

—*Caballero* —me preguntó— ¿es usted un pedante de retórica?^[13]

Me eché a reír, le tendí la mano y todo se canceló con un nuevo brindis. Pero Míster Colney, que había escuchado la frase de la española, porque estaba pendiente de nuestra conversación, le había encontrado, al parecer, un sentido extraño y pintoresco a aquella expresión —«pedante de retórica»— porque comentó, con una risa bobalicona, dirigiéndose a los otros ingleses:

—*Oh, yes! Pedant of rhetoric, it is very phantastic!*^[14]

A todo esto había ido cayendo la noche. Yo, como sentía la cabeza un poco pesada, me retiré al camarote a dormir un ratito, y cuando volví a subir a cubierta, a eso de las nueve, me quedé sorprendido del espectáculo que encontré. No había luna ni estrellas ni hacía viento. En un extremo habían prendido fuego al gran *punch* y su llama vasta y azulada se elevaba palpitando fantásticamente en la oscuridad y llenando el barco de sombras y reflejos cambiantes. De los rincones oscuros surgían susurros de flirteos. Y ya alguna que otra pareja, a los sonos de una flauta y un violín, valseaba bajo la claraboya de cubierta. La arboladura del buque rayada de azul por los reflejos del *punch* hacía pensar en galeones legendarios, en el barco de Satanás. Los vestidos blancos de las señoras, cuando pasaban girando por la zona de la luz adquirían una claridad fosforescente, como un tono espectral y también los cabellos rubios refulgían con un encanto apagado; había en todo aquello algo que evocaba una danza macabra.

A Carmen parecía habersele propagado la agitación de las llamas del *punch*; tan pronto se cogía del brazo de uno como bailaba con otro, todo sin dejar de bromear, de replicar a unos y otros, de dar golpecitos con el abanico. Don Nicasio se había dormido junto a la borda; de vez en cuando alguien le acercaba un poco de *punch* a los labios y él se espabilaba ligeramente:

—*Thank you, señores* —murmuraba, y se volvía a dormir.

—¿Dónde está el capitán Rytmel? —preguntó Carmen de repente—. Que me lo traigan. Quiero bailar con él.

Rytmel estaba conversando apaciblemente con la condesa en un lugar apartado de la luz.

—¡Rytmel, Rytmel! —le requirieron varias voces.

Y se le vio acercarse contrariado, aunque tratando de sonreír.

—¡Un vals! —le pidió la española.

La flauta lo inició, y ella, enlazándose al capitán, se dejó llevar entre sus brazos en amplios giros; el vestido se le ahuecaba con el aire y se le despeinaban los cabellos, a la luz del *punch* que se estremecía; aquellas vueltas vertiginosas, al compás rápido de la música, parecían vuelos, como en el vals del diablo cantado por Byron. Ella se doblegaba en brazos de Rytmel con la cabeza como desmayada, los ojos entornados, los labios húmedos y entreabiertos.

—¡Bravo, bravo! —gritaban los ingleses en torno.

La luz del *punch* oscilaba, se alargaba, parecía valsar también, y envueltos en aquel reflejo azul que los transfiguraba, Carmen y Rytmel cruzaban como sombras impulsadas por un viento ligero; parecía que iban a echarse a volar y a desaparecer entre los cordajes, a disiparse en las sombras de la noche; el son frenético de la flauta los perseguía.

—¡Hip! ¡Hip! —gritaban los ingleses, sombrero en mano.

Empecé a notar en la condesa una difusa sobreexcitación; los miraba desde lejos con el seno palpitante y los ojos como ascuas. En cuanto acabaron de bailar, se acercó al capitán y le dijo con un tono serio, de reproche, al tiempo que se cogía de su brazo:

—Ya no baile más.

Me quedé de piedra. ¿Qué podría haber entre ellos? ¿Qué ocultaban? No podía ser, ella era tan orgullosa, tan decente y recatada. Me acerqué.

—Prima, se ha hecho muy tarde. ¿No te retiras ya?

Me miró serenamente, con una sonrisa.

—No. ¿Por qué me iba a retirar?

Y se alejó con Rytmel hacia un lugar de la toldilla desierto y casi totalmente a oscuras donde de día se fumaba. Yo, arrastrado por un impulso maquinal, les seguí los pasos hasta quedar muy cerca de ellos por el lado opuesto, sin que se dieran cuenta. Y casi sin querer, oí cómo Rytmel le decía:

—Por favor, no siga desconfiando. Ya le he dicho que esa mujer no es nada para mí, que nada le quita a nuestra amistad ni en nada la altera. Fue un capricho, una aventura momentánea, de la que no conservo ni el rastro.

Siguieron cuchicheando cada vez más bajo, en tono de salmodia. Fui a acodarme unos instantes a la borda. Se había levantado aire y el barco se balanceaba. Luego volví a la fiesta. Al pasar cerca de Carmen, incidentalmente oí que estaba preguntando.

—Pero ese capitán Rytmel, ¿dónde se mete? Ya se ha escapado otra vez con la condesa, ¿se dan

cuenta? Nada, nada, vamos a buscarlos.

Me di cuenta de lo que tramaba y, tomándole la delantera, me escurrí aprisa hacia el *toldo-fumoir* entré, me senté en un banco y me puse a hablar en alto de lo primero que se me ocurrió. No había encendida más que una linterna. A la condesa no le hizo ninguna gracia mi brusca irrupción y se puso pálida de rabia. Pero ya llegaba un grupo ruidoso de oficiales gritando:

—¡Rytmel, Rytmel!

Y les salí al encuentro.

—¿Qué pasa? —les dije—. ¿Es que no podemos estar aquí un rato? Nos hemos cansado de bailar.

Y la condesa, cuando ellos se alejaron, se dio cuenta de que yo le había echado un capote en una situación desairada para ella y en la mirada honda que me dirigió noté que me lo agradecía.

—Vamos, prima, baja ya —le dije bajito.

Ella se despidió de Rytmel con una sonrisa melancólica.

—Adiós, hasta mañana. Empiezo a tener frío.

Cuando Rytmel y yo volvimos hacia el grupo de los oficiales, a mí, para avergonzar a Carmen, se me ocurrió, como venganza, ponerla en evidencia, convertirla en el centro de la orgía y el alboroto.

—Venga, señorita —le dije—, vamos a cantar una seguidilla o una habanera. Esta gente no ha oído la música de nuestros países y en alta mar será de mucho efecto.

—¡Sí, sí! —corearon todos—. ¡Una seguidilla!

Ella, al principio, se resistió, quería irse a su camarote. Pero las peticiones eran apremiantes y bulliciosas:

—No, no, *milady*, ¡cante, cante, por favor!

Al fin accedió y en medio del silencio, acompañada por el monótono rumor del barco y del viento creciente, se levantó su voz, plena y lánguida, que entonaba:

A la puerta de mi casa

hay una piedra muy larga...^[15]

Los ingleses estaban extasiados. Al final estalló una salva de aplausos que resonaron como cohetes y alguien exclamó, mientras volvían a llenarse las copas:

—¡Por la señorita Carmen! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

Los ecos de la ovación se perdieron en el mar. A ella se la notaba cohibida; era la única mujer en medio de aquellas aclamaciones de los hombres y debía darse cuenta de lo equívoco y atrevido de su posición.

—¿Lo están viendo? —subrayé yo con una ingenuidad mefistofélica—. Lo único que siento es que no hayan podido oírla las señoras, que sea ésta una juerga de hombres solos.

Carmen me atravesó con una mirada de odio. La venganza se había cumplido. Uno de los ingleses, míster Reder, seguía brindando con su copa de *punch* en alto:

—¡Por Carmen Puebla! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

—¡Hurra! —coreaban los demás entusiasmados.

Y el eco del mar repetía tristemente:

—¡Hurra!

Al sonar la campana de las once se apagaron las luces y casi todo el mundo se retiró. Soplabla fuerte el Noroeste, y el balanceo del barco aumentaba. Navegábamos a la vista de África. Al quedarse solitaria la cubierta, se oía con más nitidez el aullido del viento en los cordajes y el batir de las olas.

De cuando en cuando, la campana daba los cuartos y el marinero de guardia anunciaba con voz lenta y cansina:

—No hay novedad.

Llevaría yo unas dos horas en mi camarote, en esa confusa penumbra que no es sueño ni vigilia, sino una especie de duermevela que se percibe y se domina, surcado por imágenes de la condesa riéndose y bebiendo cerveza con Rytmel, de Carmen bailando sobre una cuerda floja vestida de monja, visiones acunadas por el balanceo del buque y el batir isócrono de la hélice. De repente sentí un golpe pavoroso. Todo el barco se estremeció. Se había parado en seco y se oían gritos.

VI

Me levanté de un salto y llegué a la puerta del camarote.

—¡Camarero! ¡Camarero!

El camarero apareció despeinado y a medio vestir.

—¿Qué pasa? ¿No tiene remedio? ¿Hemos encallado?

—No le puedo decir, no sé. Pero no será importante. Este barco es muy seguro.

Se oían carreras de marineros por la cubierta, la confusión típica de un estado de alarma. «Estamos perdidos sin remedio» —pensaba yo, mientras me vestía con precipitación y angustia. A cada momento me parecía que el barco iba a empezar a hundirse y las olas a invadir el camarote.

Subí a cubierta. Había un ir y venir de linternas y mucha gente por allí: las ropas blancas y los peinadores de las mujeres conferían a las siluetas una siniestra irrealidad. La oficialidad permanecía impasible.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a alguien.

No se sabía bien. Parecía que se había destrozado la máquina y que teníamos una tormenta encima. Unos clamaban que no había solución, otros afirmaban que el barco era seguro, otros sugerían la conveniencia de empezar a botar lanchas. El cielo estaba despejado y reluciente de estrellas y el viento silbaba cada vez más fuerte. El barco se balanceaba de babor a estribor como un enorme pez muerto que flotase sobre el mar. Miré las constelaciones, el cielo impasible, las negras aguas, y en ese momento sentí un infinito desprecio por la vida. A mi alrededor seguían sucediéndose las versiones contradictorias. Que si el barco se quedaría al socaire, a la espera definitiva del temporal, que si estábamos perdidos irremisiblemente. Un oficial dijo al pasar que no era nada grave y que se arreglaba pronto, que aquella avería ya se había dado dos veces de Aden a Bombay.

Reinaba la serenidad; se diría que avanzábamos normalmente por un ancho río a la luz clara del sol. Por fin apareció el comandante:

—Señores —dijo—, no es más que un contratiempo. Ha habido una avería importante en las máquinas. En cuanto se serene el tiempo, tal vez podamos seguir navegando. Pero ahora con el temporal que se avecina, no. Tendremos un retraso de cuatro días, tal vez de cinco.

A todo esto, el vendaval iba en aumento. Todo el mar estaba plagado de copos de espuma y un rumor sordo, como el de mil batallones en marcha hacia nosotros, surcaba el horizonte. La mayoría de los pasajeros, abotargados, soñolientos e indiferentes al peligro a efectos de la bebida, se habían vuelto a retirar a sus camarotes. Quedaban en cubierta algunas *ladies*, atemorizadas, pero serias. Abajo los técnicos y los maquinistas habían iniciado una tarea incesante y febril. Rytmel se me acercó:

—Ya lo creo que hay peligro, un peligro contra el que no se lucha. El imbécil de comandante éste ha virado demasiado al Sur. Estamos muy cerca de la costa africana, y como el vendaval nos coja por banda nos lanza contra ella. Menos mal que Pernester, el ingeniero de a bordo, es un hombre de talento, que si no... ¿Dónde está la condesa?

Bajamos al salón. La condesa estaba allí, apoyada en una mesa, pálida, pero serena.

—¿Por qué no subes, prima? Sube, anda —le dije—. Por lo menos arriba ves el cielo, el mar, estás al tanto del peligro.

Subimos a apoyarnos en la borda, agarrados a los cordajes, a la claridad neblinosa de las estrellas. Bajo aquella luz difusa, la concavidad profunda de las olas coronadas de espuma tenía un raro fulgor. Hacía un viento terrible.

—¿Por qué no echarán las lanchas de salvamento? —dijo la condesa—. Por lo menos luchar contra los elementos, demostrar el valor. ¡Pero esta pasividad de dejar que el barco derive hacia África, arrastrado por el mar como el cadáver de una ballena!

Quiso ponerse a pasear, pero los bandazos del barco eran demasiado violentos y tuvo que agarrarse del brazo de Rytmel. A mí también me era muy difícil mantener el equilibrio. Los embates de las olas contra el costado del barco tenían un eco sordo y siniestro y también las campanadas de

las horas y los cuartos sonaban con una especie de desconsuelo. En lo alto de los mástiles se habían encendido faroles supletorios. El aire huracanado y violento silbaba pavorosamente, como si transportara almas en pena.

Me bajé al salón a tomar un coñac porque el frío se me había metido en los huesos. Carmen estaba inmóvil en un sofá del fondo, con las manos cruzadas sobre el regazo y los ojos perdidos en el vacío.

—¿Ha llegado nuestra última hora, no? —me preguntó.

—¿Tiene miedo? —le pregunté yo a mi vez.

—Pues sí, un poco a morir ahogada. De un balazo o de una cuchillada me importaría menos. Pero así, en el seno de este necio elemento, es una muerte estúpida y cruel. Claro que, por lo menos, no me muero sólo yo; me llevo por delante a su deliciosa prima.

—Pero ¿qué le ha hecho la pobre condesa para que la odie usted tanto? —le pregunté con una sonrisa.

—¿A mí? Nada; si no la odio. Simplemente la encuentro cursi, no puedo soportar esos aires de sensiblería remilgada. Es un desprestigio para nuestra Península. Pero no hay nada más.

—Sí que hay algo más —repliqué—. Hay que le parece a usted que el capitán Rytmel empieza a tomarse un interés excesivo por ella.

—¡Valiente cosa me importa a mí de ese caballero!

Y lanzó una risa breve.

Volví a subir porque, con el balanceo incesante del barco, el aire cerrado del salón se me hacía asfixiante y empezaba a marearme. La condesa y Rytmel habían desistido de pasear por cubierta y pude divisarlos sentados juntos al abrigo de la tienda. Me acerqué; a pesar del silbido del viento podía escuchar algo de lo que hablaban si aguzaba el oído. Y aunque esto repugnaba a mi carácter, era más fuerte e indomable la curiosidad, el prurito de entender el estado de ánimo de mi prima, todo esto unido a la conciencia angustiada del peligro que estábamos viviendo, ya que en situaciones tan álgidas las acciones humanas suelen quebrar los cánones de conducta por los que habitualmente se rigen. Agucé, pues, el oído. Y Rytmel decía:

—¿Le importaría morir?

—Por un lado, mucho, y por otro, nada —respondía ella—. Mucho porque sería matar el germen de la primera cosa que me ha interesado de veras en este mundo: su amistad. Pero por otra parte me daría igual, ya le digo, porque, si bien se mira, ¿qué aliciente tiene la vida para mí?

—Si mi amistad significa tanto para usted...

Hubo un silencio.

—Ya entiendo —añadió, al cabo, Rytmel—. Mi amistad, en definitiva, no puede hacerla feliz, ¿y sabe por qué? Pues porque no es eso lo que su corazón necesita. ¡Déjeme hablar, se lo ruego! Usted

necesita amor, un amor inmutable, profundo, avasallador, que invada todas sus horas y presida todas sus ideas, alimentado de placer y sacrificio, el amor, que es consuelo y esperanza, que se erige en ideal absoluto, en última razón del existir; un amor que se apodere de sus ojos por lo que tienen de más ardiente y de su alma por el más elevado de sus flancos...

—¡Por favor, cállese, cállese! —decía ella—. Es una locura lo que me está diciendo. Vamos a dar un paseo, a contemplar el mar.

La furia del viento era terrible ahora. Hasta donde alcanzaba la vista, el mar era una inmensa superficie de agua jabonosa. El barco cabeceaba sin rumbo, a la deriva. En la máquina seguían trabajando sin cesar, mientras Rytmel, desoyendo a la condesa, continuaba susurrándole palabras.

—Cállese, se lo ruego, cállese —repetía ella con voz cada vez más débil y desmayada.

—No, me tiene que escuchar. La palabra «amistad» resulta falaz y endeble. Piense que tal vez dentro de un par de horas se habrá acabado todo para siempre. Y cuando se está bordeando la muerte tenemos, créame, el ineludible deber de ser sinceros. Déjeme decírselo: la quiero. No, por favor, no se vaya, el viento se llevará esta declaración. La quiero. Si es pecado quererla, el mar enterrará mis palabras, no hay tumba mejor, lo purifica todo. Pero la quiero.

—No siga, por favor. No puede ser, se engaña usted, toma por amor lo que no pasa de una simple simpatía. Aparte de que el amor, ¿a dónde nos podría conducir? Piénselo: al total envilecimiento o a la mayor tortura.

Hablaban cada vez más bajo y apenas conseguía oírles. Se acercaba la tormenta y el barco gemía desgarradoramente. Los cordajes, al ser bruscamente desgarrados por el viento, gemían como culebras. Los marineros corrían afanosos y se oían voces de mando, martilleos, todo el fragor de las tareas en la máquina. Una ola saltó de improviso y barrió la cubierta. Percibí un movimiento dentro de la tienda. La condesa se había levantado y su voz sonaba ahora más firme y vibrante:

—Dígame, capitán Rytmel, por su honor, ¿de verdad cree que estamos a punto de morir?

—Así lo creo, condesa.

—Está bien. Entonces yo también quiero confesarle que le quiero.

Hubo una pausa, y tras ella añadió, en una explosión triunfal y apasionada.

—Le quiero, sí, ¡cómo le quiero! Ya que voy a morir inocente, no quiero morir mintiendo: le adoro, capitán.

En aquel mismo momento todo el ámbito del barco se vio invadido por un inesperado y potente rumor, un rumor que se imponía a la oscilación y hacía frente al oleaje embravecido. Ya no se trataba de movimientos desgobernados e inertes, sino de las sacudidas de un organismo que ha recobrado su vitalidad. De pronto oí distintamente el ruido de la hélice. ¡La hélice! El barco se movía, avanzábamos, se podía ver el surco que dejaba la proa al hendir el oleaje. Me precipité hacia la escotilla que conducía a las máquinas.

—¿Qué pasa? —le pregunté a un oficial que salía.

—Nada, un milagro de Pernester.

Todos se aglomeraron hacia aquel punto con enorme ansiedad. El capitán apareció en cubierta subiendo por la escalerilla de hierro bruñido que venía de la sala de máquinas. Estaba radiante.

—¿Saben lo que ha logrado Pernester?

—Ya, ya —le interrumpí—. Pero ¿y entonces?

—Entonces nada, que seguimos ruta. ¡Sopla, temporal, sopla ya lo que quieras! Mañana estamos en Malta.

Se escucharon vivas entusiasmados a Pernester. Subió a cubierta por la escalerilla. Venía jadeante y enrojecido, pero su aire era grave e impasible. Llevaba puesta todavía la corbata blanca que llevaba a la hora de la cena. Dijo con tono apacible, mientras se enjugaba el sudor de la calva:

—*Now I should enjoy a nice glass of beer*^[16]

VII

Al día siguiente llegamos a Malta. Era una noche sin estrellas y el agua de la bahía estaba negra e inmóvil. Se veía enfrente La Valette como una colina altiva, encastillada, respunteada de luces. En torno al barco, las góndolas surcaban el agua silenciosamente con su farol colgando en la popa afilada y esbelta. Reinaba un gran silencio, una inefable calma. Los gondoleros remaban sin decir palabra. Todo era apacible y rítmico, una mezcla de misterio italiano y policía inglesa.

Desembarcamos y nos dirigimos al Clarence Hotel en la Strada Reale, frente a la célebre iglesia de San Juan. Rytmel se hospedaba en casa de unos oficiales ingleses, pero don Nicasio y Carmen vinieron también al Clarence.

Los tres primeros días los dedicamos a la visita de monumentos: el palacio de los grandes maestros, los que pertenecieron a las diferentes ramas de la orden de Malta y se conocen por el nombre de Hospederías; las amplias y blancas calles con altivos edificios de estilo renacentista y todos los alrededores de Malta: Città-Vecchia, Bengama, Boschetto y la isla de Calipso, un peñón húmedo y lleno de cavernas tenebrosas, con resonancias de Homero.

Desde el primer día vimos que Rytmel iba a comer a nuestro hotel en compañía de algunos oficiales amigos. La condesa nunca bajaba al comedor, comía en sus habitaciones. Todo el alboroto y el escándalo de la mesa corrían, pues, a cargo de Carmen. Inmediatamente se había empezado a dejar galantear por un francesito rubio, frívolo, ingenioso y ardiente, un tal monsieur Perny, que, según decía, viajaba por tedio.

Carmen no hacía nunca apartes con Rytmel; había entre ellos como una discreta barrera deliberada. En cambio, él a nosotros no nos perdía pie: nos acompañaba a las excursiones, a las fortificaciones, a la bahía, al teatro por las noches. En el teatro, el conde se prendó fulminantemente de las trenzas rubias de una muchacha que siempre se sentaba en la primera fila, de tez británica y ojos malteses, frescura de *miss* y ademanes de andaluza, la llamativa mademoiselle Rize, bailarina sin empleo. Pero, por otra parte, el conde no podía vivir sin Rytmel.

Allí en Malta, las relaciones de Rytmel con la condesa escapaban más a mi control. A veces a ella no la veía en uno o dos días, entregado como estuve desde el principio a la compañía de un grupo de oficiales ingleses, a excursiones por el campo y el mar, a banquetes y al juego. Pero saltaba a la vista que aquella pasión había seguido su curso y que los dos estaban muy enamorados.

No voy a explicarle, señor Director, las razones que me llevaron a inhibirme de aquella situación, pero si se pusiera en mi caso podría comprenderlas. Lo cierto es que decidí ser ciego, sordo y mudo y aislarme en la discreción y en la indiferencia más absolutas.

Poco después de llegar a Malta conocimos a un tal lord Grenley, que estaba pasando el invierno allí para ver si se curaba de sus *blue devils*^[17]. Había hecho la travesía desde la India en un yate muy bonito que se llamaba el Romantic y que lo tenía anclado, balanceándose en la bahía. Lord Grenley llegó a ser íntimo de Rytmel y también hacía buenas migas con el conde.

Carmen y la condesa coincidían en pocas ocasiones, a no ser en el teatro, donde Carmen, ante la plena y altiva indiferencia de la condesa, la acribillaba sin rebozo a miradas impertinentes. Posiblemente se sentía irritada por tener poco trato con *ladies* y haber perdido la ocasión que le deparaban los escasos metros de la cubierta del barco de hacer a la condesa víctima de sus ademanes y mordacidades, así que se desquitaba en el Clarence Hotel, siempre que tenía ocasión, lanzando a Rytmel toda clase de indirectas y de ironías. La táctica que había adoptado últimamente era la de azuzar a Perny contra Rytmel, instigándole a contradecirle en todas sus ideas y opiniones, no sé si con la perversa esperanza de provocar un duelo o simplemente porque le divertía la cizaña aquella.

Un día que había salido la conversación de la India y Rytmel estaba encomiando la transformación profunda que se había operado allí gracias a Inglaterra, Perny le interrumpió con una sonora carcajada.

—¿Se ríe usted? —preguntó Rytmel un poco pálido.

—¡Hombre que si me río! Estallo de risa, me puede dar un ataque. ¿De qué transformación fecunda está usted hablando? Lo que han hecho ha sido convertir la poesía, la imaginación y la luz en la más completa mediocridad con tiznes de carbón. He estado en la India recientemente; los señores ingleses han traducido el poema misterioso de la India a la prosa mercantil del *Morning Post*, eso ha sido lo que han hecho. Poner sacos de pimienta a la sombra de las pagodas, tratar a la raza madre del ideal como a perros irlandeses, echar a navegar por el divino Ganges barcos de a tres chelines por cabeza, atiborrar de cerveza a las bayaderas, enseñarles a jugar al criquet, abrir plazas con faroles de gas en el corazón de la selva sagrada, y sobre todo, señores míos, derrocar antiguos reyes misteriosos, casi como de marfil, para poner en su lugar a unos tipos de patillas, congestionados de tanto beber cerveza, a unos muertos de hambre, ésa es la escoria que mandan a gobernar la India, los que se niegan a ir de forzados a Botany-Bay. ¿Y quién es la madrina de semejante obra? Una isla de hielo y de *roastbeef*, habitada por piratas de cuello duro, por odres de cerveza.

Rytmel se levantó con una sonrisa, se acercó a mí y me dijo:

—En cuanto acaben de comer, le ruego que le pida a ese demente que se las da de gracioso que elija hora, lugar y arma.

Y se retiró con toda serenidad. Yo, a los postres, le transmití a Perny su recado. Perny se echó a reír. Dijo que apreciaba mucho a los ingleses y los servicios prestados por ellos a la India, que todo había sido una broma urdida por Carmen para hacer rabiar a Rytmel, contra el que no tenía nada y que le parecía un adorable *gentleman*, que pedía las más humildes excusas por lo que había dicho, que su sitio estaba en todas partes y que sus armas eran cualesquiera.

—Bueno —dije yo—, además, con todas esas explicaciones, huelgan las armas.

—Pero, ¡ah!, perdón —dijo el francés—. Se me olvidaba un pequeño detalle: creo que la forma de peinarse del capitán Rytmel es, en cambio, profundamente ofensiva para mi sensibilidad, y en general atenta contra la dignidad de Francia. Eso sí que exige una reparación.

Se nombraron los padrinos aquella misma noche, y se decidió que el duelo no se celebrase en Malta. Rytmel era militar y los duelos en las plazas militares están penados con los más severos castigos. Pero resultaba difícil, estando en una isla inglesa, dejar de batirse en territorio inglés. Por fin se pensó que el duelo podía celebrarse en alta mar, a la distancia de un cañonazo de la costa inglesa. Lord Grenley puso su yate a nuestra disposición y salimos de madrugada, con viento fresco y un sol alegre. Las cosas se sucedieron rápidamente. Nos situamos al paio, a cinco millas de Malta, y arriamos la bandera inglesa, la marinería se subió a las vergas y un adversario se colocó a popa y otro a proa, porque había igualdad de nivel. Eran las siete de la mañana y el sol pegaba por estribor; unas nubecillas blancas se deshilachaban por el aire. El duelo era a primera sangre, caso de herida grave. Lord Grenley dio la señal y los dos adversarios hicieron fuego. Perny dejó caer la pistola y se abatió sobre sus rodillas. El disparo le había partido una clavícula. Le acostaron en un camarote preparado de antemano. Se arboló la bandera inglesa y volvimos a Malta. En seguida fui a contárselo a los Puebla. Encontré a Carmen sola en sus habitaciones.

—¿Sabe usted la noticia? Perny está herido.

—Bueno, ya se curará, eso no es nada; yo misma me ocuparé de curarle. Peor es lo que se está cociendo dentro de este mismo hotel; no sé muy bien qué, pero tengo mis sospechas y es cosa seria. Debe aconsejar al conde que vigile a su mujer.

Me encogí de hombros y me fui a ver a mi prima. Estaban con ella el conde, Rytmel y lord Grenley. La herida de Perny no era de diagnóstico grave y el capitán estaba tranquilo. Se conversaba apaciblemente. Estaban hablando de hacer una excursión a la isla de Gozzo, a ocho kilómetros de Malta y Grenley, de quien había partido la idea, ofrecía su yate. El conde se disculpaba diciendo que con los nervios que tenía el mar le podía marear.

—¡Es por culpa de esa condenada Rize, chico! —me confesó en voz baja a mí—. Le he prometido llevarla mañana a Bengama.

—¿Y qué hacemos?

—Nada, acompaña tú a la condesa, si me haces el favor. Van también Grenley y Rytmel.

Mademoiselle Rize es exigente, ¿qué quieres?, no lo puede remediar, es la sangre maltesa.

Un poco más tarde, cuando cruzaba el pasillo para ir a mi cuarto un bulto vino a mi encuentro y me agarró una mano.

—Escúcheme un momento —me musitó una voz sutil como un soplo.

Reconocí a Carmen.

—Si es usted un hombre de honor, esté bien alerta mañana, en la excursión a Gozzo.

Y, dichas estas palabras, desapareció.

VIII

Al día siguiente, a las seis de la mañana, fui a buscar a Rytmel. La condesa había pasado toda la noche presa de una extremada agitación nerviosa, pero no quería perderse la excursión. Rytmel estaba tomando té en compañía de lord Grenley. Por la fatiga que traslucían sus rostros daba la impresión de que no se habían acostado; además, lord Grenley seguía vestido de etiqueta, como la víspera, y llevaba aún en el ojal, amarillento y marchito, un jazmín del Cabo.

—¡Bonito amanecer!, ¿verdad? —comentó Rytmel.

Por la ventana abierta entraba un aire fresco y se oía cantar a los pájaros en el jardín.

—Sí, delicioso. La condesa, ¿sabe?, ha estado algo indispuesta esta noche, pero viene a la excursión de todas maneras. Por cierto, una cosa, Rytmel, ¿tiene usted un revólver?

—¿Un revólver? ¿Para qué?

—Porque me han dicho que es divertido tirar a los pájaros que se esconden en las cavernas de Gozzo, que hace un eco rarísimo.

Rytmel me entregó un pequeño revólver repujado.

—Llévelo usted, a mí ya no me cabe nada en los bolsillos, los tengo llenos de lápices y álbumes de dibujo. ¡Ah!, ¿sabe usted que lord Grenley no viene?

—No puede ser, *milord*. Pero ¿por qué?

—A causa de una comida oficial con el gobernador —explicó Grenley—. Ha sido una fatalidad, estoy desolado.

A las siete fuimos a recoger a la condesa. El marido nos acompañó hasta el muelle de Marsa-Muscetto.

Al entrar en el yate pude advertir que la tripulación había sido aumentada con un piloto árabe. A las ocho de la mañana, con un viento fresco, levábamos anclas; las gaviotas revoloteaban en torno a las velas, las casas blancas de La Valette se sonrosaban al sol, se oían marchas militares y el cielo tenía una pureza encantadora. La condesa, un poco excitada, miraba con ojos animados y ávidos la infinita vastedad del mar azul, libre, empapado de luz.

¡Qué criaturas tan raras son las mujeres! —pensaba yo, mirándola—. Ésta, tan recatada y altiva, se siente ahora feliz de viajar en un yate con chicos jóvenes, encantada de verse sola con ellos en alta mar. Lo vive como una aventura.

La verdad es que yo me encontraba cohibido, por lo desairado de mi situación. Me resultaba absurdo viajar en representación del marido, de la familia y del deber con aquellos dos seres jóvenes, guapos y enamorados, tener que jugar, con mis veinticuatro años fogosos y apasionados, el papel de guardián o detective en aquella simpática novela. En fin, qué se le va a hacer. Ancho es el mar y el cielo profundo —pensaba—, y existe el honor. Dentro de dos horas estaremos en Gozzo, pasaremos, iremos, comeremos y al anochecer, cuando Dios disperse su rebaño de estrellas, volveremos con la brisa y la fosforescencia, en silencio, oyendo al piloto árabe entonar dulces melopeas de Siria, coreadas por los sonos lánguidos de las olas.

Rytmel había bajado a disponer el almuerzo. La condesa estaba de pie, a proa. Llevaba un vestido corto a cuadros, calzaba botas altas y se envolvía en una manta escocesa que le caía en amplios pliegues. Nunca la había visto tan guapa. Costeábamos Malta con viento oeste.

Cuando nos estábamos acercando a la isla de Cumino, Rytmel vino a avisarnos de que podíamos comer, porque ya en una media hora llegaríamos a Gozzo. El plan era pasear por la calle Maggiara, ir a recorrer las curiosidades de la isla y luego volver a embarcarnos para costearla y admirar las impresionantes cavernas donde el mar se abisma y se pierde. Al anochecer volveríamos a atracar en el muelle de La Valette.

El almuerzo fue delicioso. Tomamos champán, un vino del Rhin estupendo y un estofado al estilo árabe. Había un piano, y Rytmel, que no dejaba traslucir ningún tipo especial de preocupación, se sentó al piano y se puso a tocar una pieza detrás de otra sin dar muestras de prisa. En un determinado momento se me ocurrió mirar el reloj y, al darme cuenta de que habían pasado dos horas, me sobresaltó un poco. Al empezar a comer faltaba menos de una hora para llegar a Gozzo. ¿Qué era lo que pasaba entonces?

Subí a cubierta. El piloto árabe estaba al timón y navegábamos viento en popa a una marcha extraordinaria. Pero de tierra, ni rastros: estábamos en alta mar.

—Pero ¿y Gozzo? —le grité primero en árabe, luego en francés y, por último, en italiano.

Ni se inmutó ni se dignó mirarme. En aquel momento subían Rytmel y la condesa.

—Pero oiga, ¿dónde queda Gozzo? —le pregunté a Rytmel.

—No sé, puede que la niebla nos lo oculte —contestó vagamente, desviando la vista.

Pero el horizonte se mostraba nítido y sin veladura alguna. A lo lejos se divisaba una mancha indecisa que parecía indicar, sí, la presencia de tierra, pero precisamente nos estábamos alejando en dirección contraria. Corrí a mirar la brújula. Llevábamos rumbo oeste.

—Estamos navegando con rumbo a Oeste, Rytmel. ¿Qué significa esto? ¿A dónde vamos?

Rytmel se quedó mirando fijamente a la condesa y luego a mí.

—A Alejandría —dijo.

Lo comprendí todo con la celeridad del rayo. ¡Rytmel raptaba a la condesa! Le miré y le dije con voz trémula:

—¡Pero esto es una infamia!

Se puso muy pálido. La condesa se interpuso entre los dos y dijo con voz firme:

—¡No! He sido yo. Soy yo la que quiere ir a Alejandría.

—En ese caso, prima, a mí me toca el papel de infame.

Hubo un silencio. A la condesa se le humedecieron los ojos. Vino hacia mí, me cogió una mano y rompió a sollozar.

—¿Qué quieres que haga? No lo puedo remediar, no es culpa de nadie. Este hombre es lo que más quiero, me voy con él.

Rytmel me había cogido la otra mano.

—Comprenda —me dijo— que ya es irreparable, hemos dado un paso que ya no cabe desandar.

Yo estaba anonadado: aquella situación imprevista me había nublado el raciocinio, la voz y la voluntad. Yo, tan amigo del conde, me encontraba envuelto en la complicidad de aquella fuga. Me hallaba entre dos fuegos, además: presionado por las súplicas de aquellos dos seres encantadores que se amaban y me estrechaban afectuosamente las manos. No sabía a qué carta quedarme y mi desesperación iba en aumento.

—Primo —continuaba a todo esto la condesa—, ¿qué más da? Ya lo sé que he perdido mi reputación para siempre, pero ¿qué iba a hacer? ¿Querías que continuara viviendo con un hombre y amando a otro, mintiendo hasta la muerte, como si nada, asentando mi vida descaradamente en la impostura? ¡Una situación así yo no la puedo resistir! Sería una vileza, por lo menos esto es más noble, ¿no? Romper con el mundo, convertirme en una aventurera, de acuerdo, en una mujer perdida, pero ser sólo de un hombre en cuerpo y alma, y para ése mantenerse íntegra.

—Capitán Rytmel —dije—, le ruego que dé orden de que me boten una lancha.

—¿Por qué? ¿Qué pretende?

—¿Yo? Ganar tierra lo antes posible. No pensaré que voy a seguir instalado en este barco. ¿Tampoco eso le parece una infamia?

—¡Está usted loco! —dijo Rytmel—. No tenemos más que una lancha. La mar está picada y el viento arrecia. No aguantaría usted ni diez minutos en la lancha.

—Eso es cosa mía. ¡Qué la boten en seguida! —grité.

—¡No! ¡Qué no se mueva nadie! —aulló Rytmel.

Y volviéndose a la condesa, añadió:

—Dígale a su primo que es la muerte, que recapacite, que él no es cómplice de nada, que le hemos traído engañado. Está a salvo de toda responsabilidad.

—¡Una lancha al agua! —gritaba yo.

De repente Rytmel cogió un hacha y, corriendo al sitio de donde colgaba la lancha, cortó las amarras y se la oyó caer al mar con un rumor sordo; se quedó allí medio volcada, a merced de las olas como un cuerpo muerto.

Pateé el suelo con desesperación.

—¡Qué infamia, Rytmel, qué infamia! —repetía.

Y en un impulso irracional y violento de desahogo me volví a los marineros que estaban a proa y les grité:

—¿Hay algún inglés que tenga en algo su bandera?

Todos me miraron perplejos.

—Pues bien —proseguí—. Declaro que esta bandera está encubriendo una infamia y siendo cómplice de un deshonor. Y, al escupir sobre ella, escupo a la cara de todos los ingleses.

Y, corriendo a popa, hice ademán de escupir sobre la bandera inglesa. Uno de los marineros, comprendiendo sin duda el alcance de mi ofensa, se dirigió hacia mí con gesto amenazador.

—¡Qué nadie se mueva! —se interpuso Rytmel—. El ofendido soy yo. Mi amigo —añadió— tiene toda la razón. Desde que abandoné Malta, he dejado de ser un oficial inglés y, por lo tanto, esta bandera ya no está haciendo nada aquí.

Y, adelantándose, arrancó la bandera del mástil de popa. Luego, en un arranque de exaltación tan insensato como había sido el mío, la tiró al mar. La bandera, por un extraño azar, al chocar contra la superficie de las aguas quedó allí unos instantes desplegada e inmóvil hasta que, por fin, se hundió. Entonces Rytmel, en un arrebato apasionado y novelesco, le cogió de las manos a la condesa su pañuelo, lo ató a la cuerda de la bandera y gritó, mientras lo izaba rápidamente:

—De hoy en adelante no tendremos más bandera que ésta.

Yo vivía toda aquella sucesión de escenas arrebatadas como si fueran sueños incoherentes. De pronto, al hacer un movimiento, me noté el revólver en el bolsillo y de pronto sufrí un extraño desvarío, no sé qué pensamientos sobre el honor me alucinaron la mente, el caso es que me vi esgrimiendo el revólver y apuntándome con él, mientras exclamaba:

—¡Buen viaje!

—¡Dios bendito! —exclamó la condesa.

IX

Rytmel se precipitó sobre mí y me arrancó el revólver.

—Da lo mismo —murmuré yo—. Lo haré en el primer puerto donde toquemos.

La condesa, entonces, se acercó a mí, pálida como la cera y dijo —nunca podré olvidar su voz:

—Rytmel, ¡volvamos a Malta!

—¿Pero por qué volver ahora a Malta, por qué, santo Dios?

Me interpuse en un estado total de desvarío:

—Seamos hombres, Rytmel, deme ese revólver. Que nuestros actos no desmientan quiénes somos. Es muy fácil. Ni la pasión puede volverse atrás ni el honor transigir. La solución está en la muerte. Yo me pego un tiro y vosotros seguís ruta.

Pero la condesa, que era la única que parecía conservar aún una brizna de razón, seguía repitiendo con una firmeza en cuyo fondo latía, a pesar de todo, un deje de amargura.

—Volvamos, Rytmel, volvamos a Malta.

Él se quedó mirándola un momento; de pronto, pareció sentirse invadido por la conciencia de aquella reprochable situación, dominado por su evidencia; se encogió de hombros con un gesto sumiso y se acercó al capitán del yate con el que cruzó algunas palabras.

Poco después navegábamos rumbo a Malta en medio de un denso silencio, lógico remate a tan apasionadas tensiones. Rytmel se paseaba nervioso por cubierta y a duras penas lograba encubrir con la serenidad de su rostro el bramido de su tormenta interior. En un determinado momento se detuvo con los brazos cruzados y un extraño fulgor en la mirada.

—¡Ya está! —exclamó—, ¡se acabó todo! Volvemos a Malta y se acabó. ¿Y ahora, qué? ¿Qué nos queda sino decirnos adiós para siempre? Hace un rato, ahora mismo, éramos libres, jóvenes y felices, camino de Alejandría. ¿Y qué ha pasado de pronto? ¿Qué mal viento ha barrido el amor, la alegría y la esperanza? ¡Qué ingenuidad hablar de honor ahora! ¿De qué honor me hablan? ¿Del honor que es veneno cotidiano, del que arranca a un hombre del paraíso para convertirle en el último de los desgraciados, de ese honor? ¿Qué puedo hacer ahora? Me iré a la India a pegarme un tiro, a morir allí, solo como un perro.

La condesa, con la mirada perdida en el mar, no decía ni una palabra. Rytmel vino hacia mí y me aferró por el brazo con un gesto de absoluta desesperación:

—¡Ahí la tienes! ¿Has visto? Yo que estaba dispuesto a afrontarlo todo por ella: la deshonra, la infamia, el desprecio, todo; dispuesto a renegar del mundo, de mi uniforme; a pasar por la pobreza y el escarnio; todo por ella, y ya ves. Le ha dicho a un hombre «te quiero», se ha embarcado con él rumbo a la libertad, y de pronto, a media hora del paraíso, cuando ya no se atisba la tierra, surge un escrúpulo, qué se yo, se echa de menos al marido, o el recuerdo de un baile, de una flor que sentaba bien a un atavío, y se acabó; de lo dicho no hay nada, quiere volver. Y tú llora, muérete como un miserable, como un perro, tírate de los pelos, qué más da. Amigo mío, me he quedado sin voz y sin fuerzas; haz el favor de advertir al piloto que se apresure, que la señora condesa no ve el momento de llegar a tierra.

—¡Oh, William! ¡William! —exclamó a este punto la condesa, mientras se precipitaba en sus

brazos—. ¿Pero qué estás diciendo? ¿No te das cuenta de que igual en Malta que en Alejandría que donde sea soy tuya y nada más que tuya? ¡Tuya ante Dios y ante los hombres!

A lo lejos se oyó un tañido de campanas. Venía de Malta que ya estaba a la vista. La placidez de la hora era extraordinaria y el aire, de una nitidez inusitada. Ya se veían los pueblecitos blancos y el soberbio perfil de La Valette. Estaba poniéndose el sol y sus últimos rayos oblicuos arrancaban reflejos a los cristales de los miradores. Ya se veían los vendedores de flores en el muelle. Vi venir dos góndolas. Luego empezó el ruido de las maniobras de atraque, hasta que el ancla cayó al agua y el barco se detuvo. Habíamos llegado. En Malta seguían repicando las campanas de las iglesias.

X

En cuanto desembarcamos fui al hotel en derechura. El conde no había vuelto de su excursión a Bengama, con mademoiselle Rize. Rytmel, en un estado lamentable de excitación y frenesí, había ido a encerrarse en su casa. No tardó en venir Carmen a buscarme a mi cuarto. Entró sin cumplidos y me preguntó con extrañeza:

—Pero, ¿cómo? ¿Han vuelto?

—¿Es que sabía usted algo? —le interrogué, sorprendido a mi vez.

—Sí, todo. Me había enterado por casualidad. Que tramaban una escapatoria, ya llevaban tres días dándole vueltas y Rytmel se pasó toda la noche de ayer haciendo preparativos. Lord Grenley estaba al tanto de todo. Pero bueno, ¿y qué ha pasado ahora?

—Nada —dije—; se ha quedado en nada, se acabó. La condesa creo que saldrá en el primer barco, como es natural.

—Yo no lo veo tan claro. Pero mejor sería, porque si no se van, aquí terminará estallando una tragedia. Yo también quiero a Rytmel, es una fatalidad contra la que no puedo luchar por más que me empeñe. Le debo la vida, pero sobre todo le quiero, es mi mayor pasión; una pasión inútil que me está destrozando, aunque no tan aprisa como yo desearía. Y cuidado que lo pongo todo de mi parte para acabar cuanto antes, procuro sudar y luego salir a la terraza a coger frío, pero nada. Mi vida no tiene sentido, créame, le amé desde que le vi, vivía sólo para él y ahora se me ha recrudecido el amor, al volver a verle. Es que es adorable, ¿quién no le va a adorar? Aunque a veces me dan ganas de matarlo.

Estuvimos hablando un buen rato. Procuré apaciguarla, estaba pálida y le brillaban los ojos como si tuviera fiebre. Le empezaba a tomar simpatía, pobrecilla.

La condesa se pasó dos días sin salir de sus habitaciones. Al conde le dije que se había impresionado mucho en Gozzo porque al bordear las cavernas de la costa, que es zona peligrosa, estuvimos expuestos a un desastre. También estuve bastante con Rytmel aquellos días. Poco a poco le volvían los ánimos y se iba haciendo a la idea, aunque con trabajo, de adaptarse a la nueva situación, mucho menos disparatada, aunque también menos pura. Su pasión había entrado en un período de convalecencia. Y hasta tal punto, señor Director, llega la capacidad de concesiones implícita en la naturaleza humana, que al cabo de cinco días, la condesa volvió a aparecer en el

teatro fresca y radiante y junto a la blancura de sus hombros desnudos lucían las charreteras de oro del uniforme de Rytmel.

La vida volvió a sus cauces de normalidad y de rutina, y se puso fin a aquella agitación novelesca. Los corazones, una vez calmados, se expresaban en un lenguaje quedo. El conde seguía yendo de excursión al campo con mademoiselle Rize; lord Grenley, fumaba con gesto de tedio su pipa de opio; yo, tiraba al blanco con los oficiales ingleses; don Nicasio, se ocupaba de sus negocios; Rytmel, tenía un aire placentero y misterioso, y la condesa, recibía, guiaba sus ponys y todas las noches en el teatro lucía, a la luz de gas, sus espléndidos cabellos rubios y la palidez preciosa de sus perlas. Un oasis de paz.

Hacía un tiempo maravilloso y Malta estaba fascinante. La bahía resplandecía bajo el sol, los jardines rebosaban de flores, los ojos de las maltesas parecían suspirar, olía a azahar. Sólo Carmen se consumía en su retiro.

Míster Perny había entrado en convalecencia y se pasaba las horas tendido en un sofá, distraído durante el día en componer una ópera cómica, y durante la noche, entregándose al juego con algunos oficiales y salpicando de «calembours» bonapartistas la gravedad británica.

Un día, al salir de su casa, donde había perdido unas docenas de libras, me dirigía yo hacia el Clarence Hotel ligeramente contrariado y experimentando un extraño placer en tararear un fado por aquellas calles de Malta, a mil leguas de nuestro Barrio Alto. El pabellón donde vivíamos en el Clarence tenía acceso por un jardín frondoso y florido, y el conde y yo solíamos entrar por allí. Teníamos una llavecita de la puertecilla verde practicada en un muro cubierto de musgo, por encima del cual asomaban las copas de diversos arbustos orientales. Aquella noche, cuando iba a abrir la puerta canturreando, percibí un bulto que se escabullía entre las frondas. No hacía aire; encendí una cerilla y me adentré en su seguimiento. Pero aquella persona, al verse descubierta y comprender la inutilidad de su intento, se volvió hacia mí con falsa naturalidad y me llamó por mi nombre. Era Carmen.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté.

—Trato de quitarme de en medio. Ya le dije que muchas noches me levanto y salgo sudando al jardín para ver si cojo frío y me muero.

Pero estaba vestida de arriba abajo. Llevaba un traje de seda negra y sobre los hombros una capa oscura de estilo moruno, con amplia capucha.

—Vamos, señora —le dije—, no me cuente cuentos de sudar y de coger frío; en este jardín tibio oliendo a azahar y usted así, vestida de fiesta. Si se muere usted, será, en todo caso, porque hay amores que matan.

—Le digo la verdad. ¡Qué más quisiera yo que haber bajado a estas horas a encontrarme aquí con alguien!

—¿Y don Nicasio? Dígale que la corteje él. Que le de una serenata debajo de la ventana, que suba por una escala de cuerda, que la seduzca aquí, en pleno jardín.

Mientras estábamos hablando sonó una hora en la torre de San Juan y me di cuenta de que Carmen daba muestras de impaciencia y agitación. Miraba a cada momento a la puertecilla del jardín, estrujaba entre sus dedos un guante que se había quitado. Estaba claro que esperaba a alguien, y que ese alguien era el querido, el preciso, el saleroso, el niño del alma a que aspira toda andaluza^[18]. Me alejé discretamente y cuando iba por el sendero enarenado que llevaba a mi pabellón, oí rechinar con suave quejido la verja del jardín.

—¡Vaya, el niño! —pensé—. Esta pobre Carmen, que se pasa el día tomando vinagre y exponiéndose al relente por culpa de Rytmel, en cuanto llega la noche no es capaz de pasarse sin recibir entre la fronda de los naranjos al primer peluquero francés con voz de tenor o al primer tenor maltés con bigote de peluquero que le ponga ojos tiernos.

Me subí al cuarto, pero no tenía ni pizca de sueño; así que como la noche era tibia y acariciadora y me corroía una áspera curiosidad, me deslicé escaleras abajo sigilosamente cual ladrón napolitano, volví a bordear el muro del jardín y me asomé con el ánimo de espiar lo que hacía Carmen. Con gran sorpresa por mi parte, pude comprobar que estaba sola.

—¿Y el querido? —le pregunté riendo.

Se volvió hacia mí sobresaltada y me preguntó con voz alterada:

—¿Qué querido?

—El suyo, el que acaba de entrar hace un momento.

—No ha entrado nadie.

—Si lo he visto.

—¿Lo ha visto? ¿Lo reconoció?

—No. Pero, ¿dónde se ha metido?

Ella se echó a reír.

—Abrió las alas y salió volando —contestó mientras se alejaba camino de sus habitaciones.

—¡Demonio! —me dije—. Esto es una segunda edición de «La torre de Neslé»^[19]. Los recibe y en seguida los parte en pedacitos y los entierra en la arena.

Pero con todo esto, mi curiosidad no hacía más que agudizarse. Estaba claro que alguien había entrado alevosamente con una llave falsa, porque los únicos que teníamos llave de aquella puertecita éramos el conde y yo. Pero aquel alguien, ¿dónde se había metido? ¿Había entrado y enseguida había vuelto a salir? Pero si no se trataba de una cita amorosa, ¿de qué clase de cita se trataba para que fueran precisos tanto sigilo y silencio y oscuridad y una llave falsa? Tal vez aquella persona se había quedado agazapada entre las sombras del jardín. Pero lo recorrí arbusto por arbusto y vi que estaba desierto.

Me metí en la cama dándole vueltas a aquel misterio. Al día siguiente, a la hora de comer, un criado anunció en voz alta que la persona que hubiese perdido en el jardín un puñalito podía

reclamarlo abajo, en recepción. Se trataba de un puñal curvo, como los que se usan en el Indostán. Lo habían encontrado entre unas matas de boj, más que perdido parecía como si lo hubieran escondido allí adrede. Nadie se presentó a reclamar el puñal. Todo esto me intrigaba de una manera especial.

—Después de todo —meditaba yo— estamos en tierra italiana, qué demonios. A pesar de la Policía inglesa, y por mucha cerveza que se corra por Malta, es muy posible que todavía quede por ahí algo de «agua tofana»^[20]. Así que hay que andar alertas.

A la noche siguiente, a eso de la una, estaba yo sentado a mi mesa, escribiendo una carta para Portugal, cuando oí unos pasos apresurados por el pasillo. Luego, de repente, se abrió con violencia la puerta de mi cuarto. A duras penas conseguí sofocar un grito. De pie en el umbral, lívida, con el pelo en desorden y un peinador blanco manchado de sangre, estaba la condesa.

—¿Qué ha pasado? —exclamé.

Ella se había dejado caer en un sofá con los ojos extraviados, dando diente con diente y no articulaba una sola palabra. Empecé a rociarle la cara con agua, mientras le acariciaba las manos y le hacía preguntas en voz baja, asustado, procurando decirle palabras cariñosas para que se calmara.

—¿Pero qué pasó, bonita, qué pasó?

No podía apartar los ojos de la sangre que había en sus ropas.

—¿Te han herido?

Ella denegó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué ha sido entonces?

Intentaba hablar y levantarse, pero las palabras se le estrangulaban, como en una agonía. Hasta que se echó en mis brazos y rompió a llorar.

—Vamos, vamos, cuenta, dime —insistía yo.

—Lo han matado —articuló por fin.

—¿Pero a quién?

—A Rytmel.

—¿Pero, cómo ha sido? ¿Dónde?

—En el jardín. Ve, por favor.

XI

Corrí al jardín; mis pasos se dirigieron instintivamente, a toda prisa hacia la puertecita verde practicada en el muro. Estaba abierta. Al lado, junto a una mata de vainilla, vi a Rytmel, tendido en el suelo, recostado sobre el codo.

—¿Qué ha sido? —exclamé inclinándome ansiosamente sobre él.

—Me han herido.

—¿Quién? ¿Dónde?

No respondió. Se le cerraron los ojos y cayó desmayado sobre el césped. Corrí al estanque, traje un pañuelo empapado en agua fría y le mojé con él la cara y las manos: tenía una herida en la parte superior del pecho, debajo de la clavícula. No me pareció mortal. Pero me hallaba sumido en una indecible zozobra. ¿Qué hacer con aquel hombre?

Lo más sensato sería trasladarlo a un cuarto del hotel; pero eso significaba dar al suceso una escandalosa publicidad, hacerlo pasar bajo el control de la Policía, sacar incluso a colación ante los tribunales ingleses el nombre de la condesa. Porque de pronto lo había comprendido todo y entendía perfectamente quién había entrado la noche anterior en el jardín abriendo con una llave falsa. Sabía a quién pertenecía el puñal indio encontrado entre las malas de boj. Me explicaba la turbación de Carmen cuando la sorprendí allí, al acecho, envuelta en su capa. Y también, desgraciadamente, el rumbo de los pasos de Rytmel por el jardín del Clarence Hotel hacia un cuarto determinado.

Había que ocultar aquel incidente a toda costa. Y Rytmel, aún trastornado por el dolor, lo debía haber pensado también, porque me dijo, entre los vapores del desmayo, con voz lánguida:

—¡Escóndame en algún sitio!

Salí corriendo a la calle. Pasaba uno de esos coches ligeros de un solo caballo que recorren a toda velocidad y ritmo aleve las calles empinadas de La Valette. El cochero era italiano. Le hablé confusamente de un duelo, le di un puñado de chelines, le amenacé con la Policía inglesa y pasó a estar incondicionalmente al servicio de mi secreto. Colocamos a Rytmel en el coche; con unas mantas le apañamos una especie de cama lo más cómoda posible y el caballo emprendió un trote ligero por la calle de San Marcos hacia casa de Rytmel. Se formó un gran revuelo entre los oficiales ingleses. Yo les conté una historia bastante inverosímil e incoherente de un asalto a florete, donde mi arma se había desbotonado sin saber cómo. Aunque la historia era inadmisibile, resultaba fácil entrever que encubría un secreto delicado, y esto fue más que suficiente para la altiva discreción de unos *gentlemen*.

Rytmel, después de practicada la primera cura, se serenó y logró adormecerse. Todo había sucedido sigilosamente y sin que nadie lo advirtiera.

A las tres fui a tranquilizar a la Condesa. Había tormenta y se oían las olas rompiéndose contra las rocas de la bahía. En el Clarence Hotel, todo dormía.

—¡Ahora nos toca a ti y a mí! —pensé, dirigiéndome hacia el cuarto de Carmen. Tenía la luz encendida. Abrí la puerta. Descorrí la cortina y entré. La luz era débil y al principio no distinguí a nadie; sólo se oía sollozar. Luego, acurrucada encima de un sofá, vi a Carmen abrazada a un crucifijo, ensangrentada, con el pelo suelto y la cara escondida. Tenía al lado, encima de una mesita, una botella de coñac y un frasquito azul tallado. Cuando oyó mis pasos sobre la alfombra se

incorporó. En aquel momento estaba prodigiosamente bella, desmelenada, con los ojos relucientes como de acero negro y el peinador abierto sobre el pecho, dejando ver la esplendidez de su escote.

Confieso que no fueron ideas de venganza ni de castigo las que asaltaron mi mente ante aquella imagen de mujer tan terriblemente poseída por la pasión. Se me representaron las figuras literarias y trágicas de Lady Macbeth y de Clitemnestra, y a la vista de tanto esplendor, un vaho de amores paganos subió a inundarme el cerebro.

Se había levantado y dijo con voz seca:

—¿Qué quiere usted?

Yo había enmudecido.

—Aunque ya lo sé. Viene a por mí. Pues sí, lo he matado yo. Está abajo la Policía, ¿verdad? En seguida estoy. Voy a por un chal.

—No se ha enterado nadie —le susurré bajito, poseído de una extraña emoción.

—¿Qué me importa que se enteren? No lo niego. He matado a mi amante. He sido yo. ¿Y qué otra cosa iba a hacer? ¡Dar la vida, el alma y todo el ser, poner en peligro toda la honra, la existencia y hasta la salvación del alma por culpa de una pasión, y todo ¿para qué?, para que aparezca otra con el pelo más rubio o la cintura más fina, y ¡se acabó!, si te he visto no me acuerdo, ¡adiós para siempre! ¡Vete! ¡Te desprecio! ¡Fuiste un capricho para mí! ¡Una futesa momentánea! Con que sí, ¿verdad? Pues que pague con la vida. ¿Qué más quiere que le diga? Baje a buscar a la Policía.

—Lo hemos recogido bañado en sangre —la interrumpí en voz baja.

Ella me miró con una especie de desvarío, y de pronto, volviéndose a abrazar al crucifijo, se echó nuevamente sobre el sofá mientras exclamaba entre sollozos:

—¡Estoy loca, Dios mío, perdóname! ¡Perdón, Jesús mío, perdón! ¡Lo he matado, me he vuelto loca! ¡Rytmel de mi alma! No volverte a ver, no volverte a hablar, nunca más, nunca más. La cabeza me estalla. En Calcuta me adoraba, se arrodillaba a mis pies y yo me sentía capaz de dar la vida por él. Dígame la verdad, ¿está muy grave o lo han enterrado ya? No le habré herido en el rostro, ¿verdad? ¡Oh no, eso no!... Pero vaya a buscar a la Policía. ¿Por qué no me llevan ya? ¡Ay Rytmel, mi pobre Rytmel! Me muero, me estoy muriendo. Van a empezar a redoblar las campanas por mí.

Se levantó con aire desalentado, fue al espejo y se arreglaba los cabellos delante de él con ademanes de desvarío; luego, de repente, se volvió a abrazar apasionadamente al crucifijo negro.

—Pero atiéndame un momento, ¿quiere? —le dije yo—. Rytmel no ha muerto.

—¿Que no ha muerto? —exclamó, arrojándose en mis brazos como si buscara cobijo.

Me cogió la cabeza entre sus manos y, mirándome fijamente, insistía en su pregunta:

—¿Que no ha muerto? Dígame la verdad. ¿Es posible que se haya salvado? Júremelo.

—Se lo juro.

—¿Dónde está? ¡Quiero verle, necesito verle! —rompió entonces a decir—. Vamos, ¡mi chal! Búsqueme un chal por ahí. Sabe Dios cómo le habrán curado, no lo habrán hecho bien. Soy yo la que le tengo que cuidar. ¿Dónde tiene la herida? ¿Dice algo? Pobre amor mío, ¿se queja?, ¿se ha dormido? ¡Maldita sea yo! ¡Maldita sea!

Y presa de una delirante excitación, abría y cerraba cajones, se tropezaba con los muebles, sacaba y revolvía ropas, sin dejar de hablar ni de gesticular, canturreando a ratos.

—Se nos va a hacer tarde —decía—, se nos va a hacer tarde. ¿Qué estaba buscando yo? ¿Me llama él por mi nombre? ¿Qué hora es?

Luego vino y se cogió de mi brazo.

—Vamos ya.

—Pero ¿dónde?

—A verle, quiero verle. ¡Sí! Lo necesito, no me diga que no. Necesito pedirle perdón, que me deje quererle siempre, servirle de algo, ser su esclava, su enfermera.

De repente se soltó de mi brazo y se quedó unos instantes en suspenso.

—¿Y la otra? —exclamó—. ¡No quiero que aparezca por allí! Ni que lo trate ni que lo vea. ¿Está ella allí? Como la vea allí, la mato. Ella no, ella no. No la deje ir, se lo suplico, no la deje pisar por allí a ella. Yo, yo sola, a él le basta conmigo.

De improviso exhaló un gran suspiro, sus ojos se cerraron y, tras un estremecimiento, cayó al suelo redonda. La levanté y la llevé al sofá. Una vez tendida allí, me puse a salpicarle el rostro con agua fría.

—Me muero —articuló ella con voz agonizante—. Llame a un cura, me estoy muriendo. No se lo había dicho... pero he tomado un veneno.

—¿Un veneno? —exclamé aterrado.

—Sí, está allí, en aquel frasco.

XII

El médico, a quien se avisó a toda prisa, diagnosticó que Carmen no corría peligro a causa del veneno ingerido, ya que se trataba de un preparado flojo y de una dosis pequeña, sino porque la extremada exaltación nerviosa que se había apoderado de su espíritu pudiera llegar a provocar una fiebre cerebral. Pero al alba, vencida por una postración absoluta, se adormeció al fin profundamente, sin dar más muestras de vida que los suspiros que de tanto en cuanto se escapaban de su pecho.

Fui entonces a visitar a la condesa. No se había acostado. Estaba sentada a los pies de la cama, arrebujaada en su chal, en una actitud doliente, inerte y absorta que me impresionó. Despuntaba ya el día. Pero seguía teniendo las contraventanas cerradas y encendida una luz débil y melancólica. Los floreros estaban llenos de flores que se empezaban a mustiar y sobre la mesita había un servicio de

chocolate de porcelana azul con dos tazas. El chocolate, intacto, se había enfriado.

—¿Qué hay? —me preguntó en cuanto entré.

—Nada. Parece ser que dentro de un mes estará totalmente bien. Pero tú debes marcharte, hazme caso, antes de quince días.

—Por lo menos decirle adiós. Un momento y ya. Eso sólo, eso no me lo puedes impedir, primo, ¿verdad que no?

—Por supuesto que no. Cuenta conmigo para ello.

—¿Y ella?

—¿Ella? Mira, prima, he ido a su cuarto con la intención de entregarla al primer policía que pasase, y he salido jurando ayudarla y defenderla siempre, donde quiera que esté; puede contar incluso con mi amor, si lo quiere.

—Puede que tengas razón —dijo pensativa—. Es toda una mujer.

—Es más que eso, prima mía. Si alguna vez la pasión tuvo una encarnación divina en este mundo, la tienes en esa mujer. Es una diosa de la pasión. Y además sin dejar de tener su lógica.

La verdad es que en aquellos momentos yo admiraba sin límites la figura de Carmen. A pesar de no haberle dicho nunca el menor piropo, por obra y gracia de su sufrimiento, había venido a convertirme fulminantemente en su «chevalier servant».

Don Nicasio estaba en Sicilia y yo tomé a mi cargo la convalecencia de su mujer. La ayudé y sostuve cuando, sumamente enflaquecida, empezó a ensayar paseos por el cuarto, con la mirada perdida y lánguida, trasunto de una imaginación morbosa, que también alcanzaba a la transparencia del rostro. Poco a poco empezó a dedicar largos ratos a la oración y a las lecturas piadosas. Decía que quería meterse en un convento español y castigar su cuerpo con penitencias. Se pasaba las horas muertas en la Iglesia. Sus costumbres y ademanes habían experimentado una transformación radical y hasta su propia belleza había tomado un matiz ascético. Se había desligado, en suma, definitivamente de cualquier interés mundanal. A veces se me quedaba mirando, como si estuviera pensando en el convento, y de pronto exclamaba:

—¡Pero qué triste! ¡Con veintiocho años!

Pero poco después la exaltación mística volvía a apoderarse de ella y se perdía en meditaciones sobre la redención por la oración y el ayuno, por el silencio y la vía contemplativa. En aquel espíritu, habitado ya por todas las pasiones y siempre dispuesto a la vibración excesiva, hacía ahora presa la garra sombría del catolicismo español que, al encontrar vacía de otros intereses mundanos aquella plaza, sentaba allí libremente sus reales.

Un día me pidió que la llevase a ver a Rytmel antes de su regreso a España.

—Quiero verle como iría a verlo una hermana de la Caridad.

La llevé una noche. El cuarto estaba precariamente iluminado a la luz mortecina de unas velas.

La palidez de Rytmel resaltaba dolorosamente sobre la blancura de las almohadas. Carmen entró, se echó de rodillas al pie de la cama, le tomó una de las manos y prorrumpió en sollozos. A Rytmel también se le saltaron las lágrimas. Yo me había quedado recostado contra la pared y me sentía penetrado por una tristeza honda e insondable. Un vecino, cuya ventana daba al estrecho patio sobre el cual se abría también la ventana del cuarto de Rytmel, estaba tocando en aquel momento al violín, con plañidera melancolía, el vals de «Un baile de máscaras» que despierta en su tenebrosa dulzura vagas y contradictorias ideas de fiesta y muerte, de amor y reclusión. Rytmel quiso que Carmen se levantara, hablar con ella. Pero ella seguía de rodillas con el rostro escondido en el borde del lecho, sin dejar de llorar, y sólo murmuraba de vez en cuando entrecortadamente:

—¡Perdóname, perdóname!

Rytmel, por fin, con una insistente dulzura, la incorporó, la cogió entre sus brazos y le dijo las cosas más dulces y consoladoras, mientras la besaba en los ojos con delicadeza infinita. Las lágrimas acudieron a mis ojos al advertir el rubor de Carmen. ¡Qué gran elevación de alma demostró Rytmel al otorgarle aquel consuelo!

Ella, con una sencillez que ya dejaba transparentar la gran fuerza interior que le daba su fe, se puso a hablarle a Rytmel del convento en que había decidido entrar, de la orden que más le gustaba, de Dios, todo con palabras que conmovían por su espontaneidad. Al final besó la mano de su amante.

—Adiós —le dijo—, adiós para siempre. No le olvidaré en mis oraciones.

Ya iba a salir con paso lento y gesto abatido cuando, a punto de alcanzar la puerta del cuarto, se detuvo y se volvió a mirarle largamente; sus ojos despedían una luz sombría y terriblemente apasionada; su pecho palpitaba fuertemente y de pronto, muy pálida, como obedeciendo a un impulso de su antigua naturaleza, corrió con los brazos abiertos y los labios húmedos a abrazarse a su cuerpo con el frenesí resucitado de su pasión. Pero antes de llegar a consumar su intento se paró en seco, volvió a caer de rodillas y con gran recogimiento le besó sin decir palabra, la punta de los dedos. Después me cogió del brazo y salimos.

Al día siguiente llamó a sus criadas y repartió entre ellas sus vestidos, encajes y aderezos. Sus joyas se las dio a un religioso inglés para que las repartiera entre los pobres. No quedó frasquito, bibelot ni menudencia que no liquidara. Se confesó, y después de pasarse casi todo el día rezando en la Iglesia de San José, dispuso su partida. Todos los que la conocían estaban emocionados.

Por la noche, cuando estaba terminando de hacer su maletín, me mandó llamar, cerró la puerta del cuarto y me entregó su testamento con el encargo de que lo dejase depositado en Malta para que don Nicasio, a su vuelta de Sicilia, lo recogiese. Se lo dejaba todo. Luego se dirigió lentamente hacia el espejo, se quitó una redecilla que llevaba y la espesa mata de su pelo se desbordó en abundantes ondas cargadas de sensualidad. Cogió luego una tijera y febrilmente, a tijeretazos rotundos, hizo caer aquellas admirables trenzas dignas de haber ornado la cabeza de una diosa griega. Yo no sabía si lo que me tenía hipnotizado era la belleza de Carmen o la inmensidad de aquel desastre. Me parecía que ya la estaba viendo ingresar en el claustro. Carmen recogió el

cabello caído, lo envolvió en un pañuelo y, entregándomelo, me dijo:

—Guárdelo como recuerdo. Es la verdadera Carmen, la otra, la que le dejo ahí. Y ahora le voy a pedir un último favor. Prepare usted las cosas y acompañeme a Cádiz. ¿Sería posible mañana?

—Mañana, no, pero dentro de una semana yo le juro que estaremos viendo desde el mar las montañas de Valencia.

Ella, a todo esto, se había puesto a acariciarse los cabellos, dándoles una forma masculina. Estaba encantadora así. Su belleza tomaba una expresión ingenua y extraordinariamente delicada al sonreírse ante el espejo. Yo la miraba; veía entre dos luces su imagen como desdibujada en un vaho azulado y luminoso. Había cogido el peine y se componía y atusaba el pelo con cuidado. Yo le sonreía a sus espaldas. Ella, extasiada ante la sorpresa de encontrarse favorecida también con el pelo corto, me devolvió la sonrisa. Por un instante me pareció ver que sus mejillas iban a tomar nuevamente el color de la vida y su pecho la ondulación de las pasiones. Estaba a punto de decirle alguna palabra tierna, de devolverla al mundo con el eco de mi voz, cuando de repente tiró el peine y fue a arrodillarse con la cabeza inclinada delante de una cruz grande que había al lado de su cama, donde un Cristo agonizaba con la cabeza colgando, los brazos extendidos y el pecho cubierto de llagas.

XIII

A los doce días el conde y la condesa regresaron a Gibraltar en el buque correo de la India. Al conde le costaba trabajo arrancar: dejaba allí a Mademoiselle Rize y le esperaba el Chiado^[21] por todo aliciente. Además se sentía cohibido a solas con la condesa: aquellas melancolías inexplicables, aquellas lágrimas suyas sin sentido, aquella palidez atormentada, la incoherencia general de su carácter, que aquel consumado libertino achacaba a histerismo y nervios, le producían un tedioso hartazgo, a él, que tan enemigo se declaraba de los romanticismos. La condesa parecía haberse resignado a la idea de marcharse; Rytmel pensaba ir a Nápoles cuando se pusiera bueno del todo, y luego a Lisboa. Tendrían unos meses disponibles para tejerlos —como diría un poeta antiguo— de oro, seda y besos.

Los miré marchar con nostalgia. Yo me quedaba al cargo de un deber bastante penoso, el de acompañar hasta Cádiz a aquella ayer radiante y hoy desventurada Carmen, vencida por amargas penitencias. Lord Grenley, que salía al cabo de cuatro días con aquel rumbo, nos había ofrecido su yate. Me encantó la idea. Era un viaje cómodo e independiente, con la ventaja además de la simpática compañía de Grenley, porque me asustaba la perspectiva de emprender un viaje largo a solas con Carmen, viéndola languidecer.

Por fin llegó el día del viaje. Zarpamos al anochecer. Estaba un tiempo nublado y un poco lluvioso. Carmen no se encontraba bien. Había adelgazado muchísimo a base de no dormir y de alimentarse sólo de té y estaba tan pálida, transparente y exangüe que apenas podía tenerse de pie y a cada momento se diría que no iba a poder resistir más. Su exaltación y empeño en renegar de la tierra le habían hecho buscar compulsivamente los caminos del cielo; no levantaba la vista de sus libros de oraciones.

Vi desaparecer Malta con tristeza y sumirse en las brumas de la noche. No pensaba volver nunca a aquella ciudad blanca. Y no puede decirse propiamente que allí hubiera sido feliz, pero a todos los sitios que nos han despertado emociones o pensamientos que nos hicieron vibrar de una forma peculiar se les acaba tomando cariño, y yo allí dejaba algo de mí.

Desde el primer día de viaje, Carmen parecía estar en las últimas. El barco cabeceaba con violencia. El mar estaba alborotado y teníamos miedo de una borrasca al acercarnos a las corrientes del Golfo de Lyon. Carmen quería estar siempre en cubierta, al aire y al sol, mirando el mar. Le subimos una cama allí y permanecía horas y horas mirando a lo lejos, absorta en sus pensamientos o conversando con el capellán de Lord Grenley, un viejo muy edificante y persuasivo para hablar de las cosas del cielo. Era una escena bastante deprimente que se sucedía un atardecer tras otro, cuando el sol se ponía y las inmensas sombras empezaban a cubrir la superficie del mar. Carmen hablaba en voz baja y nosotros, por allí alrededor, o bien la escuchábamos o bien seguíamos distraídos el movimiento del oleaje, viendo apagarse los últimos resplandores del día. Algunas veces un marinero escocés se ponía a cantar sones de su tierra, amplios y pacíficos, como el panorama de un lago.

Al tercer día de travesía, Carmen sufrió un repentino acceso de fiebre y se quiso confesar. El médico dijo que no llegaría a España. No puede imaginarse, señor Director, las horas tan angustiosas que pasamos ni la intensidad que adquieren este tipo de zozobras en medio de la vastedad del mar. Se les añade la conciencia de la inmensidad y no sé qué agudo instinto de lo irreparable.

Carmen, después de su larga confesión, quiso hablar conmigo. Se despidió de mí, estaba convencida de que se iba a morir. Quise darle esperanzas, persuadirla de lo contrario, aunque con poca convicción.

—No, no —objetaba ella—. No tiene por qué engañarme. No me asusta. ¿A quién no le gusta ser feliz? Llame, por favor, a Lord Grenley.

Vino, y empezó ella a hablarnos de su vida, de su juventud, de los desvaríos de su corazón, de la exigencia de sus pasiones, y al contarnos sus relaciones con Rytmel hablaba como de un sentimiento elevado y legítimo. No tuvo un reproche ni una queja, nada echaba de menos. Acababa su vida en términos dignos. Después sacó un rosario del pecho.

—Lo traje de Jerusalén —me dijo—: déselo a ella.

A mí se me humedecieron los ojos; ella empalidecía de forma alarmante.

—Lléveme arriba, quiero ver el mar, la luz.

Era una mañana nublada y triste. El mar estaba sereno. Pusimos a Carmen sobre unas mantas y almohadas cuidadosamente, con el rostro vuelto en dirección a Malta. Allí se había dejado la vida. Estuvo mucho tiempo callada con las manos cruzadas. Luego levantó una de ellas y señaló, trémula, una línea oscura en el horizonte.

—¿Qué tierra es aquélla? —preguntó.

—África —respondió Lord Grenley.

Ella se quedó mirando hacia allí vagamente.

—Una vez estuve en Tánger —dijo trabajosamente, con lentitud—. ¡Qué joven era entonces! ¡Y qué feliz! Hacía un día hermoso. Por el mes de mayo era.

Guardó silencio, y luego, volviéndose a mí, añadió:

—Hoy hace meses que pasamos por esta altura, ¿se acuerda? ¿se acuerda de aquel *punch* a bordo del Ceilán? ¿De cuando yo canté La Habanera aquella? Porque yo entonces cantaba. ¡Qué cosa es estar alegre! Ya nunca más lo estaré, nunca más.

Y luego, como hablando para sí misma:

—¿A qué tanta pasión, tanta inquietud? Total, para venir a morir aquí sola en medio del mar y, lo que son las cosas, si yo, de soltera, cuitada de mí, en mi primera juventud le hubiera encontrado a él... bien poco pedía yo entonces, me bastaba con un corazón leal. Mis gustos eran entonces bien sencillos; las locuras vinieron luego. ¿Dónde está el marinero ese que toca canciones escocesas? Pero no, no le llamen, que me va a hacer llorar.

Escuchábamos sus palabras como el canto de un pájaro antes de morir. Las nubes se deshilachaban, dejando ver claros de azul; estaba a punto de salir el sol.

—Ya ven lo que son las cosas —continuaba ella—. Tanto como de joven me decían «Eres bonita, te quiero», y ahora ¿quién viene a acordarse de mí? Todos aquellos amigos, ¿dónde han ido a parar? Muertos, barridos, olvidados. Ahora vivirán alegres o irán al teatro o harán el amor a otras, mientras yo voy a morirme aquí. ¿Y él? ¿Se acordará de mí él? Pero no, tampoco él, lloro, lloro sin consuelo de pensar que no le voy a ver, que no está aquí a mi lado, que voy a morirme sin que se acuerde de mí.

Y no dejaba de llorar, escondiendo de vez en cuando la cabeza entre las almohadas.

—Rytmel es un alma noble. Y créame que la quiere.

—Pero me ha olvidado —decía ella entre suspiros y limpiándose las lágrimas—. Y además de mí ¡quién no se va a olvidar! Yo no he nacido para tener un enfermero, no soy mujer para eso. «¿Estás buena y alegre?, pues cuánto te quiero.» «¿Te estás muriendo?, pues que te entierren.» Así es.

Lord Grenley mordía nerviosamente su pipa, tratando de ocultar la emoción que le invadía.

—Guardaré bien mis cabellos, ¿verdad? —me dijo ella—. A todos les gustaban mis cabellos. Y si no me llevo a morir, vamos a Sevilla. ¿Sí? ¡Es tan bonito Sevilla! Por la tarde, en las Delicias, todo el mundo lleva flores en la mano.

De pronto abrió desmesuradamente los ojos como delante de una visión pavorosa; se llevaba las manos a la cara, exclamando:

—Señor mío, tengo miedo, ¡Señor! No habrá llegado ya la hora del castigo, ¿verdad? ¡Dios mío,

yo no quiero ir al Infierno!

—El Infierno es un espejismo, señora —le dijo el capellán—. Dios no hace con fuego sus castigos.

—Sí, sí, tiene razón, es verdad. Pero yo me muero, acérquense, me muero, no se olviden de mí.

Algunos marineros se habían aproximado, el capellán se arrodilló. Todos rezaban en voz baja con la gorra en la mano. Lord Grenley, también descubierta e inmóvil, permanecía de pie. Gruesos nubarrones oscurecían nuevamente el cielo. El viento había empezado a silbar.

—Deme su mano. Así —me dijo ella—. Adiós. Después de todo fui una buena chica. Un poco estrafalaria quizá. Gracias, Lord Grenley. ¡Cuánto siento que alguien tenga que morir en su yate tan bonito! ¿Qué es aquello allí a lo lejos? ¿Tierra? No, son nubes. ¡Ay Rytmel, ay amor mío, escúchame, dondequiera que estés! ¿Dónde estás?

Todavía tuvo fuerzas para enjugarse dos gruesas lágrimas que a este punto le corrieron por las mejillas. Después añadió con una sonrisa:

—Pero no quiero que piensen en mí con tristeza. Sólo les pido que alguna vez, cuando estén juntos, juntos también con él, se acuerden de la chica que murió aquí en el mar. Y que digan: «Aquella Carmen, la pobre, sabía querer de verdad, cuando se ponía.»

En seguida empezó a temblar y a hablar deshilvanadamente de Malta y de Sevilla y de Rytmel. Por fin exhaló un lamento profundo y dejó de existir.

La campana de a bordo empezó a tocar lentamente. Lord Grenley se inclinó a besarla en la frente y luego le cerró los ojos. Yo me eché a llorar. Un marinero viejo se acercó y sobre el cuerpo aquel, que había sido Carmen, desplegó la bandera inglesa.

XIV

Puede imaginarse, señor Director, el estado de ánimo en que nos dejó aquel desenlace. Lord Grenley se encerró en su camarote y yo me quedé velando el cadáver con el capellán. Al caer de la tarde, una densa bruma cubrió el mar y el viento empezó a rugir con lúgubre son. Todo el mundo se mostraba hondamente consternado; incluso marineros viejos, que habían doblado El Cabo y sufrido naufragios en el mar de la India, tenían lágrimas en los ojos. Decían «Pobre criatura». Para su mentalidad elemental y sencilla, aquella mujer tan joven, tan pálida y tan linda, primorosamente vestida de blanco, era una criatura, una doncella, una «miss». Uno se puso a tejer una corona con algas secas y fue a depositarla piadosamente sobre el pecho de la muerta. Era un ramo de flores del mar.

Al principio se pensó en llegar con el cuerpo de Carmen hasta España, pero el piloto dijo que no podríamos evitar la corrupción, porque quedaba todavía bastante viaje. Así que decidimos echarla al mar, en cuanto llegara la noche. Todo lo que quedaba de tarde nos lo pasamos el capellán y yo en vela junto al cadáver, recordando su belleza y sus infortunios en vida.

La noche cayó anegando las aguas. El capellán bajó y me quedé un rato solo con el cadáver,

sobre el cual lucía un farol colgado de una cuerda. Le destapé el rostro y le acaricié los cabellos. Su belleza se había fijado en una inmovilidad angelical, como si la muerte le hubiese devuelto la virginidad. Debajo de la bandera que la cubría resaltaba la curva adorable de su pecho; nunca había lucido con tanta gracia. La miré durante largo rato, embebido en su contemplación y las lágrimas brotaron de mis ojos.

—Vas a hundirte en la más honda de las simas, pobrecita —musité—, en la tumba errante del mar. Una fiebre de amor consumió tu vida y una tempestad perenne acunará tu cuerpo muerto. Es una sepultura digna de ti, que fuiste hermosa, altanera y fragorosa como el océano y que tuviste, como él, tus cavidades, tus monstruos secretos, que alternaste la calma con la tormenta, la elevación grandiosa con los remolinos de espuma inmunda. Como surcan sobre el mar las cándidas velas de los barquitos pesqueros, así las puras ideas en tu cerebro, y eran, en cambio, las ambiciones y exigencias avasalladoras y triunfales de tu temperamento como la incisiva proa de un buque de guerra. Y de la misma manera que un navío viene a quedar despedazado contra la oscura insensibilidad de las rocas, así te destrozaste tú en inútil combate al chocar contra la fría reserva de un amor extinguido; aquél tuvo el viento por tiránico azote, a ti te zarandeaba la pasión. Reposa, pues, cuitada, en el seno verdinegro de las aguas, tú, que tanto hiciste llorar y tanto lloraste, que provocaste tantos suspiros y deseos desplegados hacia ti como bandadas de palomas, que tanto te agitaste en vida y temblaste y enrojeciste y venciste y despreciaste, porque desoías las múltiples voces perdidas que te llamaron y te gozabas en hacer sucumbir a los altaneros y eras insensible a las quejas de cuantos renegaron de ti. Y ya ves, tanto caudal de vida, de voluntad, de acción, ahora un grumete lo va a arrojar al mar, un bulto con cadenas amarradas a los pies, a yacer bajo el rumor del viento y la espuma de las olas. ¿En qué ha venido a parar todo lo que te bullía en la sangre, en la intención, en los nervios, los pensamientos que extrajiste del seno de la materia? No has dejado ni un rastro de piedad, a lo sumo la imagen de un cuerpo apetecible y deseado, plasmado en alguna fotografía, belleza momentánea e insensible que los hombres usan y arrinconan, camelia, pluma irisada de pavo real, mero adorno. Tu destino era la dispersión, dulce hermosura efímera. Adiós, pues, para siempre, ve a habitar un túmulo eterno y seguro tú a quien nadie quiso concederle en la vida un puesto estable.

¿Dónde están tus amores, aquellos que te buscaban y a los que buscaste tú? Ninguno ha venido a cubrir de flores ni de encajes tu rostro muerto, ninguno. Yaces aquí sola conmigo, vestida de blanco sobre la cubierta de un barco, cubierta por una manta a cuadros rodeada de cordajes y de rudos marineros que en este momento consumen su ración cotidiana de aguardiente. Ni un pariente para arreglarte los pliegues de la mortaja, ni un sacerdote católico para entonar un responso y recordarte a aquellos ángeles, dulces y olvidados compañeros de tu niñez. No llorarán las novias al paso de tu entierro. Sólo unas manos encallecidas de viejos marineros para agarrar tu cuerpo y tirarlo al mar.

Pero ¿qué más da? Tu destino, mi pobre amiga, fue el de vivir al margen de los estrechos convencionalismos y mueres, como viviste, en plena rebeldía y libertad, en el seno de la naturaleza. Sobraba, en torno a tu lecho, toda esa caterva de parientes ávidos, de criados indiferentes, de curas bostezando en un cuarto con olor a cerrado y a medicina, dispuestos a ungirte con los Santos Óleos. Lo tuyo era morir de cara al cielo, mecida por el mar, aspirando el aire salino entre marineros

indios, bajo las estrellas, en libertad al fin. No vestida con antiguas sedas ni orlada tu cabeza por fúnebres coronas ni cubierta con galones de oropel; simplemente de blanco como hacia un gozo nupcial. Estarás en contacto con las cosas vivas, las lágrimas del mar corriendo sobre tus cabellos, adornada de algas, y los rayos del sol, antiguos enamorados de tus ojos, volverán a buscarlos. No estarás oprimida como un lardo dentro de un estrecho cajón claveteado, la tapa de un ataúd será el azul infinito. Y ni escucharás en torno responsos en mal latín ni son de campanillas ni comentarios estúpidos ni la voz chillona de los niños de coro, ni tendrás que soportar los groseros modales de un sepulturero. En medio de un silencio militar, con la bandera inglesa por mortaja, descenderás al lecho de las aguas. Vivirás en las grutas transparentes; guardiana de tesoros misteriosos, visitarás ciudades de coral en el fondo del mar resplandeciente, sombra infinita deambulando por las aguas, y quién sabe si no te será dado amar aún el cuerpo de algún rubio pirata normando. Sí, tu muerte será un perpetuo viaje, no estabas hecha para permanecer aplastada para siempre bajo cinco palmos de tierra ni para que las raíces paciesen en tu pecho, mientras una multitud de gusanos hacía presa en él, como al asalto de una ciudadela. Ni para que a la vera de tu tumba vinieran a sentarse compungidos burgueses, a santiguarse los sacristanes y a cacarear las gallinas; sobre tu azul morada solamente el viento errabundo, sempiterno visitante de los muertos desde el principio de los siglos. Ni para que compusiese tu epitafio en metros primorosos un poeta elegiaco grato al ayuntamiento; los inefables guiños de las estrellas serán los que se crucen sobre el mar combinando las letras de tu nombre.

Un marinero vino a tocarme en el hombro.

—Ya son las once —me dijo.

Me sobresalté, como saliendo de un sueño, y me di cuenta de que todas las cavilaciones que había estado entretejiendo mi cerebro no pasaban de ser vanas quimeras.

—Pero ¿y los tiburones? —me dije para mis adentros—. Me había olvidado de ellos, ingenuo de mí.

Eran las once de la noche, una noche sin estrellas. Todo el mundo se había congregado sobre cubierta. Habían colgado faroles de los cordajes y encendido varios hachones.

Se le ató al cuerpo la bandera inglesa y dos marineros lo cogieron en brazos. El sacerdote lo bendijo. Luego unos grumetes trajeron dos pesas y se le ató una al cuello y otra a los pies. Los zapatos, de seda negra, asomaban por fuera de la orla del vestido y de la bandera que lo cubría. Las luces de los hachones reverberaban proyectando reflejos temblorosos sobre el mar. No se oía más que un chisporroteo de resina. La campana de a bordo empezó a tocar. Los dos marineros izaron el cuerpo sobre la borda, y a este punto se empezó a elevar una melopea grave y triste. El sacerdote rumió unos rezos con las manos sobre el cadáver.

—*In aeternum sit!* —concluyó luego, apartándose.

Todos corearon:

—Amén.

El viento gemía. Lord Grenley se adelantó unos pasos y dijo con voz clara y firme:

—En el día de hoy, a bordo del Romantic, navío inglés, ha fallecido Carmen Puebla, española de nacionalidad, y a modo de protección para su cuerpo ha sido amortajada con la bandera inglesa, como si la acogiera en su seno la tierra británica. *Requiescat in pace.*

—Amén —contestaron los marineros.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —pronunció entonces el capellán—, sea bendita la sepultura a que te arrojamos y quede tu cuerpo en las aguas del mar como en tierra sagrada.

—Amén —contestaron los marineros.

—¡Al mar con ella! —dijo Lord Grenley con voz firme.

Los dos marineros mantuvieron unos instantes en suspenso el cuerpo sobre el mar; todos lo rodeaban con los hachones encendidos en la mano formando semicírculo; luego soltaron el cadáver, que desapareció en las aguas con un ruido lúgubre y quedó cubierto por la espuma de las olas.

Se apagaron los hachones en silencio y el barco siguió ruta, alejándose de allí. Yo, apoyado sobre la borda, no podía apartar mis ojos de aquel punto, cada vez más indistinto, por donde el cuerpo había desaparecido. Se quedaba allí para siempre y me acometió una onda nostálgica. Me acordé de ella cuando bailaba en la cubierta del Ceilán, cuando bromeaba en la mesa del Clarence Hotel. Todo se había acabado.

Refrescó.

—Viento del Este —comentó el marinero de guardia.

—Sí, viene de Malta —me dije.

Y lloré mis últimas lágrimas sobre el mar.

XV

Mis confidencias tocan a su fin. Cuando llegué a Lisboa, la Condesa no estaba, se había ido a Sintra.

Al acabar aquel verano la vi en Cascaes. La encontré expansiva y alegre, lo cual quién sabe si no era un modo, como otro cualquiera, de estar triste. Cascaes bullía de imbécil jovialidad, consagrándose al fado.

Al invierno siguiente, la Condesa se encontró con Rytmel en Londres y en París, y volvió de aquel viaje mucho más triste y más pálida. Noté que poco a poco había ido retirándose su confianza y me encerré en una discreta reserva. En nuestros diálogos, que fueron breves y superficiales, nunca se volvió a aludir al viaje a Malta.

A todo esto yo seguía recibiendo en cambio cartas de Rytmel, cada vez más íntimas y expansivas. Nuestra amistad, que había surgido de forma azarosa y exaltada, se consolidaba ahora en la comunidad de una serie de opiniones y sentimientos. En una de aquellas cartas, Rytmel me

hablaba de una chica irlandesa, Miss Shorn, nieta de los antiguos bardos.

—Una sombra ossiánica —me decía—, el alma de la verde Erin. A comienzos de primavera recibí otra carta donde me anunciaba:

«Salgo para ahí; resérvame un cuarto independiente y silencioso en tu casa y unos cuantos puros buenos; también un cuarto aislado en un barrio modesto y un coche cerrado con las cortinillas corridas; discreción y buena amistad. Frater Rytmel.»

Cumplí su encargo al pie de la letra.

Rytmel llegó en el buque de Southampton hará unos sesenta días. Le encontré más triste y reconcentrado. No me cabía duda de que alguna preocupación secreta lo reconcomía. Estuve esperando a que en alguna de aquellas ocasiones en que paseábamos por el jardín de casa, hablando íntimamente, me hiciese alguna confidencia, pero no salió de sus labios. Sólo dos o tres veces salió a relucir incidentalmente el nombre de Miss Shorn, que, según me dijo, era una amiga reciente de su hermana. Y se disipó su imagen en la vaguedad de la conversación.

En casa hacía una vida sencilla y recogida. Más propia de refugiado político que de amante correspondido. No le conocí relaciones nuevas ni trato con nadie. Por las mañanas salía alguna vez en aquel coche cerrado cuidadosamente que estaba siempre esperando a la puerta. Luego, a las ocho de la tarde, volvía a salir y ya no le veía hasta el día siguiente a la hora de comer, en que solía mostrarse ligeramente contrariado, y yo lo atribuía a cartas que le llegaban de Londres y de París. Pude advertir también en ese tiempo que en su espíritu de ordinario tan realista apuntaba un conato de misticismo. Llegué a sorprenderle un día con el Kempis en la mano. En un carácter frío y lógico como el de Rytmel, aquello me pareció sintomático de alguna grave perturbación.

A veces hablaba de Carmen, y siempre con nostalgia. También hablábamos de religión y de la vanidad de la vida, y él me dejaba sorprendido ensalzando el sosiego de los claustros.

Yo no había vuelto a ver a la Condesa desde que él pisó Lisboa. Un sentimiento mezcla de reserva y altivez me cohibía frente a ella; por ese tiempo, su marido estaba en Bruselas cautivo de las ágiles puntas de los pies de Mademoiselle Rize, que se movían sobre el escenario del «Prince Royal» y la Condesa se encontraba absolutamente libre. Un día, cuando menos lo esperaba, recibí una esquila suya que decía así:

«Querido primo: Si un refresco tomado en la terraza de una vieja amiga no te altera demasiado los nervios, te espero esta tarde en *** (era una finca cerca de Lisboa, donde ella solía ir a veces en verano). Tráete a tu amigo Rytmel.»

Se lo dije a Rytmel y a las seis de la tarde íbamos en un coche con las cortinillas corridas camino de aquel lugar.

La condesa había acabado de comer. Nos dimos un paseo por las frondosas avenidas de la finca, estuvimos charlando, cogiendo flores, y volvieron aquellas horas íntimas y gratas de antaño, propicias al relajamiento y al ejercicio del ingenio. Ella estaba radiante.

A las once de la noche, con una luna maravillosa, salimos a tomar té a la terraza, al borde de un

gran estanque cuajado de nenúfares que se podía recorrer en barca. Las frondas del jardín adoptaban oscuras redondeces, sombras densas y llenas de misterio. A lo lejos se difuminaban los campos y los prados nimbados de un halo luminoso y tenue. En aquella hora llena de encanto y de silencio, todo parecía sumirse en la contemplación y el ensueño.

Encima de una mesa de la terraza había una tetera japonesa y tres tacitas de porcelana de Sèvres; la de la condesa tenía un diseño muy acertado y original. Yo, cuando acabamos de tomar el té, me quedé admirando aquella forma singular y la delicadeza del dibujo, la perfección, en suma, de aquella maravillosa tacita que la condesa llamaba «su copa».

—El rey Arturo —comentó Rytmel sonriendo— sólo consentía beber en su copa de estaño.

—Pues yo el té no lo puedo tomar tampoco más que en esta taza —replicó la condesa—. Representa para mí el sosiego y la dicha, no sé por qué. Cuando estoy triste y bebo en ella es como si se me disiparan las nubes. Cuando quiero conservar una flor, la pongo en esta taza y parece que nunca va a marchitarse. Además, el té sabe en ella mejor, de una manera especial. Verá, Rytmel. Venga, pruébelo.

Toda aquella exaltación de la taza había servido de pretexto para que Rytmel, sin pecar de indiscreto a mis ojos, pudiera beber de la misma taza en que la condesa había bebido, encantadora y tradicional superchería que desde tiempo inmemorial pertenece al código del amor.

Rytmel accedió gustoso a echarse un poquito de té en la tacita dorada, mientras yo miraba a la condesa. Estaba especialmente bonita aquella tarde, con su traje escotado. La luz de la luna le daba ese nimbo poético que toda vaga claridad, ya venga de los astros o de las luces débiles, confiere a las bellezas rubias.

La condesa se sentó a un piano que había en la terraza y gimió bajo sus dedos el marfil del teclado. El silencio, la luz, el recogimiento que trascendía todas las cosas, el murmullo del agua al caer en las pilas de mármol, todo había contribuido a sumirnos insensiblemente en un estado propicio a la vaga y romántica ensoñación. La condesa, de pronto, inició una canción que alguien había traducido en versos populares: la balada del rey de Thule^[22]. La condesa gustaba de cantarla en esa versión, no en italiano, con su banalidad de «libretto».

Había antaño un rey en Thule
a quien en dulce legado
dejó su amante al morir
un vaso de oro labrado.

Me quedé fumando apoyado en el piano, mientras Rytmel, recostado contra la balaustrada y como dejándose invadir por el penetrante encanto de aquella canción, miraba el agua del estanque donde cabrilleaba la luna, sin soltar de la mano la tacita.

Los dedos de la condesa seguían recorriendo el teclado y la balada proseguía con acentos tristes:

El rey siempre hallaba allí
un sabor a pena antigua
y se empañaban sus ojos
cuando del vaso bebía.

—Deje de cantar, por favor —le pidió Rytmel de repente, volviéndose hacia ella.

Tenía, a la luz de la luna, los ojos brillantes como el rey de la canción, y la tacita dorada le temblaba entre los dedos. Ella le dirigió una mirada larga y triste, pero prosiguió después, con una vibración aún más profunda de nostalgia:

En la llanura normanda
batida por frías olas
congrega a sus caballeros
en una mesa redonda.

Las manos se le quedaron olvidadas y mudas sobre el teclado:

—Sería en una noche como ésta —dijo—. Estamos en plena leyenda. El agua al pie de la terraza, la luna, los viejos amigos que se han reunido, el recuerdo de la amante extinguiéndose en la memoria de él, y como un presentimiento de muerte. Noche propicia, ciertamente, para que el rey tirase su copa a las aguas del mar.

Y a continuación entonó los últimos versos de la balada:

Con paso titubeante
se ha ido al balcón a asomar
y con sus manos de antaño
arroja la copa al mar.

Ya junto al cuerpo del rey
están los pajes velando
y aquella copa de oro
las aguas la van llevando.

De improviso, a Rytmel se le escapó un gemido, impulso incontenible, desahogo de un corazón que no resiste más y tiró la tacita al estanque entre las hojas de los nenúfares. La condesa se levantó muy pálida y exclamó con los ojos húmedos, llevándose las manos al corazón:

—El rey de Thule esperó, por lo menos, a que ella se muriese.

Rytmel se puso a disculparse trivialmente, como si todo el daño hubiese consistido en que se perdía aquella frágil y preciosa pieza de porcelana. La condesa se cogió de mi brazo para entrar en el salón. Los dedos le temblaban.

A los pocos días de esto sobrevino la catástrofe. A otros dejo la misión de contarla. Yo depongo

aquí mi pluma con la conciencia tranquila porque estoy seguro de que en todo momento estuvo a la altura de mi sincera intención y supo servirla dignamente.

Las revelaciones de A. M. C.

I

Señor Director: Al dirigirle estas líneas me someto a la sentencia de un tribunal de honor constituido para entender en las cuestiones que las cartas del doctor X., insertas en estas mismas páginas, han suscitado en la opinión pública. Me comprometí a referir la parte que me tocó como actor y testigo en este doloroso drama y aquí me tiene dispuesto a cumplir mi promesa. Sólo me cabe desear que estas confesiones que voy a escribir con la mayor escrupulosidad posible contengan una lección por su verdad misma. Cada uno de nosotros, sólo con existir ya, estamos formando parte integrante de la existencia general de la humanidad y contribuyendo al tiempo y a la historia. No hay un corazón que, mostrándose al desnudo, no colabore a refrendar o impugnar una serie de principios por los que se rige el mundo moral. Cuando la novela, que como manifestación científica no pasa aún de sus primeros balbuceos, llegue a alcanzar el desarrollo que cabe esperar como expresión de la verdad, los Balzac y los Dickens serán capaces de reconstruir partiendo del análisis de una pasión particular, toda la psicología de una época, de la misma manera que los Cuviers, ya pueden reconstruir hoy un animal desconocido, contando simplemente con uno de sus huesos.

Ya sabe usted que soy natural de Viseo. Me crié en una aldea enclavada entre dos montes de la Beira, entre las palizas de mi padre cuando le arrancaba algún arbolillo tierno del huerto, las bendiciones de mi madre, que veía en mí al báculo de su vejez y las profecías de un porvenir glorioso con que regalaba mis oídos el párroco cuando a los diez años, después de ayudarle a misa, me hacía recitar en la sacristía de memoria las declinaciones latinas. Prodigio éste que no tenía más público que el sacristán y el limosnero, los cuales me contemplaban atónitos con el sombrero debajo del brazo y rascándose la cabeza. Aparte de mi madre, que siempre me miraba sonriendo tiernamente desde el fondo de la concavidad que formaban en torno de su rostro los pliegues de una amplia manteleta de paño negro.

Luego hice el bachillerato en el Instituto de la ciudad y acabé viniendo a estudiar Medicina a Lisboa.

Vivo modestamente, ateniéndome a una pequeña mensualidad y procuro pasar inadvertido. Mis amistades se reducen al trato con algunos compañeros de estudio y con dos señoras venidas a menos, hermanas de un capitán retirado al que una vez mi padre alojó en casa, y que me tienen de pensión por un precio módico. Mi vida austera de fatigas y destierro sólo veía atravesada su penumbra por la luz de un recuerdo: el de Teresina. Estas líneas, que son el único capítulo de mi vida que ella no conoce y donde saco a la luz la única culpa de que puedo acusarme ante su candor, su amor y su bondad, van dedicadas a ella, mi dulce y amada compañera.

¡Ay, Teresina!, flor silvestre crecida entre los brezos de nuestra montaña, flor que nadie ha visto ni ha ensalzado, perfume inefable de mi juventud, amor mío tan puro, eterno y apacible como la luz de las estrellas, ¡si tú, mi pobre, mi inocente amiga, fueras capaz de entenderme! ¡Si pudieras

perdonarme esta flaqueza pasajera incomprensible cuya historia confío en tus manos, pidiéndote no bálsamo, pues se trata de una llaga cerrada para siempre, sino una simple sonrisa amiga y benévola sobre los sobresaltos padecidos por este convaleciente arrodillado a tus pies! Pero, sea como quiera, yo tengo, vida mía, el deber de relatarte sin omisión ni reserva alguna cuanto me sucedió. La única verdad es que te quiero y que te querré siempre sólo a ti. Hubo una imagen que se cruzó inapresable y vaporosa, que me rozó al pasar, pero te juro que se ha desvanecido cual quimera enfermiza al calor de tu mirada limpia que ni un solo momento dejé de sentir yo fija en la mía, traspassando la sombra de aquel sueño.

Una noche, hará dos meses, al regresar yo a eso de las nueve a mi pensión, que está situada en un barrio apartado de Lisboa, vi parado allí un coche de alquiler, y vi también que el cochero estaba discutiendo groseramente con una señora que estaba de pie junto al coche vestida de negro y cubierta con un gran velo de encaje. La señora cambió unas palabras con otra de más edad que la acompañaba y le dijo al cochero con una voz delicada y temblorosa, de una musicalidad singular, diferente a todas las que yo había oído hasta entonces:

—Pero dígame dónde quiere que se lo mande. Ya le he dicho que no tengo más dinero.

—A mí no me venga con cuentos —respondió el cochero—, si no tiene dinero vaya a pie. Lo que me debe es eso, hay una tarifa. Si no me lo paga todo llamo a un guardia. Además, si no le llega, déjeme algo en prenda.

Ella, dando golpecitos impacientes con el pie contra el suelo, se levantó un poco el velo de la cara y empezó a quitarse un guante con gesto nervioso. Pensé que iría a quitarse un anillo. El cochero se apresuró a pasar las riendas por la rejilla del pescante y se bajó. A todo esto yo me había acercado y cuando él iba a dar el primer paso me adelanté en un impulso nervioso, le di con el revés de la mano una bofetada que le hizo tambalearse y caer contra los caballos. Luego, dándole una libra que traía en el bolsillo, le dije:

—Ahí tiene, por la bofetada; la carrera ya está pagada de sobra.

Era como si alguien me hubiera soplado al oído aquellas palabras tan románticas que ahora me asombra que se me ocurrieran a mí como emergencia retórica para salir del paso.

El cochero miró a la luz del farol la moneda, volvió a subir al pescante y se fue diciendo:

—Buenas noches, mi amo.

Yo me había quedado aturullado y confuso y balbuceé algunas palabras vagas, al tiempo que me quitaba maquinalmente el sombrero, sin saber cómo despedirme de aquella persona que tenía al lado. Era la primera vez que estaba cerca de una señora de la gran sociedad, fina y distinguida además como pocas podrán verse. Tenía la tez blanca y aterciopelada como el pétalo de una camelia, un prodigio de suavidad que sólo puedo comparar al de otra mujer desconocida que una noche vi pasar por delante de mí en la sala del San Carlos, dando el brazo a un señor y envuelta en una capa a rayas blancas y rojas. Los que se codean a diario con estas criaturas divinas y las ven y les hablan puede ser que no se impresionen, como yo, ante su aspecto. Pero para uno que se tropieza

de cerca con ellas por primera vez en la vida no puede haber nada más perturbador. ¡Que los hombres acostumbrados a habérselas con las más violentas emociones, a mirar al peligro a la cara, a afrontar la desgracia y la gloria, se pongan a temblar delante de una cosa tan simple como es el primer contacto con una señora bien vestida! Ahora entiendo el antiguo prestigio magnético de las reinas sobre sus pajes, las castellanas sobre sus vasallos. Es una sensación incomparable.

Me quedé mudo e inmóvil. Ella me recorrió de arriba abajo con una mirada expedita, y al tiempo que me daba las gracias con un acento trémulo, me alargó por entre la nube negra de sus encajes, la mano que se acababa de desenguantar.

Dejé mi basta mano en aquella otra delicada, hechicera, convulsa y fría, y sentí que por todo mi cuerpo fluía un estremecimiento eléctrico producido por aquel apretón de manos, que en una sola sacudida había hecho tintinear los engarces de una enorme cadena que le servía de pulsera.

Entonces, por decir algo, me salió instintivamente una frase hecha y espantosa que se usa en Viseo, pero que estoy seguro de que aquella criatura nunca la había oído antes y debió producirle el efecto del aullido estridente de un animal salvaje, que surge por vez primera entre la maleza. ¡Qué vergüenza me da acordarme! Las palabras de esa frase, que mi memoria de provinciano conservaba y que mis labios pronunciaron rudamente, fueron:

—Disponga de mí para lo que guste mandar.

Y yo mismo me quedé avergonzado de lo que había dicho, le volví la espalda y me alejé con paso rápido. Iba mortificado y confuso, como si hubiera pronunciado una obscenidad; quería que me tragara la tierra. No me atreví a mirar para atrás para que no me alcanzasen las carcajadas que imaginaba, aunque no las oía. Me parecía que se estaban riendo de mí los perros callejeros, las piedras, los faroles, los números de los portales, los rótulos de las esquinas, los aguadores que pasaban con sus cubas, los dependientes que despachaban arroz detrás de los mostradores de sus tiendas.

Me metí desolado en el portal de casa, subí las escaleras, me encerré en mi cuarto y me puse a pasear arriba y abajo sin dar la luz. En la oscuridad se me aparecían juntas e iluminadas por un resplandor diabólico aquellas dos manos que acababan de juntarse en la calle, la mía morena curtida y caliente, la suya blanca, nerviosa y helada. Después se me representaban las imágenes enteras de los dos. La de ella, de una palidez ebúrnea con aquel perfil melancólico de Madona a la que hubiesen quitado el niño de los brazos, ondulante entre encajes y raso. La mía, envarada y cohibida ante la de ella, no sabiendo dónde poner el sombrero ni el bastón, con todas las taras de mi pobreza y mi mediocridad, saliendo ostentosamente a flote. Junto a cuanto ella tenía de ideal y de etéreo resaltaba mi aspecto vulgar como una caricatura: el traje de segunda mano, las botas de doble suela deformadas y sucias, los pantalones con unas rodilleras que por muy tieso que me pusiera me hacían parecer como encogido, los puños arrugados, y para colmo la yema del dedo pulgar manchada de tinta. La verdad es que éramos el polo opuesto uno del otro, y sólo a una estupidez del azar puede achacarse que hubiéramos llegado a estar situados en la misma latitud aun cuando en seguida nos hubiesen venido a separar para siempre aquellas palabras que volvían a zumbarme en los oídos, como síntomas de una congestión: «Disponga de mí para lo que guste mandar.»

No me explico la extraña fascinación que aferraba mi alma al recuerdo de aquella mujer que había visto. No se trataba de una indefinida simpatía ni un deseo inconfesable ni de un vago amor. Después de analizarme detenidamente tuve que reconocer que el único impulso que me obligaba a seguir pensando en ella era de odio. Odiaba a aquella mujer de forma injusta e inexplicable, como tal vez odien los incluseros a la sociedad que permitió su nacimiento. Su distinción aristocrática, la elegancia congénita de sus maneras me habían humillado e incluso enfurecido, hurgando en ese pozo interior de rebeldía, de cariz demagógico, que la gente del pueblo esconde siempre, como arma inconfesable, en lo más hondo de su alma. Aquella mujer tendría sin duda menos cultura que yo, un razonamiento menos sólido, una voluntad menos firme y una menor amplitud de horizontes. Pero para compensar aquellas deficiencias le asistía una superioridad repugnante e inadmisibles: la que da la casta. Basta con una cuna lujosa, una constitución endeble, un colchón de plumas, una infancia entre algodones, mecida por los acordes de un piano, para que resulte ridículo y despreciable junto a ella un hombre que creció a la luz del sol y que tuvo en torno por toda melodía el gemido del viento en los robles y los pinos. Y se trataba de una barrera perpetua. Ella siempre seguiría dominando y cautivando dentro de aquel reducto vibrante de luces, terciopelos y cristal, y yo metido en mi cuarto con su estantería de pino adornada con un vil muñeco de escayola, su cama de hierro con colcha de algodón, siempre en la sombra. Y pobre de mí si me empeño en salir de tan irrisoria mediocridad y abrigo la ambición de quebrar mi oscuro destino.

Encendí las dos mechas de mi lámpara de latón y traté de ponerme a estudiar. Imposible. Recorrí las letras del libro que tenía delante, y a lo largo de tres o cuatro páginas no conseguí enterarme de una sola palabra. Aparté el libro y me quedé un rato inerte, atontado, con la mente en blanco y los ojos fijos en las cuencas vacías de una calavera que había encima de la mesa y parecía reírse de mí con el desengaño y el sarcasmo de los desenterrados. Sentía asco de la vida. Me desnudé, apagué la luz y me metí en la cama.

Aquel día me habían hecho la cama con sábanas muy bien planchadas de las que mi madre siempre me metía profusamente en el baúl; tenían la aspereza del lino y ese olor característico de la ropa blanca guardada en armarios provincianos.

—Pobre madre —me decía tumbado mientras trataba de revivir el aroma lejano de la casa paterna—, tú creías, en tu simplicidad, haberme dotado de unos lujos que en Lisboa iban a llamar la atención, al bordar para mí los embozos de estas sábanas y rematarlos con esta puntilla que elaboraste infatigablemente en tus bolsillos. Si pudieses saber que aquí esa aplicación de dos años consecutivos de tus dedos a la labor nadie la admira ni se fija en ella, que no ha pasado de arrancarle risas a la criada cuando me ha preguntado esta mañana si a los curas de mi pueblo les prestaba mis sábanas para que se holgasen entre ellas los días de misa cantada. Pero ¿qué importa que los demás no sepan apreciar tu trabajo? Son gente mala, viciosa, basta con que te lo agradezca yo, mi oscura y vieja amiga. Por los arabescos de estos encajes que tus manos me dedicaron y que las mías palpan ahora me parece que corren en surcos ondulados las lágrimas que llorabas mientras el viento susurraba entre los árboles y el granizo repiqueteaba contra los cristales, y tú, desvelada, pasabas las noches junto a la cuna donde lloriqueaba tu niño pequeño.

Y al sentir contra el rostro el contacto áspero del lino bordado, lo besaba con unción, como si fueran las alas de un ángel bueno. Pero por encima de aquel olor de las sábanas que subía hasta mí como una caricia llegada desde lejos percibía un aroma que contrastaba singularmente con aquél, el que perfumaba la piel de aquella desconocida y que me había propagado al estrecharme la mano. Lo aspiraba con una fruición irritante que me oprimía y me desgarraba. Hundí los labios en la palma abierta contra mi cara y aspiré, pobre de mí, aquel aroma de un paraíso lejano e ignoto. Era diabólico el torbellino de ideas que aquel olor exótico, cálido y penetrante me traía a la imaginación. Sentía como una alucinación, como ardores de fiebre.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, tenía la almohada mojada de lágrimas. Pero tienes que perdonarme, Teresina, amor mío, porque no fue por ti por quien lloré esa noche.

II

A los pocos días vine a saber que aquella señora con la que me había encontrado era la condesa de W. Se me había quedado su cara grabada en la memoria como el rostro de un muerto en su mascarilla de yeso. Así que al volverla a ver pasar en coche descubierto una mañana por el Rosío la reconocí en seguida, y alguien, a mi lado, dijo su nombre.

Iba reclinada con ademán lánguido, casi acostada, abstraída, mirando sin ver, como si una aureola invisible la aislase de los ruidos y las imágenes de la calle, demasiado vulgares para rozarla. Vestida de verano, encantadora en su aparente sencillez, emanando aquella gracia y frescura que más se adivinaban que se veían y más apetecía aspirar que contemplar, tenía una seducción alucinante. Llevaba en el pecho una rosa color de paja y un ligero mechón de sus cabellos dorados y transparentes, sueltos del peinado, le caía sobre la frente. Me quité el sombrero, con los ojos clavados en ella; creo que se dio cuenta de mi saludo, pero se me quedó mirando como si me viese por primera vez en su vida, con la misma indiferencia con la que habría mirado una ventana vacía o un letrero en blanco y siguió su camino impasible e inmóvil como una estatua indolente de la hermosura, arrebatada de su pedestal por un cochero con galones y dos caballos al trote. Seguí paseando con el amigo con quien estaba tratando de disimular la emoción que acababa de sentir mediante una tirada de invectivas políticas. Poco después vi pasar en la misma dirección que había tomado el coche de la condesa un *coupé* oscuro sin iniciales ni escudo, con todas las cortinillas echadas. Aquella circunstancia, por lo demás naturalísima, me indignó y me llenó de despecho. Me dio por imaginar que aquel coche podía ir en seguimiento del de la condesa, y no sé por qué vericuetos de la mente o del corazón me vino el deseo fulminante de aplastar aquel vehículo y a su ocupante.

—¿Qué te pasa? Estás temblando —me dijo mi amigo, de cuyo brazo iba agarrado.

—No, no es nada. Un escalofrío, cosa de los nervios.

—Pero si te has puesto blanco. Tienes los labios blancos y las orejas ardiendo.

—Ya me ha pasado otras veces, me da como un vértigo.

—Claro —dijo él—, de tanto fumar y quedarte a estudiar por la noche. Te vas a hacer polvo el

corazón.

—Puede que también sea debilidad, porque tengo hambre —dije sonriendo y logrando a duras penas sostenerme en pie—. Te dejo, ¿sabes?, me voy a comer.

Y paré el primer coche de alquiler que pasaba.

—Ahora, en cambio —añadió mi amigo—, estás sofocado y rojo como el lacre. Debías tomar un poco de hierro y de bromuro.

—Cuando llegué a casa tenía fiebre y por fuera de la chaqueta se me notaban los latidos del corazón.

Ya no volví a verla hasta la noche de la desgracia. Aquella novela misteriosa y absurda que yo acariciaba a solas tuvo un desenlace trágico al que la fatalidad me arrastró de la mano de ella.

III

Fue la noche del 20 de julio pasado. Volvía yo de casa de Z., con quien había estado hasta las dos, y a punto de alcanzar mi portal sentí a mis espaldas el paso rápido de dos mujeres. Aminoré el mío y las dejé que me adelantaran, caminando aprisa por la acera en declive. A la luz de un farol pude verles el rostro. Una de ellas era alta, flaca y tiesa, de cierta edad. A la otra la reconocí al punto, a la primera rápida ojeada, ¿para qué voy a describirla?, era ella.

Iba alterada, inquieta, ahogada en llanto. Hasta tal punto me impresionó el espectáculo de la angustia que había venido a hacer presa en aquella hermosa mujer, tan serena y radiante en apariencia pocos días antes, que en aquel momento me sentí capaz de dar la vida por conjurar aquella visión de su cuerpo abatido en la oscuridad de una calle cualquiera bajo el azote más violento, implacable y hostil que cabe soportar a un ser humano: el de la desgracia. Ella, la viva imagen de la delicadeza y la dulzura, la expresión más acabada de la belleza, del equilibrio y del triunfo, ¡sucumbir ahogada por la serpiente cuya cabeza yo había imaginado aplastada por su pie sobre una media luna!

Me quedé unos instantes en suspenso. Por fin mis pasos se encaminaron presurosos a su encuentro y, una vez a su lado, le dije compulsivamente:

—Perdone mi intromisión, señora condesa de W., pero no puedo evitar ver que está usted llorando y me parece algo insólito y horrible. Me da la impresión de que se encuentra sola y desamparada en este barrio. Si no se hubieran juntado estas circunstancias extraordinarias, no me habría atrevido nunca a dirigirle la palabra. Pero sepa que estoy a su completa disposición, señora mía, que puede disponer usted de mí como de un amigo o un esclavo de por vida y en la muerte.

Ella parecía escucharme sin hacerse mucho cargo de lo que le decía y dando muestras de viva inquietud. Pero cuando proferí la última palabra pareció captarla y la repitió como en una exclamación de delirio:

—¿En la muerte? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo lo ha llegado a saber?

Y apoyándose en el brazo de la otra señora, se aferraba a él con un gesto convulso de pavor.

Luego alzó hacia mí unos ojos extraviados y suplicantes.

—¿Qué es lo que quiere? Diga lo que sea —balbuceó—. Si viene a prenderme, aquí me tiene. Puede llevarme donde quiera.

Y, dichas estas palabras, se volvía hacia todas partes y miraba la calle con una exaltada expresión de zozobra, vergüenza y miedo. Era la personificación de la angustia más viva y lacerante, me henchía el corazón de compasión y de piedad.

—Perdone —le dije—, pero quiero pedirle por amor de Dios que se calme. Yo no sé de qué me está hablando. Ni vengo a prenderla ni a interrogarla ni a nada. No soy ningún juez ni ningún espía ni ningún verdugo. Hoy es la tercera vez en mi vida que la veo. La primera fue en esta misma calle hará cosa de un mes, cuando un cochero le estaba reclamando el importe de una carrera. La segunda hace quince días en el Rosío, que pasó usted sin verme. Soy un amigo suyo, pero anónimo y oscuro. La imaginaba en el apogeo de la dicha y la suerte; es más, me despertó envidia y hasta odio. Y ahora la veo de pronto, según me parece, al borde de un abismo y en mi alma apenada no hay sino compasión y ternura para usted. Así que también usted, como las demás, pobrecita, conoce lo que es la desgracia. Pobrecita.

Y sentía una conmiseración ilimitada y profunda.

—No sé —dijo ella—, estoy tan alterada que no consigo entenderle bien y tan afligida que no soy capaz de reconocerlo, apenas tengo un vago recuerdo de usted. Pero sus palabras son tan consoladoras y generosas... ¡Ay de mí, no puedo tenerme en pie!

Le ofrecí mi brazo, me aceptó, y se quedó un momento sujeta por mí y por la otra señora, inmóvil, con la cabeza echada para atrás y la boca entreabierta, aspirando el aire a grandes sorbos.

—Vamos —dijo al cabo—. No hay tiempo que perder, no puedo morirme aquí, tengo que llegar a casa cuanto antes para escribir eso.

Y se esforzó por seguir caminando, aún ansiosa y jadeante como estaba, a pasos lentos y vacilantes, sin soltarse de nosotros y deteniéndose de vez en cuando como para recibir el aire que le faltaba. Yo me sentía abrumado a la vista de tanto dolor. Se me venían a la imaginación palabras que habría podido decirle, pero las rechazaba antes de pronunciarlas ante el temor de que ella las interpretase como dictadas por una simple y vulgar curiosidad por hurgar en las causas de su infortunio. La calle por donde íbamos la estaban arreglando y había que caminar sobre una capa de guijarros agudos sin apisonar. Al llegar a la esquina de la calle se volvió ella hacia la otra señora, que en aquel momento comprendí que debía ser su doncella y le dijo:

—Betty, se me ha salido un zapato, ¿me lo quieres calzar?

La doncella se agachó.

—Se le ha roto el raso. Y además —exclamó— el pie le sangra.

Ella siguió andando resueltamente, sin hacer caso. Me sentí maravillado ante el temple y el valor de aquel alma de constitución tan endeble, y en mi arrebató de admiración me sentía capaz de

levantar en vilo y transportar entre brazos aquel cuerpo valiente y al mismo tiempo abatido, y estaba dispuesto a hacerlo. Gracias a que al llegar a la primera bocacalle apareció un coche de alquiler vacío. Lo llamé y la condesa, que no ocultaba su enorme prisa por llegar a casa, subió en seguida a él con su doncella. Al tiempo que les cerraba la portezuela, alargué mi tarjeta a la condesa y le susurré en voz baja, casi al oído:

—Señora, cualesquiera que sean las causas o las consecuencias de la extraña circunstancia que me ha permitido acercarme a usted, tenga siempre la firme certeza de que nadie en el mundo sabrá nada de este encuentro nuestro. Si no llega a necesitar nunca de mí, seguiré siendo, como hasta hoy, un total desconocido para usted, y de ahora en adelante será todo como antes de haberla visto y hablado.

Ella me respondió conmovida:

—Dios le pague esas palabras de bondad que tal vez sean las últimas dichas en ese tono que me quepa escuchar en este mundo. Cuando se entere —porque esto no podrá por menos de saberse, Dios mío— de lo que he pasado a ser desde esta horrible noche ante la sociedad y ante la Ley, procure usted que por lo menos su madre, su hermana o su novia, si la tiene, no me desprecien, dígalas que no soy tan criminal como podrá parecerles, que le hice esa confesión cuando me despedí de usted entre la vida y la muerte. Adiós. Y no le doy la mano porque no me merezco la amistad de las buenas personas, sólo me cabe pedir compasión. Téngala usted de mí. Adiós.

Ya se había alejado el coche a la distancia de algunos pasos cuando volvió a pararse a un gesto de la condesa. Ella misma abrió la portezuela, se bajó y vino hacia mí. Yo acorté la distancia que nos separaba.

—Quisiera hablar con usted un momento —dijo.

Y tras una breve pausa, a lo largo de la cual pareció coordinar ideas dispersas, añadió:

—Pienso que nuestro encuentro aquí en esta calle y a estas horas ha podido ser providencial. Posiblemente sea usted la única persona del mundo que Dios me ha querido deparar como protección y compañía. Verá: tengo un pariente al que voy a escribir para participarle mi secreto, pero no estoy segura de que se encuentre en Lisboa. Y en ese caso no tendría en quién confiar. Si tuviera usted la bondad de querer ayudarme, ¿podría venir a mi casa mañana a eso de las once?

Y después de darme las señas de su casa en Lisboa volvió a subir al coche y éste partió.

No puedo explicar la singular emoción que me despertaba la figura de aquella mujer a cuyos pies heridos me daban ganas de postrarme en actitud de adoración, a pesar de haber descubierto que podía estar mezclada en un crimen.

IV

Al día siguiente, a la hora fijada, me presenté en casa de la condesa. Era un edificio sencillo y blanco de un solo piso, y estaba todo cerrado. Me abrió la puerta un criado con librea azul, chaleco rojo y calzón corto. Era un hombre de edad, con el pelo blanco, pulido y ceremonioso como un embajador, peinado como un *gentleman* y más serio que una estatua. Me hizo pasar hablándome en

francés.

Las escaleras estaban barnizadas de blanco y refulgían como una pechera almidonada. Por el medio de los peldaños corría una alfombra gastada de terciopelo sujeta por varillas de cobre brillante. En el rellano, emergiendo de la pared, llamaba la atención una concha de alabastro rebosante de plantas de hoja larga, sobre las cuales caía agua de una fuentecita. Llegados arriba, el mobiliario era blanco y sobre las paredes forradas de verde destacaban varios cuadros al óleo enmarcados en oro. La luz tamizada y alta pasaba a través de cristales esmerilados. Todo respiraba placidez, serenidad y elegancia, y denotaba un ambiente que más evocaba el retiro de un artista que el palacio de un noble o de un burgués.

Se descorrió una cortina y fui introducido en una sala tapizada de cuero y rodeada de sofás y butacones con tiras de tafilete claveteado; había grandes jarrones y algunos bronce, uno de los cuales era un busto de la condesa firmado y fechado en Milán. Uno de los gruesos cortinajes de las puertas estaba descorrido y dejaba ver la pieza contigua, un viejo salón con su gran piano de ébano, en cuyo costado se leía claramente la marca Erand en letras de plata. Junto al piano, apoyado contra un sillón, se veía un violoncello, y delante un atril de marfil. Había vasos con flores y libros encima de las chimeneas de mármol; todos los muebles estaban colocados de tal forma que parecían estar en íntimo y quedo susurro coloquial. Se percibía en el ambiente y a través del aspecto de todas las cosas que allí residía a sus anchas algún ser espiritual y dichoso, que tenían que haberse sucedido en aquel recinto gustosas charlas, músicas y lecturas. De repente, al levantar los ojos de un libro que alguien había dejado en la mesita del centro, me quedé muy sorprendido al descubrir enfrente, al fondo de un gran espejo, una imagen inmóvil y tétrica, que al volverme rápidamente reconocí como la de la condesa y una exclamación de asombro subió a mis labios.

Durante el breve lapso que mediaba entre aquel instante y la última vez que la había visto, se había operado tal transformación en su aspecto que parecía diez años más vieja. Tenía los ojos hundidos, la expresión apagada, el color terroso y opaco. La contracción de su rostro, surcado por dos arrugas transversales, la hacían parecer flaca y desmejorada. A resaltar este aspecto contribuía también el peinado tirante y rematado por un moño recogido en la nuca, que le afilaba la nariz y hacía resaltar unas orejas despegadas y como espectrales.

Me hizo señas de que la acompañase y, al obedecerla, me parecía penetrar detrás de ella en los dominios de la muerte. Cruzamos la sala y entramos en una de las habitaciones. Me señaló un sofá y tomó asiento a mi lado sin dejar de mirarme con gesto impasible. La pausa terrible que se siguió era esa mudez de los dolores inexpresables, cuando las almas se debaten, como si surgieran de un abismo de lágrimas, en un arduo intento de articulación de la voz. Entreabría los labios, como al borde del grito, y la barbilla le temblaba, igual que la de un niño asustado a punto de estallar en llanto. Por fin logró articular unas palabras lentas y entrecortadas, que parecía entregarme como si me alargara en pedazos el corazón:

—Le ruego que no me condene por las primeras palabras que va a oír de mi boca —dijo.

Y luego, tras un breve silencio, añadió en voz más baja:

—He matado a un hombre.

Me quedé estupefacto:

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loca?

—No —repuso ella grave y pausadamente—, todavía no. Y no crea que no me admira. No comprendo cómo han podido transcurrir estas horas un minuto tras otro, un segundo tras otro, sin que mi razón haya zozobrado irremisiblemente arrastrada por el torbellino de esta desgracia implacable sin término ni remisión. Sí, he matado a un hombre; sin querer, pero lo he matado. Y quiero entregarme a la justicia, estoy decidida. Si extendiendo mi mirada hacia el futuro no encuentro más esperanza ni lenitivo para mi situación que los de morir entre tormentos que estoy dispuesta a bendecir como dones del cielo, hambre, vejaciones, miseria, me da igual morir en el fondo de una mazmorra que abrasada por el sol en las arenas ardientes de una playa desierta de África, devorada por un cáncer, de sed, de fiebre, me da igual. Sólo le tengo miedo a dos cosas: a la locura que pudiera traer a mi mente la falaz alegría de ser aún amada por alguien y a la muerte repentina capaz de arrebatarme la única expiación que Dios concede a los culpables: la libertad de sufrir. Pero lo malo es él, su nombre de boca en boca, su cadáver profanado, su intimidad sacada a la luz, traicionada.

Y añadió hablando como en sueños, enajenadamente:

—¿Qué fatal destino le trajo a mi lado, pobre muchacho, y lo arrojó a chocar contra mi corazón donde le esperaba la muerte! ¿Por qué no correspondería al amor de otras mujeres más dignas que yo, al de Carmen Puebla, por ejemplo, que de tanto adorarle llegó a morir por él? ¡Qué ciego estuvo! ¡Qué imprudencia y qué infortunio los suyos!

Y tapándose la cara con las manos prorrumpió en un llanto roto y convulso, como desahogo de una opresión que parecía despedazarle el pecho y salirle a borbotones con aquellas lágrimas.

—Vamos —le dije yo cuando se aplacó un poco—, serénese un momento y pensemos en qué se puede hacer. ¿Está completamente segura de que el conde ha muerto?

—¿Cómo el conde? —preguntó ella al tiempo que se incorporaba y se secaba los ojos—. Pero, claro, tiene usted razón, es que no se lo he contado todo. El hombre a quien he matado no era mi marido.

Y plantándose delante de mí con expresión alucinada añadió en una voz demudada y profunda:

—Era mi amante.

Se había quedado inmóvil a la expectativa de mis palabras, en la actitud de un reo que se dispone a escuchar su sentencia de labios de un juez. Yo me levanté maquinalmente y di unos pasos por la habitación. A mi primera reacción de sorpresa ante aquella confesión brusca, escueta e inesperada, había sucedido una instintiva repulsión. Ella seguía en la misma postura denotando una insensibilidad que ya no sabía si achacar a arrepentimiento o a cinismo. Yo sentía una mezcla de pasmo e indignación ante aquella frágil y pura estatua para la que había esculpido un pedestal en mi corazón, y que veía súbitamente precipitada y hundida en el cieno, era algo parecido al horror.

Podía soportar la idea de que fuera criminal, pero no la de que se hubiera prostituido. La recorrí con una mirada que debía traslucir todo el desprecio que en aquel instante me inspiraba, y luego, saturado de pena, exclamé:

—¡Pero eso es horrible!

Ella se estremeció, cerró los ojos con gesto desfallecido y se apoyó vacilante en el respaldo de una silla.

—Le extraña que me produzca horror, ¿verdad? —proseguí—, quizá incluso la ofende. Sí, es natural. Ya sé que la buena sociedad de Lisboa mira con ojos benévolos semejantes deslices, que son el pan nuestro de cada día. Pero yo soy un hombre muy primitivo, me han enseñado que la fidelidad es para una mujer un principio tan sagrado como lo es para el hombre el sentido del honor, y se me revuelve la sangre pensando en las únicas mujeres que mi inexperiencia me ha permitido conocer en este mundo; en nombre de ellas, mi madre y mi novia, me rebelo contra el amor libre y me resulta incomprensible que una persona limpia de corazón pueda caer en aberración semejante. Rechazo el adulterio como una indecencia, y por eso matar a un hombre en esa circunstancia agravante me parece tan grave por atentar contra una vida humana como por faltarle al respeto a la muerte misma. Porque resulta sucio y horrible, es como tirar un cadáver a una cloaca.

Ella me escuchaba en silencio, hipnotizada, como en una especie de éxtasis, abrumada bajo aquella ola de grosería mía, no por instintiva menos cruel. De repente, sin proferir un grito ni hacer un solo gesto, se desplomó desoladamente contra el suelo, como fulminada por la muerte.

Pensé en llamar a alguien, estaba incluso a punto de llamar al timbre cuando comprendí lo inoportuna que hubiese resultado la intervención de nadie en aquella escena. Me incliné, pues, hacia ella, que estaba caída de bruces sobre la alfombra, y le incorporé la cabeza. No le encontraba el pulso. La tomé entre mis brazos y su frente se quedó colgando por encima de mi hombro, de modo que podía rozar con los labios aquella cara exánime. Me acerqué a un sofá, pero acometido por una especie de respeto supersticioso, no dejé el cuerpo allí, sino sentado encima de un sillón, hecho lo cual entré corriendo al cuarto de al lado, que era su tocador, y traje un frasco de colonia que encontré encima del lavabo. Después de humedecerle las sienes y las muñecas, la ausculté: el corazón reanudaba sus latidos y el puso reapareció. Contemplé, de rodillas junto al sillón, aquella figura extenuada. Los ojos cerrados, la boca entreabierta a través de la cual se veían aquellos dientes menudos de perla, la cabeza desmayada sobre el respaldo daban a aquel rostro en escorzo la expresión transfigurada de un ángel que se remontase sobre un sepulcro. Los pies estrechos y finos calzados con medias de seda y zapatos negros de raso sobresalían de la orla del vestido con una fúnebre inmovilidad. Le descansaba sobre el regazo una de las manos, pálida, surcada de venillas azules y adornada por un aro de brillantes y rubíes y de su bata de encaje negro se desprendía aquel mismo perfume típico suyo que se me había quedado impregnado ya en las manos en nuestro primer encuentro. Evoqué su figura entrevista a la luz de un farol la noche aquella, reencontrada luego a plena luz del día cuando pasó en su coche descubierto, y a pesar de conservar tan vivas aquellas impresiones, me parecía que habían transcurrido años desde entonces acá.

La que tenía ahora delante era una mujer vieja. Entre sus cabellos lacios por las sienes y en la

parte alta de la cabeza se descubrían algunas canas. El dolor había contraído sus facciones y desfigurado su fisonomía en una sola noche. El reguero continuo de su llanto había dejado surcos profundos e indelebles en aquel rostro, súbitamente envejecido. ¡Qué insondable y tenebrosa angustia habría tenido que hacer presa de aquel infortunado cuerpo para asolarlo así!

De la calle venían los acordes de un organillo que tocaba un potpourri de varias óperas y al son de aquel estúpido y continuo martilleo de los rollos mecánicos me pareció ver desfilan entre aquella pobre señora y yo en loca desbandada, en una evocación trágica y grotesca, todos los grandes símbolos de la educación sentimental, una letanía rediviva de viejas pasiones galantes girando en fúnebre remolino, en danza macabra, bajo el manubrio del organillo, en torno de aquel cuerpo exangüe, a la manera en que las visiones del pasado se ciernen sobre el lecho de muerte de algunas religiosas representadas en antiguos retablos. A los sonos de aquella música automática que se producía con un fluir sonámbulo me parecía ver pasar por el aire una ronda de las tentaciones que podían haber zarandeado la vida de aquella criatura: pálidos Manriques y fogosos Manfredos, trayendo bajo la capa poéticas reminiscencias del Cid Campeador o del paladín Rolando, la melancolía de Hamlet, la exaltación sentimental de Werther, la rebeldía de Fausto, la saciedad de Don Juan, el tedio de Childe Harold, y junto a ellos toda una legión dramática de beldades amadas: Francesca, Margarita, Ofelia, Julieta, Virginia y Manon. Y todas esas imágenes de amorosas leyendas bailaban en misteriosa ronda al son de la *Traviata*, de *Lucia del Bailo in maschera*, tejiendo una guirnalda de besos disecados, de besos de madera matraqueados por aquel organillo de la calle.

—«Amor, amor, amor» —seguro que ésa fue la letra constante del aria que, a lo largo de la vida, llegó hasta los oídos de aquella mujer culta, bella y rica. Sobre aquella escala de valores se asentó su imaginación y se moldeó su alma de niña mimada, ociosa y deseada.

¿Cómo podía sospechar en el seno de una vida tan compleja y artificiosa, los serenos atractivos de una vida sencilla y honesta? Aparte de las normas dictadas por la moda, la elegancia y acaso el arte, ¿qué había podido conocer de serio en este mundo salvo la religión y el amor? Tenía un devocionario y un marido. Pero cuando el devocionario deja de convencer y el marido deja de amar resultan un soporte insuficiente para equilibrar el alma de una mujer. Y aquella que dispone de un coche, de un salón, de un palco en la ópera, de un cofre lleno de joyas y de un ropero lleno de vestidos difícilmente podrá tener que ver con la mujer a que aludía el Yago de Shakespeare que amamanta a sus hijos y que vende cerveza, ni con aquella ensalzada por Sancho Panza cuyo destino se reduce a parir, hilar y llorar. A ésta ni la habían enseñado a vender cerveza ni a hilar. Y había llorado poco. Aunque quién sabe si no estaría compensando hoy con creces aquella ignorancia en que viviera. Y de pronto sentí un remordimiento apasionado y sincero por las crueles palabras que le había dicho. Y, a pesar de no saber qué podría hacer por ella, me sentía decidido a intentarlo todo, a sacrificar lo que fuera con tal de ayudarla.

Además tengo que decir que ni por un momento, después de haberla escuchado, se me había pasado por la cabeza la idea de que su homicidio hubiese sido una acción realmente infame y perversa del típico crimen a traición. Un vulgar y cobarde asesino no llora de esa forma, no habla

así, no se echa la culpa y se delata ante el primer extraño con el que se encuentra. Me había confesado a mí su crimen con la misma sencillez con que podría haberlo gritado a los cuatro vientos desde la ventana, sin el menor amago de disculpa. Me parecía tener ante los ojos un caso extraño de neurosis, de alucinación, de delirio razonado. Pero los delirios no ocasionan un sufrimiento como ése; yo he visto muchos locos en el hospital y aunque su expresión puede reflejar un dolor mayor aún si cabe, se trata de otro tipo de dolor. Para sufrir como la había visto sufrir a ella hay que conservar íntegras la razón y la sensibilidad. En el padecer de los locos se da un síntoma que aún cuando no tiene nombre concreto, yo me atrevería a describir como aislamiento del alma.

La condesa, cuando volvió en sí, se mostró más apaciguada. Para evitar que la excitación se le reprodujera mediante un minucioso relato de episodios que, tanto mi discreción de hombre de bien como mis conocimientos médicos me aconsejaban evitar, le pregunté:

—¿Alguien más está al tanto de este caso?

—Por ahora sólo mi doncella, la que me acompañaba cuando usted nos encontró; pero dentro de poco lo sabrá también mi primo H., a quien acabo de escribir. El muerto es extranjero y no conoce a nadie en Lisboa salvo a mi primo. No creo que nadie sepa ni siquiera que está aquí. Lo que pretendo evitar sobre todo son los trámites policíacos, revelar su nombre, su nacionalidad, escarbar en historias de su familia. En cuanto orille eso, me entregaré a la justicia, o me mataré, o huiré o me enterraré viva, me da igual cualquier cosa.

—¿Y sabe su primo en qué circunstancias ha muerto él?

—No. Le digo que ha muerto y nada más.

—¿Puede contar, al menos durante unos días, con el silencio de su doncella?

—Sí. Ella no dirá nada nunca.

—Entonces espere un poco antes de mandar esa carta a su primo. ¿Dónde está «él»?

—En la misma calle en que nos encontramos ayer, en la casa número ...

—¿Cómo se entra en la casa?

—Tengo una llave —respondió ella.

Y tras reflexionar unos instantes, prosiguió.

—Ayer, cuando le pedí que viniese, estaba loca de desesperación y de espanto, me parecía que todo cuanto pudiese acercarse a mí tenía que venir forzosamente tocado de castigo y que cualquier socorro o amparo habrían de huir para siempre de mi alcance. Bajo los efectos de este delirio le pedí a usted, un desconocido, que viniera hoy a verme, ¿para qué?, ni yo misma lo sabía. Para desahogarme con alguien, para que me ayudara a buscar una solución, un desenlace del tipo que fuera, para huir de mí misma. No iba a acudir a la Policía porque me parecía una profanación para el nombre de ese desdichado. Tampoco iba a llamar a la puerta de cualquiera de las familias burguesas y honorables que conozco, que me harían pasar al comedor, me estrecharían la mano, me harían compartir su sobremesa, me traerían a sus hijos pequeños para que les diera un beso. ¿Cómo

en el seno de un ambiente así voy a ser capaz de decir a bocajarro: «Yo, aquí donde me ven, he matado a un amante que tenía y vengo a hacerles partícipes de ello, en celebración ignominiosa»? No, no; mucho mejor entregarme al azar, a lo desconocido. Y todo esto lo he pensado desde ayer, pero no sé explicarle cómo, sin coherencia ni continuidad, fragmentariamente, a lo largo de esta noche horrenda. No es que hoy tenga tampoco una mayor lucidez que ayer, no; sigo sin saber qué hacer. Sólo sé que estoy perdida y que necesito que venga alguien y que me lleven. Pero usted me parece una persona generosa, compasiva y leal. Ya le he contado lo que ha sucedido y dónde está él, le he dicho la calle y el número de la casa. Y ahora tome, aquí tiene la llave.

Y sacándose del pecho una cadenita de eslabones picudos como los de un cilicio, que llevaba colgada por dentro de la bata, abrió la argolla que la remataba, sacó una llavecita y me la dio.

Luego se dejó caer en un sillón y se quedó postrada y silenciosa, con la cabeza echada para atrás, como abandonándose al torpor y al abatimiento que suelen suceder a las crisis nerviosas.

Guardé la llave sin saber bien lo que hacía, pensando que quizá más tarde se me viniese a la cabeza alguna idea válida para salir de una situación tan insólita y extraordinaria como aquélla. Necesitaba antes de nada salir de allí, volver a respirar al aire libre, encontrarme a solas conmigo mismo para poder reflexionar.

—Querida señora —le dije—, si mañana antes del mediodía no le he devuelto esta llave, quiere decir que me han detenido y que no hay esperanza. Es decir, que si no vuelvo a dar señales de vida, lo mejor será que huya, que se esconda o que haga lo que mejor le parezca. Si llega usted a ser interrogada, niéguelo todo. Yo prefiero mil veces que caiga sobre mí la responsabilidad de esta muerte a que cargue usted con ella y, desde luego, puede estar segura de que mis labios jamás pronunciarán su nombre. Y a partir de ahora, si quiere seguir un consejo médico, haga un esfuerzo para preservar su razón de la locura y coordinar un poco sus ideas, abra la ventana, siéntese delante de un papel y, aunque le cueste trabajo, trate de contar por escrito lo que ocurrió. Después puede quemarlo si quiere. Pero el único medio de dominar una situación como la suya y de llegar a penetrarla por entero es analizarla. Ya lo dijo el filósofo: «Si el dolor te aflige, haz un poema con él». Póngase a escribir, sus memorias o su testamento, pero póngase a escribir. Y luego lo quema. Y ahora hasta mañana, o si no, adiós para siempre.

Ella no había perdido ni por un momento aquella actitud extática que tenía desde que cayó en el sillón. Tenía la boca entreabierta y le temblaba el labio inferior con ese conmovedor gesto infantil con que se plasma la desolación en el rostro de algunas mujeres y un hilo de lagrimones silenciosos empezó a correrle por las mejillas y a humedecer los encajes de su bata. Hizo intención de incorporarse, tal vez de articular alguna palabra de gratitud. Profundamente enternecido di un paso atrás, me incliné respetuosamente y salí.

V

En cuanto cerré la puerta del aposento donde ella quedaba, al volver a pasar por el salón donde estuve primero, se me vino a las mientes una idea repentina. Encima de una de las mesas había dos álbumes grandes. Los hojeé rápidamente. Uno de ellos contenía solamente una serie de apuntes de

viaje tomados por la misma persona, según parecía desprenderse de la uniformidad de la caligrafía, a lápiz y en portugués. Entre estos apuntes había pegadas a la página algunas flores y plantas y diseñados varios esbozos arquitectónicos. Era, pues, un álbum de estudio. El otro contenía una colección de máximas, de versos, de dibujos y acuarelas con firmas diversas al pie. Yo devoraba con los ojos el contenido de cada página.

No me había atrevido a preguntarle a la condesa por el nombre de su amante, consciente de que su boca sería incapaz de pronunciarlo, pero, por otra parte, necesitaba conocerlo, ver su letra. Estaba seguro de que aquel nombre desconocido tenía que figurar entre los que estaba leyendo, que la letra buscada podía tenerla en aquel mismo momento delante de los ojos. ¿Cómo poder, sin embargo, sin el tiempo ni el sosiego necesarios para reflexionar sobre la posible intención de cada una de aquellas frases, encontrar lo que buscaba? Tenía que renunciar a aquel recurso, a pesar de comprender que podía ser precioso y que lo tenía entre las manos. Al cabo, tras un breve titubeo, me apoderé del álbum y salí.

Una vez en la calle, tomé un coche, le di las señas de mi casa y allí mismo, en un rincón, me puse a leer ávida y sucesivamente cada uno de los fragmentos en prosa y en verso de que contaba la colección aquella. La condesa había dicho que su amante era extranjero. No era un dato suficiente para que yo distinguiese su nombre en aquella torre de Babel, donde se iba saltando de una lengua a otra a lo largo de las sucesivas páginas. Había frases en francés, en italiano, en alemán, en inglés, en español. El nombre de Ernesto Renan encabezaba una frase en caldeo; Garcín de Tassy, profesor de lenguas orientales de la Sorbona, firmaba una frase en indostán; Abd-el-Kader había dejado simplemente su firma en árabe; la princesa Dora Distria firmaba en Turín un pequeño texto albanés. Nombres portugueses no había más que dos. Con la lectura de aquellos textos poco sacaba en limpio aparte de la mera constatación de los variados idiomas y firmas.

Cuando llegué a casa me di cuenta de que las señas que la condesa me había dado eran las de un edificio de una sola planta y de aspecto modesto, que hacía esquina muy cerca de mi casa, medio oculto por otra fachada contigua y mucho más saliente, de manera que la puerta casi no se veía desde la calle. En la esquina de más allá había unos almacenes deshabitados y enfrente corría un muro viejo en cuya parte alta crecían unos hierbajos. La situación topográfica de la casa donde se encontraba el muerto era, así, de lo más idóneo para que yo pudiera entrar y salir de ella sin ser visto. Y quién sabe si no acabaría encontrando dentro del álbum alguna carta o alguna nota que me desvelase por lo menos el nombre que necesitaba conocer.

Metí la llavecita en la cerradura y entré. En lo alto de la escalera, junto a una puerta cerrada, había un guante y dos trozos de papel caídos en el suelo. Uno de ellos era media hojita en blanco; el otro, un pedazo de sobre. Tenía sello de Lisboa con estampilla del día anterior, y al otro lado un membrete en francés tachado. La carta estaba dirigida a Mr. W. Rytmel. Ese nombre figuraba entre las firmas del álbum de la condesa, al pie de unos versos ingleses. El guante, al cogerlo del suelo, vi que era de hombre, de cabritilla blanca con botones negros. Por dentro tenía la marca de una casa de Londres en letras azules. Me parecía evidente que había hallado lo que buscaba, que el nombre del muerto era Rytmel.

Luego abrí la puerta que tenía delante y me estremecí. Vi el cadáver tendido sobre un sofá, con una expresión de placidez, como si estuviera dormido. Lo toqué; estaba frío como si fuera de mármol. Junto a él había una copa con restos de líquido. Era opio.

Recorrí el aposento de una ojeada. Caído sobre el suelo había un sombrero y dentro, en el forro, tenía bordado un escudo de barón y dos iniciales: una W y una R.

No había tiempo que perder. Volví a mi casa, me senté a la mesa y abrí el álbum por la página donde Rytmel había estampado su firma al pie de aquellos versos.

Antes de seguir adelante, debe usted saber que tengo una habilidad especial considerada por Dumas como degradante para la inteligencia: soy, como habrá podido ver por la letra de estas cartas, un excelente calígrafo. Me puse, pues, a copiar con toda paciencia y meticulosidad letra por letra, los dos versos que tenía a la vista hasta cuarenta veces consecutivas. Al fin, después de tantos ensayos y tentativas, cogí la media hojita de papel que había encontrado en el suelo de la casa y redacté en inglés, con una caligrafía que nadie en el mundo habría podido dejar de atribuir a la misma persona que firmó aquellos versos con el nombre de Rytmel, una declaración de haberse suicidado con opio. De este modo, y a reserva de que más tarde se me ocurriese o no alguna estratagema eficaz para hacer desaparecer el cadáver, las sospechas de homicidio quedaban a salvo. Y también la condesa en cuanto yo volviese a entrar en la casa y dejase junto al cadáver la hojita que acababa de confeccionar.

Claro que eso no me eximía a mí, en cambio, de haberme convertido en un falsario. Me repetí a mí mismo esta palabra siniestra, encogido de espanto. Mejor sería encontrar otra solución mejor. Pero la buscaba en vano, y a todo esto había empezado a caer la noche y el tiempo volaba. Me acordé de que la condesa podía haber avisado a su primo y él venir de Cascaes, y por fin decidí salir no sin antes haber cogido unos clavos y un martillo con el fin de clavar la puerta de la casa donde estaba el cadáver y dificultar la entrada en ella a otras personas. También se me pasaron por la cabeza otras mil ideas fantásticas y a cual más absurda. Estuve paseando muchas horas nervioso, inquieto y febril. Sin dejar de darle vueltas al asunto ni de palpar dentro de mi bolsillo el escrito falsificado, mediante el cual aquella horrible responsabilidad se desviaría de la cabeza de un culpable para gravitar sobre mí con otro tipo de remordimiento.

Por fin, a eso de media noche, sin saber por qué ni para qué y como impulsado por una especie de fatal incentivo que precede a las decisiones definitivas, salí pegado a la pared, alcancé la puerta de la casa, la abrí y entré. Fue cuando me encontré de manos a boca con el doctor y con el individuo conocido a lo largo de esta historia por el nombre de «el enmascarado alto».

El primo de la condesa, que había llegado a mediodía de Cascaes con dos amigos íntimos, preocupado por la desaparición de Rytmel, que se hospedaba en su casa de Lisboa, le fue a buscar a la casa misteriosa de la cual tenía una llave y que sabía que el inglés frecuentaba con regularidad. Fue cuando se encontró con el cadáver. Conociendo, como conocía, las relaciones entre Rytmel y la condesa y comprendiendo enseguida lo delicado de la situación y lo preciso que era tender sobre aquel caso un manto de sigilo, al tiempo que juzgando indispensable que aquella muerte quedase verificada mediante el testimonio de un médico, ya que podría tratarse de una muerte aparente,

planeó y llevó a cabo la emboscada para sorprender al doctor X., de cuya vuelta esa tarde desde Sintra estaba enterado por casualidad.

Lo que ocurrió a partir de entonces, ya lo saben.

VI

Al día siguiente, todos nosotros, los que habíamos quedado dentro de aquella casa fatal, nos hallábamos reunidos a rostro descubierto en torno al cadáver.

El doctor X. había sido devuelto al punto de la carretera de Sintra donde fue detenido el día anterior.

F., encerrado durante toda la noche en un cuarto interior de la casa, había logrado comunicarse con un alemán que estaba en la pieza contigua, y pasarle por un agujero que practicó en la pared la carta al doctor que, posteriormente, apareció publicada en ese periódico. Luego había echado abajo la puerta del cuarto que le servía de prisión y, tras un violento altercado con el primo de la condesa, le había arrancado el antifaz. Los otros compañeros, al ver que desenmascaraban a su amigo, se quitaron los antifaces ellos también. Uno de ellos resultó ser amigo íntimo de F.

—¿Qué significa esto? —exclamó F. exaltado— ¿Cómo se explica?

Y señalando el cadáver, añadió:

—A ese hombre le han matado y le han robado el dinero. Exijo una explicación inmediata. ¿Cómo ha sido?

—Señores —dijo a este punto el enmascarado alto—, en el secreto que me he visto en el deber de guardar entre las cuatro paredes de esta casa, y que espero quede sepultado para siempre en ellos, está implicada una mujer. La otra parte del secreto, aquella que particularmente nos interesa y por medio de la cual queda explicada la presencia de este cadáver aquí delante de nosotros, ésa la conoce este señor.

Y volviéndose hacia mí, al tiempo de pronunciar estas palabras, añadió:

—¡Le conmino, en nombre de su honor, para que diga lo que sepa!

He jurado no decirlo —respondí yo— y no lo diré nunca. Antes, al entrar aquí y verme cogido, ante la amenaza de meterme, como ustedes, en todo este embrollo, perdí los estribos y fui víctima de una debilidad imperdonable e impropia de un hombre. Pero el hecho de que me abandone ante un peligro la energía física, que es expresión visible del valor, no significa en absoluto que carezca también de la energía moral que se requiere para guardar un secreto incluso a costa de la propia vida. Ante las preguntas de una gente enmascarada y desconocida es lícito mentir, poner una máscara también a la respuesta. Pero si esas mismas preguntas me las hacen personas de bien, invocando el honor, tengo el deber de callarme. Les advierto de antemano que serán inútiles cuantas tentativas puedan hacer para obligarme a lo contrario.

—¡Un deber bien fácil de cumplir! —observó irónicamente el enmascarado alto—. El cuerpo de ese desgraciado no puede quedar ahí por más tiempo y hay que tomar una resolución definitiva para

dejar a salvo la responsabilidad que nos atañe. En vista de que este señor se niega a poner manos a la obra, empezaré yo.

Y se puso a escribir sobre una cuartilla las líneas siguientes, que iba leyendo en alta voz a medida que las escribía:

«Prima mía: En la calle tantos, número tantos se encuentran reunidos en este momento en torno a un cadáver las personas siguientes (y aquí seguía la relación de nuestros nombres). Se trata de un tribunal supremo constituido por el azar para juzgar en última y única instancia sobre un crimen que la fatalidad ha querido poner bajo nuestra jurisdicción. Si mi querida prima tuviese algo que alegar ante este tribunal, le suplico que se apresure a hacerlo.»

—Perdón—intervine yo—, permítame añadir una línea: «A. M. C. no devuelve la llave.»

La escribió él a mi dictado, estampó luego su firma, dobló el papel y le pidió a uno de sus amigos que se lo llevase a casa de la condesa W.

Media hora más tarde, un coche llegó a galope y se detuvo ante la puerta de la casa. Empujamos hacia el centro de la alcoba el sofá en que yacía el muerto y corrimos las cortinas del salón. Enseguida se abrió la puerta y apareció la condesa.

Había seguido el consejo que yo le di de emplear las horas que había pasado sola en escribir la historia de su infortunio y había puesto al servicio del relato una elocuencia apasionada y febril. El cuaderno que le remito contiene, señor Director, la copia de la larga carta que acababa de escribirle a su primo. Cedo el lugar que he estado ocupando en estas columnas a la publicación del citado documento, que muy bien podría titularse: «Informe para la autopsia de un adulterio».

Después diré el destino que dimos al cadáver y cómo acabó la propia condesa.

La confesión de ella

I

A veces me parece que todo esto ha ocurrido en un mundo lejano, como si lo hubiera leído en una novela que me trae nostalgias, o se tratara del recuerdo de alguna confidencia antigua que alguien me hizo. Pero bruscamente la conciencia de la realidad vuelve a precipitarse sobre mí y es peor que antes: me doy cuenta de que nunca habría tenido que dejar de sufrir. He hecho bien en decidirme a escribir estas líneas; contar una pena es ya aliviarla. Desde que me he puesto a escribir se ha iniciado automáticamente el consuelo, he notado como un trasiego de las penas dentro de mi pecho, desalojando sus oscuros rincones.

Mis males dieron principio en París. Allí empecé a morir. Me acuerdo del día, de la hora, del color de la hierba y del de mi vestido. Fue a finales del penúltimo invierno, en mayo. Él también estaba en París y nos veíamos mucho. A veces salíamos de excursión, íbamos a pasar el día a Fontainebleau, Vincennes, Bougival o al campo. Era una primavera tibia y serena y todos los lilos estaban en flor. Solíamos llevar fruta fresca en un cestito indio, sobre un fondo de hojas de lechuga. Nos divertíamos como dos novios.

Llevábamos ya tres meses en París (no sé si he dicho que mi marido estaba en Escocia con lord Grenley cazando zorros en los cotos del príncipe de Beaufort), cuando un buen día hubo un baile en el Hôtel de Ville. Un baile oficial y multitudinario. Acababa de bailar yo un vals con cierto coronel austríaco, cuando la vizcondesa de L., que estaba pasando una temporada en París, se dirigió a mí con gesto risueño.

—¿Te suena el nombre de miss Shorn?

—No. ¿Quién es? ¿Alguna americana?

—Una irlandesa maravillosa, que ha bailado con el prefecto, a quien la condesa Walevska ha besado en la frente, y a quien Gustavo Doré ha prometido un dibujo. La van a presentar en las Tullerías. A mí, si quieres que te diga la verdad, me parece bastante insignificante, pero en fin, no se habla de otra cosa más que de ella. El pelo lo tiene bonito. Pero tú, mujer, tienes que conocerla.

—Pues porque baila mucho con Rytmel, deben ser íntimos. ¿De qué te ríes?

—De nada.

—Pues te has reído.

—Yo siempre río por no llorar, mujer.

—*Tiens, tiens* —murmuró ella, sin dejar de mirarme.

Luego se fue, y me quedé sumida en profunda agitación. A veces, inesperadamente es como si dentro de nuestra alma tocasen a rebato y una legión de celos larvados se despertasen y empuñasen las armas, dispuestos a volverlas contra nosotros.

En esto se acercó el capitán Rytmel.

—Vienes radiante —le dije—. Oye, ¿quién es miss Shorn?

—Una amiga íntima de mi hermana.

Me había contestado con voz seria. Salimos a bailar. Era un rigodón. Yo me había puesto triste y los movimientos del baile me evocaban las ceremonias de un culto. Se me cayó al suelo el ramo de flores que llevaba. Y de repente, sin saber por qué, me dio náuseas París y toda aquella vida de torbellino; eché de menos las umbrías de Sintra, los rincones nemorosos de Bellas, el murmullo del agua corriendo.

Dije que me quería ir. En una sala de las últimas, una mujer alta y rubia estaba cogiendo de manos de un viejo flaco y distinguido su capa de baile. Rytmel, que iba de mi brazo, hizo una inclinación al pasar junto a ella y me susurró en voz baja:

—Ésa es miss Shorn.

Era realmente muy guapa, con el cabello rubio abundante y luminoso, grandes ojos inteligentes de mirada seria y un cuerpo perfecto.

Aquella noche estuve llorando. Entré en mi cuarto, que tenía las luces y la chimenea encendidas y me fui a mirar al espejo lo primero. Dejé caer la capa de mis hombros y levanté la cabeza con una especie de recelo. Mi imagen aparecía al fondo del espejo envuelta en un extraño halo de luz. Me encontré fea y me volví a mirar. Tenía los brazos desnudos y la luz me daba en pleno rostro. Poco a poco la certeza de irme juzgando más benévolamente me penetró y me llenó de alegría. ¡Da tanto gusto no ser fea!

Dos días después hubo un desfile militar en Longchamp y fui acompañada de Rytmel. Tenía yo asiento en la tribuna del jockey. Había muchísima gente. Estaban la emperatriz, cortesanos y el cuerpo diplomático; la tribuna resplandecía de uniformes, de joyas, de plumas, de reflejos de seda. Las músicas, los clarines, el altivo redoblar de los tambores, el sordo rumor de los batallones en marcha, el rebrillar de las bayonetas, las voces de mando, el galope de los caballos, el refulgir de los cascos, el cielo resplandeciente como una ancha bandera azul, todo hacía vibrar y despertaba sensaciones bélicas y triunfales. Y cuando la gente pasaba gritando: «¡Viva el Emperador!», una extraña vibración me recorría el cuerpo.

Acababa de pasar la Infantería cuando Rytmel se acercó a saludar a miss Shorn, que estaba con lady Lyons y el embajador de Prusia, barón Werther. Iban a empezar a desfilar la Artillería y la Caballería. El Emperador con toda su plana mayor, había venido a colocarse al pie de la tribuna del jockey. Todos alargamos la cabeza para ver a los generales que iban con él: Montauban, el que tomó Pekín; Canrobet, con su espesa cabellera blanca; la gruesa figura de Bazaine; el altivo y moreno perfil de McMahan, recién llegado de Argelia.

A miss Shorn también la miraban mucho. Se decía que la Emperatriz la había sonreído y que madame de Talouet le había mandado, sin conocerla, un ramo de violetas. Todos los ojos empezaron a volverse hacia el fondo de la explanada, por donde se esperaba ver aparecer la Caballería;

producía delirios de entusiasmo el espectáculo de tan gran poderío militar. Oí decir que había cierta tirantez entre las Tullerías y el gabinete de Berlín. Se hablaba de Sadowa y de otros mil episodios desconocidos para mí, y miraban mucho al barón Werther, que no dejaba de sonreír con su orgullosa sonrisa prusiana. A todo esto la Caballería había formado en línea. Los clarines empezaron a tocar, las banderas se desplegaron y toda aquella enorme masa se lanzó a la carrera desde el fondo del campo hacia la tribuna del jockey. Cascos, corazas y espadas centelleaban al sol y el suelo se estremecía bajo aquel galope. Ya se oía el tintineo de las armas y se divisaban los coroneles, jóvenes y esbeltos, con sus condecoraciones; se podía percibir el resoplar jadeante de los caballos. El Emperador se había descubierto y todo el mundo en la tribuna se puso de pie. De pronto toda aquella enorme columna se inmovilizó y, agitando las espadas resplandecientes, exclamó a una:

—¡Viva el Emperador!

—¡Viva! —coreó en pie toda la tribuna.

A la vista de tanta fuerza y prestigio, varios oficiales, poseídos por la fiebre de su sangre belicosa, en nombre del orgullo de sus tradiciones, se adelantaron desde las otras alas y, levantando los sables, gritaban:

—¡A Berlín, a Berlín!

Aquel clamor exaltado se propagó por todo el campo y hasta en la tribuna lo coreaban algunas voces:

—¡Sí, sí; a Berlín!

El Emperador entonces, irguiéndose en los estribos, extendió la mano abierta como imponiendo silencio o como si quisiera decir: «¡Esperad!»

Todo el Estado Mayor se había arremolinado en torno al Emperador, y yo, que estaba en los primeros asientos de la tribuna, vi al mariscal McMahon parar en seco su caballo, volver medio cuerpo y con la mano apoyada sobre la gualdrapa roja bordada en oro que cubría las ancas de su animal, alzar unos ojos un poco risueños hacia la tribuna donde estaba el embajador de Prusia. Siguiendo la mirada del mariscal con la mía pude ver a Rytmel. Le vi inclinándose hacia miss Shorn muy pegado a ella, hablándole de cerca, sonriéndola absorto y anegado en la luz de sus ojos. Y ella le devolvía una mirada seria, una larga mirada morosa y convencida, a través de la cual sentí que me anunciaban el final de mis días.

II

A los diez días llegó el conde y volvimos a Portugal. Durante el tiempo que había permanecido aún con Rytmel en París ni yo le revelé mis dudas ni él dejó traslucir preocupación alguna aparte de las relativas a nuestro propio amor. Desde que volví a Lisboa me siguió escribiendo regularmente. Yo estudiaba aquellas cartas, descomponía las frases palabra por palabra para tratar de encontrar la última verdad oculta que hubiera podido dictarlas. Y la verdad es que siempre acababa por percibir una serenidad cada vez mayor en sus sentimientos con relación a mí. Rytmel ostentaba demasiado ingenio y lógica como para que estuviera poniendo el corazón en aquello que escribía. Estaba claro

que su amor pasaba de una fase de pasión a otra de raciocinio. Analizaba su propio amor, prueba de que no estaba dominado por él. Usaba palabras ingeniosas y literarias, echaba mano de la retórica. Y a medida que esto ocurría, su letra se iba volviendo más firme; ya no eran aquellas líneas torcidas y arrebatadas que parecían palpar y alargarme los brazos. Era una vil cursiva inglesa, medida y correcta. Ya no me escribía como antes, en papeles cualquiera, en hojas arrancadas de un bloc, en trozos de cartas viejas, improvisaciones que denotaban inspiraciones y arrebatos repentinos, asaltos de pasión cuando menos se espera. Ahora me escribía en papel Maquet perfumado. A medida que en su corazón menguaba el amor, se sentía obligado el pobre a compensarlo mejorando la marca del papel.

Y tal vez ha llegado la hora de hablar de mis propios sentimientos al respecto. He vacilado mucho antes de hacerlo. Me resistía a echar mi corazón a estas páginas como encima de una mesa de anatomía. Pero lo he pensado mejor, y he visto que yo ya no soy «alguien», que no existo ni tengo personalidad. He dejado de ser una mujer de carne y hueso con sus nervios a flor de piel, sus lacras y su pudor, para convertirme en un caso o un ejemplo. No vivo de mis impulsos ni de la circulación de mi sangre; he pasado a una esfera más abstracta, vivo ya de la publicidad, de los comentarios que pueda despertar mi caso entre los lectores de este periódico y de las discusiones que mis penas puedan suscitar. No soy una mujer; soy una novela.

III

No creas que te digo esto con amargura. Ya la única alegría que me cabe es la de aniquilar mi personalidad. Por eso he perdido los escrúpulos. Las almas desdichadas hasta un extremo tal son como los niños: no les importa que las vean desnudas.

Además, espero que estas páginas puedan ser de algún provecho para aquellas mujeres que aún vivan de las ilusiones propias del amor. Que me escuchen, pues.

Son las once de la noche. Sé de muchas que en este mismo momento lo estarán pasando mal, esperando, mintiendo, dominadas por un sentimiento que sólo se paga con la desgracia. Tú, mi pobre J., que a pesar de esforzarte por ocultar tu sufrimiento, tantas veces lo he visto asomarse a tus ojos húmedos. Y tú, pobre Th., que te has pasado la vida temblando, pasando miedo y humillaciones, escondiéndote. Y todas vosotras, aquellas a quienes alcance la marea de la pasión, las que viváis fuera de vosotras mismas y en lucha con la verdad, escuchadme también.

Desde que me enamoré mi vida fue un puro y continuo desequilibrio. No cedía yo a aquel incentivo por mi propia voluntad, sino venciendo una orgullosa repugnancia. Mil cosas protestaban en mi interior. Pero sobre todo el amor propio, que no admitía componendas. Estuvo siempre en contra y aun hoy todavía lo siento protestar. Cuando más vencido y resignado parece estar, con mayor fuerza vuelve a levantar la cabeza de improviso, como si me abofeteara. ¡Cuánto me tocó sufrir y avergonzarme! Me avergonzaba sobre todo delante de la pobre Juana, mi vieja ama, un ser angelical lleno de arrugas que tanto sabe de amor y de perdón. Me avergonzaba delante de mis doncellas; me hacían feliz cuando me sonreían, tenía mala conciencia si las veía mirarme serias. Les regalaba vestidos, les decía cómo se tenían que peinar. Si salían por la tarde y no volvían hasta muy entrada la noche, me daba vergüenza reñirlas y sólo era capaz de sonreír. No soportaba la mirada de

los hombres: me parecía que encerraba una afrenta, que todos conocían mi asunto, que me juzgaban una mujer fácil y que cualquiera tenía derecho a decirme cosas que me sonrojasen. Cuántas veces me fui del teatro con ganas de llorar. Me pasaba la vida analizando gestos, miradas, cuchicheos. Si fulana me había mirado con desprecio; si aquél se rio con insolencia al pasar yo; si aquella otra había fingido no verme. Bastaba con que mi modista me aconsejara: «Este color le iría bien porque es muy alegre», para que yo pensase que me lo decía porque los colores chillones y escandalosos son propios de las cocottes. Y al salir de allí lloraba dentro de mi coche, con las cortinillas bajadas. Ni siquiera me atrevía a besar a los niños; cuando alguna vez estaba a punto de hacerlo, parecía detenerme una voz interior que me decía: «Déjalo; angelito, no eres tú digna de tocarlo.»

Me sonrojaba incluso, lo quiero decir todo, delante de mi cochero. Le sonreía servilmente, siempre estaba temiendo que me saliese con una mala contestación, con un atrevimiento, con un reproche. Cada vez que se levantaba en actitud respetuosa porque yo iba a entrar en el coche, le agradecía tanto aquella muestra de atención que me daban ganas de abrazarle. ¿A que le parece indigno? Pero lo que más idea puede dar de cómo era mi estado de ánimo es lo siguiente: cuando mi marido me acariciaba una mano sufría tanto como si el otro me estuviese traicionando.

Cuántas veces, infeliz de mí, quise comparar mi pasión a la de las heroínas legendarias, que desgranán y glorifican su sufrimiento al son de las orquestas y a la luz de las candilejas: la Traviata, Lucía, Elvira, Amelia, Desdémona, Julieta, Margarita. Pero, ¿dónde estaban mis castillos, mis pajes, mis cabalgatas? Una pobre criatura que arrastra una lánguida existencia en el Chiado y que se viste en casa de Alina, ¿de dónde va a glorificar su pasión?

Y luego que siempre, forzoso es confesarlo, llega un momento más tarde o más temprano en que la mujer se pregunta si realmente son las prendas morales de su amante las que le han subyugado, lo cual supondría un cierto tipo de justificación. Y nuestra conciencia se siente humillada al verse obligada a reconocer que en ese amor a un hombre determinado no influyó tanto la nobleza de sus ideas y sentimientos como un especial «no se qué» relacionado más bien con el color de su pelo o el nudo de su corbata. Más vale reconocerlo francamente. ¿De qué sirve disfrazar la mezquindad de nuestras inclinaciones o teñir de ideal la raíz vulgar de nuestras preferencias? No quiero decir que las prendas morales no propicien un primer movimiento de simpatía instintiva; pero lo que más nos influye en un hombre es su aspecto. Que todas cuantas lean estas líneas se consulten a sí mismas con el corazón en la mano a ver si lo que determinó su amor fue el carácter de un hombre o su talle. Y, si son sinceras, tendrán que decir que se fijaron en el corte de su frac antes que en su inteligencia.

Desde aquí, desde este rincón del mundo donde todos los ruidos me parecen llegar ensordecidos como golpes en la tapa de un ataúd, no me importa admitir que los desvaríos del corazón no tienen explicación ni absolución alguna.

De joven dejé, como tantas mujeres, que las quimeras se bordasen en la larga sarta de mis horas de tedio; me inventé novelas que nacían, alentaban y agonizaban entre dos flores de mi bastidor; soñé aventuras, apasionados dramas, novelescas fugas, todo enroscada en mi sillón, mirando el fuego de la chimenea. Más tarde conocí a muchas mujeres de carne y hueso y supe de su sensibilidad y de sus historias. Y yo misma probé también los sobresaltos de la pasión. Pero nunca

me parecía que la atracción aquella tuviese su origen en un imperativo de la Naturaleza ni en una serie de circunstancias razonables, ni nada que ver con el corazón. No, era más bien un impulso nacido en ese reducto ficticio, efímero y literario que habita en el cerebro de todas las mujeres.

Me parece que te estoy viendo sonreír desde aquí. Pero no te extrañe oírme hablar de esta manera; acuérdate de aquellas conversaciones tan serias y tan íntimas que tuvimos en la calle de..., de la terraza del Clarence-Hotel, en Malta, cuando la luna rielaba sobre el mar, de aquellas ideas mías tan pretenciosas a las que llamaba «mis teorías». ¿No te acuerdas de que entonces me llamabas «el filósofo rubio»? Pues ya ves, el filósofo llegó a tener su propio aprendizaje en las lágrimas; ahí reside la verdad real que perdura y sobrevive a las teorías. No te puedes figurar lo mucho que he aprendido a través del color, ni la cantidad de ideas claras y coherentes a que da origen la confusión del llanto. Por eso hoy rechazo esas fatalidades que algunas mujeres invocan para esquivar su responsabilidad. No creo en eso que se denomina tan teatralmente «la fatalidad de las pasiones». La voluntad es un principio vital tan importante como la luz del sol y puede contra todo. Las desmesuras febriles de la fatalidad se desvanecen al chocar con ella como pompas de jabón. ¡La fatalidad! Pero ¿qué fatalidad? Vamos a ver un ejemplo cualquiera, el más vulgar, la aventura típica y trivial de todos los días, aquella con la que podemos toparnos en el número par o impar de cualquier calle, la que nos sale al encuentro en el paseo, la que nos invita a un helado en la pastelería italiana, aquella que reposará a nuestro lado en el cementerio Alto de San Juan.

Verás, la escena es muy sencilla y consta de tres personajes. Pongamos que yo soy la mujer. Mi marido es un hombre honrado y trabajador que se gana el pan con el sudor de su frente. Sale temprano por las mañanas camino de su despacho, de su periódico o de su ministerio; interrumpe su sueño, come a toda prisa, escatima su descanso. Se afana, vela, se sacrifica. ¿Para qué? Para que nuestros hijos puedan tener unos pañales limpios y un ama decente; para sustituir las sillas de madera por otras mejores forradas de seda; para que yo pueda llevar vestidos de raso cortados por Marie, en vez de los de algodón que pudieran coser mis manos, de noche, a la luz mortecina de un quinqué. Mi marido es un hombre cabal, serio y afable. No usa polvos de arroz ni brillantina, ni corbatas vistosas, no entiende nada de rejonear toros ni sabe escribir novelas. Se limita a trabajar y venga trabajar, a ganarse el pan de cada día y el vestido de cada estación a base de brega y de esfuerzo y cansancio a lo largo de horas y horas. Yo soy su único consuelo, el centro de su vida, su absoluto y su ideal. No necesita escribir poemas románticos porque yo soy su poema, la sola musa de sus fatigas; ni necesita tener aventuras porque me tiene a mí; ni ha hecho viajes gloriosos por el desierto ni conoce el aliciente de las distancias, porque su mundo se reduce al ámbito hasta donde alcanza el eco de mi voz; ni ha luchado en Sadowa porque bastante tiene con la lucha diaria por el pan de sus hijos. Es abnegado y justiciero. Duerme de un tirón para reparar su legítimo cansancio; le gusta ponerse el batín porque ha trabajado todo el día. Y se cree dispensado de llevar una flor en el ojal porque lleva siempre en el corazón la presencia de mi imagen.

Pues bueno, y yo a todas éstas, ¿qué hago? Nada: aburrirme.

En cuanto él se va de casa empiezo a bostezar, cojo una novela, me pongo a reñir a las criadas, a peinar a los niños, vuelvo a bostezar, abro una ventana, me siento a mirar la calle. Y en esto acierta

a pasar un muchacho esbelto o robusto, rubio o moreno, imbécil o mediocre, qué más da. Nos miramos. Lleva él un clavel en el ojal, una corbata rara. Su pelo es más bonito que el de mi marido, el corte de sus pantalones es impecable, usa calzado inglés, va a patear a las bailarinas. Me encanta y le sonrío. Me escribe una carta desangelada y con faltas de ortografía; me vuelvo loca, la escondo, la beso a escondidas, la releo y la vida me parece horrible. Me manda unos versos —¡Dios mío, unos versos!— y ya entonces mi marido se me borra, me olvido de su abnegación, de su bondad, de su laboriosidad y de su dulzura; no tengo en cuenta sus fatigas ni sus proyectos; doy al traste con la honradez, el pudor, la familia, el deber, las consideraciones sociales, las amistades, los hijos, ¡hasta con mis propios hijos, sí, doy al traste, arrastrada, fascinada y vencida por un soneto plagiado de otro que venía en «La Guirnalda»!

Sí, mis pobres amigas, a esto y no a otra cosa es a lo que hemos venido llamando fatalidad de una pasión. Y además, vamos a ver, a todo esto, cómo corresponde él a nuestro gran sacrificio.

Ya que tiene una aventura, no va a ocultar la satisfacción que ello le ha producido, los aires misteriosos que adopta provocan preguntas que me comprometen: luego me empieza a abandonar para ir a encierros de toros en compañía de gentes de baja estofa, a dejar mis cartas encima de la mesa de un café al lado de la botella de coñac, a alardear frente a sus amigos de que no me quiere, de que soy para él un simple pasatiempo, y caso de que a mi marido se le ocurriese cruzarle la cara de un bofetón en pleno Chiado, como es un cobarde, todo lo más que haría sería ir a quejarse al Tribunal de la Boa-Hora.

Y ahí tenéis al don Juan.

No, de verdad, no hay derecho. Hay que acabar con ese tipo indigno que se ha dado en llamar «el conquistador», pulverizarlo, ponerlo en solfa y en evidencia a base de críticas, de caricaturas, a base de látigo y policía, si es preciso. No tiene grandeza ni atractivo algunos como tal conquistador, y como hombre carece de modales, de elegancia, de ingenio, de dignidad y hasta de ortografía.

Pero, primo, perdóname estas exageraciones. Soy muy, impresionable, «se me calienta la boca» como se suele decir. Se me olvidan mis heridas recientes al revivir indignaciones antiguas.

Pero no pienses en absoluto que al condenar ese tipo de amoríos triviales estoy tratando de absolverme a mí misma. De ninguna manera. A pesar de ser el mío un caso diferente, de haberme enamorado de un hombre excepcional cuya grandeza de alma tú, primo, tan bien conocías y apreciabas, un hombre tan completo y distinguido, y de haberse desarrollado nuestro amor en un ambiente refinado y noble, a pesar de todo, yo me tengo por tan condenable como esas otras mujeres a quienes me he referido, me juzgo sin piedad ni consideración alguna y quiero reconocerlo y expiarlo a la faz de todo el mundo.

IV

¡Cuánto empecé a sufrir desde entonces a solas con mi secreto! ¡Cómo envidiaba a veces a la más modesta costurera que paseaba con su hijo de la mano! Cuando salía del teatro arrebujaada en un chal de cachemira, dentro de mi coche al trote, con los pies sobre una piel de marta y aspirando el suave aroma de los cojines de seda, ¡cuánto habría dado a veces por cambiarme por una de aquellas

artesanas que salían de los proscenios envueltas en sus mantones bastos, pisando sobre el barro!

El día que recibía carta de él, me iba al campo, lejos de Lisboa. Llevaba la carta estrujada y besada, me internaba en las frondas espesas de la finca de... y permanecía allí las horas muertas, tomando el sol, amodorrada por el murmullo sereno de los ramajes y por el rumor del agua cayendo en las tazas de piedra. ¡Qué dulce la vida de los árboles y de las plantas! Cuántas veces me consoló la pasividad de la hierba, la insensibilidad del agua, el sueño pacífico de los musgos, el imperceptible deslizarse de las sombras, y me enseñaron a sufrir en silencio y envidié su esencia y su inmovilidad. Allí sola, releendo aquellas cartas crueles, es cuando empecé a sentir que el amor de aquel hombre empezaba a escapármese de entre los dedos, que era como pretender apresar el agua de un regato.

¿Y si él me fallaba, qué me iba a quedar ya? Ya era imposible pensar en volver a discurrir por cauces tranquilos y legítimos. Me sentía expulsada para siempre jamás del paraíso familiar, de la cándida penumbra del deber. ¿Lanzarme en brazos de nuevas aventuras y rebeldías? ¡Oh, no! eso repugnaba tanto a mi manera de ser como hubiera repugnado a la piel de mi pecho el contacto de un animal viscoso. Me había quedado ya sin un sitio en la vida, había pasado a engrosar irremisiblemente la legión miserable de las mujeres abandonadas. No tenía de ahora en adelante más salida que la de mantenerme encadenada para siempre a la fidelidad a aquel sentimiento; solamente la verdad de mi pasión podría absolverme. Cuanto más me apartase del mundo y me entregase a alimentar aquel amor, más digna me sentiría. Todas las situaciones tajantes y valientes tienen su parte apreciable, lo malo son las transacciones y las componendas. La única opción que me quedaba era ser sólo de Rytmel, pertenecerle del todo y para siempre, pero sentía que él se iba poco a poco apartando de mí como yo me había ido apartando de mi marido. El noviciado de mi expiación estaba dando comienzo.

En este tipo de amores el castigo no viene a infringirlo solamente el mundo, los mismos amores contienen dentro de sí un germen cruel y justiciero. El corazón es la primera víctima de la pasión que ha abrigado. La condena de los hombres es un castigo posterior.

Me empecé a encontrar sumida en la mayor miseria moral que puede asediar a una mujer en esas circunstancias lamentables. Yo estaba enamorada de Rytmel, pero él lo que quería era casarse. ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Tenía yo derecho en nombre de mi pasión a desviar aquella vida de sus cauces naturales, a privarla del calor de un hogar? Ponerle trabas a que se casase era ponérselas a la legítima expansión de su curso vital, escamotearle las dulces y fecundas alegrías de una familia para mantenerlo preso entre los abrojos estériles y los continuos sobresaltos de una pasión romántica. No, yo no podía secuestrar a aquel hombre, gozarlo en exclusiva, encerrarlo para siempre en una relación ilegítima y secreta en el seno de la cual su talento llegaría a hacerse estéril y oxidarse como un arma inútil, reducido a seguir dócilmente el fru-fru de mis vestidos; era de un egoísmo casi animal, era quitarle a mi amor una de las virtudes que más habrían podido ennoblecerlo, la del sacrificio. ¿Cómo privarle un día de tener hijos que perpetuaran su casta, de aquella amable compañera bajo cuya mirada dulce el hombre de bien, llegada la vejez, espera en paz la hora de la muerte?

Pero además no había sólo eso. Nadie que sea sincero puede creer en la duración indefinida de esos amores exaltados, tejidos con lágrimas y exasperación, basados en la traición y el engaño. Y total, para dos o tres años más que, como mucho, fuese a durar aquella historia con Rytmel, no valía la pena de quitárselo a la otra, a aquella chica que lo podía amar, darle cuanto yo no le daba. Y sin embargo, me rebelaba contra la idea de haber sacrificado todo mi honor para terminar siendo tirada como un guante viejo. Yo, que en el reino de la imaginación lo había sido todo para él, en el reino de sus intereses era un estorbo. ¿Y qué? ¿No me había desterrado también él a mí de mi paraíso doméstico? ¿No había renunciado a los placeres lícitos de la vida, a la esperanza de una muerte digna? Pues también él podía defraudar las esperanzas novelescas de aquella niña para no tener que defraudarme a mí. Tampoco era justo haberme envuelto como en un manto de armiño en las apariencias del amor, haberme llevado con una venda en los ojos, embebida en el ritmo de sus pasos hasta el precipicio ante el cual me encontraba para decirme allí mismo al borde: «Adiós, quédate aquí, que yo he encontrado la felicidad. Pero ten cuidado, porque para atrás ya no puedes volver y un solo paso que des hacia adelante te precipitará en la infamia.»

No, tampoco podía ser eso. El amor no es una mera creación literaria, sino una fuerza de la naturaleza, y clama por sus fueros y da lugar a derechos y deberes. No hay por qué despreciar esos derechos.

Además, renunciar ¿en nombre de qué? En nombre de otra, de las lágrimas lloradas por unos ojos que nunca he visto, que lloran a doscientas leguas de distancia. ¿No sería más justo preocuparme de las que brotan de mis ojos y recojo en el cuenco de mis manos?

«Eres casada» —dicen—. Bueno, ¿y qué? ¿Porque he arriesgado más he de recibir menos? Yo, que no he llegado a estar atada a la vida más que por el tenue hilo de este amor, ¿voy a romperlo ahora? No hay ley humana que me lo pueda exigir en estricta justicia ni teoría capaz de justificarlo. Y si existe esa teoría que se aplique a las rocas del mar, que les enseñe a ellas a ser duras, pero a mí no.

Pero todo esto, primo mío, no pasan de ser palabras escritas en este papel. La realidad era otra y yo no podía luchar contra ella. La realidad era que existía ella en carne y hueso, la miss aquella, la que podía casarse con él y ser madre de sus hijos, y ella vencía. Se imponía sobre los amores marchitos, sobre las equivocaciones viejas, de la misma manera que la imagen de la Virgen pisotea el barro donde se enrosca la serpiente.

Era inútil luchar, había dejado de intentarlo. Por ese tiempo fue cuando recibí una carta suya diciéndome que salía para Portugal.

¿A qué venía ahora? ¿Qué había pasado? No sabía si venía a despedirse o a ser testigo de mis congojas o a consolarme o a convencerme o a entregarse de nuevo a mi amor. El caso era que venía. Posiblemente él mismo no habría sabido decir para qué.

V

Llegó, pues, Rytmel. La primera entrevista tuvo lugar en mi casa. Mi marido estaba a la sazón en Bruselas. Era por la noche y había reunido a algunas personas en mi salón de música. Estaba la

marquesa de..., vieja legitimista que había hecho las delicias de la corte torera de don Miguel; el vizconde de..., un rubito insignificante a quien yo acogía con cariño porque una hermana suya que ya murió había sido mi amiga íntima del colegio; la vizcondesa de ... pequeña, petulante y mediocre, que añadía a la gracia de tener veinte años la desgracia de no saber tenerlos y que se había especializado en querer parecer profundamente perversa cuando no pasaba de ser profundamente anodina. Pero luego, sentado a mi lado en el sofá, con una languidez asiática, estaba un hombre realmente original y superior, el famoso Carlos Fradique Mendes^[23]. Pasaba por ser un excéntrico, pero era un hombre fuera de serie. A mí me gustaban sus maneras irreprochables que contrastaban con la violencia casi rayana en la crueldad de su talento. Había sido amigo de Baudelaire y tenía su misma forma de mirar fría, felina, magnética, inquisitiva; también como él, iba totalmente afeitado y convertía la novedad y singularidad de sus atuendos en un prurito artístico, donde se mezclaban a partes iguales el exotismo y la corrección más acendradas. Había, en fin, en su aspecto externo mucho de las hechuras románticas del Satán de Ary Sheffer mezclado a la fría exactitud de un *gentleman*. Tocaba a la perfección el violoncelo, era un tirador temible, había visitado Oriente y la Meca y decía que había sido corsario griego. La profunda originalidad de su espíritu llamaba la atención. El Emperador citaba a veces una frase suya cuando, aludiendo en cierta ocasión a la pálida duquesa de Morny, dijo de ella que tenía la estupidez melancólica de un ángel, frase donde se englobaba la crítica de un temperamento con la de una fisonomía.

Carlos Fradique me distinguía con su amistad elevada y sincera y solía llamarme «mi querida hermana», porque me conocía desde niña y me había tenido en brazos. En París se había hecho célebre: podía catalogarse como «filósofo de bulevar».

Había sido *l'ami de coeur* de la Rigolboche^[24], y cuando ella rompió por haberse apasionado de Capoul, Carlos Fradique le dejó escritos en el álbum unos versos sublimes en su crueldad desdeñosa en un tono mitad cómico mitad lúgubre, una especie de *Dies irae* del dandismo. Juraba a la Rigolboche que cuando muriera, él velaría para que incluso en el más allá siguiese viviendo con *chic* y que se las arreglaría para que le pudieran seguir llegando esencias de París a la tumba. Algunas de las estrofas me las tradujo él en una ocasión y posteriormente, cuando vieron la luz, hicieron sensación y tuvieron muchos imitadores. Decía:

Yo que aún te amo, ¡oh pálida canalla!,
y que soy complaciente,
te he de enterrar vestida con mortaja
de corte Benoiton.
Iré de noche con María Larife,
Venus del macadam
a hacer gustar al polvo de tu tumba
del sabor del can-can.
Y en tiempo de verano, en las carreras
—doy palabra de honor—,
diré al oído de tu calavera

Eran las diez. Carlos Fradique, con voz impasible y lánguida, estaba contando detalles monstruosos de una pasión de tipo místico que le había despertado una negra antropófaga. Aquella noche estaba en vena grotesca.

—La pobre —refería— se untaba los cabellos con una grasa asquerosa y yo la seguía por el olor. Un día, en plena excitación amorosa, me arremangué y le ofrecí el brazo desnudo. ¡Quería darle aquel gusto! Ella lo olisqueó, dio una dentellada, arrancó un buen mordisco de carne, lo masticó, se relamió y pidió más. Yo temblaba de amor, fascinado, dichoso de poder sufrir por ella. Procurando sofocar mi dolor, le tendí el brazo nuevamente^[25].

—Por favor, señor Fradique —exclamaron algunos, escandalizados de la macabra invención.

En ese momento apareció en la puerta de la sala, trémula y asustada, mi criada Betty y me llamó en voz baja. Salí y me fue llevando aparte del brazo por el pasillo, mientras miraba recelosa a todas partes. Luego, abriendo con asombro los brazos, me dijo al oído:

—Es él.

Me apoyé en la pared porque me fallaban las piernas y la respiración. Betty, con paso cauteloso, se adelantó a abrir la puerta de mi tocador y entré. De pie, muy pálido, junto a una mesa, estaba, efectivamente, él. Me apreté las manos contra el pecho y me quedé suspensa e inmóvil. Se adelantó hacia mí con los brazos abiertos, pero yo me escurrí a sus pies y, de rodillas, me puse a besarle los dedos en silencio. Entonces él también cayó de rodillas y enlazaba sus manos a las mías, al tiempo que nos mirábamos a los ojos y los sentíamos llenarse de lágrimas.

—¡Hace tanto tiempo! —conseguí decir al fin, llorando.

—Querida señora, niña mía —interrumpió Betty desde la puerta—. ¿Y a aquella gente qué le digo? No sé qué van a pensar, Dios santo.

Yo ni la oía. Fue él el que reaccionó con una sonrisa.

—Tiene razón Betty, mujer. Vamos al salón.

Me ofreció el brazo y entramos: él, serio; yo, medio desmayada, abstraída, con los ojos húmedos aún y una sonrisa vagándome en los labios. Pronuncié el nombre del capitán Rytmel y hablé de su antigua amistad con mi marido. La marquesa me miró sonriendo ligeramente.

—Don Carlos Fradique —presenté luego—, antiguo pirata.

Se estrecharon la mano.

—La condesa me mira con buenos ojos —dijo Carlos—. De corsario no pasé.

Me senté al piano haciendo despertar bruscamente de su sueño al teclado. Desde allí veía mejor a Rytmel. Le daba la luz. Estaba más pálido y su rostro acusaba líneas más graves. La frente, surcada por una arruga fina y profunda, había perdido su antigua pureza. Fradique seguía hablando. Ahora estaba criticando a las mujeres del Norte.

—Las irlandesas —decía— son las más graciosas, sobre todo las de la parte de los lagos. No hay mejor fuente de moral, de sabiduría y de feminidad que un lago. Esas aguas inmóviles, azules y frías confieren al alma un sosiego extraordinario, hacen nacer la sed de justicia, la tendencia a la concentración y a la meditación, el amor a la modestia y a la intimidad, enseñan el secreto de lo infinito dentro de lo monótono y la ciencia del perdón. Yo, si alguna vez me caso, le exigiré a mi mujer que tenga las uñas pulidas y sonrosadas y un año de convivencia junto a un lago.

Ví que Rytmel se ponía un poco nervioso y se atusaba el bigote al tiempo que enrojecía ligeramente. Llevada por el lúcido instinto de mi amor, me di cuenta en seguida de que entre aquella exaltación de los lagos y los ocultos pensamientos de Rytmel había una afinidad. Me acordé del desfile de Longchamp y de los rubios cabellos irlandeses de miss Shorn y dirigiéndome a Carlos Fradique le interrumpí con estas palabras:

—¿Un poco de violoncello, mi querido amigo?

El salón daba al jardín y el viento henchía las cortinas con su soplo apacible. Carlos Fradique se puso a tocar una balada de las costas del mar del Norte, de un encanto y una tristeza singulares. Parecía oírse el llanto de las aguas, el mágico agitarse de las olas, el acompasado batir de remos de algún pirata noruego bajo la luna fría. Yo me retiré con Rytmel al balcón, y mientras la melodía sonaba en las cuerdas del violoncelo, rememoraba viejas escenas, se me representaba el Ceylán, las noches aquellas de luna en que él me juraba amor eterno y el mar parecía corroborar con su voz aquella afirmación; me acordaba de Malta y de sus terrazas por la noche, de los rosales del Clarence Hotel, de los dulces prados de Ville d'Avray, y le veía a él mismo cuando estuvo herido, con la cabeza pálida apoyada sobre las almohadas, y también a bordo del Romantic al mundo de aquellas maniobras urdidas para nuestra fuga, llorando luego penas de amor. Todas estas memorias, acunadas por la melodía del violoncelo, acudían en tropel a mi cerebro.

VI

Al día siguiente habíamos quedado para vernos en esa casa fatal número ... Fui, como siempre iba, vestida de negro y envuelta en velos. Estaba pálida y el corazón me latía con susto. Comprendía que era una situación crítica y había decidido tener con Rytmel una explicación tajante y definitiva que no dejase lugar a equívocos. A una sola palabra suya de indiferencia o sequedad, al menor gesto impaciente, me daría por abandonada y por desterrada del mundo de los vivos. Me iría a refugiar a un chalet en Suiza, o a Jerusalén o a un claustro al sur de Francia. Era una decisión irrevocable.

Cuando llegué a la casa, él todavía no estaba. Estuve mucho rato esperándole sentada en una silla. Los ruidos de la calle me llegaban como desde las profundidades de un sueño. La habitación estaba envuelta en esa luz difusa que, al filtrarse por los cristales empañados, recuerda la de los quinqués. Me invadía una sensación indefinida, la que nos invade cuando permanecemos mucho tiempo en un lugar a solas viendo caer la lluvia.

De pronto sonó la puerta y entró él. Venía del campo y traía en la mano un ramillete de flores pequeñas y silvestres. Vino a apoyarse en el respaldo de mi silla y me las echó al regazo. Después acercó su rostro al mío y me dijo al oído:

—He estado pensando en ti todo el día *a travers champs*.

No dije nada, pero con los ojos vagando por los colores de la alfombra me puse a desmenuzar cruelmente los pétalos de aquellas flores. Sentía un placer amargo haciendo daño a aquellos seres delicados que venían de sus manos y que me parecía que habrían tenido que aprender de él a mentir.

—He estado pensando en ti sin cesar —repitió él con dulce insistencia—. Ha sido un paseo maravilloso.

—Dime una cosa —le pregunté alzando mis ojos hacia los suyos—. ¿Qué tal mientes tú?

—Pero por Dios, mujer —dijo él separándose—, ¿por qué me quieres tan mal esta tarde?

No respondí: mi regazo estaba plagado de flores mutiladas. Él se arrodilló junto a mí, me cogió las manos y se quedó pendiente de mis ojos impasibles, en afectuosa y paciente contemplación, como esperando a que rompiera aquel mutismo. Sentía yo toda mi persona atraída por la suya, pero procuré dominar mi inclinación. Por fin él se levantó despacio, fue a tumbarse en un sofá y se refugió en un libro de Musset que había encima de la mesa y que se puso a hojear. Yo me puse de pie y se lo quité violentamente de las manos.

—¿Sabes lo que me pasa? Que no te entiendo, y que necesito que me digas a la cara claramente, cé por bé, lo que te está pasando a ti. Has dejado de quererme, está bien claro. No, no me vengas con protestas. Ya lo empecé a ver por el tono de tus primeras cartas desde Londres. Pero ahora está patente en tu forma de mirarme, en todo lo que dices, hasta en lo que callas. Hay algo, no sé qué es, pero algo hay. Lo cierto es que me has dejado de querer. Y quiero que tengamos una explicación, porque esto no puede seguir así, no lo resisto. No sabes cómo sufro, me he pasado llorando toda la noche.

Y me eché a llorar con sollozos entrecortados. Él había vuelto a cogerme las manos y se puso a decir en voz baja palabras de lo más conmovedor donde se juntaban a las ternuras del amante los consuelos del amigo. Pero yo me separé y le dije, sorbiéndome las lágrimas:

—No, de verdad, prefiero que me lo digas todo claramente; no sé bien qué es lo que te quiero preguntar o tal vez no me atrevo a saberlo. Pero lo que quiero es que me contestes, que me digas pronto lo que sea, la verdad.

Él se había cruzado de brazos y dijo con serenidad:

—Pero, hija mía, tú ves visiones, y lo malo es que esas visiones van a labrar nuestra ruina. Ya sé que no tienes tú la culpa; que ésa es una fatalidad de las mujeres, que la serenidad no la podéis soportar. Queréis hacer novela de la vida apacible y dolor de la novela. Hasta que en esos deliciosos y minúsculos cráneos vuestros no anida la tempestad, no podéis parar. Así que no sé qué decirte. He venido por mi propia voluntad a Portugal, dispuesto a no separarme de tu lado, a serte, como siempre, fiel cual perro. ¿Qué más quieres? Te quejas porque dices que me encuentras reservado; si me entregase a los arrebatos de un Otelo te quejarías porque me encontrarías ridículo. Sabes muy bien que te quiero, y por si no lo sabes, te lo digo aquí, en esta calle, en esta casa, en este sofá: te quiero. Luego, dentro de un rato, cogeré un coche y me iré a cenar, no sé si a jugar un rato al

ajedrez, puede que a ponerme un batín. Ya sé que todo eso resulta bastante lamentable, pero ¿qué quieres que le haga?, no son motivos para que dejes de creer en mí. ¿O es que creerías más en mí —dime la verdad— si yo me presentase con atuendo veneciano y estallase con los paroxismos de Antony, o si esto fuera una abadía feudal o si estuviera a punto de salir para la conquista de Jerusalén? ¿Me creerías entonces, di?

—No tiene nada que ver eso —dijo ella.

—¡Ay, amiga mía! —suspiré.

—Tu amiga —le interrumpí— no es tanto lo que pide. Pide un corazón sincero. No me digas que veo visiones, por favor. Además, si no hay nada que nos separe, si de veras no lo hay, te voy a proponer una cosa, pero te juro que esto ya es irreversible, te lo digo sin exaltación ninguna, sin apasionamiento, totalmente en mis cabales...

—Pero bueno, mujer, por favor, di lo que sea.

—¿Me vas a decir que sí a la proposición que te haga?

—¿Una proposición? ¿Qué proposición?

—La única posible, la única que me devolverá, si la aceptas, la confianza en ti, que me hará creer en ti como en mí misma. ¿La vas a aceptar?

—Pues claro, ¿cómo no la voy a aceptar?

—Pues entonces —le dije junto a su cara con voz ardiente, al tiempo que le cogía las manos—, ¡huyamos mañana mismo!

Rytmel palideció ligeramente y retiró despacio una de sus manos de entre las mías:

—¿Te has dado cuenta de que eso sería algo irreparable?

—Me he dado cuenta.

Él se había sentado y miraba la alfombra con los ojos bajos. Yo, de pie junto a él, con mis manos sobre sus hombros, seguía hablándole como entre sueños:

—Ya hace más de un mes que le vengo dando vueltas. Podíamos ir a Nápoles. O bueno, donde quisieras tú. Te adoro. Vivo como una persona a la que han hipnotizado. Te adoro y ya no puedo vivir sin ti.

Me puse a acariciarle la cabeza y luego se la levanté hacia mí, buscando una respuesta en sus ojos: los tenía húmedos.

—Pero Rytmel, ¿estás llorando?

—No, no es nada, amor mío. Es que estaba pensando en mi madre, en que esto sería acabar con ella. Pero no importa. Lo quieres tú y se acabó. Sea, yo tampoco puedo vivir sin ti.

Y cogiéndome entre sus brazos me estrechó ardientemente como para sellar un pacto eterno.

VII

Al llegar a casa llamé en seguida a Betty.

—Betty —le dije al tiempo que cerraba la puerta del cuarto—, aprisa, tengo que decirte una cosa, pero no me digas que no.

—Pero, por favor, señora, ¡qué pálida viene! Cálmese, descanse, se lo ruego.

—Betty, he tomado una resolución definitiva, la tenía que tomar, compréndelo. Lo he pensado mucho, es una cosa pensada a sangre fría, mírame, estoy tranquila, no tengo la menor exaltación. Y además, Betty, si bien se mira, es una resolución digna. No me digas que no.

—Pero señora...

—Ya no me puedo volver atrás. Pero Betty, soy feliz. ¡Si vieras lo feliz que soy!

—Si por lo menos es usted feliz.

—Locamente feliz. Si no fuera por eso, ya me habría muerto.

—Pues entonces...

—Que me fugo con él mañana.

Betty se estremeció, me miró largamente muy sofocada y, por fin, con lágrimas en los ojos y las manos juntas, preguntó:

—¿Y qué haré yo?

—¿Tú? —exclamé cogiéndola entre mis brazos— Venirte con nosotros. ¿Cómo ibas a quedarte aquí sola, mujer?

Y me puse a girar por el cuarto abriendo y cerrando armarios, sacando ropas y palmoteando, al tiempo que gritaba:

—¡Pero venga, Betty, ayúdame! Hay que prepararlo todo. Date prisa. Tenemos que preparar muchas cosas.

Mandé a buscar el coche. Eran las cuatro y me fui a dar una vuelta por el Chiado. Iba alegre, triunfal: la vida se me aparecía limpia de nubes, luminosa, plena, esplendorosa. Entré en algunas tiendas de modas y estuve escogiendo y revolviendo prendas con la impaciencia de una novia y el recato de un conspirador. Saludé a algunas amigas que me encontré.

—¿Es que te vas de viaje? —me preguntaron.

—Sí. A Francia.

—¿A Francia? ¿No te da miedo de la guerra?

—No hay guerra. Y si la hay, veré matar prusianos. Es interesante.

A la puerta de Sasseti me encontré con Fradique Mendes.

—¿Sabe usted que me marcho mañana? —le dije.

—Pues yo me marcho hoy mismo —repuso él—. Precisamente quería ir a verla para despedirme.

—¿Se va a Francia así de repente? ¿Y a qué?

—A contemplar los campos de batalla a la luz de la luna o de los hachones. Debe haber muertos en posturas muy curiosas, ¿no le parece?

—Pero si no hay guerra. Hace usted el viaje en balde. De verdad. Yo, por eso, prefiero irme a Italia.

—¿Cómo? ¿Se marcha a Italia? ¡Ay, querida amiga, quién sabe si estaba escrito! En fin, sea como quiera, ya sabe que en cualquier parte soy suyo y puede disponer de mí, en la dicha o en la calamidad, para consolarla o para hacer un trío de violoncelo, siempre suyo *adesso e sempre*^[26].

Me estrechó la mano. Aquellas palabras, tuyas, no sé por qué, me dieron como un mal presagio.

Fui a pasear al Aterro. La tarde estaba cayendo y el agua tenía una inmovilidad luminosa. A la otra orilla, los montes aparecían difuminados por un halo azulado y tenue. Sobre el mar flotaban unas nubes color de llama como las de las estampas de la gloria, y las velas de los barquitos se sonrosaban, heridas por aquella luz. Sentí una vaga melancolía. Todas aquellas imágenes tan conocidas, las casas, el río, que solían presentarme un rostro inexpresivo, se me presentaban, ahora que me despedía de ellas, bajo un aspecto mucho más entrañable. Me pareció que ya estaba añorando tiernamente aquel lugar, y a pesar de que quise sonreír y burlarme de este sentimiento, la verdad era que todo el paisaje que abarcaban mis ojos, el amazotado Hotel Central, la terraza del Braganza, la tosca y sórdida calle del Arsenal, todo lo que siempre me había parecido tan ajeno, me despertaba ahora inesperadamente como una querencia de tranquilidad, de hogar, de situaciones cotidianas, haciéndome sentir patente el contraste con los negros perfiles de aquella escondida aventura que me disponía a emprender. Era como ver delante del mío una caterva de semblantes amigos, que al tiempo de decirme adiós me trajeran irreparables presagios.

Mi coche subió lentamente por la calle del Alecrim. Ya estaban encendidos los faroles y el cielo se mostraba aún pálido. Pasó una señora a pie con su niño de la mano, joven y distinguida, con un aire despreocupado y feliz. El niño gordito y rubio se reía y parloteaba con esos dulces y misteriosos acentos que todavía la voz humana conserva del lenguaje celestial. ¡Qué delicia ser así una mujer sencilla, equilibrada, vestida con un traje ligero, rebosando amor por la vida sana, y llevar un niño de la mano! Yo también podía haber sido así, estar alegre, tener buen humor, salir de paseo con mi niño, comprarle bombones, vestirlo de colores claros, ponerle una flor en el cinturón, hablar con él y, al regreso, descansar satisfecha de la vida. Le acostaría encima del sofá y se dormiría con la ventana abierta. Grandes mariposas blancas vendrían a revolotear a la luz del quinqué. Yo, de rodillas, trataría de desnudarlo sin que se diera cuenta, le cantaré bajito una nana de Mozart, mientras en un rincón la pluma de su padre rasgueaba sobre el papel. ¡Oh, cómo me alejaba de aquellos paraísos para siempre!

Sumida en estas ensoñaciones, llegué a casa. En medio de mi cuarto, y apiladas una encima de otra, vi mis maletas cerradas. En el suelo, una piel dentro del portamantas. Todo dispuesto para la partida del día siguiente. Mis ideas sencillas huyeron en desbandada. De pronto me invadió un deseo de libertad, de ver el mar, de atravesar a galope o en un veloz exprés la distancia que me separaba de lejanos países. Era de noche, pero no encendí la luz. La luna entraba en el cuarto a través de los árboles del jardín. Me senté en el balcón. En aquel momento mi situación se me presentaba aureolada por el encanto de una interesante novela y mil quimeras y fantasías se desataron en mi mente. Me sentía en el umbral de una vida cuajada de peligros, de éxtasis, de triunfos. Me imaginaba en la cubierta de un buque a punto de naufragar o en una intrincada selva en compañía de unos contrabandistas que entonan loores a la Virgen bajo la luna o formando parte de una silenciosa caravana de beduinos, acampando frente a Jerusalén, en el monte de los Olivos. Recorrería Italia; entraría en las ciudades al anochecer al galope de los caballos, cuando la multitud llena los corsos y se encienden los faroles, entre altivas fachadas renacentistas. Me veía en la bahía de Nápoles iluminada por la luna, dormitando bajo las parras de Ischia o gozando de la frescura de las grutas de Pausílipo, donde todavía se escucha el llanto de las náyades.

De pronto la puerta se abrió y entró un criado con una carta. Antes de ver la letra del sobre ni de mirarlo siquiera ya lo presentí todo. El criado dio la luz. Era de Rytmel, claro. La tuve mucho rato en la mano, indecisa, sin atreverme a abrirla. La dejé luego encima del mármol de una consola y fui a mirarme al espejo. Me encontré mala cara. El sobre aquél me atraía, parecía fosforescente encima del mármol. Lo cogí al fin, lo tomé al peso, aspiré incluso su aroma y, al fin, despacio, con una súbita fatiga, me decidí a rasgarlo lentamente.

VIII

Paso a transcribir textualmente aquella carta horrible:

«Querida: Tengo aquí en mi cuarto, delante de los ojos, las maletas cerradas. Tengo mi pasaporte en regla. ¡Ah!, no te olvides de coger el tuyo. He escrito a mi madre y a un amigo íntimo que conoce todos mis secretos. Como estás viendo, te escribo al calor de la firme resolución tomada. Estoy solo. Mi destino está en mis propias manos, lo tengo preso como un pájaro o un guante, si quiero puedo deponerlo sobre la cubierta de un buque o jugármelo a una carta en una mesa de juego o pincharlo en la punta de una espada o también, por último, alargar la mano y dártelo a ti. Tú, en cambio, debido a las circunstancias de la vida, tienes en ella un lugar más definido y concreto. Estás atada por un anillo nupcial a un sistema determinado de cosas, a cierto tipo de leyes, y eres como un barco anclado en el mar. Por eso me parece justo, antes de separarte para siempre de tu legítimo centro, que yo, con mi experiencia de la desgracia, de los viajes y del espectáculo del mundo en general, te haga algunas consideraciones, que si bien no han de hacerme más querido a tu corazón, me harán más digno ante tu conciencia. ¡Mucho confías tú en la fuerza del amor, amiga mía! Olvídate por un momento de mí, de mi honor y de mi fidelidad. Te estoy hablando del amor en general, ya se le llame ley, misterio, símbolo, fuerza natural o invención literaria. Sí, te fías demasiado del amor. Ese amparo supremo, ese apoyo firme y sólido que todo espíritu busca por el mundo y que unos lo encuentran en la familia, otros en la ciencia y otros en el arte, tú pareces

empeñada en encontrarlo exclusivamente en la pasión y no sé si esto es justo ni asequible.

Te fías, digo, excesivamente del amor. Pero nada construye ni resuelve, lo compromete todo y de nada responde. Es un puro desequilibrio de las facultades, el predominio momentáneo y efímero de la sensación, y ya esto es bastante para que ningún destino humano deba reposar sobre tales cimientos. Es una limitación de la libertad, un empobrecimiento del carácter; especializa, circunscribe al individuo, es su tiranía natural, astuto enemigo de todo criterio y arbitrio. ¿Y quieres que tu situación en la vida se asiente sobre esas bases? ¿Te parece que puede ser estable el amor? Sí, puede ser, mientras se alimente de lo imprevisto, de lo novelesco, del gusto por el obstáculo, mientras necesite de un coche con las cortinillas bajadas. Pero en cuanto entre en un cauce normal, se establezca y organice, en cuanto se sujete a administración, pasará a extinguirse de una forma trivial, y en cuanto se empeña uno en conservarlo se parece miserablemente a las llamas pintadas de un infierno de teatro. Y entonces, a partir del momento en que tu amor empezase a desaparecer, ¿qué razón de ser ibas a encontrar para tu vida?, ¿qué justificación para tu incoherente destino? Te quedarías a la deriva, todo te estaría vedado o por la coacción de las leyes o por tu propia soberbia. Refugiarte de nuevo en las cosas legales, arrepentirte ya no te sería posible; el arrepentimiento es un acto católico, pero un factor social. Seguir adelante, persistir en la idea de vivir para el amor, supondría un equívoco hipócrita y el mejor día podrías llegar a encontrarte hundida en el libertinaje.

Hoy te place imaginar que el amor es la única tendencia y el único objetivo de tu vida. Pero no, no pasa de ser una idea que domina toda tu naturaleza. Hay otras muchas exigencias, y si no las sientes hoy clamar dentro de ti es porque ya las has satisfecho en el ambiente legítimo en que has vivido. Pero si llegara el día de hallarte aislada de todo, encerrada sólo en tu amor como en una concha, sentirías amargamente la carencia de ese algo que es la sociedad, la buena fama, tu centro de amistades de siempre, la posición social, el consuelo incomparable que supone la estimación de la gente que nos trata. Y al faltarte entonces un rincón elegante, aterciopelado, alfombrado, ornado de plumas, galones y escudos, te sentirías abandonada. Y la compensación que a cambio de eso pudiese procurarte el amor la mirarías entonces con el mismo tedio con que miras ahora los consuelos que esa sociedad te da a cambio de un amor fugitivo. Una mujer que huye con su amante sólo puede ya tener un lugar en el «demi monde», o en todo caso un puesto equívoco en los salones, cuando llega a ser célebre por su talento o su arte. Pero tú no te propones ir a Italia para frecuentar en Nápoles la casa de Madame de Salmé, ni quieres cantar en un teatro y escribir un libro te parecería una inconveniencia. Si quieres vivir oscuramente tendrás que vivir triste, y si quieres vivir radiante tendrás que soportar la humillación. ¿Y crees además que nos sería posible vivir ni siquiera durante un año una existencia íntima y secreta? El secreto, el escondite, un nido perfumado en un quinto piso con cosas que tienen su encanto en el seno de la sociedad, alternadas con las relaciones mundanas; las posibles habladurías confieren un extraño encanto a esos momentos arriesgados y misteriosos. Pero un misterio a perpetuidad debe ser parecido a la legendaria tortura de la bienaventuranza eterna. Cuando dos seres se encuentran obligados por la fatalidad a vivir exclusivamente uno del otro y por el otro y para el otro, como no ocurra en la isla de Robinson o entre los discípulos de Swedenborg o entre dos pobres muertos de hambre y les pase en cambio en una ciudad ruidosa y llena de vida a dos personas de carne y hueso y educadas en el segundo

Imperio y amantes del lujo, te digo la verdad que debe ser muy amargo.

Y además piensa otra cosa. Tendremos que arrastrar de país en país una vida mezquina sin objetivo, sin centro, sin familia. Ni siquiera a la hora de la muerte podremos hacerle cara con la serenidad de los justos. Nos veremos arrastrados, como las sombras románticas de Paolo y Francesca, por un viento perpetuo de contradicción. Y moriremos en la esterilidad de quien nada ha creado ni nada deja tras de sí como herencia. Seremos simplemente mortales, y al tiempo que los demás se immortalizan a través de sus hijos, nosotros nos veremos condenados a esperar un final baldío.

Perdona que te hable así. Pero creo estar cumpliendo con mi deber. Y ahora sólo me cabe decirte libre y conscientemente que soy feliz y que mañana, cuando veamos alejarse de nuestros ojos la tierra y nos hallemos los dos solos en medio de la inmensidad del mar, será un momento tan maravilloso que ya por sí solo justificaría toda mi existencia.»

Cuando acabé de leer esta carta me senté maquinalmente delante de las maletas y me quedé mirándolas con los ojos fijos como idiotizada. Abrí un cajón, saqué no me acuerdo qué prenda de encaje y la volví a meter con un movimiento totalmente automático y lúgubre, con una carencia absoluta de conciencia y de vida. Luego llamé a Betty y le pregunté que qué hora era.

—Las once, señora.

—Tráeme agua, tengo sed, agua de limón.

Cuando se fue, me acerqué al balcón, apoyé la frente en los cristales y contemplaba el movimiento lento y ondulante de los ramajes oscuros. La luna parecía que estaba congelada. Volvió a entrar Betty.

—Betty —le dije con voz apagada—, tengo miedo de volverme loca, ¿sabes?

Me miró y debió ver en mi rostro tal expresión de angustia que me dijo:

—Pero Dios mío, ¿qué tiene, qué le ha pasado? Llore, hija, llore si quiere.

—No puedo, no puedo, Betty, me ahogo, me muero. No te vayas, Betty.

—¡Ay, Dios mío! ¿Por qué no se acuesta? Acuéstese.

Y levantando al cielo los ojos y las manos en una imprecación dolorosa y desesperada exclamó:

—¡Si su madre viviera...! ¡No le pasarían estas cosas, que el Señor me lleve, si viviera su madre!

Rompió a llorar. Yo la miraba con gran pena; por fin sentí que los ojos se me humedecían y que los sollozos me sofocaban y, arrojándome en sus brazos, lloré a rienda suelta, amargamente, cruelmente, lloré por añoranza, lloré por aquella traición, por mi pasado legítimo, por la fascinación de mis pecados, lloré por oírme llorar.

IX

Me sosegué un poco. Abatida sobre una *chaise-longue*, muda y como muerta, miraba

maquinalmente el temblor de la luz.

—Betty —dije al cabo—. Acuéstate, anda. Ya me encuentro mejor. Te puedes ir.

Salió llorando. El cuarto estaba mal iluminado. Veía yo fuera recortarse los perfiles negros de la enramada sobre el cielo pálido bañado por la luna. Me quedé así mucho rato, mirando absorta, sin conciencia ni voluntad. Poco a poco, creo, empezaron a pasármese también por la cabeza otras imágenes ajenas a las relacionadas con mi aflicción. Por ejemplo, me acordaba de la hechura de un vestido que había yo dibujado para Aline. Al cabo del tiempo me levanté y me puse a pasear por la habitación. No sé si sería el movimiento lo que volvió a traerme la noción de la realidad y a hacer que se me recrudecieran las penas. Arranqué una hoja de un bloc y escribí a lápiz, atropelladamente: «Tienes razón, toda la razón. Vete mañana a las diez de la noche a esa casa. Hasta entonces no te volveré a decir que te quiero; sólo allí te contaré lo que estoy sufriendo.»

Yo misma salí al pasillo y desde lo alto de la escalera, que estaba silenciosa, a la luz de un globo esmerilado llamé a mi criado Andrés, imbécil y discreto, y le tiré el billete metido en un sobre lacrado.

—Lleve esa carta en seguida. Coja usted un coche.

Y le di las señas de tu casa, primo, porque Rytmel vivía allí. Luego volví a sentarme en el balcón. Del jardín ascendía un suave aroma. La luna y las extensas sombras estaban en una calma apagada y romántica. Poco a poco, mi desgracia empezó a perfilarse íntegra, nítida, resumida, como si se tratase del dibujo de un mapa. Me habían traicionado. A los veintitrés años, en plena experiencia de la pasión, en pleno disfrute del lujo, me dejaban caer, me traicionaban, sí. Y sentí entonces, por primera vez en la vida, el asalto de los celos, ese monstruo temible, tan traído y llevado por los poetas, tan arrastrado por los escenarios, tan conocido por la Policía, tan cruel y ridículo, pero tan de verdad. ¡Le vi la cara, lo conocí! Sentí su contacto, su mordisco corrosivo; escuché su argumentación minuciosa, sanguinaria, implacable, jesuítica, fui víctima de ese proceso que convierte al corazón más puro en inmundo cubil de alimaña. Sentí los celos más feroces: de esos que se hacen palpables, que dicen un nombre, que dibujan un perfil, que nos señalan al enemigo, nos ponen armas en la mano y nos empujan para que avancemos. Mis celos tenían un objetivo fijo: ella. Existía ella, la otra. Me acordaba confusamente de sus cabellos rubios, finos, flotantes, como una nube de oro deshilachada. La había visto en París, en el desfile de Longchamps, vestida de morado. Miraba de frente; los hombres debían encontrar en aquella mirada promesas de un futuro venturoso. ¿Qué secreto encanto emanaría de la esbeltez de su cuerpo? ¿Gustaría por sencilla, por inteligente o por ducha en asuntos de amor? ¡Qué ganas más furiosas de conocerla! Y me tenía que conformar con saber que era irlandesa y que se llamaba miss Shorn. Aunque sabía otra cosa, sí: que él la amaba.

¡Conocerla, conocerla! Pero ¿cómo? ¿Se la podría conocer a través de sus cartas? Seguramente sí, claro. Pondría en ellas lo mejor de su alma, lo más personal. Seguramente escribiría en un tono razonable, sin sacudidas emocionales, apaciblemente, como buena inglesa; pero dejaría traslucir sin duda los sentimientos de su corazón. Si yo pudiese leer aquellas cartas sería como conocerla. Me fascinaba la idea de averiguar el estado de ánimo de Rytmel y el proceso de su amor a través de las

cartas que ella le hubiera escrito. Las tenía que leer. Lo necesitaba; pedir las, robar las, comprar las, lo que fuera. Pero las tenía que leer. Pensaba esto sin detenerme a considerar que no tenía prueba alguna de que él recibiese cartas de aquella muchacha, pero nadie me podía quitar la certeza de que existían y de que el corazón de él estaba embebido de aquellas palabras.

Procuré serenarme, tenía que estar más tranquila, tenía que dormir. Me acosté. Pero la cabeza me estallaba de latidos tempestuosos. Era como una tormenta cuando arrastra a la superficie de las olas restos de un naufragio junto con remolinos de algas. En mi espíritu agitado se mezclaban así y surgían a flote del mismo embate asuntos graves e imágenes fútiles, dolores y fantasías, destrozos y catástrofes de amor revueltas con fragmentos de operetas. Llamé a Betty porque me parecía que me estaba subiendo la fiebre.

—Betty, no me puedo dormir, no sé lo que me pasa. Pero me tengo que dormir a la fuerza. Mañana necesito tener la cabeza muy clara. Si no me duermo estoy perdida porque me vuelvo loca, seguro. Dame algo.

—Pero ¿qué quiere que le dé, señora?

—Dame de aquella bebida que tomaba mamá para los insomnios, la que tomas tú para calmar los dolores.

—¿Quiere decir que le dé opio?

—No sé, agua con opio, vino con opio, tú verás. Me lo mandó el médico una vez.

—Opio tengo, sí, pero no sé, querida niña... ¿Y si le hace daño?

—Unas gotas no me hacen daño. Dámelas. Me lo ha mandado el médico.

Bebí lo que me trajo, que me parece que era agua opiada. Creo que me adormecí en seguida y me acuerdo que soñé que andaba sin cesar, en un movimiento perpetuo que iba adoptando diferentes ritmos, unas veces lento y pausado, como si paseara por un parque, otras turbulento, y era que estaba bailando el vals de Gounod, otras solemne y melancólico, y era que iba en el acompañamiento de un entierro, otras escurridizo y veloz, y era en París, en invierno, y yo patinaba dejándome deslizar sobre el hielo.

Me desperté bien entrada la mañana y me sentí serena y decidida. Mandé a buscar un coche y me hice conducir a tu casa, primo. Eran las dos de la tarde. Sabía yo que él estaba contigo en Bellas. Subí. Apareció Luis, tu criado portugués, imbécil y tan atrevido por interés como discreto por miedo.

—¿Míster Rytmel?

—Ha salido, señora condesa.

—¿Y Jacques?

—Ha ido con él, señora condesa.

Jacques era un antiguo criado de Rytmel.

—Luis, por favor, acompáñeme al cuarto de míster Rytmel.

Al abrir la puerta de aquel cuarto sentí una oleada de vergüenza y humillación. Luego me puse en seguida a revolver cajones. Pero no había ninguna carta importante, eran todas indiferentes. Ya muy nerviosa abrí la cómoda, revolví entre sus ropas, le registré los bolsillos, dentro de las maletas, en el baúl, debajo de la almohada. Y nada. Estaba temblorosa y jadeante. Era una búsqueda inquisitorial, frenética, desesperada, infame.

—Luis —le dije con complicidad—, te doy veinte libras, cincuenta, las que quieras, si me dices dónde guarda este señor las cartas.

—Pero señora condesa...

—¿Dónde las guarda? Te doy cien libras. Te lo doy todo, estúpido. ¿Dónde guarda las cartas este señor?

—Yo no lo sé, señora, por Dios —dijo el criado con voz lastimera—. De verdad que no lo sé.

—¿No lo has visto? Tendrá un secreter, una carpeta, alguna cartera.

—Sí, una cartera sí tiene. De tafiote. Pero la lleva siempre con él. Nunca la suelta.

Salí y bajé las escaleras precipitadamente, como alma que lleva el diablo, huyendo de aquella derrota, de aquella vergüenza, de aquella complicidad. Me acurruqué en un rincón del coche.

—A casa.

Había corrido las cortinillas y lloraba sin lágrimas.

—¡Betty, Betty! —llamé por el pasillo en cuanto llegué.

Se presentó corriendo.

—Escúchame, Betty —le dije agitadamente, cerrando la puerta de mi cuarto—. ¿Hace daño ese agua con el opio?

—¿Por qué? ¿No se encuentra bien?

—Sí, sí. Me encuentro muy bien. Pero ¿hace daño?

—No, no hace daño ninguno. ¿Por qué?

—¿Me lo juras?

—Se lo juro. Pero...

—Lo tienes que jurar sobre el Evangelio.

—Sí, sí. Pero ¿para qué lo quiere?

—Tú tráemelo, ¿dónde lo tienes?

—¿Es que quiere dormir?

—No.

Ella me miró y se puso muy pálida.

—Señora, por Dios, ¿qué pretende?

—Nada, pero dámelo, Betty. No creerás que me quiero matar.

Ella no decía nada. Me eché a reír.

—Pero ¿estás loca? Si me quisiera matar, ¿cómo comprendes que te lo iba a pedir a ti? ¡Qué va, soy muy feliz, mujer! Han pasado cosas, ¿comprendes? No te digo qué cosas, pero cosas buenas, soy feliz. Voy a verle luego, ¿sabes?

Y más bajito, como si me diera vergüenza:

—A las diez, ¿sabes? Es que quiero dormir un poco para que no se me haga tan largo.

—Pero no tome mucho, no le vaya a hacer daño. Está ahí el frasco, en ese cajón del lavabo. No le vaya a hacer daño, por Dios.

—Que no, Betty, que no. ¿En el cajón dices? Son dos gotitas, ¿verdad?, y además no hace daño. ¡Si vieras lo contenta que estoy! Mira, no lo tomo, no quiero dormir. Mejor que te quedes tú aquí hablando conmigo. Total, son las cinco; no falta tanto para las diez. ¿En aquel cajón, dices? Al fin, no se hace tan largo. Soy muy feliz, ¿sabes, Betty? Prefiero no dormirme. Cuéntame algo.

La pobre mujer, al verme animada, sonreía. Luego se puso a hablar. Yo no apartaba los ojos del cajón del lavabo mientras ella hablaba y hablaba. Oía sus palabras sin atender a lo que decía, como si oyera un murmullo de agua.

X

La tarde iba cayendo y mi inquietud y angustia aumentaban.

No sé si voy a ser capaz, primo, de contarte con orden y detalle todos los incidentes de aquella noche. Ya sé que tampoco me lo vas a exigir. Sería terrible tener que describir mi crimen con pelos y señales. Así que tendrás que perdonar el dolorido balbuceo de mis palabras y el trezado tembloroso de mi letra.

A las diez de la noche me dirigí a la casa y Rytmel ya estaba allí. Tenía mala cara y verle me produjo un temblor instintivo. Nos pusimos a hablar. Yo, mientras él hablaba, le escrutaba con avidez, incapaz de apartar mis ojos de su chaqueta, calculando por el bulto si podría tener allí la cartera con las cartas, al tiempo que con mano sudorosa palpaba el frasquito de opio dentro del bolsillo de mi vestido. Era un frasco de cristal verde tallado, con tapón de metal.

Rytmel me habló dulcemente y con frases muy cariñosas, donde aún palpitaban acentos de pasión, tratando de justificar y aclarar su carta. ¿Era sincero o se trataba de una retórica a flor de labio, amañada y artificial como una decoración de teatro? Imposible saberlo: sólo las cartas de ella, que sin duda guardaba él en su bolsillo, encerraban la clave. En el pecho de su chaqueta abultaba una cosa. Allí, en aquel bulto, se encerraba mi sentencia, un veredicto de desgracia o de bienestar para mi futuro. ¿Es que cabía vacilar? Él seguía hablando y yo estaba muy nerviosa. Vi una

copa junto a una jarra de cristal de Bohemia. Estaba corrida la cortina que daba a la alcoba y dentro había una completa penumbra. Betty me había acompañado, pero se había quedado en una habitación distante que daba a unos solares.

—¿Y si ocurriese una tragedia? —se me ocurrió pensar de repente—. Hay personas cuyo sopor desembocó en un sueño eterno y yerto.

Pero a pesar de ello seguí con los ojos fijos en el bulto de su chaqueta, que me fascinaba como si palpitase con vida propia. Podía acercarme a él, irle envolviendo en palabras cálidas y ardientes que le hicieran desfallecer y de pronto sustraerle furtivamente la cartera, dar un salto y salir corriendo, meterme en mi coche y huir. Pero ¿y si se resistía? ¿Y si perdía los estribos y, olvidándose de la debilidad de mi sexo, me sujetaba violentamente y me obligaba por la fuerza a devolverle las cartas?

No, mejor era dormirle. Si se trataba de unas cartas inocuas e indiferentes, ¡con qué alivio me arrodillaría yo en seguida junto a aquel cuerpo adormecido, con qué ansia esperaría su despertar! ¡Y cuando sus ojos se abriesen, qué amanecer radiante de luz encontrarían en los míos! Claro que también podía encontrarme con pruebas palpables de traición y de culpa.

Me levanté. Rytmel estaba fumando, y de vez en cuando bebía un poco de agua de una copa que tenía al lado. No lograba encontrar el momento propicio para echarle el opio en la copa aquella. Por fin se me ocurrió el recurso más trivial y estúpido, como de comedia de Scribe^[27].

—Rytmel —le dije, en efecto, con una despreocupación teatral y risueña—. Vete a decirle a Betty que se puede ir si quiere. La pobre anda malucha y estos días duerme muy mal.

Cuando él salió, me quedé mirando la copa, rígida e inmóvil, apretando el frasco dentro de mi bolsillo con dedos convulsos. Pero tenía que decidirme, era mi única oportunidad, iba a volver él, ya me parecía oírle hablar y sus pasos por el pasillo. Saqué el frasco desatentadamente, sin calcular lo que hacía y mordiéndome los labios, lo vacié dentro de la copa aquélla.

Volvió él y me dejé caer en una butaca temblando y sintiéndome bañada en sudor frío. Me puse a hablarle con volubilidad y ternura, no sabiendo si reír o llorar.

—¡Si supieras lo que te quiero, qué amiga tuya soy! Anda, ven, siéntate aquí.

Él sonrió, me parece, sí, que sonrió, y ¡Dios mío!, cogió la copa.

—¿Crees que no lo sé? —dijo con ella en la mano—. ¿Quién lo puede saber mejor que yo? Sin tu amor, la vida no tendría sentido para mí.

Todavía tenía la copa en la mano. Yo miraba, fascinada, la luz pasando a través de aquel líquido que me pareció ligeramente verdoso, y arrancando destellos al cristal tallado.

Luego, por fin, la apuró.

Desde ese momento empezó mi calvario. ¿Y si se moría? Pero, ¿por qué se iba a morir? El opio se lo dan a los niños y a los enfermos, sirve para aplacar los dolores. No, no había peligro, no lo podía haber. Y cuando volviese a abrir los ojos le iba a mimar tanto, le iba a hablar con tanta

ternura para hacerme perdonar aquel imprudente arrebato. De pronto decidí que le seguiría amando aunque fuese culpable. Bastante iba a expiarlo de antemano, el pobre, condenado a un letargo tan siniestro. Le seguiría queriendo, culpable y todo, aunque encontrara pruebas de su traición.

Él había apoyado la cabeza en el sofá y se mantenía en un total silencio. Estaba muy pálido y de pronto tuvo como una náusea, me parece, y se quedó sonriendo. Ya no me acuerdo bien de lo que pasó luego, no sé si seguimos hablando o ya no hablamos más y se quedó dormido tranquilamente o con algún espasmo. No me acuerdo de nada.

Sólo sé que me vi arrodillada a sus pies y que debía ser medianoche. Y que estaba inmóvil echado en el sofá. Y que habían pasado dos horas y que yo, lo notaba cada vez más lívido y más helado y que no me atrevía a llamar a Betty. Di unos pasos sin rumbo por la estancia, distraída, como idiotizada. Se me ocurrió taparlo con una manta.

—Va a despertarse de un momento a otro —me repetía maquinalmente.

Le atusé el pelo, que tenía un poco despeinado. De pronto, la idea de la muerte se me apareció ante los ojos nítida, fulminante y pavorosa. ¡Es que estaba muerto! Sentí que todo fallaba en torno mío, que aquello era el final. Pero todavía tuve fuerzas para llamarle por su nombre con dulzura, bajito:

—Rytmel, Rytmel.

Me había acercado de puntillas para no despertarle, pero me paré en seco y me quedé mirándole fijamente y me arrojé sobre su cuerpo.

—¡Rytmel, Rytmel! —grité con voz sofocada, abrazándole.

Traté de incorporarle, en un estado de alucinación que me daba unas fuerzas increíbles. La cabeza se le quedó colgando inanimada. Le aflojé la corbata. Le sostuve entre mis brazos y en aquel momento me volví a fijar en el bulto de su chaqueta. Me había olvidado de las cartas, de que todo aquello lo había hecho para poder leerlas. Le quité la chaqueta con bastante dificultad porque estaba rígido. Dentro de la cartera había papeles y un fajo de billetes. Se me cayó y los papeles y las cartas se desparramaron por el suelo. Los recogí, lo até todo con la corbata blanca que le había quitado y lo metí en mi bolso.

Obraba de una forma convulsiva e inconsciente. Por primera vez, al mirar a Rytmel, aprecié claramente la contracción mortal de su rostro. Empecé a hablarle y a llamarle frenéticamente. ¿Por qué no se despertaba? Me irritaba, le sacudí. ¿Por qué se había quedado así, por qué me daba aquel disgusto? Tenía ganas de pegarle, de hacerle daño.

—¡Despiértate, despiértate! —le decía.

Nada. No se movía. Estaba muerto. En esto oí pasar un carro por la calle y aquel rumor me hizo pensar que había otra gente que vivía. Y de pronto me acordé de que había vaciado el contenido entero del frasco en la copa de agua, y de que la dosis conveniente eran dos gotas. Le había matado.

—¡Betty, Betty! —grité.

Apareció ella y me arrojé a sus brazos deshecha en llanto. Luego volví al lado de él y le llamaba, arrodillada junto al sofá. Fui a besarle en la frente y se me escapó un grito de horror. La tenía helada.

Y el rostro lívido. Y las manos yertas y rígidas.

—¡Huyamos, Betty, huyamos!

La voluntad, el raciocinio, la conciencia, el pudor, todo se me hizo añicos contra el suelo. Sólo quedaba el miedo, puro miedo que se había apoderado de mi ser, invadiéndolo de la forma más vil.

—Huyamos, huyamos —repetía.

No sé ni cómo salí de allí. Una vez en la puerta de la calle, me pareció ver venir a lo lejos una luz que se acercaba y aumentaba. La llevaba alguien vestido de rojo, parecía sangre. Avanzaba hacia mí. Me apoyé en la pared, fría como la nieve, oculta en la sombra. La luz llegó y pasó delante de mí. Era un sacerdote, iba con un monaguillo vestido de rojo y con linterna en la mano. Llevaban la extremaunción a algún enfermo.

Me apoyé en el brazo de Betty y eché a andar como loca, sin saber a dónde iba...

A continuación de lo transcrito la condesa refiere el encuentro que tuvo conmigo, pero estas líneas, señor Director, me ha parecido mejor omitirlas; juzgo innecesario volver sobre algo que ya conoce usted a través de mis revelaciones anteriores.

A.M.C.

Concluyen las revelaciones de A. M. C.

I

Cuando la condesa fue requerida para que declarase lo que supiera expuso con claridad y firmeza las razones que había tenido para llevar a cabo aquella muerte involuntaria y el modo en que se produjo.

—Aquí tienen ustedes las cartas y los billetes que llevaba encima —concluyó, al tiempo que depositaba sobre la mesa un paquete de papeles atados con la corbata blanca—. Yo ya he tomado mis postreras disposiciones. Pueden hacer conmigo lo que gusten y aplicarme el castigo procedente.

Todos guardábamos silencio. F. se adelantó hacia el centro de la estancia y dijo:

—Castigar a alguien supone usurpar un poder de tipo divino. Los hombres no castigan a un criminal para vengar a la sociedad, sino para preservarla del contagio, porque el crimen es una enfermedad. La labor de los Tribunales, una vez terminada la cura, aunque no cese de hecho, cesa de derecho. Secuestrar a los que han dejado de presentar síntomas alarmantes supone hacer una extorsión a la sociedad; a veces puede tenerse por irremediable, pero no deja por ello de ser monstruoso. Todo aquel que no sea pernicioso resulta preciso e incluso indispensable para tejer conjuntamente con los demás la urdimbre de ideas, impresiones y argumentos que constituyen el problema humano. Analizando la naturaleza del caso que estamos examinando ahora, junto con las razones y circunstancias que lo motivaron, llegamos a la conclusión de que no puede constituir peligro social alguno el hecho de que esta señora quede en libertad. Encarcelarla sería tan escandaloso y perjudicial cuanto sería aleccionador y provechoso reintegrarla a sí misma.

Y acercándose a la puerta, cerrada con llave, la abrió de par en par y añadió con tono grave y respetuoso dirigiéndose a la condesa:

—Puede usted salir, señora. Queda en total libertad. La justicia oficial tal vez se la discutiera, pero la rectitud de unos hombres de bien a quienes fue dado deliberar en esta causa no puede poner trabas a ella. Su proceder, claramente condicionado por el zarandeo de la desgracia, no debe ser tachado de criminal, sino de infortunado. Lleve su triste lección a los desengañados y ojalá que los oscuros e ignorados beneficios que derrame en torno suyo de ahora en adelante sirvan para expiar los yerros de su pasado. Sepa que en esta casa no queda rastro alguno de su culpa.

Ante la puerta abierta, la condesa, muy pálida, vacilaba. Parecía como si le faltasen las fuerzas y que a duras penas consiguiese tenerse en pie. El enmascarado alto la sujetó por un brazo y ella hizo como un amago de querer decir alguna cosa, pero luego su rostro se contrajo dolorosamente y, apretándose el pañuelo contra los labios, salió sofocando aquellas palabras que no llegó a pronunciar o tal vez los sollozos.

Poco después oímos el ruido del coche que se alejaba llevándose a aquélla que había sido para el mundo la condesa de W.

Nos habíamos puesto de acuerdo sobre el modo de hacer desaparecer el cadáver, intento que no

presentaba insuperables dificultades, dada la ignorancia que se tenía en Lisboa de la presencia del capitán Rytmel en dicha ciudad.

Bajamos al piso inferior y desde allí, por cuatro escalones excavados en el suelo, a un sótano que tenía la casa. Había caído la tarde. Estaba muy oscuro y nos alumbrábamos con velas. Cavamos una fosa y de la tierra removida ascendió un olor acre a humedad. Dos de los enmascarados sostenían en alto los candelabros; constaba cada uno de diez velas color de rosa. De las vigas del techo pendían telarañas plateadas y polvorientas como girones de cortina.

Desatamos el fardo que habíamos depositado junto al hoyo y contemplamos por última vez el rostro del muerto tendido sobre su manta de viaje. Le habían abrochado el chaleco y vuelto a poner la corbata blanca y la chaqueta azul con botones dorados, en cuyo ojal se conservaba aún una rosa mustia. A aquella luz tenía una expresión ideal con los ojos cerrados; parecía una estatua antigua. Bajo el bigote ensortijado se dibujaba una imperceptible sonrisa y los bucles del pelo, despeinados por el contacto de la manta en que había sido envuelto, parecían, sobre la frente lívida, oro sobre marfil. En el profundo silencio que reinaba se oía hasta el tic-tac de nuestros relojes y el zumbido de las moscas que volaban en torno a aquel rostro muerto.

Pobre Rytmel —pensé con emoción—, enterrado así sin las solemnidades dignas de una condición como la tuya, sin que figuren en tu cortejo fúnebre uniformes recamados de oro, sacerdotes ni responsos. Que te arrulle, pues, al menos, el panegírico de unos amigos: Descendiente de los lores, joven, inteligente y guapo, cuando todo parecían rosas en tu camino, se ha apagado la estrella que presidió tu nacimiento y hete aquí a punto de descender a una tumba sin lápida cavada en la misma casa donde viniste en busca de la dicha, a la luz de las mismas velas que iluminaron esos tus momentos postreros de amor. No tendrás el consuelo de que nadie venga a llorar al lugar donde reposan tus cenizas, ni árbol alguno sombreará tu tumba, ni las aves bajarán a beber el agua de lluvia que se remanse en los huecos de tu lápida, ni la luna, dulce amiga de los muertos, podrá descender a besarla entre las ramas negras de los cipreses, ni sobre las flores vecinas a ella, alimentadas por tu propio fluido, se posarán las blancas mariposas ni caerá el rocío ni murmurarán las abejas. Ni tu madre, al alzar esa mirada interrogante con que parece pedirle cuentas al cielo de los hijos muertos, encontrará verja donde apoyar sus rodillas desfallecidas, la buscará en vano.

El enmascarado alto se inclinó sobre el cadáver del capitán Rytmel y lo incorporó por los hombros. Los demás le ayudamos a sujetarlo y a hacerlo descender al fondo de la fosa. Luego él, agachándose de rodillas desde el borde, le cubrió el rostro con un pañuelo:

—Descansa en paz —le dijo como si se estuviera dirigiendo a un niño dormido—. Yo iré a decirle a tu madre dónde reposan tus restos, y después, cuando reciba sobre mi pecho las lágrimas que esta noticia arranque de sus ojos, volveré a visitarte. Adiós, Rytmel. Adiós.

Y arrojó sobre la tumba un puñado de tierra, del montón que había al pie, resultante de nuestra excavación. La tierra, al caer sobre el cuerpo, hacía un ruido apagado y blando.

II

Luego nos pusimos a la tarea de examinar los papeles de Rytmel para dejar en regla sus asuntos.

Se comprobó la existencia de aquellas trescientas mil libras en billetes del Banco de Inglaterra. Entre las cartas que se le encontraron no apareció ni una sola de miss Shorn.

Ninguno de nosotros tenía ánimo por el momento de volver a reanudar el hilo cotidiano y trivial de su vida privada; así que decidimos permanecer juntos allí, hasta que transcurrieran unos días después de la catástrofe de que habíamos sido testigos.

La casa aquella había sido comprada por lady..., la madre de Rytmel, y en ella se guardaban varios objetos de su pertenencia. Elegimos entre ellos un cofre de hierro adamasquinado de oro para encerrar dentro de él, en su día, las cenizas del muerto y lo bajamos a la cueva.

El enmascarado alto estaba proyectando su viaje a Londres cuando tuvimos noticia de la publicación de las cartas del doctor X., iniciada en ese periódico. La condesa nos hizo saber que estaba dispuesta a entregarse a la Policía si no nos ocupábamos inmediatamente de desvanecer las sospechas que la carta de Z. arrojaba sobre la integridad del doctor, y de lograr que F. se retractase de las injurias de que nos hacía víctimas a todos en la carta enviada al doctor por medio de Friedlann. Nos autorizaba a hacer pública su intervención e insistía en decir que ella había dejado de pertenecer al mundo y en cambio la biografía que le legaba podría ser ejemplar y provechosa.

Entonces, señor Director, fue cuando nos determinamos a referirle por menor todo este lamentable suceso, ocultando bajo meras iniciales los nombres de quienes más parte habían tenido en él, y dejando a la sociedad la libertad de descubrir a esas personas si quería, y el derecho de condenarlas o absorberlas a su arbitrio.

Seguidamente la condesa tomó la decisión de retirarse a un convento, que ella misma escogió después de muchas deliberaciones. El enmascarado alto y yo la acompañamos a una villa de la provincia del Miño, donde hay un convento de carmelitas descalzas habitado por cinco o seis religiosas que conservan aún todo el rigor ascético de la Orden y, ya decrépitas, mantienen mediante la extrema pobreza, la oración y el ayuno el mismo fervor místico con que iniciaron sus desposorios. Llevan los pies descalzos en todo tiempo y el cuerpo cubierto por tosco sayal, sin más ropa interior de algodón ni de lino. No prueban la carne, comen frugalmente en el viejo refectorio y una de ellas se queda siempre voluntariamente en la entrada, postrada allí para que las demás pasen por encima de su cuerpo al entrar y al salir. No tienen renta alguna y viven de trabajos que efectúan en la clausura más rigurosa, apartadas de todo comercio social. Nadie en el mundo ha vuelto a ver jamás a ninguna de las que allí ingresaron. Cuando una de ellas muere, las demás la entierran en el claustro y cubren el cadáver con una piedra lisa sin más nombre ni fecha. Mueren, pues, sin dístico ni distintivo algunos; la muerte empieza a correr para ellas en el mismo momento en que trasponen el umbral aquel. Todo allí dentro es como un sepulcro; la muerte supone un mero cambio de celda.

Así es la casa que ha escogido la condesa para refugiarse en ella el resto de sus días. La fachada exterior es lúgubre y misteriosa, rodeada enteramente por un alto muro que impide la penetración de cualquier mirada desde el exterior. Una casa emparedada. El muro tendrá la altura como de un cuarto piso, es de un color sombrío como de estameña, a modo de sudario o capucha de ermitaño, con grandes manchones verdinegros. En un determinado lugar, la fachada forma un entrante donde a través de los gruesos barrotes de una verja se divisa la puerta de entrada al convento, claveteada

con gruesos clavos y carcomida por los años. Por las rendijas de las losas del patio brotan matas de ortigas, como mechones de cabellos hirsutos escapándose de un gorro. En el centro del patio hay un pozo con su cubo colgado de una estaca en el brocal. Se ven tendidos por el suelo andrajos de las mendigas del contorno que vienen a lavar allí su ropa y la de sus pequeños. En un rincón del patio, adosada al muro, cuelga una cadena de hierro que se maneja desde fuera y corresponde a una campana interior. A esta señal de llamada, un cilindro de madera empotrado en un hueco practicado en la mampostería del muro inicia un giro lento dentro de aquella concavidad, mostrando hacia afuera el interior convexo, como si al oír aquel tañido, el monstruo taciturno entreabriera uno de sus párpados dejando ver la órbita del ojo. Aquel aparato se llama el torno.

La condesa pronunció unas palabras acercando sus labios a este torno a las cuales respondió desde el interior una especie de gemido, y luego se dirigió a la puerta del fondo, en actitud de espera.

Cuando por fin se abrió aquella puerta, el primo de la condesa, que hasta entonces se había mantenido sereno, no pudo reprimir que las lágrimas acudiesen a sus ojos.

—¿Te parece horrible? —preguntó ella sonriendo con esa extraña expresión resignada que se atribuye a las mártires legendarias. ¿Y qué cosa mejor podía hacer, amigo mío? No me iba a matar, ni a prostituirme con el contacto de la sociedad. Para ambas cosas me falta valor: he escogido, como ves, la vía más suave. No te preocupes, pobre amigo, del rigor de mi destino ni te duelas de él. Es probable que muera pronto si no me sobreviene la desgracia tan temida por Santa Teresa: Que el placer y la dulzura de esperar la muerte lleguen a ser tan grandes que me prolonguen la vida.

Luego puso en sus manos la capa de cachemira en que iba envuelta y dejó que él la besara en la frente.

—Adiós, primo —le dijo—. Pide a Dios que me perdone y a los vivos que me olviden.

En cuanto entró, la puerta se cerró a sus espaldas del mismo modo en que se había abierto, es decir, sin que se viese a nadie, mostrando sólo un agujero lóbrego y profundo como las fauces del mismo abismo, y la amante de lord Rytmel ingresó en el claustro. Los cerrojos interiores rechinaron sucesivamente con un sonido entrecortado, a modo de sollozos estrangulándose en una garganta de hierro.

El enmascarado alto pasó conmigo parte de la noche esperando la hora de tomar la silla de postas que hasta la una no salía de la villa.

Cuando nos disponíamos a subir a ella oímos un tañido de campanas. Preguntamos que qué significaba aquel toque, que era como a rebato, y un diputado del distrito que venía en nuestro mismo coche nos explicó al tiempo que tiraba por la ventanilla el fósforo apagado con el que había encendido su puro:

—¿Eso? Son las carmelitas; siempre que no tienen qué comer piden limosna de esa manera.

El cochero hizo chasquear el látigo, partió a galope y el estrépito de las ruedas y de los cascotes sobre las calles tortuosas del pueblo se sobrepuso a aquel doblar de las campanas, hasta que lo

ahogó.

Poco más me queda que contarle.

El conde de W. recibió en Bruselas una carta de su mujer donde le decía: «Renuncio en pleno uso de mi voluntad a la posición social que ocupaba. De todos cuantos derechos el azar pudiese haberme concedido en esta vida, sólo uno pido que no me sea impugnado: el derecho a morir. Te suplico, pues, que me permitas desaparecer y que creas en la sinceridad de mi eterna gratitud».

En cuanto al doctor, como él mismo ha manifestado, se encuentra en los hospitales de sangre del ejército francés.

Federico Friedlann, el mismo día que echó al Correo la carta de F., salió para incorporarse a las milicias nacionales de su país. He tenido noticias de que F. y Carlos Fradique Mendes llevan varios días reclusos en una finca de los alrededores de Lisboa, tirados en la hierba a la sombra de los árboles, tomando notas para un libro que están escribiendo en colaboración y con el que pretenden —al menos eso han prometido a la lozana Naturaleza que les rodea— terminar a puntapiés con todas las trabas que las escuelas literarias hoy en boga en Portugal se empeñan en poner para amordazar el libre curso del espíritu y la imaginación.

Y si para terminar me permite hablar de mí, sepa, señor Director, que vivo ahora en una casita de pueblo. No le extrañará que le diga que me he casado con Teresina hace unos días, ¿se acuerda de Teresina? Necesitaba este descanso, el remanso de un hogar. Ser espectador de las profundas conmociones que agitan a los humanos a veces es igual que asistir a un naufragio. En esos casos vuelve uno los ojos a los placeres sencillos y encuentra un sabor nuevo e inapreciable en el cumplimiento del propio deber.

A.M.C.

Última carta

Señor Director del Diario de Noticias:

Habiendo podido causar extrañeza que a lo largo de todo el relato que viene siendo publicado hace meses en las columnas de su periódico no haya aparecido jamás un solo nombre que no sea ficticio ni un lugar que no sea discutible, queda usted autorizado hoy por medio del permiso encerrado en estas líneas, a fechar el desenlace del mencionado relato en Lisboa a 27 de septiembre de 1870 y a transcribir el nombre de los dos abajo firmantes.

De usted affmos., seguros servidores.

Eça de Queiroz

y

Ramalho Ortigão



JOSÉ MARÍA EÇA DE QUEIRÓS. (Póvoa de Varzim, 1845-París, 1900). Su carrera diplomática le llevó a residir en Cuba e Inglaterra, y fue nombrado cónsul de Portugal en París en 1889, donde permaneció hasta su muerte. De su obra destacamos *El misterio de la carretera de Sintra* (1870), *El crimen del Padre Amaro* (1875), *El primo Basilio* (1876), *El mandarín* (1880), *La reliquia* (1887), *Los Maya* (1888), *Ecos de París* (1905) y *Cartas de Inglaterra* (1905).

Notas

[1] Pierre Ponson du Terrail: novelista francés muerto en 1871, autor de varios folletines y de los farragosos «Exploits de Rocambole», muy en boga en la época en que Eça y Ramalho escribían la presente novela. Hay una evidente crítica a este tipo de literatura folletinesca en la alusión. (N. del T.) <<

[2] La «rua dos Vinagres» sita en el barrio de la Morería, era en la época de esta novela una de las más sórdidas y peor afamadas de todo Lisboa. (N. del T.) <<

[3] En francés en el original. <<

[4] En el original se emplea «nuance». Solamente conservaré las palabras francesas usadas en el texto por los autores cuando me parezca realmente significativo. (N. del T.) <<

[5] Los «blue devils», que traducido literalmente quiere decir «diablos azules», entrañaban un ramalazo de melancolía o tedio. En inglés en el original. (N. del T.) <<

[6] Coche ligero de dos asientos unidos uno con otro por el respaldo. (N. del T.) <<

[7] Hoy «caril» aparece consignado en el diccionario portugués como la salsa que lleva ese nombre. En tiempo de Eça de Queiroz debía ser un anglicismo, porque lo consigna con bastardilla. <<

[8] En inglés en el original. Por lo que se desprende de las líneas siguientes, este ponche que prepararon en cubierta debió estar ardiendo gran parte del tiempo que duró la fiesta (N. del T.) <<

[9] Cerveza inglesa. Toda esta descripción está llena de expresiones inglesas. (N. del T.) <<

[10] «Chocante, extraño», pero en un sentido más fuerte, comporta un juicio de valor. (N. del T.) <<

[11] «No es exactamente eso» o «no estoy de acuerdo». (N. del T.) <<

[12] La palabra salero (en español en el texto) gusta mucho a los portugueses. Cuando estuve en Coimbra, en mis años de estudiante, raro era el portugués que no la empleaba cuando quería hacernos un cumplido a las chicas españolas que habíamos ido a aquel curso de verano. (N. del T.)

<<

[13] Toda la frase en español en el original. No tiene demasiado sentido. Sospecho que Eça y Ramalho no debían dominar el español, o conocerlo sólo por referencias literarias. No parece que Carmen pudiera decir una frase tan rara. (N. del T.) <<

[14] En inglés en el original. (N. del T.) <<

[15] Aquí, como más arriba, vuelve a parecer evidente que Ramalho y Eça tenían un conocimiento bastante deficiente del español. Sin duda esta copla se la sacaron ellos de la manga. (N. del T.) <<

[16] En inglés en el original: «Ahora agradecería un buen vaso de cerveza.» (N. del T.) <<

[17] Ver supra, nota de la pág. 100. Hoy llamaríamos a este mal «depresión». (N. del T.) <<

[18] Todos estos piropos en español, en el original. Insisto en la versión literaria que de España se tenía en Portugal; esta deformación de hacer coincidir lo español con lo andaluz se conserva en gran medida. <<

[19] Título de un melodrama de Alejandro Dumas, padre, escrito en 1832, y que alcanzó gran repercusión y éxito. Lo escribió en colaboración con Gaillardet, y Margarita de Borgoña juega el papel más importante en la intriga. <<

[20] En bastardilla en el original. No he conseguido averiguar a qué sustancia líquida alude. ¿Tal vez algún veneno? (N. del T.) <<

[21] Barrio de Lisboa que sigue conservándose con el mismo nombre. (N. del T.) <<

[22] Famosa balada que Goethe incluye en su «Fausto». (N. del T.) <<

[23] Esta figura literaria habría de ser ampliamente explotada y elaborada posteriormente por Eça de Queiroz, dando lugar a uno de sus más conocidos y peculiares personajes novelescos. (N. del T.) <<

[24] En francés en el original. En una biografía de Ramalho que escribió Eça posteriormente se habla de que había sido amante de cierta famosa mademoiselle Rigolboche, lo cual hace pensar que el tipo de Fradique Mendes puede estar inspirado, parcialmente al menos, en el de su amigo. (N. del T.) <<

[25] Es evidente la fascinación que en esta época ejercía sobre la sensibilidad de los autores la retórica de Charles Baudelaire. Piénsese en la composición de éste «La Venus negra». (N. del T.)

<<

[26] En italiano en el original. (N. del T.) <<

[27] Eugene Scribe: autor dramático francés (1791-1861), de gran repercusión en la época, especializado en la habilidad de sus recursos melodramáticos y efectistas. Una de sus obras más famosas se titula, precisamente, «El vaso de agua». (N. del T.) <<